

UN THRILLER POLICIACO DE TOM JANSSEN

J.M. DALGLIESH

ENTERRAR EL PASADO

JENTAS

ENTERRAR EL PASADO

J.M. Dalgliesh

Enterrar el pasado

Título original: Bury Your Past

Copyright © J.M. Dalgliesh, 2019

Copyright © Jentas A/S, 2026

Traducción: Daniel Conde Bravo © Jentas A/S

Cubierta: Jentas A/S

ePub: Jentas A/S

ISBN 978-87-428-1468-0

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Queda prohibido el uso de cualquier parte de este libro para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial sin autorización previa de la editorial.

First published in the English Language in 2019 by Storyfire Ltd, trading as Bookouture.

PRÓLOGO

El viento del este levantaba arena que le azotaba en la cara. Las nubes se abrieron por un momento, dejando ver la luna nueva, y un vistazo rápido hacia el horizonte le permitió percibir la luz fluctuante del alba, que ya se acercaba. No disponía de mucho tiempo. Los árboles caídos, consecuencia de la virulencia de la noche anterior, habían dejado muchas carreteras locales intransitables y muchos vecinos atrincherados en sus casas para capear el temporal. Muchos obedecieron las advertencias y se desplazaron hacia el interior para alejarse de la costa y evitar así la mayor parte de los daños y las perturbaciones. Otros, sin embargo, no salieron tan bien parados. Según las noticias que él había escuchado en la radio, diversas inundaciones costeras habían afectado a varias localidades durante la noche. Se había ido la luz en gran parte de la región y no había forma de saber cuándo volvería a restablecerse la normalidad. En cuestión de horas, la costa este de Norfolk había sido machacada y había retrocedido a la Edad de Piedra.

En aquel momento, entre las dunas, divisó a otra persona que estaba desafiando a la calma que se había instalado tras los acontecimientos de la noche anterior, paseando a su perro por la playa desierta. Se agachó y encontró un refugio contra los elementos gracias a las dunas, que actuaban como un cortavientos natural, y la calma relativa le permitió oír el sonido de las olas arremetiendo contra la orilla en la playa cercana. Metió la mano en su mochila y sacó un paquete pequeño, firmemente envuelto en lino. Lo colocó sobre el suelo y desplegó con cuidado el tejido para revelar el contenido. Dispuso a un lado un espejo con forma circular, algo más pequeño que la palma de la mano de un adulto. Junto a él,

colocó una vela negra, un trozo de cuerda y un fragmento de corteza de canela. Por último, depositó una piedra ovalada y lisa del tamaño de un puño cerrado que había recogido en la orilla.

Sacó un rotulador de su chaqueta, cogió el espejo y garabateó una palabra en él. Lo dispuso en el centro del tejido de lino, sacó un mechero de su bolsillo y, utilizando su cuerpo para proteger de la brisa la mecha de la vela, la encendió. Una vez que la cera comenzó a derretirse, inclinó la vela para permitir que cayeran tres gotas de cera sobre la superficie del espejo. Luego, dejó que la brisa apagara la llama. Miró nerviosamente hacia el este y comprobó que el sol ya amenazaba con asomar por el horizonte en cualquier momento. El fondo rojizo de las nubes caóticas y enfurecidas prometía un nuevo día turbulento. Dejó la vela a un lado y cogió la canela. Rompió la corteza en trozos más pequeños en la palma de su mano, cerró los ojos y la espolvoreó sobre el espejo mientras murmuraba en voz muy baja un conjuro que había memorizado hacía tiempo. Fue tomando cada una de las esquinas del lino sucesivamente y doblándolas hacia el centro, creando así una especie de bolsa. Ató las esquinas con la cuerda. Trabajando cada vez con más prisa, utilizó ambas manos para excavar y apartar la arena con el fin de hacer un agujero de unos quince centímetros de profundidad en el centro. Luego, depositó con cuidado la bolsa en el interior del agujero.

Cogió la piedra, la alzó por encima de la cabeza y volvió a mirar hacia el mar. Justo cuando el sol asomaba por el horizonte, bajó el brazo lo más rápido que pudo y lanzó la piedra hacia el interior del agujero. Por el interior del mismo se propagó el sonido sordo del espejo rompiéndose a causa del impacto. Sin perder un instante, relleno el agujero lo más rápido que pudo y, a continuación, alisó la capa superior de arena con las palmas de ambas manos. Las dejó planas contra la arena, estiró los dedos sobre la misma y sintió el calor ligero del sol naciente sobre su piel. Cerró los ojos y, en aquel preciso instante, tuvo la certeza de que la energía elemental de la tierra fluía a través de su cuerpo.

El viento le trajo a los oídos el sonido de los ladridos de un perro, erráticos y agudos. La intensidad del animal despertó su interés, así

que se puso de pie, trepó hasta la cresta de la duna y miró hacia la playa que se extendía ante él. A apenas cuarenta metros de distancia, el perro, un labrador negro, estaba erguido en posición de alerta, ladrando para advertir a su dueño y deteniéndose de vez en cuando. Se inclinó posteriormente sobre el suelo, escarbó en la arena y tiró de algo que había en la base de las dunas. La curiosidad que sintió provocó que se acercara un poco al animal y viera cómo su dueño, un hombre de avanzada edad, se aproximaba también y tiraba del collar del perro hacia atrás, para apartarlo del lugar. El animal, por su parte, seguía ladrando excitado.

Comenzó a dirigirse hacia ellos y, entretanto, observó cómo el hombre se arrodillaba y parecía intentar recuperar algo del suelo. Al acercarse, vio que, fuera lo que fuera, estaba envuelto en un trozo de tela y aparentemente bien enterrado en la arena. El agua que retrocedía de cada ola lamía los pies de dueño y perro, dejando espuma a su paso y arrastrando arena del hallazgo que acababan de hacer con cada movimiento de la marea. El perro se acercó para inspeccionar al recién llegado y él le tendió el dorso de la mano para que el animal lo oliera. La criatura perdió el interés en él enseguida y volvió con su dueño. Al acercarse a ellos, el hombre se retiró un poco de lo que acababa de encontrar, se puso de pie y dio unos pasos hacia atrás. No lo había visto en su vida. El rostro del señor estaba ceniciento y pálido, y había en él una mirada perturbada. Miró hacia lo que había a su espalda, preguntándose qué sería lo que aquel hombre acababa de encontrar.

—Yo... será mejor que llame a la policía —afirmó el hombre, buscando a tientas su teléfono móvil. Intrigado, pasó junto a él y se agachó para inspeccionar el hallazgo. La tela, que antes debió haber sido blanca, ahora estaba muy manchada y descolorida por la exposición a los elementos—. Maldita sea. No tengo cobertura.

No era de extrañar. La tormenta había derribado tanto árboles como cables eléctricos, y no había razón alguna que invitara a pensar que las torres de telefonía móvil no hubieran corrido la misma suerte. Al cruzar su mirada con la de aquel hombre, reconoció la expresión de su rostro. No era solo aprensión, sino también un miedo real provocado por el descubrimiento. «La gente

tiene mucho miedo de lo que no entiende».

Volvió la mirada al suelo y levantó la tela para revelar lo que había debajo. La plegó hacia atrás y se llevó una mano a la boca. El cráneo y una parte del cuello habían emergido de su sepulcro arenoso. Las cuencas de los ojos lo miraban fijamente, vacías y sin vida, y la luz del amanecer resplandecía sobre un collar de plata que colgaba entre las vértebras. Se inclinó hacia delante y levantó el colgante para verlo mejor.

—¿Cree que debería hacer eso? —dijo una voz nerviosa detrás de él. Lo ignoró, inclinó la cabeza hacia un lado e intentó imaginar el rostro de aquella persona enterrada en la arena. Frunció los labios—. Voy a regresar a mi casa. Quizá el teléfono fijo sí funcione. De verdad que creo que no debería tocar eso. —El hombre llamó a su perro y se marchó sin decir nada más.

Él miró hacia atrás y vio alejarse la silueta del hombre. Cuando ya no podía oírlo desde donde se encontraba, volvió a centrar su atención en los restos humanos y sonrió; luego, soltó la cadena, permitiendo que el collar se deslizara.

—Siempre supe que algún día volverías con nosotros.

CAPÍTULO 1

Tom Janssen clavó el perno con un martillo en la orilla, volviendo a amarrar así la proa de la embarcación a su atracadero. Se aseguró de que la cuerda no estuviera ni demasiado suelta ni tampoco demasiado tensa para evitar de esa forma el error que había cometido durante la madrugada, cuando el barco se había soltado del amarre. Dio un paso atrás y decidió revisar el resto de los pernos para asegurarse. Estaba decepcionado consigo mismo por haber cometido un error tan infantil. De no haber regresado cuando lo hizo, Alice se habría quedado en una situación verdaderamente comprometida mientras él ayudaba con las evacuaciones. La noche anterior había sido una de esas que se quedaban grabadas en la memoria.

Satisfecho con el estado en el que se encontraban los nudos restantes y los pernos de amarre a los que estaban atados, se relajó un poco. Contempló la hilera de embarcaciones y vio que ninguno de los otros propietarios estaba allí presente. Muchos de ellos eran barcos ligeros o se utilizaban para breves escapadas por la red de canales navegables, fácilmente accesibles desde la costa. Muy pocos estaban ocupados de forma permanente como el suyo. Eso le venía muy bien. La idea era que su barco le proporcionara un respiro de la presión incesante del mundo moderno, un lugar tranquilo donde pudiera llevar una vida más sencilla. Puede que la embarcación no durara más de uno o dos años, aunque eso fue lo que dijo cuando compró The Moody Cow, y desde entonces ya habían pasado cuatro. El nombre, pintado a ambos lados del casco y grabado en una placa colgada junto a la puerta de popa, todavía le hacía sonreír. El hombre al que le había comprado el barco ignoraba la procedencia

del nombre, y le admitió que no se había atrevido a preguntarlo en el momento en el que se hizo con él. A menudo había pensado en cambiarlo, pero no se le ocurría nada que le pareciera adecuado y, además, el barco tenía un encanto propio y daba la sensación de que el nombre le pegaba.

—¡Tom, el café! —exclamó Alice, que se asomó desde la cabina y salió a la cubierta por la popa con una taza humeante en la mano. Llevaba un jersey de Tom puesto por encima de otro suyo, y se pasó por el pelo la mano que le quedaba libre. Como estaba sujetando el martillo con una mano, Tom utilizó la otra para mantenerse en equilibrio mientras subía a bordo, dejó la herramienta a un lado y aceptó agradecido la bebida. Sentía los ojos arenosos y carecía de su energía habitual tras haber dormido apenas tres horas—. El desayuno está casi listo. ¿Quieres comer aquí fuera?

Tom asintió y ella volvió a desaparecer bajo cubierta. Despejó algo de espacio en los asientos, quitó algunas hojas caídas de la superficie de la mesa y se sentó. Le encantaba que a Alice le gustara pasar tiempo en el barco. Probablemente, por la novedad. Aunque estaba convencido de que no había mejor lugar para estar en los meses de primavera y verano, también aceptaba que ahora que ya se acercaba el otoño, la mejor época del año había pasado. Incluso con la estufa de leña y un generador diésel, y teniendo en cuenta el aislamiento lamentable de las paredes de la cabina, era difícil ignorar la realidad de que la vida a bordo del barco era más dura que la que ofrecía la tierra firme y que estaba muy alejada de las comodidades que esta última proporcionaba.

Aquella semana había resultado ser muy diferente de lo previsto. El plan era llevar el barco por la costa, tomarse un respiro de las presiones del trabajo y ofrecerle al mismo tiempo a la embarcación una travesía que necesitaba con urgencia. Tom no quería bajo ningún concepto que el motor se gripara durante el invierno y había sido negligente con el mantenimiento del barco durante un verano muy complicado. La oficina seguía sin tener un sargento asignado y en la central se debatía la necesidad de un inspector jefe permanente. Hasta que se tomaran esas decisiones, seguirían trabajando igual. Tampoco es que la falta de certezas le preocupara

en exceso. Estaba logrando gestionar sus casos, aunque no sin dificultades. El superintendente incluso había hablado con él en privado para sondearlo acerca de la posibilidad de que él mismo asumiera el cargo. Con el nombramiento de un sargento experimentado, no había razón para que esa estrategia no funcionara.

La pausa que estaba disfrutando en el barco era la última oportunidad antes de que, sin lugar a dudas, se anunciaran los cambios previstos. Después de eso, dispondría de muy poco tiempo. También suponía un desafío la complejidad de combinar sus vacaciones con las de Alice, en un momento en el que su exmarido estaba disponible para hacerse cargo de la hija que compartía con ella. Sobre todo, cuando este se enterara de la existencia de Tom. Las cancelaciones de última hora y los cambios en las entregas y recogidas de la niña se habían vuelto demasiado frecuentes como para ser frutos de una simple coincidencia. Tom se sentía tentado de hablar con él en privado, pero no le correspondía a él hacerlo, y eso era algo que entendía bien. Era Alice quien debía gestionar el asunto con su ex, pero, para ser una persona tan proactiva y organizada como ella era, ese hombre parecía tenerla controlada, y Tom no entendía muy bien por qué.

Escuchó el doble pitido que emitió su radio desde el interior de la cabina, así que bajó los dos primeros escalones y se estiró hacia la estantería cercana para coger el aparato. Vio a Alice fruncir el ceño en la cocina, a unos metros de distancia. Pulsó el botón de llamada y respondió con su identificación policial antes de volver a subir a cubierta. El aparato crepitó mientras ajustaba el volumen.

—Tom, soy Eric. —El agente parecía inseguro, a pesar de haber aceptado finalmente que podían tutearse. La formalidad exigida en el cuerpo parecía de algún modo innecesaria considerando el tamaño del equipo en el que trabajaban, y Tom estaba esforzándose en que el Departamento de Investigación Criminal estuviera lo más unido posible. Pasaba más tiempo con esos agentes que con su propia familia o, como se acababa de poner de manifiesto al ver a Alice subir las escaleras con una bandeja de comida, su pareja.

—¿Qué pasa, Eric? —le preguntó con un tono de voz que era firme,

pero más pensando en Alice que a causa de una irritación auténtica.

—Hemos recibido una llamada de un ciudadano de Wells. Dice que ha encontrado un cadáver en la playa... más o menos... En la parte de la playa de Holkham más cercana a Wells.

—Repite eso, Eric. ¿Has dicho «más o menos»? O lo ha encontrado, o no lo ha encontrado. —La señal era muy mala, así que sacó su móvil y miró el indicador de cobertura, pero vio que estaba tachado, lo que indicaba que la red seguía sin funcionar. Al ver a Alice por el rabillo del ojo preparando el desayuno, supo que estaba molesta. Podía comprender por qué.

—Es posible que la tormenta lo arrastrara hasta la costa durante la noche, pero, si te soy sincero, la información me ha llegado a través de terceros, así que solo estoy haciendo conjeturas. Voy para allá ahora mismo, pero, con los cortes de carretera y todo lo demás, puede que tarde un poco en llegar. El jefe quiere que se acordone la zona por si acaso y el médico forense de guardia está igual de lejos que tú, y... bueno...

—No te preocupes, le echo un vistazo y me pongo en contacto contigo. —Tom colgó y apartó la silla. Alice ya estaba comiendo, masticando despacio, con el cuerpo rígido. No hacía falta ser un experto en lenguaje corporal para interpretar el suyo—. Lo siento, cariño, pero tengo que...

—Atender una llamada —terminó ella por él. Lo dijo de forma seca, implacable. Si no hubiera sido por la llegada del frente tormentoso y la puesta en marcha del plan de evacuación de emergencia de la región, ahora estarían lejos de allí, a salvo del impacto de la marejada. Tom se inclinó y puso una mano sobre la que ella tenía libre. Sintió alivio al comprobar que Alice no la apartó. Ella lo miró a los ojos—. Ve y haz lo que tengas que hacer, Tom. Estaré aquí cuando vuelvas.

—Gracias. Voy a intentar ser muy rápido. Lo más probable es que no sea nada importante, tal vez el mar haya arrastrado el cadáver de una foca o algo por el estilo y alguno de los vecinos se haya emocionado más de la cuenta. Voy a gestionarlo y estaré de regreso tan pronto como pueda. —Tom se inclinó y ella giró la cara hacia él, permitiéndole que la besara de forma breve en los labios—. Te lo

compensaré.

—Y tanto que me lo compensarás, Tom Janssen. No te quepa duda de eso —respondió Alice con una débil sonrisa—. Ahora, no se te ocurra dejarte aquí el desayuno. No me he pasado toda la mañana aprendiendo a usar tu parrilla portátil para que te vayas sin comer.

Él sonrió mientras cogía el panecillo que ella le había preparado para desayunar y le dio un buen mordisco mientras bajaba a la parte inferior de la embarcación. Unos instantes después, reapareció con su chaqueta impermeable y las llaves del coche y la radio en las manos. Le dio un beso en la mejilla y bajó del barco a la orilla. Aquel era su último día juntos antes de que el padre de Saffy la llevara de vuelta a casa y, de repente, parecía que él iba a tener que pasarse casi todo el día trabajando. Tardaría un buen rato en realizar el trayecto hasta Wells. El fondeadero pertenecía a su demarcación, pero, con los destrozos causados por la tormenta, tardaría más de lo habitual en llegar hasta la ciudad costera. Tom comprendía la frustración de Alice. Eric no lo habría molestado de no haber sido absolutamente necesario, pero los servicios en la región estaban saturados y, en su trabajo, siempre se estaba de guardia.

Cuando llegó a la localidad media hora más tarde, bordeó el paseo marítimo y continuó subiendo por Beach Road. A la derecha se extendían las marismas salinas y la entrada al puerto, y a la izquierda había un *camping de alojamientos vacacionales permanentes al otro lado del terraplén elevado. El paseo marítimo, un enclave turístico próspero, estaba dominado por los vestigios de su pasado tradicional. Los almacenes, ahora convertidos en alojamientos, se alineaban junto a las murallas del puerto, y había anclados una mezcla de barcos pesqueros y embarcaciones de recreo. El impacto del oleaje provocado por la marejada del día anterior era evidente en el muelle construido expresamente para la descarga de los buques mercantes cerca de la entrada del puerto. Varias de las embarcaciones más pequeñas habían volcado y otras habían terminado fuera del agua, junto al muelle. Ni siquiera las*

protecciones construidas habían bastado en aquella ocasión para resguardar esos barcos del poderío del mar del Norte. Muchos de los lugareños respondieron a la amenaza y sacaron sus barcos más pequeños del agua, disponiéndolos lo más lejos posible. Los que no lo hicieron, se la jugaron mucho. Mirando en dirección hacia Wells siguiendo la línea de la costa, parecía que a muchos de ellos les había salido mal correr ese riesgo. Había algunas personas por la zona, pero bastantes menos de lo habitual. Los únicos que parecían haberse aventurado a salir eran los que pretendían inspeccionar los daños materiales y los que querían observar, por simple curiosidad, los acontecimientos inusuales de la noche, pero la mayoría habían preferido quedarse donde estaban.

Al llegar al extremo cerrado de la calle, divisando ya la estación de salvamento marítimo, Tom aparcó su coche junto a un vehículo policial con distintivos oficiales, sin duda, el primero en acudir al lugar para asegurar la zona si fuera necesario. La posición exacta del hallazgo era demasiado imprecisa y no se podía localizar con exactitud, pero estaba seguro de que se haría evidente a medida que avanzara. La cafetería de la playa estaba cerrada y el camping parecía desierto. Incluso en aquella fase ya tardía de la temporada, estaría casi lleno en condiciones normales. A simple vista, parecía haber resistido bastante bien las inclemencias del tiempo. La señalización se había caído y había carteles esparcidos por el aparcamiento que había delante de la cafetería, pero las ventanas estaban tapiadas o cerradas con persianas y los daños que se habían producido solo eran superficiales.

Tras atravesar la verja, subió la pendiente hasta la cima del terraplén y miró hacia la playa. Era un camino muy transitado y descendió por él. Aunque la marea alta ya hubiera bajado, las huellas de los eventos acaecidos durante la noche estaban por todas partes, y, por ejemplo, había algas frescas mucho más arriba de lo habitual, tal había sido la intensidad de la marejada. Las olas seguían rompiendo con fuerza contra la costa y la previsión indicaba que seguirían haciéndolo, aunque sin alcanzar la ferocidad de la noche anterior. Aun así, se había decidido mantener los planes de emergencia para los días siguientes. Descendió por el camino de

madera y giró a la izquierda alrededor del promontorio, y al avanzar hacia la arena, se encontró con un panorama desolador.

Bordeando el litoral del promontorio se encontraban las cabañas de playa por las que la localidad de Wells era conocida. Había alrededor de un centenar de cabañas de madera de colores vivos, situadas directamente sobre la arena, que eran muy famosas en el norte de Norfolk. Estaban construidas sobre pilotes para mantenerlas a salvo por encima del nivel de la marea, pero no habían sido inmunes a los efectos de una tormenta casi perfecta. La arena estaba repleta de restos de las cabañas. Entre sillas y equipos que normalmente se guardaban bajo llave, había trozos de madera astillada que ahora recordaban a cerillas esparcidas, algunas de colores vivos y distinguibles; otros, irreconocibles. Muchas de las cabañas habían logrado sobrevivir intactas, con daños apenas visibles al margen de la probable entrada de agua, pero otras habían quedado prácticamente destruidas. A lo lejos se había reunido un pequeño grupo de personas y Tom vio entre ellas un chaleco reflectante.

Cuando llegó a la altura de aquel grupo, el agente que lo vestía se percató de su presencia y lo condujo más allá del cordón improvisado, que no era mucho más que un par de puntos marcados por el propio policía que, al parecer, se estaban utilizando como el límite desde el que los curiosos podían observar. La noticia ya debía haberse difundido y el aparente interés de la gente le indicó a Tom que el hallazgo podría ser algo más que el cuerpo de una foca. El agente lo llevó unos veinte metros más allá, hasta el punto en el que comenzaban las dunas. Allí lo recibió Fiona Williams, la forense de guardia, una profesional competente y diligente a la que conocía bien. Estaba arrodillada cuando él la saludó, y se levantó.

—Tom. Me alegro de verlo —dijo, y señaló la superficie que tenía a sus pies—. Le aseguro que este le va a parecer interesante.

CAPÍTULO 2

La doctora Williams se hizo a un lado y Janssen se acercó. Una tela descolorida sobresalía ligeramente, y el resto estaba enterrado bajo unos sesenta centímetros de arena, aunque era difícil saber con certeza la profundidad exacta. Tom se puso en cuclillas, se enfundó unos guantes, agarró el borde de la tela entre el pulgar y el índice, y la levantó para descubrir lo que había debajo. Era fácil identificarlo como un cráneo humano, así que observó más allá de lo obvio en busca de más detalles. El cráneo parecía estar muy bien conservado y, aparte de estar enterrado en la arena, no pudo ver ningún indicio de daños evidentes en la cara o la mandíbula. El cuello también estaba parcialmente al descubierto y le llamó la atención un collar de plata que lo rodeaba. El colgante en sí mismo medía aproximadamente un par de centímetros y medio de diámetro, y consistía en un círculo fino de plata en el centro con dos medias lunas adheridas a cada lado.

—¿A qué podemos estar enfrentándonos aquí? —preguntó Tom por encima del hombro antes de girarse hacia Williams. Ella se arrodilló a su lado con una expresión concentrada en el rostro—. O sea, ¿es algo reciente o podríamos estar ante un yacimiento de interés arqueológico?

Norfolk, al igual que Suffolk, más al sur, tenía una larga historia ligada a la ocupación vikinga y, más tarde, al asentamiento sajón, por lo que era habitual que se produjeran hallazgos notables. Janssen era muy consciente de la conexión de esos pueblos con el mar y podía considerar la posibilidad de que se tratara de un entierro en la costa.

—Es difícil ser categórica, pero creo que estamos ante algo mucho

más reciente que eso —explicó la forense—. El hecho de que el cuerpo haya permanecido en la arena ayuda mucho. La ausencia de piedras o rocas que pudieran alterar la estructura ósea ha permitido que el esqueleto se haya mantenido intacto y bastante bien conservado. Sin embargo, los huesos no están tan descoloridos como cabría esperar si llevaran siglos en este lugar. Por no hablar de que la tela con la que parece haber estado envuelto el cuerpo ha de ser una mezcla de algodón y alguna otra cosa. Porque, de lo contrario, se habría descompuesto hace mucho tiempo.

»No he querido alterar la escena del crimen, pero creo que podemos ver que parte de la ropa sigue adherida al cuerpo. Eso podría ayudarnos a datar cuándo quedó enterrado en la arena. En cuanto a la muerte, creo que podemos descartar que se produjera por causas naturales —continuó, señalando una zona en el lado derecho del cráneo, y trazó con el dedo índice varias líneas que se extendían en diferentes direcciones—. Podemos ver estas fracturas que emanan de este punto de impacto. Obviamente, es demasiado pronto para asegurar que esa fue la causa de la muerte, pero me parece probable. Lo que se pudo haber utilizado para hacerlo no está del todo claro, pero pudo ser algo con un borde plano y probablemente pesado.

Janssen tomó nota de todo ello y comenzó a contemplar aquellos restos como una escena del crimen indiscutible. Si la mujer estaba en lo cierto, era probable que se tratara de un asesinato.

—Siempre existe la posibilidad de que se le enterrara aún con vida, en lugar de que muriera a causa el golpe. —La doctora Williams asintió con la cabeza ante el comentario de Tom—. Sé que es muy pronto, pero ¿tiene alguna idea de si la víctima es hombre o mujer?

—Por el tamaño y la formación de la estructura ósea de la frente, yo diría que lo más probable es que se trate de una mujer —respondió la forense, inclinándose hacia delante, y a continuación señaló la línea de la frente con el dedo índice—. ¿Ve aquí la forma redondeada del hueso y la suavidad del arco supraorbitario? —Janssen asintió—. Eso es característico de una mujer, sobre todo si se tienen en cuenta las órbitas redondeadas de los ojos y el ángulo obtuso de la mandíbula. Las mandíbulas masculinas suelen tener un

ángulo más agudo.

—¿Alguna idea de la edad?

—El estado de los dientes, la ausencia de empastes y la odontología estética indican que era joven. Quizá adolescente, o tal vez poco más de veinte años.

—¿Odontología estética? —preguntó Tom, inclinando la cabeza para ver mejor.

Williams asintió.

—Los adultos deberíamos tener treinta y dos dientes, pero este cráneo solo cuenta con veinticuatro —explicó la mujer—. Ahora bien, están en muy buen estado, ninguno se ha roto ni se ha desplazado durante el tiempo en el que el cuerpo ha permanecido enterrado, por lo que imagino que le extrajeron las cuatro muelas del juicio, como a muchos de nosotros, y otras cuatro para hacer espacio para corregir la posición de los demás dientes y alinearlos. Probablemente mediante aparatos ortodónticos a medida. Es raro que los seres humanos logren una alineación tan buena sin ninguna ayuda. Si mira con detenimiento los penúltimos molares, sobre todo los superiores, verá una decoloración del esmalte. Puede deberse al pegamento utilizado para fijar las piezas en su sitio.

—Si no encontráramos otras marcas identificativas, esto nos debería dar algunas pistas para seguir investigando —afirmó Tom, con tono esperanzado.

—Pero tenga en cuenta que todo esto son solo suposiciones hasta que podamos revelar el hueso pélvico. Entonces estaré mucho más segura; siempre y cuando se trate de un esqueleto más o menos completo, claro está. Cuando los técnicos de laboratorio tengan la oportunidad de intervenir, podrán realizar algunos análisis químicos del ADN extraído del hueso para determinar su edad y, muy probablemente, su país o región de origen.

—Suponiendo que tenga razón, ¿cuánto tiempo tendría que haber permanecido aquí para descomponerse hasta este punto?

La doctora Williams se lo pensó antes de responder. Como sospechaba Janssen, la mujer estaba intentando ser lo más precisa posible.

—Para estar completamente esqueletizada, tal y como está... cinco

años, tal vez seis. Quizá un poco más. Tendría que consultar con un osteoarqueólogo forense para estar segura, pero esa debería ser una estimación más o menos correcta. ¿Recuerda algún caso de desaparición sin resolver de aquella época?

Janssen negó con la cabeza, se pasó la mano por la barbilla y creyó palpar tanto su barba incipiente como cada ápice de su fatiga.

—Eso fue antes de que yo llegara aquí, Fiona. Además, aunque resultara ser una fugitiva adolescente, hoy en día eso no sería motivo de alarma, y menos aún si se tratara de una veinteañera. Y, como bien apunta usted, podría ser solo una transeúnte, una trabajadora migrante o una mochilera. Es posible que nadie pensara en denunciar su desaparición.

—Alguien la echaría de menos. ¿No ocurre eso con todo el mundo? Janssen infló las mejillas.

—No siempre.

Mirando el mar y, después, las nubes de tormenta que pasaban por encima, se dio cuenta de que iban a contrarreloj. Echó un vistazo rápido a su reloj, y la doctora Williams debió adivinar lo que estaba pensando.

—La pleamar de esta noche será alrededor de las nueve, posiblemente un poco antes.

Janssen la miró a los ojos. En un día normal, les resultaría complicado procesar una escena del crimen de forma satisfactoria en unas diez horas. Hacerlo con las redes de transporte y comunicación sumidas en el caos y con unos recursos tan escasos como los que tenían en aquellos momentos sería casi imposible.

—No tenemos mucho margen. —Como aquel cuerpo había estado tanto tiempo enterrado en la arena, quedarían pocos rastros y cada detalle forense que pudieran documentar sería muy valioso. A pesar de que lo peor de la tormenta ya había pasado, la costa se preparaba para más convulsiones en las siguientes horas. El embate que habían sufrido las dunas durante la noche anterior y que había permitido que apareciera el cuerpo probablemente se repetiría y, cuando el mar volviera más tarde, destruiría todo lo que quedara allí —. Voy a tener que hacer algunas llamadas.

En primer lugar, ordenó al agente que se asegurara de que nadie

traspasase el cordón policial. La red móvil seguía sin funcionar y a su radio también le costaba un mundo conectarse a la red, por lo que subió a lo alto de las dunas con la esperanza de obtener una mejor señal. Desde allí se puso en contacto con la central, les informó de que tenían una escena del crimen activa y solicitó que se asignara una unidad forense completa, haciendo hincapié en que no disponían de mucho tiempo. Al mirar hacia abajo, donde yacía el cuerpo, fue consciente de que, incluso en el mejor de los escenarios, aunque todo saliera lo mejor posible, seguirían teniendo dificultades.

Desde su posición privilegiada, examinó la zona. Más allá de las dunas se extendía un pinar. No era demasiado frondoso y se podía atravesar a pie con facilidad. Del mismo modo, el *camping cercano estaba a pocos pasos de allí y cualquiera podía llegar hasta él y regresar bajo el amparo de la oscuridad. Las cabañas de la playa también ofrecían una oportunidad para que la gente tuviera un motivo concreto para estar en la zona, ya que muchas personas las utilizaban durante el día y para hacer barbacoas por la noche. Además, proporcionaban la ventaja de poder ocultarse. Se podía esconder un cadáver en ellas y luego retirarlo y enterrarlo cuando todo el mundo hubiera cerrado sus cabañas y se hubiera ido a casa. El hecho de que el cadáver estuviera envuelto en tela originó esa reflexión. Posiblemente, la única razón por la que lo estaba era para facilitar su transporte, evitar que alguien viera lo que estaba sucediendo y minimizar la posibilidad de dejar pistas forenses que revelaran la identidad del asesino.*

Por un momento, Tom pensó que quizá estaba yendo demasiado rápido y se estaba adelantando a los acontecimientos, pero descartó esa idea casi de inmediato. No se le ocurría ninguna otra razón lógica por la que alguien pudiera enterrar a una joven allí que no estuviera relacionada con un acto delictivo. ¿Por qué, si no, iban a haberlo hecho? La multitud de curiosos iba creciendo y los ojos de Tom se posaron sobre ella. Si el asesino era de la zona, ¿podría resistirse a la tentación de regresar a aquel lugar para ver el descubrimiento que se acababa de producir o se mantendría alejado por miedo a que alguien pudiera relacionarlo con el crimen? Volvió al cordón policial, preguntó quién había hallado el cuerpo y le indicaron

que se dirigiera a un hombre que estaba sentado cerca. Al aproximarse a él, Janssen juzgó que el hombre estaba en estado de shock a causa de su hallazgo. Había un perro sentado junto a él, con la lengua colgando a un lado mientras jadeaba.

—¿Señor Curtis? —preguntó Tom, deteniéndose ante él—. Soy el inspector Janssen. Tengo entendido que usted ha encontrado el cadáver esta mañana, ¿verdad?

El hombre se levantó despacio y con cierta dificultad, ayudándose de un bastón. Janssen se dispuso a ayudarlo, pero él rechazó su oferta con un gesto.

—En realidad, fue Petra, mi perra, quien lo encontró. Siempre ha tenido muy buen olfato. —Miró más allá de Tom, hacia donde la doctora Williams tomaba notas. La mujer le devolvió la mirada—. Pero nunca pensé que pudiera encontrar algo así. ¿Saben quién es? Janssen negó con la cabeza.

—Me temo que todavía es demasiado pronto para saberlo.

—¿Fue... ya sabe... un asesinato? —preguntó con una voz que se iba apagando, como si temiera la respuesta.

—Por ahora, no puedo decírselo —respondió—. Cuénteme, ¿su perra interfirió con el cadáver? ¿Tocó usted algo?

Curtis se enderezó y murmuró algo inaudible en defensa de su perra, pero Janssen le aseguró que solo se trataba de dejar las cosas claras desde el principio.

—Estuvo revolviendo la arena que había alrededor, pero no creo que alterara nada.

—¿Y usted?

—¡No! No quise tener nada que ver con eso. Intenté llamarles de inmediato, pero los teléfonos no funcionaban. Tuve que caminar hasta mi casa, ya en Wells, y avisarles desde allí.

—Hizo usted lo correcto, señor Curtis. Gracias. Mandaré a alguien dentro de un rato para que le tome una declaración formal de...

—Pero el otro tipo sí que lo hizo. —Janssen levantó una ceja con curiosidad—. El otro hombre que estaba en la zona justo después de que lo encontráramos... El cadáver, quiero decir. Él lo tocó.

—¿Había otra persona con usted?

—No, no estaba conmigo, pero apareció por aquí más o menos a la

vez que yo. Supuse que estaría paseando, lo mismo que yo estaba haciendo. No creo que tuviera perro ni nada por el estilo, pero había salido temprano de casa. Yo suelo pasear a mi perra al amanecer. Es el mejor momento del día. Últimamente no duermo muy bien, con la artritis y todo eso.

—¿Quién era? ¿Lo conoce?

Curtis negó con la cabeza.

—No. Nunca lo había visto antes. Aunque era un tipo curioso. Uno de esos tipos modernos, con el pelo largo y pendientes. Muy desaliñado. Le vendría bien una buena ducha, en mi opinión.

—¿Dice que tocó algo? —preguntó Janssen, que buscaba hechos, no un juicio sobre la higiene personal de nadie.

—Sí, levantó el collar y pareció bastante interesado en él. Me preocupaba un poco que se lo llevara en cuanto me diera la vuelta.

—¿Sigue por aquí? —Janssen miró a su alrededor para observar a todas las personas allí reunidas.

Curtis siguió su mirada y también examinó a los curiosos durante un momento antes de negar con la cabeza.

—Cuando llegó su agente, ya no había ni rastro de él. ¿El collar sigue ahí? Su hombre no me ha dejado volver a acercarme al cuerpo.

—Sí, sigue ahí. —Janssen no vio necesidad alguna de dar pie a que surgieran rumores.

—Supongo que no quería verse involucrado. No puedo culparlo, la verdad.

—No —respondió Janssen, volviendo la vista hacia el lugar del enterramiento—. Supongo que no.

CAPÍTULO 3

El oficial de investigación Eric Collet se recostó en su silla, se llevó la taza de té a los labios y frunció el ceño al probarlo. Estaba frío. Decidido a bebérselo de todos modos, miró el reloj y no pudo creerse lo rápido que estaba pasando el día. Echó un vistazo a su escritorio, que estaba hecho un desastre, pero consideró que, con la información limitada de la que disponía, no podía hacer mucho más. Janssen había decidido quedarse en la escena del crimen y había delegado en él las investigaciones de historiales y antecedentes. Y él estaba deseoso de demostrar su valía. No tenía ni siquiera un año de experiencia en el Departamento de Investigación Criminal, pero ya se sentía un miembro consolidado del equipo. Al principio, había creído que Janssen lo estaba curtiendo poco a poco, introduciéndolo lentamente al no asignarle ninguno de los casos importantes, pero, a medida que pasaban los meses, había ido descubriendo que la mayoría de los delitos que afectaban a la comunidad rural no eran demasiado emocionantes. El hallazgo de un cadáver que llevaba años enterrado era algo muy diferente. El problema podría ser la identificación del mismo.

Todavía en la veintena, Eric conocía como nadie la zona y a los miembros de la comunidad local, y no recordaba que se hubiera armado ningún revuelo por la desaparición de ningún adolescente en el pasado reciente. Ese tipo de cosas solían ser noticia, sobre todo ante las lenguas viperinas de los cotillas del lugar. A menudo no se necesitaban muchos hechos, y bastaba muy poco para que un rumor se extendiera. Aun así, Eric examinó los informes de personas desaparecidas que constaban en los archivos. Decidió remontarse siete años atrás para fijar ahí el punto de partida de la investigación.

Si lograban descartar todos los casos que se habían producido desde ese año, entonces comenzaría a trabajar hacia atrás. Existía la esperanza de que, tras desenterrar el resto del cadáver, apareciera algo que pudiera aportar más información y que acotara un poco la búsqueda. Por ejemplo, una conexión con un lugar concreto o con una persona específica. O, en el más optimista de los casos, una posible identificación. Era poco probable, pero al fin y al cabo posible, y a menudo dependía de si el asesino había sentido o no la necesidad de despojar a la víctima de cualquier rasgo de su identidad. Mientras tanto, lo único en lo que Eric podía trabajar era en las carpetas que tenía delante sobre el escritorio en aquel momento, y sus limitaciones eran obvias. La víctima tenía que haber sido denunciada como desaparecida para encontrarse entre esos documentos.

Janssen le había dicho que lo más probable era que la víctima fuera una mujer, por lo que descartó a todos los hombres, aunque los dejó en un montón aparte por si acaso la evaluación inicial hubiera sido imprecisa. Le sorprendió el número de casos que le quedaron tras ese descarte inicial. Pese a estar familiarizado con las estadísticas y saber que varios cientos de miles de personas desaparecían cada año, el número de casos que tenía que cribar seguía pareciéndole desmesurado. A nivel nacional, de cada doscientos casos de desaparición denunciados, uno correspondía a un niño; en el caso de los adultos, la cifra ascendía a uno de cada quinientos, pero esa estadística no reflejaba con exactitud la situación en el norte de Norfolk. En las comunidades y localidades rurales, en los que el número de habitantes era más reducido, esa diferencia era aún mayor, en marcado contraste con las ciudades. Se prestaba menos atención a los adultos y, si la víctima resultaba tener veintitantos años, era muy probable que ni siquiera se llegara a investigar.

A continuación, Eric descartó a todas las mujeres mayores de veinticinco años cuya desaparición se había denunciado. Con ello, la cifra se redujo a cuatro desaparecidas, una cantidad manejable, cuyos casos aún se consideraban activos y bajo investigación. Y esos eran los que tenía sobre su escritorio, recién sacados de los archivos. Sin embargo, al mirar las notas de los casos, se dio cuenta de que

llevan años sin revisarse. Le vino a la mente la idea desalentadora de que uno de aquellos nombres podría estar en proceso de ser exhumado justo en aquel momento. De repente, que su té estuviera frío le pareció menos importante.

Reprimiendo un bostezo, se recostó y se estiró. Por el rabillo del ojo vio a Tom Janssen entrar en la sala y se inclinó hacia delante instintivamente. Si su inspector se dio cuenta de su movimiento o le molestó de alguna manera, no hizo ningún comentario. Janssen colocó una bolsa marrón para pruebas sobre la mesa que había en el centro de la sala y se giró hacia él.

—Eric, ¿cómo te ha ido? —Como siempre, una vez metidos de lleno en un caso, fue muy directo. Cambiaba de una forma que era increíble de presenciar. Tom Janssen era ingenioso y encantador, pero era capaz de concentrarse hasta tal punto que podía dejar de lado su personalidad en cuestión de segundos.

—He reducido las posibilidades a cuatro —respondió Eric, dando unos golpecitos sobre su escritorio antes de juntar todas las carpetas. Se levantó, las llevó a la mesa y las extendió sobre ella. Janssen se acercó y colocó a su lado—. Te las explico una por una. La primera es Tracy Bartlett. Tenía veinticinco años, salía con un chico de la zona y no tenía hijos. Trabajaba a tiempo parcial en un supermercado cercano, en Hunstanton, y terminó su turno un jueves a la hora del almuerzo, en agosto, hace cinco años. Aquella fue la última vez que alguien la vio.

—¿Quién denunció su desaparición? —preguntó Janssen mientras Eric le pasaba una foto de la joven.

—Su novio, Lee Taylor, aquel mismo día por la noche —explicó, echando un vistazo a las notas del caso—. Él trabajaba por turnos en una planta de procesamiento de alimentos y, al volver a casa del trabajo, encontró la vivienda a oscuras y sin rastro de Tracy. Preocupado, llamó a sus amigos, pero nadie la había visto. Entonces nos llamó a nosotros.

—¿Alguna actividad en las cuentas bancarias de la mujer o en sus tarjetas de crédito? ¿Uso de su teléfono móvil? Ya sabes, ese tipo de cosas.

Eric negó con la cabeza.

—No hay ningún registro de nada de eso. El oficial a cargo de la investigación habló con algunos amigos, que no tenían constancia de que tuviera algún tipo de plan para dejar al novio o irse de la zona. Del mismo modo, se interrogó de manera informal a los compañeros de trabajo y ninguno de ellos arrojó luz sobre su vida personal. Por lo que ellos sabían, Tracy no tenía planes de marcharse, o, si los tenía, no se lo había comunicado a nadie. Se esfumó sin más.

—¿Y el novio? ¿Qué sabemos de él?

—Hay un informe archivado sobre una intervención policial rutinaria por un incidente de violencia doméstica —explicó Eric, levantando las cejas. Para él, eso tenía trascendencia—. Sin embargo, no se practicó ninguna detención y los agentes que acudieron al lugar aseguraron que la situación estaba tranquila cuando se marcharon. No se hizo ningún seguimiento al caso. El novio cuenta con varias detenciones por reyertas y otra por tráfico de drogas, pero de hace bastante tiempo.

—¿Sigue viviendo en la zona?

—Creo que sí. No en la misma dirección, pero sigue viviendo por aquí.

—¿Aparece en el expediente algún objeto personal distintivo que tal vez podamos encontrar en el cadáver?

Eric echó un vistazo al contenido del informe. No le vino nada a la memoria y, seguro de que no había nada específico descrito, negó con la cabeza.

—De acuerdo, ¿quién es la siguiente?

—La siguiente que tengo para ti es Sophie Maddox. —Eric le echó un vistazo a la foto mientras la sacaba de la carpeta, antes de pasársela a Janssen—. Si tuviera que etiquetarlo de alguna forma, diría que el suyo es el caso clásico de persona desaparecida —afirmó, inclinando la cabeza hacia un lado—. Tiene un pasado problemático, se crio en una familia monoparental después de que su padre las abandonara tanto a ella como a su madre cuando apenas tenía tres años. La madre sufría de alcoholismo, no pudo hacer frente a la situación y, a la postre, Sophie acabó bajo la tutela del Estado a los quince años. Pasó por varios hogares de acogida, pero, debido a su edad y a que al parecer tenía problemas de salud

mental, esquizofrenia según reza en el informe, nunca la ubicaron en un hogar permanente.

—¿Qué edad tenía y dónde vivía cuando desapareció? —preguntó Janssen, mirando la foto de la niña.

—Vivía con una madre de acogida, junto con otros tres niños de edad y situación similares. Fue la cuidadora quien denunció su desaparición —siguió leyendo Eric, que buscó después la conclusión de la investigación—. No había indicios de delito —leyó en voz alta —, y existía la posibilidad de que tuviera novio, pero nadie lo confirmó ni lo identificó de forma clara... Al fin y al cabo, cuando desapareció tenía diecisiete años y casi era adulta. No obstante, en aquella época, la ley establecía que en pocos meses dejaría de estar bajo la tutela del Estado.

—O sea, que hicieron un poco la vista gorda y lo dejaron pasar —dijo Janssen con tono de desaprobación—. Otra adolescente fugada cuyo caso no investigó nadie. ¿Tenía algún otro familiar por ahí con quien pudiera haber ido?

—No, aquí no figura nadie más que la madre —respondió—. Es muy triste que alguien tan joven no tenga a nadie más a quien recurrir.

—¿Y dónde está ahora la madre?

—Tendré que investigarlo. No hay detalles en el expediente. — Janssen se quedó mirando la fotografía de Sophie durante unos instantes y luego se la devolvió a Eric, que cerró la carpeta, la dejó sobre la mesa y cogió el tercer caso—. Clare Hardy, desaparecida hace seis años —explicó mientras abría el nuevo expediente y le pasaba la primera hoja a Janssen—. Tenía veintidós años y, en el momento de su desaparición, era trabajadora sexual y tenía un historial conocido de adicción. Este caso es interesante porque la alarma solo saltó cuando su casero fue al piso para reclamarle los alquileres retrasados. El lugar estaba patas arriba y llamó a la policía.

Janssen puso toda su atención en la lectura de la página del expediente que acababa de recibir, en la que se enumeraban diversas detenciones por prostitución, junto con otras múltiples por hurtos menores, robos en tiendas y cosas similares. Fue consciente de que todo ello habría sido necesario para satisfacer la adicción de

aquella mujer. Finalmente, Janssen levantó la vista hacia Eric.

—¿Estuvo relacionado el robo en su casa con su desaparición?

—Clare llevaba desaparecida casi una semana cuando llamaron a la policía. Tardamos un tiempo en localizar el círculo en el que se movía.

—Entonces, ¿trabajaba por cuenta propia?

—Es probable, sí —confirmó Eric—. De haber estado trabajando con un chulo, se habría sabido algo antes.

—A menos que fuera el chulo el que la matara —replicó Janssen—. Aunque, si ese hubiera sido el caso, a ellos les gusta que se sepa lo que ha sucedido para disuadir a otros de violar las normas. Si Clare trabajaba por su cuenta, es lógico que nadie denunciara su desaparición. Conocería a otras chicas que trabajan en su mundillo, pero es posible que ninguna de ellas la viera durante algún tiempo, sin más. Y, a ver, seamos sinceros, hasta que desaparecen unas cuantas, nadie dice nada, ¿no es así?

—Volviendo al estado de su piso, en aquel momento se consideró que ella no estuvo presente cuando lo saquearon, que se largó sin previo aviso para evitar pagar los alquileres atrasados y que muy posiblemente tuviera deudas con un traficante local. Parecía que habían forzado la entrada al piso, y es posible que estuvieran buscando objetos de valor que sustituyeran el pago monetario.

—Todo esto nos ofrece muchos posibles móviles, y también líneas factibles para una investigación —concluyó Janssen—. Comprueba su historial para ver si la han detenido en algún otro lugar del país. Puede que se quitara de en medio para empezar de cero y enderezar su vida, pero, si no es así, es más que probable que vuelva a sus viejos hábitos. De ser ese el caso, estará registrada y podremos descartarla. —Janssen se recostó en su silla, infló las mejillas y echó un vistazo a las carpetas que había sobre la mesa. Eric sabía lo que estaba pensando. Parecía factible que el cuerpo hallado perteneciera a cualquiera de las tres mujeres cuyos casos habían estudiado hasta ese momento—. Has dicho que había cuatro.

—Sí, la última es Lesley Abbott. Y me interesa por varias razones. Desapareció más o menos al mismo tiempo que Sophie Maddox, poco después. Fue una amiga quien denunció su desaparición.

—¿Qué es lo que te parece especialmente interesante de ella? —respondió Janssen, entrecerrando los ojos.

—No encaja en el perfil habitual. No tiene antecedentes penales y proviene de una familia de clase media alta —explicó, echando mano de su cuaderno para volver a familiarizarse con los detalles de ese último caso—. Se quedó huérfana a una edad temprana y la criaron un tío y una tía, pero se fue de casa cuando entró en la universidad. ¡Cambridge, ni más ni menos! Abandonó los estudios y vagó sin rumbo fijo. Durante un tiempo, se alojó con conocidas de la zona. Fue una de ellas quien denunció su desaparición.

—¿Qué le hizo pensar que estaba en peligro?

—Al parecer, se relacionaba con bichos raros y, cuando desapareció del mapa sin dejar rastro y sin decir nada, le pareció muy extraño. La investigación posterior no arrojó ningún resultado. Al no existir indicio alguno de delito, no se tomaron medidas. Se dejó abierto como un caso activo de persona desaparecida.

—Defíneme «bicho raro», ¿quieres?

—Sabía que me lo pedirías —aseguró Eric con una sonrisa en los labios. Volvió al expediente de Lesley Abbott—. La amiga aseguró que Lesley estaba empezando a mostrar interés por lo esotérico y que se estaba juntando con algunas personas de la zona que, según ella, practicaban todo tipo de magia —explicó Eric mientras movía los dedos en el aire, haciendo círculos con las manos para darle dramatismo a su relato. La expresión del rostro de Janssen no se alteró. En todo caso, frunció aún más el ceño. Eric dejó de gesticular y se aclaró la garganta—. Según todos los indicios, Lesley se estaba aficionando mucho al tema. Hablaba de hechizos, dioses paganos y cosas por el estilo. Eso empezó a inquietar a sus compañeras de piso. Tuvieron una discusión al respecto y, poco después, Lesley desapareció.

—Entonces, pudo haberse mudado sin más, ¿no? —preguntó Janssen.

—Eso fue lo que pensaron nuestros colegas en aquel momento.

—Tendremos que hablar con los agentes que investigaron el caso.

—También lo he previsto —respondió Eric—. Uno de ellos sigue en activo, pero se ha trasladado al sur; otros dos están jubilados, y el

último ya ha fallecido.

—No debería ser muy difícil localizar a los jubilados —dijo Janssen con confianza—. Dudo que se hayan ido muy lejos de aquí. Mucha gente viene a Norfolk después de jubilarse, pero pocos jubilados se van de aquí. Cuando he dejado al equipo forense en la escena del crimen, el cuerpo aún no estaba completamente desenterrado. Había indicios de que algunas prendas de ropa podrían haber sobrevivido adheridas al cuerpo, pero aún no habían revelado ninguna identificación. Hoy en día, todo el mundo lleva consigo algo que lo identifica, ya sea una tarjeta de crédito, un carné de estudiante o un permiso de conducir. Si no encontramos nada, ¿qué te sugeriría eso?

Janssen estaba poniendo a prueba sus habilidades analíticas, comprobando lo que había aprendido en el trabajo.

—Si la víctima no tiene identificación, probablemente eso sea indicativo de dos opciones. O bien el asesino y la víctima se conocían, lo que significa que identificar a uno de ellos puede conducirnos al otro, o bien no se conocían, pero se podría situar al asesino junto a la víctima en torno al momento o al lugar de la muerte. —Eric miró a Janssen para evaluar si la respuesta era adecuada. Este permaneció impasible, lo cual le dio pie para continuar—. Al eliminar cualquier posibilidad de identificación del cadáver, se crea ambigüedad para los agentes que investigan el caso y el asesino dispone de más tiempo para alejarse de la escena del crimen.

Janssen sonrió. Eric suspiró en silencio, aliviado.

—Correcto en todos los aspectos, Eric. La ubicación del enterramiento también me parece interesante. Es muy descarado. La playa suele estar muy concurrida, está transitada durante todo el año y el lugar donde se ha encontrado el cuerpo está cerca del *camping vacacional*. *Los riesgos que corrió el asesino tanto en el momento de enterrar el cuerpo como ante la posibilidad de que lo descubrieran posteriormente me sugieren que se trata de alguien de la zona. Si no es un residente, sin duda es alguien con un profundo conocimiento del lugar. Se sentía cómodo. Creo que es muy probable que el asesino siga entre nosotros.*

CAPÍTULO 4

Janssen se giró y se estiró para coger la bolsa marrón para pruebas que había llevado consigo y dejado en una mesa cercana. Se inclinó hacia delante en su silla, la abrió y sacó una bolsa para pruebas transparente más pequeña. La dejó sobre la mesa y le hizo un gesto con la cabeza a Eric para indicarle que le echara un vistazo.

—Cuando he dejado al equipo forense, este era el único objeto distintivo que se había encontrado en el cadáver. ¿Qué te parece?

Eric pudo ver que la bolsa contenía un collar. La cadena era de plata y tenía un diseño de anillas con eslabones muy finos. Se unía en ambos extremos a un colgante que consistía en dos medias lunas situadas a cada lado de un círculo más grande.

—Yo diría que se trata de una triple luna —afirmó Eric, mirando a Janssen—. Describe las tres fases de la luna: creciente, llena y menguante. ¿Me permites? —Janssen asintió con la cabeza y Eric cogió la bolsa. Le dio la vuelta para poder ver el reverso del colgante y admiró la calidad de la elaboración del objeto—. ¿Sabes? No creo que se trate de una pieza que se fabrique de forma masiva. La cadena sin duda sí, pero el colgante no.

—¿Crees que es valioso?

Eric se encogió de hombros. Valorar el objeto estaba muy por encima de sus conocimientos limitados sobre el tema.

—Mi hermana elabora sus propias joyas. Ha estudiado el proceso como parte de su curso de diseño en... Bueno, eso da igual —dijo, haciendo un gesto con la mano para restarle importancia—. Sarah es muy hábil, sabe hacer trabajos sencillos en metal y cosas por el estilo. Sin embargo, esto está muy por encima de lo que ella sería capaz de hacer. Se puede ver aquí —añadió, señalando el reverso,

en el punto en el que una de las medias lunas se unía al círculo completo—, donde está la soldadura de la unión. Es obvio que luego se habrá trabajado y pulido para dejarla lisa, pero, si se tratara de un artículo producido en serie, se habría calentado, después vertido en moldes y, por último, fundido en lotes, probablemente en tandas de centenares. Aquí se puede ver el trabajo manual, es bastante notable.

—Bien podría tratarse de un encargo personalizado, lo que ayudaría a identificar a su propietaria, pero el diseño en sí es bastante común —replicó Janssen mientras inspeccionaba la unión que Eric le acababa de señalar.

—Bueno, pero puede que fuera importante para la persona que lo llevara —contrarrestó Eric—. Puede que fuera religiosa. A veces, los cristianos utilizan este diseño para representar la Santísima Trinidad. Soy consciente de que se trata de un tiro al aire, pero es un punto de partida. Hay varios lugares en la zona relacionados con la artesanía. Si la víctima es de por aquí, siempre existe la posibilidad de que lo comprara en una tienda de regalos, en los puestos de artesanía o en el festival folclórico. El fabricante reconocería su propio trabajo. Si se trata de una pieza única, tal vez incluso recuerde al comprador.

Tras decir aquello, esa sugerencia le hizo sentir tonto. Esperar que alguien recordara una baratija vendida al menos cinco años antes, puede que más, y a lo que bien podría haber sido un turista de paso, le pareció absurdo. Se sintió aliviado al ver que Janssen aceptaba la posibilidad.

—Sin duda, vale la pena preguntar. Hagamos una lista de posibles lugares y partamos de ahí —dijo Janssen—. Mientras tanto, hasta que tengamos algo más sustancial con lo que seguir, quiero que revises cada uno de los casos de las personas desaparecidas que tienes ahí. Si no se han reexaminado recientemente, haz un seguimiento y comprueba si esas mujeres reaparecieron en algún momento posterior. Échales un vistazo a los censos electorales, los registros de nacimientos, matrimonios y defunciones, y también puedes consultar la base de datos nacional de la policía. Algunas de ellas tienen antecedentes policiales y los viejos hábitos son difíciles

de erradicar. Es posible que reaparecieran y que no se actualizaran sus archivos. Quizá podamos descartarlas rápidamente, y así nos evitaremos perder el tiempo investigándolas. ¿Alguna idea de por dónde podríamos empezar a buscar a quien hizo este collar? — preguntó Janssen mientras cogía la bolsa de pruebas y la levantaba para volver a inspeccionar su contenido.

—Voy a llamar a Sarah. Sé que ya no vive por aquí, pero es muy amiga de todas las personas que podrían saber algo al respecto.

Una pequeña campana colgada sobre la puerta anunció la entrada de Janssen en la tienda cuando abrió la misma. Había unas cuantas personas en el interior, mirando los productos expuestos. Había diversos objetos dispuestos tras vitrinas de cristal con cerradura o distribuidos por varias mesas de exposición y estanterías. Los objetos variaban desde tallas muy elaboradas de madera hasta joyas y cerámicas, pasando por obras de arte colgadas en las paredes, presumiblemente elaboradas por artistas locales. Algunas de ellas eran piezas abstractas contemporáneas, pero la mayoría eran paisajes que representaban principalmente la costa de Norfolk o parajes rurales. Janssen esperó a que una pareja de ancianos concluyera su compra antes de acercarse al mostrador. Una señora le sonrió cuando él la saludó y le mostró su identificación policial.

—Estoy buscando a Margo Wilson, la propietaria.

—Pues ya no tiene que buscar más —le respondió con una amplia sonrisa—. Sarah me ha dicho que iba a venir alguien.

A Janssen le resultó un poco raro que la hermana de Eric hubiera llamado por adelantado, aunque, en realidad, tampoco importaba.

—Esperaba que pudiera ayudarnos a identificar al fabricante de esto —dijo mientras sacaba el collar del bolsillo, y se lo entregó a la mujer, todavía dentro de la bolsa transparente. Un nuevo cliente se acercó al mostrador; Margo avisó a otro trabajador para que lo atendiera y llevó a Janssen junto a otro mostrador cercano, al lado de una vitrina que contenía joyas de estilo celta.

—A ver, vamos a echarle un buen vistazo —dijo la mujer mientras

se colocaba las gafas que llevaba colgadas del cuello con un cordón. La propietaria se comportaba con una actitud algo jovial, aparentemente entusiasmada e interesada en todo lo que tenía ante sí. Algunas personas eran agradables y optimistas por naturaleza—. Ah, sí. Si no me equivoco, y rara vez lo hago —aseguró con una sonrisa a la que acompañó un guiño—, esto es obra de Beatrice. Estoy casi segura de que lo es.

—¿Beatrice? —quiso confirmar Janssen—. ¿Es de por aquí?

—Sí, sí, claro. Lleva años fabricando joyas en esta zona. Goza de muy buena reputación. No tienen un gran valor comercial, pero sus obras se venden muy bien entre los turistas. Sin duda, le dan para ganarse la vida.

Margo le indicó con un gesto a Eric que se acercara a una vitrina, se puso a su lado y lo guio por la tienda con un toque ligero en el antebrazo. Había seis estantes detrás de la vitrina cerrada con llave que contenían una mezcla de anillos, collares y pendientes de varios estilos. Janssen se fijó en el tercer estante y en un colgante que le recordó al que se había encontrado alrededor del cuello de la víctima. Solo que, en ese, las dos medias lunas se superponían al círculo completo, lo que hacía que la pieza fuera mucho más pequeña que la que él tenía consigo. La señaló.

Margo sacó un manojito de llaves de debajo del mostrador y, tras unos instantes de rastreo, encontró la correcta y abrió la puerta de la vitrina. Sacó el colgante, se lo entregó a Janssen y él lo examinó. Siendo sincero, no sabía decir si había sido confeccionado por la misma persona, pero Margo le dio la vuelta y le señaló una pequeña marca que había en el reverso. Era una impronta que a él le costaba distinguir.

—Esto no está en el collar que tengo yo.

—No. Beatty..., perdón, Beatrice solo empezó a poner una marca en sus piezas cuando comenzó a venderlas en cantidades significativas hace unos años. Antes de eso, creo que lo consideraba más un *hobby*, y vendía solo a familiares y amigos. Cuando su trabajo empezó a ganar popularidad, quiso poner su marca por si su trayectoria seguía en ascenso.

—¿Y lo hizo? Quiero decir, ¿siguió prosperando?

Margo negó con la cabeza.

—No, fue algo efímero. Algunas personas mostraron interés en adquirir sus obras y convertirlas en una línea de productos comercializables, pero, por lo que yo sé, no llegó a nada. Es una pena, la verdad, pero...

Janssen intuyó que iba a dejar la frase en el aire.

—¿Pero?

—Bueno... Beatty es un poco excéntrica, ¿sabe a qué me refiero? Tiende a irritar a la gente sin más motivo que el simple hecho de que parece disfrutar de ello. —Margo bajó la voz para que no la oyeran—. No me sorprendería que pensarán que no merecía la pena lidiar con ella.

—¿Es una persona difícil?

—Y tanto que lo es. Se puede quedar corto definirla como alguien difícil. Yo misma he tenido algunos encontronazos con ella. Pero ojo, también le digo, ¿no son muchas de estas personas creativas un poco excéntricas? Así es como se les ocurren las cosas que hacen.

Janssen asintió de forma educada y volvió a inspeccionar el colgante y las demás piezas expuestas. Los precios que indicaban las etiquetas parecían ser elevados. Si vendía varias de aquellas piezas por ese precio, entonces le estaría yendo bien.

—¿Vende usted muchas obras de arte por cuenta de mucha gente diferente? —preguntó Janssen mientras miraba a alrededor, tratando de evaluar cuántas personas había representadas en la zona de ventas.

—Siempre tengo cosas expuestas pertenecientes a entre doce y quince artistas. Cada uno tiene su propio espacio donde puede exponer lo que quiera. Yo me quedo con una parte de las ventas.

—Por curiosidad, ¿cómo le va a Beatrice?

—Muy bien. Aunque no tanto como antes. Beatty pasó de producir baratijas para ganarse un dinero extra mientras su hija era pequeña a ganarse bien la vida con ello. Ahora no tanto, pero sigue siendo una de las personas de la que vendo más cosas. Empezó con una pequeña sección en una esquina y fue creciendo hasta esto.

—¿Y cuándo diría que empezó a estampar su sello en sus piezas?

—Debió ser hace cinco años, más o menos —dijo Margo, tras

pensarlo con detenimiento—. Imposible que lo hiciera antes, porque fue entonces cuando las cosas le estaban yendo realmente bien, aunque solo le duró un par de años.

—¿Por qué, qué sucedió?

—Perdió el entusiasmo. Se comentaba que su vida personal la distrajo. No debe ser fácil ser madre soltera, sin ingresos fijos, y más cuando su hija le causaba todo tipo de problemas.

Un cliente se acercó y se quedó mirando el expositor contiguo, y Margo pareció reacia a seguir hablando. Janssen lo dejó estar. Los cotilleos le servían de poco. Siempre podía investigar por su cuenta los antecedentes de la mujer.

—¿Tiene su dirección? —preguntó.

—Por supuesto. Espere aquí, vuelvo enseguida.

Margo se dirigió hacia la parte trasera de la tienda y desapareció por una puerta de la que colgaba un letrero que rezaba «Privado». Parecía su oficina. Cuando regresó unos minutos más tarde, le entregó un trozo de papel con una dirección escrita a mano. Luego volvió a colocar en su sitio el colgante que Janssen aún sostenía y cerró la puerta de la vitrina, asegurándose de que la llave quedara bien echada. El inspector volvió a contemplar las piezas.

—¿Es también famosa por sus objetos religiosos, además de los celtas?

—¿Por qué lo dice? —preguntó Margo con curiosidad—. ¿Con «religioso» se refiere al sentido cristiano?

Janssen asintió.

—¿No tiene esto connotaciones religiosas cristianas? Simboliza a la Santísima Trinidad —afirmó mientras observaba el colgante contenido en la bolsa de pruebas que llevaba en la mano.

—Por lo que yo sé, Beatty nunca ha sido una persona influida por la religión. Al menos, no en ese sentido. El simbolismo celta tiene sus raíces en los dioses paganos. La triple luna representa el tres, número sagrado, que supongo que también lo es en el cristianismo, pero en las tradiciones celtas simboliza los tres elementos que se pueden ver: el cielo, el mar y la tierra.

—Comprendo —respondió Janssen, inclinando la cabeza hacia un lado.

—Luego están esas otras cosas que le gusta confeccionar. —Margo miró a su alrededor con nerviosismo. Era la primera vez que se mostraba reticente—. Las piezas que no me gusta tanto tener aquí a la venta.

—¿Cuáles?

—En los últimos años ha habido un interés cada vez mayor por este tipo de cosas —afirmó Margo, guiándolo hacia el estante inferior, donde señaló varias piezas en forma de estrella—. Esa pieza es un heptagrama. Está relacionado con el mundo de las hadas. Luego están los pentagramas. A la gente les gustan y... supongo que son bastante inofensivos, pero... hay personas que siguen estas creencias. No me gusta mucho promocionar estas cosas.

—¿A qué tipo de cosas se refiere?

—A lo relacionado con lo esotérico. El paganismo está bien hasta cierto punto. Mucha gente celebra los solsticios y esas historias, y yo no tengo ningún problema con ello, pero..., en fin, también tiene un lado más oscuro y, bueno..., a mí no me gusta mucho. ¿Me entiende? Quiero decir, ese colgante que tiene ahí tiene varios significados.

Janssen lo miró.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Al margen de los tres elementos terrenales, también puede representar las tres fases de la diosa, en sus aspectos de doncella, madre y anciana. Por no mencionar el símbolo wiccano de la feminidad sagrada. Como le digo, todo esto me resulta un poco extraño, pero parece estar de moda últimamente, así que debo tener al menos algo en stock.

—Sé que los adolescentes suelen sentir curiosidad por lo esotérico, pero no sabía que fuera habitual entre los adultos. Al menos, no entre muchos.

Margo soltó una breve risa a modo de réplica. No fue un gesto despectivo en sí mismo, pero parecía un poco burlón.

—Creo que se sorprendería de hasta qué punto, inspector, de verdad que lo creo. Hay un grupo neopagano que se reúne todas las semanas en un pub aquí, en nuestra localidad. Incluso ponen carteles para anunciarlo. No tengo ni idea de lo que hacen, pero le

aseguro que no hablan de bautizos ni de fiestas parroquiales.

Janssen arqueó las cejas en respuesta.

—¿En un pub? No es que sea algo clandestino, precisamente.

—Gente rara, a mi juicio.

Janssen sonrió. Él no le había pedido opinión y la conversación estaba adquiriendo un cariz algo extraño. Margo debió interpretar su tono como un juicio negativo hacia ella, porque enseguida se excusó alegando que tenía que atender a unos clientes. Solo había una persona en la tienda y su ayudante la estaba atendiendo. Tras agradecerle a la mujer su tiempo y la información que le había dado, Janssen se despidió y abandonó la tienda.

Al salir a la calle, el viento lo azotó. Un recordatorio muy oportuno de que el clima tormentoso de las últimas veinticuatro horas aún no había cesado. El cielo nublado provocaba que el día estuviera más oscuro de lo que debía a aquellas horas y, al mirar el reloj, calculó que el equipo forense solo dispondría de un par de horas más antes de que el mar se volviera a adueñar de la escena del crimen. Sacó el móvil y vio que seguía sin haber señal. Necesitaba confirmar si Beatrice había confeccionado el collar, pues, de ser así, podrían establecer de forma aproximada el tiempo que el cuerpo había estado enterrado en las dunas. Más de cinco años. No era concluyente, pero podría ayudar a acotar la franja temporal.

Haciendo un cálculo rápido, pensó que, si se ponía en marcha de inmediato, tendría posibilidades de llegar a tiempo para la última hora de la excavación. Aunque no podría aportar nada, sentía la necesidad de estar presente cuando desenterraran por fin el cuerpo. Perteneciera a quien perteneciera, tenía una historia que contar, y él tenía la firme intención de escucharla.

CAPÍTULO 5

Janssen llegó a la playa y encontró al equipo forense trabajando duro bajo focos portátiles. Un agente de uniforme mantenía rigurosamente el cordón policial, impidiendo el paso a los curiosos y a la prensa local. Seguramente se había corrido la voz sobre el hallazgo que se había producido en las dunas. Debido a la devastación que la tormenta había causado, los medios de comunicación estaban desplegados por todas partes, por lo que solo era cuestión de tiempo que aparecieran por allí. Una periodista estaba grabando un reportaje ante una cámara cuando Janssen se aproximó al cordón, y la mujer intentó llamar su atención y meterlo en el plano. Pero el inspector se lo había imaginado, así que se agachó bajo el cordón y se alejó sin mirar atrás. La oyó volver a su guion preestablecido, alzando la voz para que se la escuchara por encima del ruido que provocaban el viento y las olas que seguían rompiendo con fuerza en la orilla.

Fiona Williams, que estaba arrodillada junto al cuerpo, lo vio acercarse y se puso de pie.

—Es un esqueleto completo —le informó cuando él la saludó—. Estoy bastante segura de que mi evaluación inicial es correcta. Se trata de una mujer joven y en bastante buen estado de conservación.

—¿Alguna señal de lesiones importantes, huesos rotos, cortes o cualquier cosa que indique la causa de la muerte? —preguntó Janssen, mirando más allá de la doctora hacia el lugar donde se había descubierto el cuerpo. El fotógrafo estaba recogiendo y el equipo forense se estaba preparando para levantar los restos y disponerlos para su transporte.

—No, nada aparte del golpe en la cabeza. Tampoco hemos encontrado ningún indicio de que hubiera alguna cosa enterrada junto al cuerpo o cerca del mismo que pudiera hacernos creer que se golpeó la cabeza al ser depositada en su tumba. Eso me invita a pensar que lo más probable es que sufriera el daño en el cráneo antes de morir. Creo que será casi imposible confirmar de forma exacta, más allá de una sospecha evidente, que ese golpe fue la causa de la muerte. Parece que hay algunas manchas en la tela con la que estaba envuelta, a la altura de la cabeza. Imagino que las pruebas de laboratorio concluirán que se trata de sangre.

—La mataron en otro lugar y la abandonaron en las dunas — concluyó Eric, frunciendo los labios.

—Siempre existe la posibilidad de que estuviera todavía viva cuando la enterraron, simplemente inconsciente, pero nunca lo sabremos con certeza.

—¿Hemos tenido alguna suerte con la identificación? ¿Podemos ponerle un nombre? —preguntó Janssen, esperanzado, aunque esas esperanzas pronto se desvanecieron.

—Me temo que no. Va a tener que ganarse su sueldo, detective — respondió Fiona—. Sin embargo, creo que el equipo sí que ha logrado realizar algunos hallazgos valiosos.

Janssen le dio las gracias y llamó la atención del jefe de la Unidad Criminalística. Lo reconoció: era Terry Manafort, un investigador con mucha experiencia. Se habían visto varias veces con anterioridad. El agua estaba llegando ya hasta el límite de la escena del crimen y el equipo catalogaba apresuradamente los restos del esqueleto, los envolvía con cuidado y los colocaba en las bolsas para pruebas que los estaban esperando. Cuando Manafort estuvo convencido de que el equipo podía arreglárselas sin él, condujo a Janssen hasta una lámina de plástico que habían extendido para colocar los objetos antes de cerrar la escena del crimen. En condiciones normales, a esas alturas ya se encontrarían dispuestos en una furgoneta segura, pero las limitaciones de tiempo y la imposibilidad de acercar un vehículo lo suficiente a la playa, y mantenerlo a la vez a salvo del mar que se aproximaba cada vez más, hacían que todo tuviera un aire de improvisación.

Janssen se arrodilló y examinó la colección de bolsas de pruebas que tenía ante sí. No había muchas. La escena no le había proporcionado mucho con lo que trabajar.

—Había algunos fragmentos de ropa alrededor del cuerpo. Debía vestir una chaqueta o una camisa vaquera. El tejido resistente ha sobrevivido —explicó Manafort.

Janssen lo examinó sin abrir la bolsa. En la oscuridad, que era cada vez mayor, parecía un tejido negro, pero eso podía deberse a la humedad del material; lo más probable es que fuera azul. Pasó a la siguiente prueba, que parecía ser una bandolera o un bolso de mano con una correa larga.

—¿Es de cuero? —preguntó, alzando la vista por encima del hombro.

Manafort negó con la cabeza.

—Lo dudo. Creo que determinaremos que se trata de una imitación de cuero fabricada con materiales sintéticos. Está demasiado bien conservado para ser natural. Supongo que será un artículo producido en masa, así que no le servirá de mucha ayuda. Sin embargo, el contenido del bolso es mucho más revelador. —El jefe de Criminalística le señaló una serie de bolsas de pruebas, que estaban separadas del resto. Janssen se inclinó para examinarlas, con muchas dificultades debido a la cada vez más escasa luz de la que disponían. La primera parecía contener un objeto pequeño y cilíndrico, que supuso que era un pintalabios o un tubo de rímel, y las otras dos incluían artículos cosméticos similares—. Todos son de una marca muy conocida por su característica más destacada: el testeo ético. También se encuentran con mucha facilidad en la mayoría de los grandes establecimientos. Sin embargo, lo que verá en la bolsa de la derecha hace que todo se vuelva bastante intrigante.

Janssen la cogió. El contenido parecía haber sufrido cierto daño por el agua, lo que dificultaba la lectura de la letra impresa. Le pareció una tarjeta de visita.

—¿Esto es lo que creo que es? —preguntó, expectante.

Manafort asintió.

—El laboratorio debería ser capaz de limpiarla bien. Lo que está

viendo estaba dentro de la bandolera. El forro lo ha protegido un poco y creo que habría varios papeles en el interior, probablemente recibos, quizá billetes u otros objetos que se han deteriorado hasta quedar irreconocibles como resultado de la exposición al agua del mar. Sin embargo, esto es una tarjeta plastificada, razón por la cual se ha conservado en parte.

Janssen inclinó la tarjeta hacia los focos y trató de leer el nombre de la empresa.

—Norfolk... no sé qué más... No consigo distinguirlo bien —leyó en voz alta. El apellido estaba borroso por el daño que el agua había causado, pero el nombre, Darren, aún se percibía bien, al igual que el número de teléfono móvil impreso en la esquina inferior izquierda. También se apreciaban los vestigios de un logotipo—. ¿Alguna idea de qué empresa se trata? —preguntó, recurriendo a los conocimientos de Manafort de la zona.

—Si no me equivoco, ese es el logotipo de lo que antes era Norfolk Reactive Sciences, aunque cambiaron de nombre y ahora se los conoce como Norfolk Labtech.

—He oído hablar de ellos. Se dedican a la investigación experimental, ¿no? Si no me falla la memoria, es una empresa bastante importante.

Satisfecho por contar ya con una pista sólida que seguir, Janssen observó un par de bolsas de pruebas que contenían más joyas. Al examinarlas de cerca, comprobó que se trataba de dos anillos. Uno era de plata y tenía una piedra negra en el centro y lo que parecían motivos celtas alrededor del borde exterior, mientras que el otro, también de plata, tenía forma de estrella radial.

—Los hemos encontrado uno en cada mano, todavía en los dedos —le explicó Manafort—. Y tiene razón sobre la empresa. Realizan investigaciones para empresas farmacéuticas, probando productos médicos mediante ensayos en humanos. En su día fueron un referente en el testado de cosméticos... en animales. Durante un tiempo tuvieron bastante mala prensa. De ahí que se renovara la marca y el rumbo, supongo.

Eso le sonó familiar a Janssen, que recordaba vagamente algo que había aparecido en la prensa. Sin embargo, no recordaba los

detalles.

—Hubo varias protestas en su contra, ¿verdad? Hace años.

—Sí. Fueron blanco de los defensores de los derechos de los animales durante varios años. La situación se volvió un poco desagradable. Durante un tiempo se especuló con la posibilidad de que la empresa colapsara ante la presión. ¿No trabajó usted en aquellos casos?

Janssen negó con la cabeza.

—Todo eso sucedió antes de que yo llegara aquí, pero recuerdo que salió en las noticias a nivel nacional.

—Resulta cuando menos curioso encontrar la tarjeta de contacto de un empleado de esa empresa en poder de una mujer a la que, por lo que parece, le gustaba que sus cosméticos fueran éticos.

—Es un planteamiento interesante. A menos que le gustara la marca, independientemente de su filosofía —teorizó Janssen—. Vale la pena investigarlo. ¿Cuándo tuvo lugar todo aquel escándalo con la empresa?

—Hace seis años... quizá siete —respondió Manafort sin convicción—. Tendría que comprobarlo.

Janssen sacó el teléfono y colocó una al lado de la otra las dos bolsas que contenían los anillos. Las iluminó con la linterna de su teléfono y tomó un par de fotografías; luego, hizo lo propio con el collar y el colgante. Seguro de que ya le habían facilitado toda la información disponible, permitió que el equipo cerrara la escena del crimen y se dirigió al lugar donde había aparcado su coche. Justo cuando abría la puerta del mismo, oyó un movimiento detrás de él. Era la periodista que estaba junto al cordón policial cuando llegó. El cámara que la acompañaba entonces no estaba ahora junto a ella.

—Hola, ¿pertenece usted al equipo de investigación? —le preguntó la mujer con una cálida sonrisa en el rostro.

—Sí, pero me temo que no puedo ofrecerle ninguna información en estos momentos.

—No se preocupe, no voy a ponerle en un compromiso. Estábamos recogiendo para terminar la jornada y lo he visto volver —dijo mientras señalaba por encima del hombro a su compañero, que estaba cargando cajas en la parte trasera de una furgoneta situada

en el aparcamiento de la cafetería de la playa—. ¿Puede al menos confirmarme que se trata de un cadáver? Total, si todo el mundo está hablando ya de ello. —Janssen no respondió, solo sonrió educadamente—. Sería una gran primicia. Me han enviado para grabar unos cuantos árboles caídos y entrevistar a los vecinos preocupados por las inundaciones.

—Nunca se sabe cuándo va a estallar noticia —respondió el inspector, mirando más allá de la periodista, hacia la escena que se extendía en las dunas. Desde donde se encontraban, solo se veía el resplandor de los focos.

—Me llamo Kelly. Kelly Donovan —se presentó, tendiéndole la mano.

Él se la estrechó.

—Tom Janssen. Inspector —añadió, interpretando la mirada inquisitiva de la periodista—. Encantado de conocerla, Kelly. Pero tendrá que esperar a la declaración oficial.

Ella sonrió y él le guiñó un ojo mientras se sentaba en el asiento del conductor. La mujer le pasó una tarjeta de contacto, y él le echó un vistazo rápido y se la guardó en el bolsillo.

—Por si acaso quiere ofrecirme una exclusiva en algún momento —dijo la mujer, con tanta confianza que le hizo reír.

—Lo tendré en cuenta.

Kelly Donovan se dio la vuelta y él la vio alejarse. Su teléfono emitió el sonido de dos notificaciones. Las redes debían volver a estar operativas. Echó un vistazo a la pantalla y vio un mensaje de Alice y una llamada perdida de la comisaría. Abrió el mensaje, que decía de forma escueta: «Me he ido a casa, nos vemos mañana». Maldijo entre dientes. Había perdido completamente la noción del tiempo. Llamó a Alice y esperó, pero le saltó el buzón de voz. El símbolo de la pantalla indicaba que tenía cobertura máxima. O bien Alice no tenía buena cobertura donde estaba, o había apagado el teléfono. Sospechaba lo segundo, y colgó sin dejar ningún mensaje. Eran casi las nueve de la noche. A pesar de ser tan tarde, decidió visitar a una persona más antes de dar por terminado el día.

CAPÍTULO 6

Llovía sin cesar cuando Janssen llegó a la dirección. La segunda tormenta que se había estado gestando durante todo el día estaba a punto de impactar en tierra firme, coincidiendo con una pleamar. Saber que los ingenieros militares habían estado supervisando las defensas contra las inundaciones le daba confianza al inspector, pero la zona aún no estaba fuera de peligro. Los ingenuos que pensaran que lo peor ya había pasado podrían llevarse una buena sorpresa. La propiedad estaba situada al final de un camino y flanqueada por todas partes por árboles maduros que ofrecían un respiro al viento que azotaba aquellas planicies. El inspector miró a su alrededor. Los edificios anexos, que en su día habrían formado parte de una pequeña finca o se habrían arrendado a agricultores, parecían haber quedado en desuso y apenas se había prestado atención a su mantenimiento. La única excepción era un pequeño granero adosado a la casa principal, que era en sí misma una modesta cabaña de trabajadores agrícolas con techo de paja y ventanas pequeñas.

No se veían luces en el interior de la casa principal, pero el granero estaba iluminado en su interior y algo se movió frente a una luz, proyectando una sombra fugaz. Janssen se abrochó el abrigo, salió del coche y cruzó el patio trotando. Lo que antes habría sido un acceso para carros se había convertido ahora en la puerta de entrada y, a falta de timbre o aldaba, golpeó la madera con el puño. Pasaron unos instantes sin respuesta y se subió el cuello del abrigo para protegerse de la lluvia, que arreciaba. Repitió el movimiento y llamó con más fuerza, con la esperanza de que lo oyeran por encima del ruido que provocaban tanto el viento como la lluvia torrencial. Escuchó el sonido de un cerrojo que se deslizaba y, acto seguido, la

puerta se abrió con un crujido, mostrando al instante un par de ojos sospechosos que parecían estar evaluándolo.

—¿Beatrice Malloy? —preguntó el inspector, mostrando su placa. La mujer asintió, pero no dijo nada—. Soy el inspector Janssen. ¿Podemos hablar?

Ella lo miró fijamente durante unos instantes, y un poco después se hizo a un lado y lo dejó pasar. La mujer cerró y él se quedó de pie, en relativa calma, en marcado contraste con el exterior. Janssen hizo todo lo posible por no sacudirse el abrigo dentro de la propiedad mientras observaba el aspecto de Beatrice. Juzgó que tendría poco más de setenta años, pero pensó que podría ser más joven. Tenía el pelo de diferentes tonos de gris, recogido hacia atrás y sujeto en la nuca con una cinta multicolor que combinaba con el jersey raído que llevaba puesto. Era delgada, de aspecto ascético y con una expresión desconfiada que revelaba que su presencia la incomodaba. Lo que Janssen desconocía era si aquel era su comportamiento habitual o si era la policía lo que la hacía sentir inquieta. Quizá fuera él.

—¿Qué puedo hacer por la policía a estas horas, inspector? ¿Le ocurre algo a mi hija?

—Siento las horas, pero estoy seguro de que su hija está bien, señora Malloy.

—Bueno, yo si fuera usted no me precipitaría en alcanzar esa conclusión, pero no se preocupe por la hora. —Beatrice pasó junto a Janssen mientras él se secaba el agua de la lluvia de los ojos con la palma de la mano—. Como puede ver, suelo trabajar hasta tarde casi todas las noches.

El inspector miró a su alrededor. El granero era un taller. Había varios bancos de trabajo dispuestos a lo largo las paredes exteriores. Todos estaban llenos de materiales, cubas de plástico, bandejas y botellas, distribuidos junto a herramientas y otros equipos. En una esquina había un objeto grande que dominaba la zona, pues no tenía nada más a su alrededor.

—¿Es un horno?

Beatrice levantó la vista desde donde se había sentado, una banqueta con una lupa grande fijada al borde que le permitía tener

las dos manos libres para trabajar.

—Más o menos, sí —respondió, volviendo a lo que estaba haciendo.

Janssen se acercó y vio que estaba trabajando en una pulsera de plata, aparentemente en el proceso de engastar piedras en ella. Eran una mezcla de gemas verdes, rojas y azules.

—¿Son tan valiosas como parecen? —preguntó el inspector.

Ella negó con la cabeza.

—Son cristales pulidos, pero dan el pego, sin duda. Admiro su interés, inspector, pero ¿en qué puedo ayudarlo?

Janssen cogió la bolsa que contenía el collar que habían encontrado en el cuerpo en la playa y se la ofreció.

—Esperaba que pudiera ayudarme a identificarlo.

Beatrice aceptó la bolsa, se bajó las gafas de media montura de la cabeza y se inclinó para inspeccionar el objeto.

—Mmm... Supongo que podría ser mío... —dijo con voz tranquila, antes de volver a sentarse erguida. Miró al inspector y exhaló—. De hace algunos años, si es que lo es.

—¿Cuándo se realizó?

—Este es de los primeros, como le acabo de decir. Probablemente de antes de que empezara a vender en tiendas, o poco después. No sabría decírselo con exactitud. Hace entre seis y ocho años, supongo, pero la verdad es que no llevaba un control preciso.

—¿Tiene idea de cuándo o dónde lo vendió?

Beatrice se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—Sería de ayuda si pudiera acotar un poco más la franja temporal.

La mujer hizo ademán de cruzar los brazos sobre el pecho, pero, antes de completar el movimiento, levantó una mano y se frotó un lado del cuello con la palma.

—Lo siento, es que al principio no llevaba registros. Tenía puestos en ferias pequeñas y mercadillos, ya sabe, ese tipo de cosas. ¿Por qué? ¿De qué se va todo esto? —Se bajó de la banqueta y se puso de pie, se apoyó contra uno de los bancos de trabajo y colocó los brazos a la espalda.

Janssen ignoró la pregunta por el momento.

—¿Y estos? —le preguntó tras sacar el móvil y mostrarle las fotos que había tomado de los anillos encontrados en la escena del

crimen.

Beatriceladeó ligeramente la cabeza y entrecerró los ojos.

—Oh... No estoy muy segura. Puede que sean míos, pero hago muchas joyas. Lo siento.

—¿Siempre ha confeccionado piezas con temática mística o esotérica?

—Yo hago lo que se vende —respondió Beatrice con seriedad—. No tengo nada de artista, nunca lo he tenido. Puede que eso le sorprenda, o tal vez no, inspector. Si hay demanda e interés en el mercado, estoy encantada de responder a ello. Los motivos que empleo se inspiran en gran medida en el arte celta tradicional, el nórdico y otras tradiciones paganas. El tema del esoterismo ha experimentado un cierto resurgimiento en los últimos años.

—¿Por qué cree que es así? ¿Vivimos ahora en una sociedad más oscura?

Ella se rio ante esa idea.

—Creo que la prevalencia de la brujería y los vampiros en el cine y la televisión en los últimos tiempos tiene mucho que ver, ya que me lo pregunta. Lo esotérico se ha vuelto guay, y no solo entre los góticos.

El pestillo de una puerta interior hizo clic cuando alguien la abrió desde la casa principal; ambos se giraron para ver entrar a una joven.

—Mamá, estaba... —La mujer dejó hablar en cuanto percibió la presencia de Janssen, entrecerrando los ojos al verlo—. Lo siento, no sabía que tenías compañía.

El inspector calculó que la chica tendría veintimuchos años, tal vez treinta y pocos. A pesar de haberse quitado el abrigo, tenía el pelo mojado, lo que delataba que debía haber regresado a casa hacía poco. Llevaba su pelo liso suelto hasta los hombros; era demasiado oscuro como para no estar teñido. Un jersey negro y un lápiz de ojos a juego, aplicado tanto en los párpados superiores como en los inferiores, completaban un *look bastante llamativo*.

—*No pasa nada, cariño —dijo Beatrice—. Es un policía. Se han cruzado con una de mis joyas y ha venido a preguntarme por ella.*

—*Ah... Os dejo entonces. —La chica apartó la mirada, se dio la*

vuelta y se marchó por donde había entrado, cerrando la puerta al salir.

No había establecido contacto visual con el inspector en ningún momento. Eso le pareció extraño a Janssen, pero no inusual. Era algo frecuente en su trabajo. Beatrice vio marcharse a su hija mientras jugaba distraída con la cadena que llevaba alrededor del cuello.

—Tendrá que perdonar a River, inspector. No se siente muy cómoda con los hombres... o con los agentes de policía, si le soy sincera.

—Lo siento. ¿Por alguna razón en particular? —preguntó Janssen, que sentía curiosidad.

—Demasiadas como para contárselas todas. Se pasaría aquí toda la noche. ¿Hay algo más que quiera preguntarme sobre el collar? Como ya le he dicho, no recuerdo haberlo vendido ni a quién se lo vendí.

Janssen echó un vistazo a las notas de su libreta.

—Ella tendría una edad similar a la de su hija. ¿Cuántos años tiene River ahora? ¿Treinta, treinta y dos?

—Veintiocho —respondió Beatrice, algo cortante, casi molesta—. Pero parece mucho mayor, se lo admito. —Janssen se sorprendió por la respuesta, aunque no lo mostró. Él también habría calculado que River era mucho mayor de lo que era. Normalmente, se le daba bastante mejor juzgar esas cosas. Quizá el maquillaje y la ropa lo habían confundido—. Perdone, inspector, pero ¿a qué viene todo esto?

—Tengo entendido que, antes de vender sus obras en las tiendas de regalos de la zona, usted solía fabricarlas y venderlas a familiares y amigos. ¿Es eso correcto? —La mujer asintió—. Es de suponer que fabricaba menos piezas y que operaba a una escala mucho menor que ahora.

—Sí, eso es cierto.

—En ese caso, si este es uno de sus primeros trabajos, sería lógico pensar que usted conozca a la persona que posee este collar o a quien se lo compró para regalárselo.

—No recuerdo que ninguna chica me comprara nada en este caso, lo siento.

—¿Se le da mejor recordar nombres? —le preguntó al acordarse de

la tarjeta de visita que habían encontrado en el bolso de la víctima. Buscó el nombre, sin mencionar la fuente de la que procedía—. ¿Podría sonarle el nombre de un hombre llamado Darren? ¿Quizá un novio que compró un regalo para su pareja? —La mujer no mostró ningún signo de reconocimiento y negó con la cabeza. Janssen sintió que habían llegado al final de la conversación, así que cerró la libreta, cogió la bolsa de pruebas que contenía el collar de la mesa de trabajo y se guardó ambas cosas en el abrigo—. Bueno, creo que eso es todo por ahora. Le agradezco su tiempo. Como le he dicho, soy consciente de que es muy tarde.

—Siento no haber podido ayudarlo más.

Janssen se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta. Se abrochó el abrigo y se preparó para darse una carrera hasta el coche. Sacó una tarjeta de contacto de su cartera y se la entregó a Beatrice.

—Si se le ocurre algo, ¿podría llamarme?

Ella le indicó que lo haría y le abrió la puerta. Al mirar hacia el exterior, vio que la lluvia caía prácticamente de forma horizontal.

Salió a la oscuridad y escuchó cómo se cerraba la puerta detrás de él antes de que hubiera tenido tiempo apenas de dar un par de pasos. Llegó al refugio relativo que le ofrecía su coche, se subió lo más rápido que pudo y cerró la puerta de un portazo. Al mirar hacia la casa principal, estuvo casi seguro de haber visto moverse una cortina, pero seguía sin haber luces visibles en ninguna de las habitaciones. River podría haberse ido a la cama o estar en una de las habitaciones de la parte trasera de la casa. Pensó en la reacción de la joven ante su presencia y en por qué podría no gustarle la policía. Había innumerables razones por las que podrían no agradarle los hombres en general, pero la mayoría de las personas encontraban seguridad o tranquilidad en la presencia de la ley. Aquellos que no lo hacían, a menudo guardaban secretos u ocultaban un sentimiento de culpabilidad. «¿Cuál es tu caso, River?».

Janssen recordó la llamada perdida de la comisaría y miró la hora. Era demasiado tarde para devolverla. Todo el mundo se habría ido a casa y la comisaría estaría desierta durante la noche. Una llamada a aquellas horas se desviaría al centro de control de la zona y no

serviría de nada. Podría ponerse al día con Eric por la mañana. Escribió un breve mensaje de texto de disculpa a Alice, hizo clic en enviar y esperó la confirmación de que, en efecto, se había mandado. Al arrancar el coche, los faros iluminaron la casa a través de la lluvia torrencial y se dio cuenta de que el taller del viejo granero también estaba ya a oscuras. Tenía la impresión inevitable de que Beatrice había mostrado cierta reticencia durante toda la conversación, pero tal vez le estaba dando más importancia de la debida. Al fin y al cabo, Margo la había descrito como una mujer un poco excéntrica y, por su primera impresión, tenía que estar de acuerdo con esa definición. También le había insinuado que River era una chica problemática. Quizá tuviera antecedentes con la policía local que él desconocía. Tomó nota mental de investigarla a la mañana siguiente y se dirigió hacia casa.

CAPÍTULO 7

El policía la miró directamente, estaba segura de ello. De forma instintiva, se alejó de la ventana, y esa sensación tan familiar de opresión en el pecho volvió a ella mientras se quedaba mirando la lluvia exterior. De nuevo, repasó la conversación una y otra vez en su mente, y al visualizarlos conversando cuando entró en el granero, le resultó evidente que él ya lo sabía. Ya fuera por la forma en la que la miraba con aquellos ojos oscuros y penetrantes o por las dudas que en él había despertado su comportamiento, aquel hombre era alguien a quien temer. Los faros del coche se encendieron, iluminando el interior de la casa durante una fracción de segundo y proyectando una sombra de las cortinas en la pared del fondo, pero ella ya estaba fuera de la vista.

Sentada sobre la cama, River reconoció el sonido del cambio de marcha cuando el conductor dio la vuelta al coche. Al volver a mirar por la ventana, comprobó que el vehículo se alejaba de la casa por el camino estrecho y suspiró. Estaba a salvo. Entonces, ¿por qué no lo sentía así? Se oyeron los crujidos reveladores que anunciaban que alguien estaba subiendo las escaleras y llegando al rellano, justo frente a su habitación, y se giró hacia la puerta. Alguien golpeó la misma de forma suave y, acto seguido, apareció el rostro de su madre, que se asomó y escudriñó el dormitorio en su busca.

—River, ¿estás aquí?

Su voz era suave y amable, muy diferente a la de la mujer que la había criado todos aquellos años. Quería correr hacia ella, lanzarse a los brazos de su madre y que la consolara. Pero no lo hizo. En lugar de eso, la invadió una avalancha de sensaciones. Sintió que se le enrojecía la cara, se le agolpaban los pensamientos y se le tensaban

los músculos. Abrió la boca para hablar, pero no le salieron las palabras y, en vez de eso, comenzaron a brotarle lágrimas. Su madre se acercó y le puso un brazo reconfortante sobre el hombro. River sintió cómo la atraía hacia sí y la abrazaba con fuerza. Respondió agarrándose al jersey de su madre como haría una niña que acabara de despertarse de una pesadilla intensa.

—Yo... yo... no puedo volver atrás, mamá —balbuceó entre sollozos—. No voy a volver.

Su madre le apartó el pelo de la cara y le susurró palabras tranquilizadoras mientras la mecía suavemente hacia delante y hacia atrás.

—No tendrás que hacerlo, cariño. No tendrás que hacerlo.

Se apartó un poco de su madre y levantó la vista para intentar leer su expresión. La luz que entraba desde el exterior era mínima, y solo le permitía ver los detalles más superficiales. Qué fuerte. Qué capaz. Si tuviera tan solo la mitad de la fuerza y el coraje que tenía su madre, habría podido hacer frente a todo aquello. Pero ella no era su madre, y nunca podría serlo.

—¿Por qué ha tenido que venir aquí? ¿Y si... y si empiezan a buscar...?

—No lo harán, cariño —afirmó su madre, colocando la palma de una mano sobre su mejilla. La piel era áspera al tacto, endurecida por años de trabajo artesanal. Le acarició la mejilla hasta que se detuvo, le levantó la barbilla con un movimiento suave del dedo índice y la obligó a mirarla a los ojos—. No te va a pasar nada. Yo me encargaré de ello. Sabes que lo haré.

—¿Me lo prometes? —se oyó preguntar a sí misma. Su voz sonaba débil, patética. No siempre había sido así, pero cinco años de infierno la habían cambiado, habían alterado su percepción del mundo, y ya no había manera de regresar a como habían sido las cosas antes.

—No te voy a volver a fallar —respondió su madre.

La firmeza con la que le ofreció ese compromiso le dio consuelo y suavizó su respiración, que dejó de ser entrecortada y rápida. El temblor de las manos se le fue calmando y volvió a ella una sensación de seguridad, de tener a alguien a su lado que estaba

dispuesta a soportar la tensión y que era capaz de ello. Estaba en casa y nada iba a volver a alejarla de allí.

CAPÍTULO 8

Tras colocar la última fotografía en el tablón, la inspectora jefe Tamara Greave dio un paso atrás y observó a las cuatro mujeres. Cada una de las fotografías había sido proporcionada por familiares o seres queridos. Las cuatro caras aparecían felices, sonrientes. Eran instantáneas de momentos que irradiaban la alegría de sus vidas particulares, pero, como solía ocurrir en aquellos casos, no reflejaban la realidad de su día a día. Al menos en el momento de sus vidas en el que desaparecieron sin dejar rastro. No había ninguna señal evidente de la adicción de Clare Hardy a las drogas y el alcohol mientras se acurrucaba junto al *golden retriever de su madre, en un intervalo posiblemente breve entre la rehabilitación y una recaída. Tampoco se veían signos de una relación conflictiva en la imagen de Tracy Bartlett, tomada en una fiesta en la playa un día de verano. Nada en su expresión despreocupada sugería que estuviera amenazada o anunciara un deseo de huir. La preocupación de Lesley Abbott por todo lo relacionado con el esoterismo era curiosa, pero no tan alarmante en la actualidad como podría haberlo sido para el círculo social de sus padres.*

Greave recordó el alboroto que se había armado en su instituto cuando se descubrió a un grupo pequeño de alumnos de su curso explorando el uso de una *ouija. Fue fácil sacar conclusiones precipitadas. Varios padres se pusieron en contacto con el centro, temiendo que una secta estuviera corrompiendo a sus hijos. En realidad, se trataba de una fascinación infantil acerca de algo que se salía de la norma. Un desafío a las tradiciones establecidas, a los himnos de la ceremonia matutina de cada mañana y a las clases de religión centradas principalmente en el cristianismo. Todos aquellos*

niños dejaron de estar interesados en ello y nunca se sumergieron en la oscuridad que sus padres temieron. Sin embargo, Lesley era mayor cuando desapareció. Su fascinación iba más allá de la mente curiosa de una adolescente. Una chica con tendencia a dispersarse y divagar, sin ningún objetivo aparente en su vida. Una mujer con una personalidad de esas características era muy capaz de desaparecer por su propia voluntad sin que fuera el resultado de nada siniestro.

Todos los posibles nombres que se barajaban para la víctima estaban, en mayor o menor medida, asociados a un pasado trágico. Sin embargo, Sophie Maddox era el nombre que más le llamaba la atención a Greave. No necesariamente porque hubiera una probabilidad mayor de que fuera ella quien estuviera enterrada en las dunas, sino más bien por su historia personal. Las demás tenían a alguien, un ser querido o una familia. Sophie era un producto del sistema. A todos los efectos, era huérfana, se había criado en diferentes hogares y se había mudado de un lugar a otro sin gozar de una seguridad real. Tenía una edad en la que estaba a punto de verse obligada a enfrentarse al mundo sola. ¿Estaba preparada para ello? Todo el mundo encuentra su camino en la vida. No te queda más remedio. No es algo que puedas elegir, no hay otra. La forma en la que se cría a un niño hasta la edad adulta determina las posibilidades de éxito, sea cual sea la definición de éxito que cada uno haga. Algunas vidas están planificadas, definidas de antemano, mientras que otras van encajando sobre la marcha. Con suerte. ¿Quién moldeó la forma de ver la vida de Sophie e influyó en su visión del mundo y en el camino que quería elegir? Ninguna de las respuestas a esas preguntas se encontraría en las notas desordenadas del expediente de un trabajador social.

Al oír que alguien entraba, se giró esperando ver a Eric con los cafés que le había enviado a buscar. No era Eric. Tenía ante ella a Tom Janssen, cuya boca estaba ligeramente abierta. Parecía estar desconcertado por un instante, al igual que ella. Un cosquilleo recorrió el pecho de Greave, y desapareció casi tan rápido como había llegado. Se miraron en silencio durante un momento; luego, intentaron hablar a la vez.

—Lo siento —dijo Janssen, levantando las manos como pidiendo

perdón—. Adelante.

—Anoche me topé con todo esto. —Mientras la inspectora jefe hablaba, evaluó a Janssen y le pareció que estaba cansado. Más que la última vez que trabajaron juntos. Aparte de eso, seguía siendo Tom, con el mismo aspecto llamativo. Con su físico imponente, su estructura ósea bien marcada y su abundante pelo rubio, y también con un ligero aire de rudeza que amenazaba con suavizar su porte, pero que solo servía para subrayar sus atractivas facciones. Sin embargo, había algo más, algo que ella no había visto antes en su mirada. De pronto, se percató. Él no lo sabía—. El superintendente jefe me quiere en este caso. No se lo han dicho, ¿verdad?

El inspector se mordió el labio inferior e hizo rodar la lengua por el interior de su mejilla. Tom Janssen nunca debería jugar al póquer con ella.

—Estuve hasta tarde en la escena del crimen y... las comunicaciones estuvieron cortadas casi todo el día. —Aquel era el Tom que ella recordaba. Comedido, tranquilo.

—No es un problema que yo esté aquí, ¿verdad? —Greave notó cómo la duda se apoderaba de su voz.

La llegada de Eric rompió el silencio incómodo. Debió darse cuenta del ambiente que se respiraba, porque se detuvo y miró alternativamente a uno y a otro.

—¡Ah...! Te llamé anoche para decirte que la inspectora jefe Greave estaría aquí esta mañana —explicó Eric a Janssen mientras dejaba la bandeja con los cafés en la mesa más cercana y le pasaba una taza a Tamara. Ella la aceptó con una sonrisa—. Te he traído lo de siempre —añadió entregándole un café a Janssen, que se lo agradeció con una media sonrisa.

—¿Qué es lo de siempre? —preguntó Greave, quitando la tapa de su taza—. Para saberlo para el futuro.

—Solo y sin azúcar —respondió Janssen, cruzando la sala de operaciones antes de dejar su taza sobre el escritorio. Tamara lo observó mientras se giraba y se quitaba el abrigo. Café solo. No era ninguna sorpresa. Le pegaba. Sin tonterías. Al volver, ya con el café de nuevo en las manos, parecía como si el momento incómodo nunca hubiera tenido lugar. El inspector señaló en dirección a Lesley

Abbott—. Anoche le hice una visita a Beatrice Malloy.

—Hace joyas similares a las que se encontraron en la víctima, ¿verdad?

—Sí. Me confirmó, más o menos, que ella hizo el collar, pero no estaba tan segura sobre los anillos.

—¿Pudo arrojar alguna luz sobre a quién le vendió el collar?

Janssen negó con la cabeza, pero sus ojos volvieron a posarse en Lesley Abbott.

—¿Se está inclinando por ella?

Janssen asintió.

—Solo por su interés en el esoterismo, que está relacionado con el colgante encontrado en el cadáver. Eric, ¿has conseguido localizar a las compañeras de piso o a la persona que denunció su desaparición?

—Sí. Una de las que vivía con ella sigue residiendo en la zona. Tiene un piso en Wells. Eso está a un paseo de donde se encontró el cadáver. —Eric dirigió esa última frase a Tamara, consciente de que la inspectora jefe conocía menos la zona.

—Supongo que habrán estado investigando a todas las mujeres que figuran en los informes originales de personas desaparecidas y no solo a esta, ¿verdad? —dijo en voz alta, mirando la foto de Lesley. Por el rabillo del ojo, vio que Tom Janssen cambiaba ligeramente de postura y suspiraba.

—He encontrado la dirección actual del novio de Tracy Bartlett. Sigue en Norfolk. La madre de Clare Hardy falleció el año pasado y su padre no estaba presente en su vida, así que, hasta donde sabemos, no tiene familiares vivos.

—¿Y la chica que estaba bajo tutela, Sophie Maddox? —preguntó Tamara, mirándolo directamente.

Janssen se estaba bebiendo su café mientras dirigía la mirada a las distintas partes del tablón y leía la información que ya figuraba en él.

—Vivía con una madre de acogida. Tengo aquí la dirección —afirmó Eric, agitando su libreta en el aire.

—Vale, creo que deberíamos hacer lo siguiente. Han enviado a Norwich los restos de la víctima para realizar un análisis forense completo. Después de hablar esta mañana con el equipo que

procesó la escena del crimen, es poco probable que la autopsia nos facilite la causa real de la muerte y, desde luego, no nos va a dar ninguna fecha. Teniendo en cuenta el tiempo que el cuerpo ha estado en la arena, lo único que vamos a obtener son probabilidades.

»Sin embargo, van a tratar de agilizar el análisis químico de los huesos. Eso nos va a proporcionar una riqueza de información que nos ayudará a reducir un poco la lista de nombres probables que tenemos ahora mismo. Además de ofrecernos una edad probable de la víctima, también podrán decirnos si creció aquí o en algún otro lugar, en qué región pasó tiempo o, con suerte, de qué país era originaria.

»Si se trata de una mochilera extranjera o una trabajadora migrante, tendremos algún lugar al que acudir para obtener pistas sobre su identificación. Ponerle un nombre a la víctima es la prioridad número uno. —La inspectora jefe miró a Eric, que la escuchaba atentamente, y luego a Janssen, que mantenía su atención en los tableros informativos, frotándose distraído la barbilla—. Tenemos tres víctimas que cuentan con familiares cercanos con los que podemos hablar.

»Si Beatrice no nos ha sido de gran ayuda para identificar quién compró el collar o los anillos, veamos si las personas más cercanas a las chicas desaparecidas sí son capaces de reconocerlos. Eric, ¿puede ir a ver al novio de Tracy? Tom, ya que se está inclinando por Lesley Abbott, ¿por qué no llama su compañera de piso? Yo iré a ver a la madre adoptiva de Sophie. Después nos reuniremos aquí, quizá podamos lograr una identificación certera. El primero que termine y regrese a la comisaría puede seguir con el caso de Clare Hardy, la trabajadora sexual desaparecida. ¿De acuerdo?

Eric asintió.

—Me voy ya.

—Pero tenga siempre en mente el motivo de su visita, Eric —dijo Tamara cuando el agente se había dado ya la vuelta—. No solo va a hablar con un ser querido de la posible víctima, sino también con un sospechoso potencial. Puede ocurrir que abra viejas heridas que tal vez aún no hayan cicatrizado, pero evalúe la reacción. El culpable del

asesinato probablemente se pase toda la vida esperando a que alguien llame a su puerta. Téngalo en cuenta.

Eric cogió su abrigo del respaldo de la silla y se encaminó hacia la salida; antes de abandonar la sala, se giró para coger su café y salió corriendo de la misma. La inspectora jefe esperó hasta estar segura de que Janssen y ella estaban solos antes de hablar—. Ha avanzado mucho en poco tiempo.

Janssen miró en la dirección por la que se había ido Eric, ahora un pasillo vacío.

—Sí, está progresando bien. Mejor de lo que me esperaba. No es que no estuviera dando la talla, pero nunca se sabe.

—Cierto. Escuche —dijo Tamara, respirando hondo—, no creo que deba tomarse como algo personal que me hayan llamado para...

—No lo hago —la interrumpió Janssen, mirándola a los ojos.

Ella no estaba convencida.

—Veo que puedo estar invadiendo un poco su espacio.

—Es un poco pronto para llamar a la artillería pesada —respondió Janssen con una media sonrisa. Tamara no se consideraba tal cosa.

—Estuve trabajando en un caso similar en Bristol. Supongo que los jefes quieren mi experiencia, y también que desean mandar un mensaje, transmitir la impresión de que se están tomando en serio el caso. Tener a un asesino suelto puede afectar negativamente a una zona y, seamos claros, con lo importante que es el turismo para esta parte del país, quieren causar impresión. —Ella observó a Janssen, tratando de descifrarlo, pero él ya se había cubierto con su máscara habitual. Para comprender de verdad lo que pensaba Tom Janssen, había que pillarlo en el momento. Después, cuando ya había reflexionado con su mente analítica, había ya pocas oportunidades de saber lo que pensaba sobre algo, a menos que decidiera compartirlo—. ¿Estamos bien?

Janssen sonrió. Su expresión cálida fue tranquilizadora. A la inspectora, él no le parecía una persona rencorosa.

—Por supuesto. ¿Dónde está alojada?

—En el mismo sitio que la última vez. ¿Cómo van las cosas?

—Bien, bien. Bueno, voy a buscar a esa compañera de piso —dijo Janssen, que se terminó su café y cogió el papel que Eric le había

dejado con el nombre y la dirección. Mientras leía la nota, la miró a los ojos—. ¿Nos ponemos al día luego?

—Por supuesto.

Mientras lo veía marcharse, la inspectora jefe pensó en aquel desaire educado. El contraste entre sus expectativas y la realidad le había dejado un sabor amargo. Durante la noche anterior, mientras conducía desde Norwich, estaba emocionada por la perspectiva de volver a ver a Tom y trabajar con él; ahora tenía que aceptar la cruda realidad.

Le echó un vistazo al tablón y, al ver las fotos de las joyas, le pareció que la temática esotérica era evidente, pero ¿sería simplemente un reflejo de una tendencia de moda o tal vez fuera una pista sobre cómo había muerto la víctima? En su juventud, Tamara Greave había experimentado con ese tipo de cosas mientras bebía unas latas de sidra en las noches tranquilas que pasaba en el parque con sus amigos. Consciente de que sus padres no se habrían alarmado demasiado, ya que eran más liberales que la mayoría de sus coetáneos, estaba segura de lo que habrían dicho al respecto. Aunque no lo aprobaran, ellos asociarían el culto pagano y las reuniones en lugares antiguos en el momento de los equinoccios con los vestigios de la contracultura y la libertad de expresión de los años sesenta. Nada de lo que preocuparse demasiado; aunque, claro, en su instituto nadie desaparecía o aparecía muerto.

Anotó la dirección a la que se tenía que dirigir y salió de la sala de operaciones, preocupada por la reacción de Tom ante su presencia y esperando que lo superara pronto.

CAPÍTULO 9

Tom Janssen pudo transitar sin incidentes por su ruta hasta Wells-next-the-Sea. La tan temida marejada ciclónica asociada a la tormenta de la segunda noche no había alcanzado las alturas previstas y todos respiraron aliviados al pasar la noche sin más daños. Ahora, en el nuevo día, la gente estaba evaluando la situación. Cuando llegó junto al muelle, encontró una plaza libre en el aparcamiento del puerto. Desde allí, miró hacia East Fleet, en la dirección donde se había descubierto el cadáver el día anterior. A lo lejos se veían siluetas caminando bajo el sol de la mañana por la calle que conducía hasta la playa, que estaba de nuevo abierta en su totalidad una vez que la escena del crimen había sido documentada y despejada antes de que la marea la volviera a cubrir.

El inspector esperó a que pasara un camión y se apresuró a cruzar la carretera entre los vehículos que transitaban por ella. La vida empezaba a volver a la normalidad. Caminó por Tunns Yard, una calle estrecha entre un antiguo almacén cercano al muelle y una cafetería, y miró los edificios prestando atención a los números de las casas. Había varios edificios nuevos con fachadas de pedernal, al estilo tradicional de Norfolk, y, cuanto más se alejaba de la zona del puerto, los edificios iban adquiriendo una apariencia menos tradicional. Cuando llegó a un piso de planta baja, llamó al timbre y esperó. Unos instantes después, oyó girar la llave en la cerradura, y una mujer con los ojos somnolientos entreabrió la puerta y miró a través del escaso hueco que dejó. Janssen le mostró su placa.

—¿Kelly Parsons? —preguntó.

La mujer miró su identificación policial, aunque él no estaba seguro de que la hubiera leído. La puerta se cerró y el inspector escuchó

cómo se desenganchaba la cadena de seguridad; acto seguido, la puerta se volvió a abrir, esta vez por completo, y la mujer le hizo pasar mientras se envolvía en su bata y se la ajustaba bien. El interior era lúgubre. Era un piso pequeño que tenía pocas ventanas; una serie de persianas y cortinas oscurecían la poca luz natural que entraba.

—¿Se trata de Les? —preguntó la mujer, corriendo las cortinas del salón. Parpadeó ante la intensidad de la luz solar que entraba.

Janssen miró a su alrededor. Había varias latas de cerveza y botellas de vino vacías esparcidas por la estancia. Kelly pareció darse cuenta de lo que el inspector estaba observando.

—Los pubs han cerrado temprano las últimas dos noches, así que nos hemos juntado unos cuantos aquí.

—Debió ser una buena fiesta —dijo Janssen, sonriendo.

—Era sábado por la noche —respondió ella, dejándose caer en el sofá. Se inclinó hacia la mesa y alcanzó un paquete de cigarrillos. Encendió uno y tosió al darle la primera calada.

—¿Qué le hace pensar que he venido por algo relacionado con Lesley?

—Sería algo razonable, ¿no? —replicó Kelly mientras soltaba el humo hacia su derecha—. Todo el mundo está hablando de que han encontrado un cadáver en la playa.

—¿Cree usted que pertenece Lesley? —Ella se encogió de hombros—. ¿Cree que podría ser ella?

A Janssen le interesaba saber si aquella mujer consideraba que la desaparición de su amiga era consecuencia de un delito o no.

—No tengo ni idea. Quizá. Lo he pensado de vez en cuando a lo largo de los años. ¿Me dijo algo que pudiera darme una idea de a dónde iba a ir? ¿Se me ha escapado algo que pudiera ayudar a encontrarla? —Dio otra calada profunda—. Para serle sincera, creo que yo apenas conocía a esa chica.

—Compartía casa con ella. Debía conocerla, al menos un poco.

—Es cierto. Nos juntábamos mucho, pero éramos cuatro en esa casa, cada una alquilaba una habitación. Seguro que a usted también le ha pasado, hacer amigos y relacionarte con gente porque te encuentras con ellos por casualidad, no porque elijas hacerlo. Ya

sea por trabajo o por convivencia. Ese era mi caso con Lesley. El mío y el del resto.

—¿Le sorprendió su desaparición?

Kelly se recostó en el sofá y pensó un poco antes de responder.

—Sí, me sorprendió... en aquel momento.

—¿Qué ha cambiado ahora?

—Ahora no estoy muy segura. Como le acabo de decir, creo que no la conocía de verdad. Lesley se mudó un par de meses antes de desaparecer. Era una mujer despistada, lo recuerdo bien. Siempre estaba perdiendo cosas, ya sabe. Nos volvía locas a todas. Pedía cosas prestadas y olvidaba dónde las había dejado. Llaves, tarjetas de crédito... lo que fuera. Luego no la veías durante unos días y empezabas a preocuparte y entonces..., ¡bum!, volvía a aparecer como si nunca se hubiera largado.

Janssen sonrió.

—¿Alguna vez le preguntaron dónde se había metido?

—Sí, claro que se lo preguntamos. Te preocupas por la gente con la que pasas tiempo en tu vida. Pero nunca nos lo contaba. «Por ahí». Eso es lo único que nos decía.

—¿Qué hacía para ganarse la vida? Había dejado la universidad y estaba distanciada de su familia.

—No hablaba mucho de su familia. El dinero nunca parecía ser un problema para ella; de hecho, era bastante desprendida y generosa. Que yo supiera, no tenía trabajo, así que pensábamos que tendría un fondo fiduciario o algo así. Lesley tenía clase. No se daba aires de grandeza ni presumía de nada, pero se notaba que había recibido una buena educación.

—¿Se refiere a su forma de hablar? —preguntó Janssen, que estaba tomando notas. Muy poco de todo aquello figuraba en el expediente de persona desaparecida de Lesley.

—Sí, hablaba muy correctamente. Como le acabo de decir, tenía clase, y también buenos modales. Puede que fuera excéntrica en muchos aspectos, pero trataba bien a la gente. No tengo ni idea de por qué se relacionaba con gente como nosotros.

—El expediente dice que se relacionaba con otras personas, algunas de las cuales usted desaprobaba.

Kelly se rio ante ese comentario.

—Perdone, ¿qué le hace tanta gracia?

—Nada, solo la forma en la que lo ha descrito. Mire a su alrededor, ¿quién soy yo para desaprobar a nadie? No, simplemente era gente un poco rara. No era gente de mi estilo, para nada.

—¿Se refiere a los adoradores paganos?

—Vaya denominación más rimbombante. Todo eso de la magia negra, los hechizos y las cosas así... A ver, no me malinterprete. Cuando dejé el instituto... incluso antes, cuando estaba todavía en él, pasé por mi etapa gótica. Ya sabe: iba a todas partes vestida de negro de pies a cabeza, escuchaba *thrash metal*, rechazaba lo comercial y todo ese rollo, pero... Lesley llevó lo de la brujería a otro nivel.

—¿A qué se refiere?

—No sé, a ver, todo eso sucedió hace años. Llegábamos a casa y nos encontrábamos velas encendidas por todas partes, sábanas en el suelo y colgadas en las paredes con símbolos extraños dibujados en ellas... Cantos a horas intempestivas, historias así. La cosa ya se volvió del todo extraña cuando empezamos a encontrarnos cosas irreconocibles en la nevera. Ella decía que eran trozos de dragón o algo así.

—¿De dragón?! —exclamó el inspector, a quien le costó ocultar el escepticismo en su tono de voz.

Kelly asintió.

—Exacto. Pensamos que se estaba volviendo un poco majara. Todo era demasiado extraño.

—¿Y los otros? No hay constancia de quiénes eran esas personas con las que decía usted que Lesley se relacionaba.

—No conocía sus nombres, lo siento —respondió Kelly mientras apagaba el cigarrillo—. Sé que solían reunirse en uno de los *pubs* del pueblo. The Black Dog, creo. Aunque sí que conocí a uno de ellos una vez. Un chico. Lesley lo trajo aquí. Creo que tendría treinta y muchos años.

—¿Podría describírmelo?

La mujer frunció el ceño, sin duda esforzándose por recordar.

—Se las daba de aspirante a estrella de rock, pero transmitía más la

impresión de ser un Bob Dylan de baratillo. Llevaba el pelo al estilo grunge y un pendiente pequeño de aro dorado. Se tenía en muy alta estima, aunque los demás no se la teníamos. Era un tipo intenso y un poco siniestro y desconcertante.

—¿Con qué frecuencia se veía con él? ¿Tiene idea?

Ella negó con la cabeza.

—Solo lo vi una vez. Nunca lo volví a ver, pero él la conocía muy bien. A Lesley, quiero decir. Creo que tenían algo; al menos, él pensaba que lo tenían. Entonces, ¿es ella? ¿Han encontrado a Les?

—La respuesta sincera es que no lo sé, es demasiado pronto para decirlo. Estamos tratando de identificar a la persona y averiguar qué le sucedió. Estamos barajando varias posibilidades —explicó mientras sacaba su móvil y abría la galería de imágenes—. Hemos encontrado un collar y unos anillos junto al cadáver. ¿Podría echarles un vistazo y ver si le resultan familiares?

Le entregó el teléfono a Kelly, que entrecerró los ojos mientras miraba las imágenes. Tras revisarlas varias veces, negó con la cabeza.

—Lo siento. Puede que fueran suyos. Sin duda, se ponía cosas como esas, pero no tengo ni idea de si los llevaba puestos cuando se marchó. Como le he dicho, fue hace mucho tiempo.

Janssen le dio una de sus tarjetas de contacto, por si más adelante recordaba algo más que pudiera serle útil. Kelly la cogió y se la guardó en el bolsillo trasero mientras lo acompañaba a la puerta. De vuelta hacia el muelle, en lugar de dirigirse a su coche, se acercó a The Black Dog. Estaba un poco más adelante, en el paseo marítimo de East Quay. Como Janssen había crecido a poca distancia de la costa, en Sheringham, conocía bien aquella zona.

Comenzó a pensar en Tamara Greave mientras caminaba. Se dio cuenta de que había manejado mal la situación. No es que se hubiera sentido decepcionado al verla. Más bien al contrario. Su reacción ante la presencia de la mujer distó mucho de ser profesional, que era lo mínimo que ella podía haber esperado de él. La decisión de incorporar a un inspector jefe estaba justificada. Si la red de torres de telefonía móvil hubiera estado operativa, lo habría sabido de antemano. ¿Había sido su reacción consecuencia de que lo

hubieran pillado desprevenido? Normalmente ajeno a los ataques de ego, la reacción que había tenido al verla le había supuesto un chasco personal, al margen de lo que ella pensara. Debería haberla recibido con cordialidad, haberle contado sus ideas sobre el cadáver y haber comentado con ella la lista de posibles nombres de la víctima. No hizo nada de eso, sino que se comportó como un niño petulante.

Cuando llegó al pub, lo encontró cerrado. No era de extrañar, dado que era domingo por la mañana y todavía era temprano. Se dio una vuelta por el exterior del local y vio los carteles que había en la ventana, que anunciaban los próximos eventos. Ninguno de ellos le interesaba. Con su teléfono, buscó en Internet grupos paganos y se sorprendió por la cantidad de resultados que obtuvo. Al desplazarse por la pantalla, dio con una página web que enumeraba los grupos de East Anglia. Parecía que un grupo con sede en el norte de Norfolk celebraba reuniones periódicas, o «asambleas», según se describían, tres días antes de cada luna llena, además del tercer domingo de cada mes. La próxima reunión estaba prevista para aquella misma noche, justo allí, en The Black Dog.

CAPÍTULO 10

La grava del camino anunció su llegada mucho antes de que saliera del coche y tuviese tiempo de llamar a la puerta. Una mujer que estaba debajo de la cubierta del porche recibió a Tamara Greave con una amplia sonrisa de bienvenida. La inspectora jefe supuso que la madre adoptiva tendría unos setenta y tantos años. Mientras la acompañaba al interior de la casa, se movió con una energía vibrante que Tamara encontró envidiable.

—Gracias por aceptar reunirse conmigo un domingo por la mañana —dijo cuando la puerta principal se cerró tras ella.

Estaban en la antigua rectoría, una gran propiedad de estilo victoriano construida durante el apogeo del *arts and crafts*, el movimiento inglés de artesanía artística. El edificio estaba situado junto a la iglesia del pueblo.

—No es ninguna molestia —respondió Ann Grable—. Pero menos mal que ha llamado con antelación. Por primera vez en meses, podía asistir a la misa del domingo por la mañana y no habría estado aquí.

—Lo siento muchísimo. Debería habérmelo dicho. Podríamos haberlo pospuesto para más tarde.

Ann rechazó la disculpa con un gesto y la acompañó al salón principal.

—No importa —respondió Ann, que le ofreció asiento en un sofá muy elegante en una estancia que no lo era menos—. Era principalmente una oportunidad para charlar un rato. Ya me pondré al día más tarde. Además, cuando me ha dicho de qué se trataba, de ninguna manera iba a retrasar esta conversación. Sigo pensando mucho en Sophie.

Tamara sacó su agenda y su móvil.

—Me gustaría tomar notas y grabar nuestra conversación. ¿Le importa? Es que me gusta volver a escuchar los interrogatorios, por si se me ha escapado algo. —De nuevo, Ann desestimó cualquier impedimento con un gesto. Tamara dejó el móvil sobre la mesa de centro que había entre ellas y pulsó el botón de grabar en la aplicación del teléfono—. Dígame, ¿recuerda bien a Sophie? ¿Cuánto tiempo estuvo con usted?

—¿Que si la recuerdo? Por supuesto que sí. Rara vez he tenido el problema de que uno de mis niños se escapara para no volver nunca más. No me malinterprete, a menudo hay niños que se escapan, pero suelen regresar en un coche de policía o por voluntad propia. Eso sí, creo que habría recordado a Sophie de todos modos. Era una chica con muchos problemas. Una pena, porque tenía mucho carácter y un espíritu formidable. No me cabe la menor duda de que habría llegado lejos en la vida si hubiera recibido el apoyo adecuado.

—Tengo entendido que entró a formar parte del sistema de acogida a los quince años, ¿es así?

Ann asintió.

—Sí, esa fue la edad a la que ingresó en el sistema de acogida. Aunque antes ya hubo diversos trabajadores sociales involucrados en su vida, debido a la situación de su madre.

—Que era alcohólica —afirmó Tamara, revisando sus propias notas.

—Correcto. Se hizo todo lo posible por mantenerlas juntas, pero al final se consideró que lo mejor para Sophie era llevarla a un entorno seguro. A su edad, la adopción no era una opción viable. Así que terminó en acogida permanente.

—¿Con usted? —preguntó Tamara, pero Ann enseguida negó con la cabeza—. ¿Cuánto tiempo estuvo con usted antes de desaparecer?

—Seis o siete meses, según recuerdo —respondió Ann, esforzándose al tratar de pensarlo—. Había estado en varios hogares de acogida antes de venir conmigo. Probablemente, debería haber venido aquí primero. —Ann debió leer la expresión inquisitiva de la inspectora jefe, ya que continuó explicando los acontecimientos que precedieron a la llegada de Sophie—. La pobre chica padecía problemas de salud mental, le diagnosticaron esquizofrenia. Aunque no era muy incapacitante, ya me entiende. Nada que su medicación

no pudiera controlar, pero a veces sufría algún episodio. Normalmente yo acojo a niños mayores, que pueden asumir cierta responsabilidad en sus vidas. Eso les ayuda a prepararse para cuando salen del sistema de acogida. Los otros hogares en los que había estado Sophie eran más adecuados para niños más pequeños. Sus episodios eran difíciles de contemplar y procesar para los niños. Los chicos mayores pueden afrontarlos mejor.

Tamara miró a su alrededor y consideró el tamaño de la casa, que podía acoger a varios niños sin problemas. Todo era bastante amplio y estaba muy bien cuidado. Para una niña como Sophie, aquel lugar debía parecerle un mundo diferente al que ella había vivido.

—¿A cuántos niños puede acoger a la vez?

—Solía tener hasta cinco, pero últimamente rara vez tengo más de tres. Ya no soy tan joven.

—¿Siempre ha sido madre de acogida?

—Desde los años noventa, sí. Antes estábamos Gerald y yo. Gerald es mi difunto marido —dijo mientras señalaba una fotografía sobre la repisa de la chimenea, en la que aparecía un hombre delgado y de aspecto amable con unas gafas de media montura—. Ahora estoy yo sola.

—Lo siento —dijo Tamara con una sonrisa en el rostro—. ¿Ha dicho que Sophie tenía mucho carácter, ¿no?

Ann se rio. Era una risa contagiosa y Tamara comprendió por qué aquella mujer era una buena opción como madre de acogida. Tenía una forma de ser que inspiraba confianza.

—Era muy extrovertida y optimista. Aunque no tanto cuando llegó. Creo que el trauma de su vida familiar le había robado gran parte de su vitalidad, pero en dos semanas empezó a emerger la verdadera Sophie. Ingeniosa, inteligente y... testaruda. Muy testaruda. Creo que tenía mucha libertad en casa debido a la falta de cuidados y atención. Algunas de las restricciones que le impusimos cuando llegó aquí no le sentaron bien, pero... logramos encontrar un equilibrio.

—¿Cómo manifestaba Sophie esa «libertad», si no le importa que le pregunte?

—Sophie quería ser dueña de su propio tiempo, tener libertad de horarios. Hoy en día, los niños quieren quedarse despiertos hasta

muy tarde trasteando con Internet, chateando con sus amigos o jugando con sus móviles. Sophie no. Ella estaba acostumbrada a salir hasta tarde con quien quisiera. A mí eso no me parecía bien. Soy bastante flexible con los niños mayores, pero deben estar en casa a las nueve de la noche, e Internet se acaba a las diez.

—¿Hubo alguna vez algún novio en su vida?

Por primera vez, el semblante de Ann cambió un poco, adoptando una expresión melancólica.

—Sophie era mucho más madura de lo que su edad indicaba. Es lógico, dado el entorno en el que se crio. —Mientras hablaba, la mujer se tocaba su collar y jugueteaba con él, aparentemente intentando ordenar sus pensamientos. Tamara esperó con paciencia —. No puedo asegurárselo con certeza, mentiría si lo hiciera, pero me atrevería a decir que Sophie tenía una relación estrecha con alguien. Quizá con más de una persona.

Había algo más detrás de aquella afirmación, pero Tamara intuyó que Ann era un poco reticente a darle más detalles. No sabía por qué razón. ¿Quizá no quisiera caer en meras especulaciones? ¿O acaso existía algún tipo de información que pudiera resultarle perjudicial en su papel de madre de acogida?

—¿Tiene alguna idea de quién podría haber sido?

—Sophie formaba asociaciones... y elijo ese término en concreto, en lugar de decir «amistades». Yo aprobaba algunas de ellas, pero otras, no tanto.

—¿Por qué «asociaciones»? Si le digo la verdad, me parece una palabra bastante peculiar.

—Tenía un grupo de personas a su alrededor muy dispar, muy heterogéneo —explicó Ann, que parecía incapaz de articular las palabras más adecuadas para trasladar el mensaje que quería transmitir—. A veces traía a casa a un par de chicas del instituto. Eran encantadoras, muy educadas. Yo conocía bien a sus padres. Luego, cuando terminó los exámenes y dejó oficialmente el instituto, se unió a esos activistas horribles que causaron estragos por aquí hace unos años.

—¿Activistas? Lo siento, hasta hace poco yo vivía en el oeste.

—Ah, me refiero a los defensores de los derechos de los animales.

Había todo tipo de incidentes: interrumpían las cacerías, protestaban frente a la empresa farmacéutica de la zona... A veces, la situación se caldeaba mucho y se producían enfrentamientos con la policía, vandalismo... —Ann se inclinó y puso una mano sobre la rodilla de Tamara—. Tampoco es que Sophie estuviera involucrada en nada de eso. Y, seamos sinceros, los manifestantes tenían una causa muy justa. En mi opinión, la ética los respaldaba, pero lo abordaban de forma demasiado hostil.

—¿Y Sophie se mezcló con esa gente, con los saboteadores de cacerías y los activistas?

—Sí, con algunos de ellos. Yo nunca había percibido que ella estuviera interesada en la causa, pero de repente empezó a hablar de crueldad y de que se deberían prohibir ciertas cosas. Se alteraba mucho con todo lo que tenía que ver con eso.

—¿Cree usted que se dejaba influir con facilidad?

Ann negó con la cabeza.

—Sophie no es así. Si la conociera, sabría a qué me refiero. En todo caso, sería ella la que tomara la iniciativa. Jamás me dio la impresión de ser una persona que siguiera a las demás.

—¿Recuerda alguna persona con la que se relacionara en particular? Las adolescentes suelen tener al menos una confidente.

—La única de la que yo tenía constancia era la joven Malloy. Me refiero a River, la hija de Beatty. Viven... hacia la costa... no recuerdo exactamente dónde.

—No se preocupe, lo encontraremos —dijo Tamara mientras anotaba los nombres en su libreta—. ¿Diría que tenían una relación íntima?

—Fueron bastante amigas durante un tiempo. No tanto cuando Sophie se marchó, pero antes de eso solían pasar tiempo juntas.

—Me parece llamativo que elija esas palabras: «se marchó». ¿No piensa que le podría haber sucedido algo extraño?

—Tratándose de Sophie, siempre me imaginé que pensó que podría apañárselas por su cuenta. No todo el mundo se adapta bien a estar en este sistema y ella tenía una personalidad extremadamente independiente. Por mucha orientación que se le intentara ofrecer, nada iba a disuadirla de hacer lo que se propusiera. —Hasta ese

momento, Ann se había mostrado muy positiva y jovial, pero, mientras relataba la historia de Sophie, parecía haber algo que le provocaba un aire de melancolía. La mujer se dio cuenta de que Tamara la estaba mirando con atención—. Sophie fue una de las pocas personas que tuve a mi cargo con la que creo que fracasé. Hice todo lo que pude por ella, de verdad que sí.

—No creo que nadie ponga eso en duda, señora Grable. —La inspectora jefe sacó una carpeta de su bolso y extrajo de la misma las fotografías de las joyas encontradas con el cuerpo—. Quería que les echara un vistazo a estas imágenes. ¿Es posible que pertenecieran a Sophie? ¿Podría haberlas llevado puestas en el momento de su desaparición?

Ann cogió las fotos. Se inclinó sobre la mesa, se puso las gafas de lectura y las examinó con determinación.

—Lo siento, querida. No podría confirmarlo, pero tampoco desmentirlo. —Le devolvió las fotos y desvió la mirada, frunciendo un poco el ceño.

—¿Qué pasa?

—Si no me equivoco, puede que tenga algunas cosas de Sophie. Había algo de bisutería entre todo lo demás —aseguró, moviendo con emoción un dedo en el aire—. Sí, estoy segura. Gerald y yo metimos algunas de sus cosas en una caja y puede que aún estén en el garaje. Los servicios sociales se encargaron de recoger su ropa y sus pertenencias de la casa cuando pensamos que ya no iba a volver, incluso en el caso de que la encontraran. Sin embargo, sabíamos que lo más probable era que donaran la ropa y tiraran el resto. Nos pareció una pena, así que guardamos lo que pensamos que podría tener algún valor sentimental para ella. Por si acaso alguna vez lo quería recuperar.

—¿Podría verlas?

—Sí, venga conmigo.

Ann la guio hacia el exterior del salón, giró a la derecha y pasó por la cocina, donde cogió un juego de llaves que colgaba de un gancho que se encontraba junto a la puerta del jardín. Ya en el exterior, había un garaje espacioso con capacidad para dos vehículos, que se encontraba a pocos pasos, al final del camino de entrada.

Anduvieron a lo largo del edificio hasta que llegaron a una puerta lateral. Ann se detuvo para buscar la llave correcta. Tamara miró a su alrededor. Aquel parecía un lugar idílico para vivir; le recordaba mucho al lugar donde se había criado, en el oeste del país.

—Antes me ha dicho que normalmente no puede ir a misa los domingos. ¿Por qué?

Ann la miró por encima del hombro mientras introducía la llave en la cerradura.

—Si tengo niños y niñas acogidos en mi hogar, no está permitido dejarlos solos en casa. Es un requisito establecido por la normativa. En la mayoría de los casos no sería necesario, pero, cuando se trata de niños vulnerables, siempre hay que ser muy precavido. Imagínese si una de las niñas se quedara... Bueno, seguro que me entiende.

Tamara asintió. Era esencial ser muy cuidadoso en la protección de los niños bajo tutela. Durante muchos años no fue así, y eso había dado lugar a toda clase de abusos y maltratos dentro del sistema. La puerta se abrió con un crujido y ambas mujeres entraron en el garaje, que olía a humedad y a cerrado.

—Tiene que haber un interruptor por alguna parte. Mi Gerald se pasaba aquí la vida algunos días, pero yo ya casi nunca vengo.

Tamara encontró un cordón y tiró de él. Segundos después, seis tubos fluorescentes parpadearon y se encendieron. Un coche ocupaba la mitad de la estancia. Aunque estaba cubierto, la inspectora jefe supo que se trataba de algún tipo de deportivo descapotable. A juzgar por su tamaño, supuso que era antiguo. Ann la vio escudriñándolo mientras se dirigían a la parte trasera, donde había estanterías metálicas fijadas a las paredes; a ambos lados de las mismas, colgaban herramientas de jardinería.

—Me imagino que ahí debajo hay un clásico.

—Era el orgullo de Gerald. Lo único que quería tanto como a mí... o incluso más, como yo solía decir.

Tamara sonrió mientras la mujer recordaba.

—No me he atrevido a deshacerme de él. Probablemente debería hacerlo. Se está pudriendo aquí. Nunca me han gustado los coches.

—A mí sí —respondió Tamara—. ¿Me permite?

Ann hizo un gesto con la mano abierta, complacida de que alguien

se interesara por la afición de su difunto marido. La inspectora jefe retiró la lona desde la esquina del capó hasta poco más allá del parabrisas, revelando pintura en dos tonos, azul Healey sobre marfil. Reconoció de inmediato la marca y no pudo ocultar su entusiasmo.

—Un Austin Healey 3000. Su marido tenía muy buen gusto.

Aunque solo se veía la mitad del coche, pudo admirar el enorme cuidado y la atención que Gerald Grable debió haberle dedicado vehículo. Ann se rio mientras rebuscaba entre las cajas apiladas en las estanterías.

—Si usted lo dice, yo me lo creo. Siempre pensé que solo era una excusa para salir de casa después de jubilarse.

—¿En qué trabajó?

—Era ingeniero aeronáutico en las Fuerzas Aéreas. Después, se dedicó a restaurar coches. Estaba a punto de terminar este cuando enfermó. Nunca llegó a completarlo.

—A mí me parece que está estupendo.

—¡Aquí está! —exclamó Ann, haciéndole señas a Tamara para que se acercara.

La inspectora jefe volvió a colocar la lona sobre el coche y se acercó a Ann. Cogió una caja de zapatos vieja de cartón y la colocó sobre un banco de trabajo que estaba al lado. Al quitar la tapa, levantó una nube de polvo, y agitó la mano para intentar despejarla. A primera vista, el contenido no arrojaba gran cosa; parecían las pertenencias de una chica joven cualquiera. Una bolsa pequeña con cremallera contenía varios artículos de cosmética: pintalabios de diferentes tonos, delineador de ojos, base de maquillaje y rímel. Dejó eso a un lado y sacó un gorro de punto con los colores del arcoíris. Ann se acercó a ella.

—Creo que eso se lo hizo una amiga, aunque no recuerdo cuál.

Tamara lo dejó al lado y sacó una lata pequeña de metal que alguna vez había sido una caja de galletas, de esas típicas de Navidad. Dentro había una serie de sobres y algunos recuerdos. Una entrada de cine, varias diademas y una funda de plástico pequeña y transparente que contenía unas cuantas postales con imágenes de Norfolk. Había tres cartas que parecían haber sido escritas por la misma persona. Abrió la primera, sacó la carta con cuidado y la

desplegó. El papel estaba descolorido por el paso del tiempo y la letra era infantil y difícil de leer.

—Es de su madre —afirmó Ann desde detrás de ella—. Le escribió una vez mientras Sophie estaba con nosotros. Debió guardar las cartas anteriores. Intuyo que ella también era un alma atormentada, pero quiero creer que quería de verdad a su hija y que simplemente era incapaz de mantener el control de su vida, así que ya no hablemos de su capacidad de criar a una joven. Es una pena.

La carta resultaba desordenada y confusa. Muchas disculpas y algunas promesas vagas sobre un futuro mejor. A Tamara le dio la sensación de que podría haberla escrito bajo los efectos del alcohol. Por lo que conocía del pasado de Sophie, eso no sería demasiado sorprendente. Dejó las otras cartas de su madre y abrió la siguiente. Empezaba con un «Querida Sophie» y la firmaban Kim y Mark. Miró a Ann, que le explicó el contexto.

—Eran su anterior familia de acogida, antes de que viniera con nosotros. Creo que se sentían muy mal por no haber podido hacer más por ella, pero, con niños más pequeños en casa, había demasiados problemas. Mantuvieron el contacto con ella durante un tiempo. Probablemente lo habrían seguido haciendo..., bueno..., si ella no se hubiera ido.

Tamara volvió a la funda de plástico y, al sacar las postales, varias fotos que había entre ellas cayeron al suelo. Les dio vuelta a las postales y comprobó que no tenían nada escrito en el reverso. Las dejó a un lado y se arrodilló para recoger las fotos. Había tres fotos antiguas y una tira doblada más reciente, de un fotomatón. En una de las fotos aparecía un hombre corpulento de mandíbula cuadrada vestido con camiseta y vaqueros, apoyado en una furgoneta de trabajo. En el reverso simplemente había escrito «Papá». La siguiente imagen mostraba a una mujer que sostenía a un bebé entre sus brazos. El bebé era un recién nacido y no podía tener más de un mes. La inspectora jefe se imaginó que serían Sophie y su madre, pero no había nada que pudiera confirmar esa idea. En la tercera fotografía, tomada en algún tipo de reunión, una fiesta o algo así, había mucha gente presente. A primera vista, no estaban ni el padre ni la madre. A continuación, desplegó la tira del fotomatón

y reconoció a Sophie, haciendo las típicas muecas a la cámara que los adolescentes suelen hacer en esas ocasiones. Lo que la intrigó y le causó un pequeño sobresalto fue la presencia de otra persona junto a ella.

Se trataba de un hombre joven o un adolescente. Era difícil de decir, ya que su rostro estaba oculto de una forma u otra en la mayoría de las fotos. En la primera, solo se le veía un lado de la cabeza mientras se abrazaban. En otras dos, ambos ponían caras tontas a la cámara. En la última, él se había inclinado para besar el cuello de Sophie, que tenía la cabeza echada hacia atrás y una sonrisa radiante en el rostro. Dos amantes compartiendo un momento de felicidad privada. Tamara inclinó las fotos hacia Ann y levantó una ceja.

—¿Había visto estas fotos antes? —La madre adoptiva parecía desconcertada—. ¿Conoce a este chico?

Ann entrecerró los ojos, miró las fotografías, torció el gesto y, finalmente, negó con la cabeza.

—¡No! No me acuerdo de haber visto estas fotos ni a este chico antes.

—¿Es así como recuerda el aspecto físico de Sophie cuando estuvo con usted o estas fotos podrían ser de antes de que viviera aquí?

—Deben ser más o menos de cuando estaba con nosotros. Recuerdo que se teñía el pelo de esa forma y se lo peinaba igual —explicó Ann, entrelazando los dedos de forma distraída mientras hablaba—. No soy capaz de recordar que alguna vez dijera algo sobre algún chico.

—Creo que hemos respondido a la pregunta de si Sophie tenía novio. Doy por hecho que el oficial a cargo de la investigación del caso no vio esto en el momento de su desaparición.

—No, no pudo haberlo visto. Apenas miró en su habitación; solo tomó nota de sus datos y se marchó.

Tamara se quedó mirando las imágenes de la joven pareja. Parecía que, en aquel momento, lo único que a ambos les preocupaba en el mundo era el otro. Era complicado fingir un vínculo como ese. ¿Por qué no se había manifestado aquel joven cuando Sophie desapareció? Incluso si uno de ellos hubiera roto la relación antes de

su desaparición, al menos deberían haber interrogado al chico para ver si sabía algo sobre el posible paradero de Sophie. Quizá River, su amiga, pudiera ponerle nombre a aquel rostro.

CAPÍTULO 11

Eric se bajó del coche mientras observaba a varios trabajadores salir del almacén al terminar su turno de noche, dispersarse y dividirse poco a poco en grupos más pequeños mientras se despedían o continuaban sus conversaciones entre ellos. Llevaba tres cuartos de hora esperando allí. No había tenido la obligación de hacerlo, pero no le parecía justo irrumpir en el trabajo de una persona sin haberla advertido de ello y sacarla de allí delante de sus jefes y compañeros. Además de incomodar a Lee Taylor, sin duda desencadenaría toda clase de rumores. Era posible que hubieran encontrado el cuerpo de su novia, y él merecía enterarse de ello lejos de las miradas curiosas de sus compañeros de trabajo.

Se apoyó en el lateral de su coche, y algunas personas que salían por la puerta del almacén o que ya se estaban montando en sus vehículos se fijaron en él. Porque llamaba la atención. Era domingo por la mañana y la suya era una cara desconocida. Estaba por allí merodeando vestido con un traje. Dos hombres se aproximaban a su posición charlando entre ellos. Uno era más joven que el otro, tendría treinta y tantos años. Era Lee Taylor. La descripción que figuraba en el expediente encajaba perfectamente con él, y también contribuían a su reconocimiento los tatuajes que llevaba. Tenía unos cuantos en los dedos y otros en el dorso de las manos. Sin embargo, lo más llamativo eran unas lágrimas bajo su ojo derecho y unas hileras de estrellas que ascendían por ambos lados de su cuello y se detenían justo antes de la mandíbula. Los hombres se despidieron. El otro se dirigió hacia su coche y miró de reojo a Eric mientras se metía en él. Taylor comenzó a caminar más despacio al acercarse y Eric le sonrió, mostrándole su identificación policial.

—¿Señor Taylor? —El hombre asintió y se detuvo frente a él—. Policía de Norfolk.

—Sí, ya me he imaginado quién es usted. —Eric se quedó desconcertado por un momento—. Mi jefe me dijo antes que había llamado alguien para preguntar si estaba trabajando. Gracias por eso. Ahora todos piensan que me van a detener.

—Lo siento —respondió el oficial, comprendiendo que su intento de ser discreto había resultado inútil.

Taylor se encogió de hombros, considerando innecesaria la disculpa.

—No se preocupe. De todos modos, no le caigo bien a ese tío. —Hizo girar las llaves del coche en su dedo índice y se mordió el labio inferior—. ¿En qué puedo ayudarlo?

Eric percibió el cansancio del hombre. Un turno de noche agotador —al menos, a Eric siempre se lo parecían—, seguido de una visita inesperada de la policía... Estaba lejos de ser un día ideal.

—Hemos descubierto algo junto al mar y podría estar relacionado con la desaparición de su novia.

Taylor se quedó quieto, erguido y con los labios bien cerrados. Se frotó la boca con una mano, se la llevó debajo de la nariz, aspiró aire a través de la misma de forma ruidosa y, por fin, lo miró a los ojos.

—Han encontrado un cadáver... en la playa, en dirección a Wells.

—Sí, así es —respondió Eric, que observó al hombre para tratar de evaluar su reacción—. ¿Ya lo sabía?

—Todo el mundo está hablando de ello —aseguró, mirando hacia atrás en dirección al almacén—. Es lo más interesante que ha pasado por aquí en mucho tiempo. ¿Qué les hace pensar que es Tracy?

A Eric le pareció desconcertante esa reacción displicente y brusca.

—¿Qué le hace pensar a usted que no lo es?

El hombre pareció pensativo por un momento, fijando la mirada en la distancia. De repente, sus rasgos lucieron demacrados, lo que acentuaba las ojeras de su rostro.

—¿Sabe qué? —comenzó—. He barajado casi todas las ideas imaginables sobre lo que le pudo pasar a mi Tracy, desde la posibilidad de que se fugara otro tío hasta que se suicidara o que

alguien... la matara... ¿Y sabe a dónde me llevó todo eso? —Eric movió la cabeza de lado a lado en un gesto de desolación—. ¡A ninguna parte! ¡Absolutamente a ninguna parte! Le di vueltas y más vueltas, casi me volví loco. Nuestra relación estaba yéndose a la mierda, eso ya lo sabrá a estas alturas. Hace unos años decidí creer que se había largado para estar sola, o con otra persona. No lo sabía, y pensé... «Pues nada, mejor que se haya ido».

—Puede que las cosas no sucedieran así —replicó Eric—. Seguro que querrá saber la verdad, ¿no?

Taylor lo miró a los ojos, mordiéndose el labio inferior, y asintió de forma casi imperceptible. Eric sacó una carpeta del asiento del copiloto de su coche y miró a su alrededor para comprobar que ya no quedaba nadie más en el aparcamiento. Sacó copias de las joyas encontradas en el cuerpo enterrado y las colocó sobre el capó de su coche. Taylor carraspeó y pareció respirar hondo mientras las examinaba.

—¿Puede decirme si Tracy podría haber llevado esto puesto el día que desapareció?

Taylor miró fijamente las imágenes, sin pestañear. Eric estaba casi seguro de que había visto un destello de reconocimiento.

—El collar se parece a uno que ella tenía.

—¿Tenía uno exactamente igual o era similar?

Taylor frunció el ceño y apretó los labios.

—Era similar. Quizá no exactamente igual. Durante un tiempo le dio por todo ese rollo del *new age*.

—*Reconoce el simbolismo. ¿Le interesaba a Tracy la espiritualidad pagana?*

Taylor se rio ante la pregunta, rompiendo su concentración.

—*¡Tío! ¡No! —exclamó, sacudiendo la cabeza—. Lo que le interesaba era fumar marihuana y divertirse. Ella y sus amigos solían entretenerse y hacer el payaso con modas pasajeras: el veganismo, la terapia con cristales de la medicina alternativa y otras tonterías, que eran solo algunas de las muchas cosas que existían por aquel entonces. Tracy no creía en nada de eso, en realidad. Las adoptaba y se entregaba de lleno a ellas con todo el entusiasmo del mundo durante un tiempo, y luego pasaba a otra cosa. Siempre estaba*

enganchada a alguna causa o tendencia nueva.

—Comprendo. ¿Y los anillos?

—Muchas veces llevaba más de dos en una sola mano, así que imagínese si contamos ambas.

—¿Podrían ser de ella? —insistió Eric, tratando de ocultar su irritación.

—Quizá. Tenía un montón de cosas de ese estilo —explicó, mirando más de cerca las fotos—. Pero no, yo diría que no son de Tracy.

—Parece bastante seguro de ello. —Eric miró fijamente a Lee. Este cambió el peso del cuerpo de un pie al otro. Su actitud despreocupada y su aire relajado se disiparon bajo la mirada atenta y escrutadora del oficial, y trató de rectificar.

—Bueno... a ver... quiero decir que no creo que sean tuyas, ya sabe.

—Pero se parecen a las que ella solía llevar.

—Sí..., se parecen.

—¿Qué recuerda del día en el que desapareció? —preguntó Eric mientras sacaba un bolígrafo y su libreta.

Taylor infló las mejillas.

—Hombre, han pasado ya años desde aquello. ¿No tienen ya esa información de cuándo sucedió todo?

—Muchas veces vale la pena disponer de un testimonio reciente, y más si se puede obtener de primera mano, como ahora —replicó Eric—. Ponerse a mirar todos los papeles puede ser verdaderamente tedioso. Me vale con que me cuente lo que pueda recordar —añadió, permaneciendo inmóvil con el bolígrafo preparado para escribir.

Taylor lo miró y soltó un suspiro de exasperación mientras se apoyaba sobre su coche.

—Llegué a casa después de tomarme unas cervezas con los chicos. Tracy no estaba allí, lo cual me sorprendió, ya que no me había dicho que fuera a salir —explicó, fijando la mirada en la distancia con aire pensativo—. A eso de las diez aún no había aparecido, así que me preocupé un poco.

—¿Y qué hizo usted entonces?

—Le envié mensajes a algunos de sus amigos, compañeros de trabajo... Ya sabe, ese tipo de cosas.

—¿Y alguno de ellos la había visto? —Taylor negó con la cabeza y aspiró ruidosamente por la nariz—. ¿Cuándo decidió llamar a la policía?

—Uno de sus amigos me sugirió que llamara al hospital. No había ingresado nadie con su nombre o descripción. Después de eso, creí oportuno llamarles a ustedes por si había tenido un accidente o algo así.

—¿Y no había señales extrañas en casa? ¿Cosas desordenadas, ropa que hubiera desaparecido, nada que sugiriera que hubiera podido estar implicada en algún altercado o que se hubiera marchado apresuradamente?

—¡No! La casa estaba como siempre, hecha un desastre. A Tracy se le daba fatal limpiar y mantener la casa decente. —Eric se preguntó qué sería lo que impediría a Taylor encargarse él de recoger la casa, pero decidió no decir nada al respecto—. Mire, ya he hablado de esto muchas veces. Ustedes me interrogaron en su momento y me tomaron declaración. No puedo decirle mucho más.

—De acuerdo, señor Taylor. Pero solo una cosa más. Me acaba de decir que había salido a tomar unas cervezas con amigos. —Taylor asintió—. En su primera declaración, aseguró que tuvo constancia de que su novia había desaparecido cuando llegó a casa del trabajo —dijo Eric, mirando fijamente al hombre, que abrió mucho los ojos y desvió la mirada hacia la izquierda.

—Sí, eso es verdad. Fui al pub con un par de compañeros después del trabajo. Después de eso, fui a casa y vi que ella no estaba allí.

—¿A qué pub? —preguntó Eric, mirando a su alrededor. El almacén dedicado al procesamiento de alimentos estaba situado en un polígono industrial pequeño, alejado de cualquier establecimiento de la localidad. Ir andando hasta un pub suponía recorrer una distancia considerable.

—No me acuerdo. Fuimos a varios.

—Menuda juerga. No fueron pocas cervezas, precisamente. Espero que no condujera usted mismo de vuelta a casa.

—Para nada fue una juerga —replicó Taylor—, y no, no conduje yo.

—¿A qué hora me ha dicho que volvió a casa?

—A las nueve o a las diez, creo.

—Pero me acaba de contar que estuvo esperando a que Tracy volviera a casa y que se empezó a preocupar sobre las diez de la noche. Si empezó a contactar con los amigos de ella sobre esa hora, es imposible que llevara mucho tiempo esperando, si usted acababa de llegar a casa. —Taylor se encrespó, se alejó del coche y cruzó los brazos sobre el pecho—. Solo estoy intentando garantizar que todo quede claro, señor Taylor.

—Ya, bueno... quizá lo recuerde mal... Acabo de terminar un turno de trabajo de doce horas. Estoy hecho polvo y usted me está preguntando qué hice un día concreto de hace varios años. ¿Puede usted recordar qué hizo el martes pasado? Lo dudo. ¿Quiere preguntarme algo más o puedo irme a casa? Tengo muchas ganas de dormir.

Eric se hizo a un lado, indicando con su lenguaje corporal que había terminado. Taylor pasó junto a él, desbloqueó el coche y abrió la puerta.

—Una cosa más, si no le importa —pidió Eric.

—Sí, claro —dijo Taylor, apoyando el brazo derecho sobre la puerta abierta.

—¿Echa de menos a Tracy?

—Ella se largó. Fue decisión suya —respondió Taylor, quitándose la chaqueta, y la tiró al asiento trasero del coche—. A menos que pueda decirme lo contrario.

—Eso no responde a mi pregunta.

—Como ya le he dicho, sucedió hace mucho tiempo. Tracy era una buena chica, pero, si no quería estar conmigo, eso era cosa suya. No voy a perder el sueño por eso. Además, ahora estoy casado. En mi casa no se van a tomar demasiado bien que todo esto salga a relucir, ¿me entiende? ¿Hemos terminado?

Eric asintió, y Taylor se subió al coche y cerró de un portazo. Lo arrancó, se puso el cinturón de seguridad y se alejó. Eric lo vio irse mientras le daba vueltas a la conversación. Taylor era un personaje peculiar. En líneas generales, desagradable. Era difícil saber cómo podría reaccionar una persona ante la desaparición de un ser querido, tanto en el momento como con la perspectiva que da el tiempo. Quizá fuera la naturaleza de la relación lo que condicionara

cómo se percibía con el paso de los años. Por aquel entonces no se encontraron indicios de posibles delitos y la relación entre ambos podía considerarse conflictiva, a juzgar por lo que Lee Taylor le acababa de contar y también por lo que constaba en el expediente. Podía justificarse con un argumento convincente la decisión de Tracy de marcharse. El hecho de que no hubiera reaparecido en ningún otro lugar suscitaba cierta preocupación, pero la gente desaparecía constantemente, miles de personas lo hacían cada año, marchándose de su entorno para empezar una nueva vida. Teniendo en cuenta la conversación que acababa de mantener con aquel hombre, entendía el atractivo que podría haber tenido para Tracy tomar esa decisión.

CAPÍTULO 12

Tamara Greave regresó a la comisaría y encontró a Tom Janssen encorvado frente a la pantalla de un ordenador en la sala de operaciones. Estaba tan concentrado en lo que leía que no se percató de su llegada. Por un instante, a Tamara le asaltó la duda de si podía estar ignorándola. Dejó caer su bolso con fuerza sobre su mesa para asegurarse de que su presencia fuera imposible de obviar, y se alegró al ver que el ruido sobresaltó al inspector.

—No la he oído entrar —dijo con una sonrisa, sonrojándose por la vergüenza.

Era la primera vez que ella lo veía reaccionar de forma tan cohibida. Por lo general, era una roca implacable, firme e inquebrantable.

—¿Qué tal le ha ido en Wells? —preguntó la inspectora jefe, satisfecha al no percibir ningún rastro de la incomodidad que pareció existir unas horas antes.

—Ha sido interesante —respondió Tom mientras se recostaba en silla, se estiraba y extendía los brazos, tratando a la vez de reprimir un bostezo—. La compañera de piso de Lesley Abbott me ha dado a entender que era una chica bastante distante, un poco dispersa y que se relacionaba con personajes pintorescos. También daba la sensación de estar fuera de lugar en los círculos en los que se movía. Es bastante difícil afinar más para saber qué tipo de persona era en realidad. No hay nada concreto que relacione el nombre de Lesley con nuestra víctima.

—¿Puede definirme «pintoresco»?

—Se interesaba mucho por todo lo espiritual, además de sentir una atracción cada vez mayor por el esoterismo. Es posible que estuviera saliendo con un chico que sus amigos no aprobaban o, al menos,

que estuviera juntándose con él en mayor o menor medida. Según todos los indicios, él también estaba metido en esas historias de cultos paganos.

—¿Tenemos su nombre? —preguntó Tamara, que pensó que quizá fuera eso lo que lo tenía tan absorto.

—No, por desgracia no. La compañera de piso de Lesley lo ha descrito como un eco de Bob Dylan. Presumiblemente, de su época dorada.

—Si fuera ese el caso, mi madre habría estado pendiente de cada palabra que ese hombre dijera —aseguró Tamara, que le arrancó una sonrisa a Tom—. ¿Qué tiene ahí? ¿Está echándole un vistazo al caso de Clare Hardy? —preguntó, mirando hacia la pantalla del ordenador. Janssen estaba revisando el historial de arrestos de alguien y ella supuso que se trataba de la trabajadora sexual desaparecida.

—Ah, esto es algo que me quedó pendiente de ayer. Ya sabe que fui a hablar con Beatrice Malloy, que posiblemente fabricó las joyas que se encontraron en nuestra víctima —explicó, mirando de nuevo la pantalla—. Bueno, su hija llegó a casa mientras hablábamos y me dio la impresión de que no le gustó mi presencia. Sentí curiosidad.

—¿Y? ¿Algo interesante?

—Resulta que tiene antecedentes. Está en libertad condicional, la soltaron hace dos meses, lo que explicaría por qué se sintió incómoda con mi visita a su casa.

—Me sorprende que su encanto no lograra imponerse a la aversión de la chica por la ley —bromeó, guiñándole un ojo—. ¿Por qué fue a la cárcel?

—Hubo una serie de ataques dirigidos contra una empresa farmacéutica local, concretamente una clínica de vivisección que utilizaba animales vivos para realizar pruebas de cosméticos. Entraron varias veces en sus instalaciones, se produjeron actos vandálicos y, en la última ocasión, incendiaron el complejo. Uno de los activistas murió entre las llamas, pero no lograron identificarlo.

—¿Cómo es posible que no pudieran hacerlo?

—El cuerpo quedó irreconocible, demasiado dañado como para que existiera la posibilidad de identificarlo. Ninguno de los detenidos

admitió haber estado presente, y mucho menos haber provocado el incendio. Detuvieron a varios activistas en la investigación posterior, una fue River, y terminaron yendo a juicio. Condenaron a cinco de ellos, incluyendo un cargo de homicidio involuntario por la muerte que se produjo, y recibieron penas de entre dos y seis años de cárcel. Parece que vieron a River, considerada una figura destacada en la campaña activista, como una de los principales responsables y recibió una de las penas más severas.

Tamara sintió que su curiosidad se despertaba.

—¿River Malloy? —preguntó, hojeando sus notas.

—La misma. ¿La conoce? —preguntó Janssen, frunciendo el ceño con sorpresa.

—Era amiga de Sophie Maddox... al menos según me ha contado su madre adoptiva.

—Supongo que tiene sentido. Tienen más o menos la misma edad y aquí todo el mundo se conoce.

—También he encontrado esto —añadió Tamara, metiendo la mano en su bolso, de donde sacó lo que había descubierto en el garaje de Ann Grable. Le pasó al inspector las fotos y señaló la tira del fotomatón—. ¿Tiene alguna idea de quién puede ser el chico?

Janssen estudió las imágenes. Estaba claro que no había visto antes aquel rostro. Ella era consciente de que él prestaba mucha atención a los detalles. Si hubiera visto con anterioridad a aquel chico, lo recordaría.

—La presencia de un novio no era más que una sospecha. ¿Cómo es que no se dice nada de él en la investigación? Estas imágenes dan a entender que tenían una relación bastante estrecha.

—Los padres adoptivos no sabían nada. Parece ser que ella no mostraba mucho sus cartas, que era reservada. Sin duda, tendremos que preguntarle sobre esto al oficial a cargo de aquella investigación cuando hablemos con él. Por otra parte, ¿por qué este chico no dio un paso al frente y se manifestó cuando Sophie desapareció? Puede que River Malloy no tenga afinidad ninguna con la policía, pero esperemos que pueda ayudarnos con el paradero o la identificación del chaval. Las chicas se confían cosas entre ellas. Aunque él ya no estuviera en la vida de Sophie, River debería saber quién es y cuál

era la naturaleza de aquella relación.

—Hablando de Sophie Maddox, ¿qué opina de su caso? —le preguntó Janssen.

La inspectora jefe reflexionó antes de responder. Sophie encajaba a la perfección con muchos aspectos del perfil de los adolescentes que se fugan de casa. Era más madura de lo que su edad decía, lo cual no era de extrañar teniendo en cuenta las condiciones en las que se había criado; aparentemente, era una persona decidida, determinada y muy capaz.

—Su madre adoptiva cree que se escapó durante una noche por su propia voluntad y la describe como una persona que podía valerse por sí misma y muy enfocada. Aunque no sé si lo dice para apaciguar su conciencia por haber perdido a una niña que estaba a su cargo. Me ha parecido sincera, pero...

—¿Pero?

—No estoy segura —respondió con un suspiro. Transmitía la impresión de que le costaba expresar con palabras sus pensamientos—. Hay algo especial en Sophie. No puedo decir con certeza qué es, pero mantenía a cierta distancia a todas las personas con las que se relacionaba en la vida, corriendo el riesgo de que la vieran como una persona solitaria. Aunque no desconectaba completamente de sus emociones. Conservó cartas de su madre, con la que no tiene relación, y de su anterior familia de acogida, y también esto —explicó mientras le pasaba a Janssen las otras fotografías. El inspector permaneció un rato contemplando la foto de su padre y luego miró la de la madre y el bebé.

—Sus padres. ¿Qué es esta otra? —le preguntó mientras alzaba y sostenía en el aire la tercera fotografía antigua, la que mostraba una fiesta.

—No lo sé. Quizá sea una reunión familiar. Esa foto estaba con las demás, pero no veo en ella ni al padre ni a la madre.

—¿Cree que pudo haber hablado de su pasado con sus amigos? ¿Tal vez con River?

—Es posible. Sin embargo, si tenía problemas de confianza, sería comprensible que no lo hubiera hecho. Eso también explicaría por qué nadie sabe mucho sobre lo que pensaba, sentía o con quién se

relacionaba. Iba a pasarme por casa de River luego para hablar con ella. ¿Quiere venir conmigo?

—Por supuesto. Esta noche también hay una reunión de un grupo pagano de la zona. Pensaba ir para ver si alguien recuerda a ese tipo parecido a Dylan con el que se juntaba Lesley Abbott hace seis años. Si él se mueve en ese círculo, es posible que siga por aquí. ¿Se anima usted también a acompañarme a mí?

—¿Lunas llenas y brujería en el *sabbat*? —bromeó Tamara, sonriendo ampliamente.

—*Más bien una cerveza y un paquete de patatas fritas* —dijo Janssen, respondiendo con otra sonrisa—. *Se reúnen en un pub en Wells.*

—*Me parece menos interesante, pero me apunto* —respondió, fingiendo decepción.

—*Por cierto, ¿cómo le van las cosas?* —preguntó Janssen—. *¿Ya ha fijado la fecha de la boda?*

Justo en ese momento, Eric llegó a la sala de operaciones, y ese hecho evitó que la inspectora jefe tuviera que inventarse una respuesta a aquella pregunta. Podría haberle dado un beso al joven oficial por su sentido impecable de la oportunidad, aunque fuera involuntario.

—*Siento haber tardado tanto* —se excusó, mirando alternativamente a uno y a otro—. *¿He interrumpido algo?* —*Su entusiasmo ocultaba con sutileza ese temor. Tanto ella como Janssen le hicieron un gesto para restar importancia a su preocupación—.* *Lee Taylor es un buen elemento, os lo aseguro.*

—*¿Por qué lo dice?* —le preguntó Tamara.

Janssen le devolvió las fotografías y ella las cogió, se dirigió a una silla y se sentó.

—*No parece que le haya afectado demasiado el hecho de que, posiblemente, hayamos encontrado a su novia desaparecida* —*anunció Eric, jadeando. Debía haber ido corriendo hasta la sala de operaciones para estar así, casi sin aliento—.* *Para ser justos con él, parece que se ha convencido a sí mismo de que ella desapareció hace años solo para alejarse de él, y no parece concebir la posibilidad de que tuviera un final prematuro. Sin duda, ha pasado*

página. Lo he comprobado de camino aquí: está casado y tiene un hijo. No se ha repetido ningún incidente doméstico como el que se denunció durante su relación con Tracy. Sin embargo, recibió una amonestación oficial por posesión de estupefacientes y hace un par de años le quitaron el carné de conducir durante seis meses, así que no tiene un historial impecable.

—¿Qué le dice su instinto? —preguntó la inspectora jefe, que quería comprobar cómo se desarrollaba la intuición del oficial.

—Se ha mostrado evasivo, ambiguo y sorprendentemente indiferente ante la posibilidad de que tal vez pudieran haber asesinado a Tracy. Mis preguntas, más que ponerlo nervioso, lo iban irritando. No me ha dado la impresión de estar a la defensiva, para nada. Su jefe le había avisado de que iba a ir a hablar con él, así que podría haberse preparado. Pero luego está su versión de los hechos. Lo que me ha contado contradice por completo la declaración inicial que ofreció cuando denunció la desaparición de Tracy.

—Eso me parece intrigante —dijo Janssen.

—Ha intentado retractarse y hacerme creer que, simplemente, no recordaba bien algunos detalles porque estaba cansado después de terminar de trabajar, pero no me lo creo —dijo Eric con seguridad—. Cuando le he preguntado si estuvo con sus amigos o trabajando el día que Tracy desapareció, me ha mentado.

—¿Cómo puede estar seguro? —le preguntó Tamara.

—Porque pensó bien lo que iba a responder, y, cuando lo hizo, miró hacia arriba y hacia la izquierda.

—¿Y?

—Química cerebral básica —respondió Eric—. El hemisferio izquierdo del cerebro se encarga de la creatividad, y el derecho, de la memoria. Tuvo que urdir una respuesta, no recurrió a su memoria. Es una reacción neurológica de sus ojos de la que él no puede ser consciente.

—¿Dónde demonios ha aprendido eso?

—En Discovery Channel —respondió Eric con una sonrisa—. Además, momentos como ese, en los que desaparecen seres queridos, pueden permanecer en la mente de las personas y no

abandonarlos jamás. De hecho, las vidas de algunas personas se definen por esos momentos. No son cosas que se puedan olvidar con facilidad, independientemente de si logras pasar página y continuar con tu vida o no.

—Parece que no le ha caído bien —dijo Tamara.

—Eso no tiene relevancia —replicó Eric, que pareció ponerse a la defensiva—. Me preocupa mucho de no permitir que mis sentimientos nublen mi objetividad. —A Tamara aquellas palabras le causaron buena impresión, aunque tuviera la sensación de que Eric estuviera citando un libro de texto—. Pero tiene razón. No me ha caído bien.

—Bien hecho —replicó la inspectora jefe, tratando de no sonar condescendiente. Estaba genuinamente complacida con la forma en que el joven detective se estaba adaptando a su papel, y también porque parecía que la magnitud de los acontecimientos que estaba investigando no le estaba perturbando en absoluto—. Quiero que hagan dos cosas. Primero, investiguen a Clare Hardy, comprueben si ha reaparecido en algún otro lugar y el sistema no se ha actualizado. Luego, intenten comenzar a elaborar los perfiles de ADN de las chicas desaparecidas para ayudar con la identificación. Hardy tiene antecedentes. He leído que la detuvieron por prostitución un par de años antes de su desaparición. Empezamos a tomar muestras de ADN obligatorias a las personas detenidas en 2004, así que deberíamos poder encontrar la suya en los archivos. Y veamos qué podemos obtener de las demás. Tendremos que informar a la madre de Sophie Maddox de nuestra investigación, así que quizá consienta darnos una muestra para su análisis.

—Puede que nos resulte difícil encontrarla. Ayer estuve buscándola, y ha abandonado la zona. Si está inscrita en algún censo electoral, será más fácil —respondió Eric, mientras tomaba notas en su libreta de forma frenética.

—Si no es así, pruebe con los programas comunitarios de la zona de ayuda a personas con problemas relacionados con las drogas y el alcohol. Quizá podamos localizarla a través del Sistema Nacional de Salud.

Janssen dio continuidad al razonamiento de Tamara.

—Lesley Abbott estaba distanciada de su familia. Tendremos que ponernos en contacto con ellos de todos modos por cortesía y tal vez estén dispuestos a ayudarnos. Tracy Bartlett será otra historia. Recuerdo haber leído que no tenía familia viva.

—Tendremos que apañárnoslas con lo que podamos conseguir —respondió Tamara—. Cualquier cosa que nos ayude a reducir la lista será de ayuda. El forense ha prometido que mañana por la mañana tendrá listo el informe de la autopsia.

—¿Está trabajando un domingo? Debe usted conocer a mucha gente —dijo Janssen, que se puso ya de pie. Tamara se rio—. También tenemos otra pista que investigar gracias a la tarjeta de visita que se encontró en el bolso de la víctima. —La inspectora jefe lo miró inquisitivamente. Como había llegado casi por sorpresa y, además, el equipo se había dividido enseguida para hablar con personas relacionadas con las posibles víctimas, Janssen debía haber olvidado decírselo—. Se lo cuento por el camino.

CAPÍTULO 13

Al atravesar la entrada privada de la residencia Malloy, Tom Janssen observó de inmediato la silueta de Beatrice al otro lado del patio. Estaba bajo un toldo fijo, agachada ante un objeto cilíndrico que estaba colocado sobre un soporte y le quedaba a la altura de la cintura. La mujer miró en dirección a Janssen y Tamara Greave, pero siguió con lo que estaba haciendo. Tenía el pelo peinado hacia atrás desde la frente y recogido a la altura de la nuca. Llevaba unas gafas protectoras sobre la cabeza y vestía un delantal grueso de cuero que hacía juego con las protecciones que cubrían sus antebrazos.

Cuando el inspector se bajó del coche, Beatrice abrió una puerta con una mano enguantada y él se dio cuenta de que la mujer estaba delante de un pequeño horno. El interior del mismo brillaba con un color naranja muy intenso. La mujer cerró la puerta, se quitó el guante y salió de debajo del toldo para recibirlos. Tenía el rostro cubierto de sudor y parecía cansada, como si no hubiera dormido. Janssen la recordaba exactamente así la noche anterior. Quizá siempre pareciera fatigada.

—Ha vuelto muy pronto, inspector —dijo Beatrice con una media sonrisa—. Debe gustarle mucho la joyería que hago.

—Veo que usted es mucho más que una simple orfebre —dijo Tamara. Beatrice siguió la mirada de la inspectora jefe, que estaba centrada en el horno—. El soplado de vidrio requiere mucha habilidad. También trabaja con piezas más grandes, por lo que veo —añadió, señalando una forja que había a unos metros de distancia.

—Veo que no le es ajeno el trabajo en una forja —respondió Beatrice con una sonrisa en los labios, mientras se secaba el sudor de la frente con el dorso de la mano—. Coqueteé con la escultura

durante un tiempo, trabajaba con piezas de metal desechadas. Se me ocurrió desarrollar una temática que tuviera que ver con el renacimiento postindustrial. Pero eso fue hace tiempo, nunca llegó a cuajar. Decidí centrarme en lo que sabía hacer. ¿Usted también ha trabajado el metal?

—Hace tiempo, pero nada de esta magnitud. A veces me parece que eso pasó en otra vida —respondió Tamara, que, a continuación, le mostró a la mujer su identificación policial—. Soy la inspectora jefe Greave. Nos gustaría hablar con su hija, River. ¿Está por aquí?

La bienvenida cálida que habían recibido se disipó en cuanto Tamara mencionó a su hija. Beatrice frunció el ceño y miró hacia la casa principal.

—Sí, está aquí. Si tienen suerte, puede que incluso haya salido ya de la cama.

Beatrice les hizo señas para que la siguieran y los condujo hasta el interior de la casa tras abrir la puerta principal.

—¡River! —gritó al pie de las escaleras, pero no encontró respuesta—. Quizá esté en la parte de atrás. —Se adentraron más en la casa, una antigua vivienda agrícola, y llegaron hasta una cocina pequeña situada en la parte trasera de la misma. En el extremo opuesto de la cocina se podía ver que la mitad superior de una puerta de establo que daba al exterior estaba abierta. A través de ella, se observaba un pequeño jardín cercado por muros. Había enredadoras que cubrían la puerta. Ascendían por la fachada exterior de ladrillo y amenazaban con invadir el interior. Beatrice abrió la ventana más cercana que daba a la parte trasera y volvió a gritar para llamar su hija—. ¡River! Ha venido a verte la policía. —La brisa les trajo el aroma dulce e inconfundible del cannabis y los agentes intercambiaron miradas cómplices.

Se escuchó el sonido de una silla metálica raspando las baldosas y una silueta se acercó hasta la puerta trasera.

—¿Quién? —preguntó River mientras se asomaba. El rostro de la joven se descompuso al verlos y tiró lo que tenía en la mano, exhalando el humo lejos del interior de la casa.

—He dicho *la policía* —respondió Beatrice, bajando la voz y enfatizando la entonación. River se agachó para no ser vista—. Lo

siento. Lleva así un tiempo. No consigo motivarla.

—Fumar marihuana la ayudará con eso —respondió Janssen, que pasó junto a la mujer y se dirigió hacia la puerta.

Tamara lo siguió. Al inspector le daba igual el hábito de River. Tenían que tratar con ella asuntos mucho más importantes que ese.

Encontraron a la joven sentada en una silla de hierro fundido, alrededor de una mesa circular, con los pies apoyados en otra silla. Sobre la mesa había un paquete de tabaco para liar, un mechero y papel de fumar, además de un cenicero. No había rastro de sus drogas, sin duda escondidas en el bolsillo de su forro polar o, más probablemente, en el parterre que tenía al lado, con la intención de recuperarlas en cuanto se marcharan de allí.

—Hola, River. No nos interesa su hábito recreativo. No la vamos a volver a mandar a la cárcel por una infracción de posesión de drogas. Tengo cosas mejores que hacer con mi tiempo —le explicó Janssen, que sintió la necesidad de dejar eso claro. Quería que River estuviera de su lado y, si la chica le tenía miedo, eso sería menos probable.

—Quizá ustedes no hagan nada al respecto, pero puede que sus compañeros sí —replicó la chica—. Hagan lo que quieran. La verdad, es más fácil conseguir marihuana en el talego.

A Janssen le dio la impresión de que aquello había sido un alarde, pura fanfarronería, fruto de la necesidad de mantener la tranquilidad delante de la policía. Y no era de extrañar, ya que hacía poco tiempo que había recuperado cierto control sobre su vida tras obtener la condicional.

—No lo dudo —respondió el inspector, que hizo un gesto hacia la silla sobre la que River tenía apoyados los pies. La joven accedió y los retiró, y Janssen alejó la silla un poco de la mujer y se sentó—. Esta es la inspectora jefe Tamara Greave —informó a River, que miró a Tamara con expresión impasible. Esta sonrió, pero River apartó la mirada sin decir palabra.

—Nos han informado de que usted era amiga de Sophie Maddox —dijo Tamara—. La chica que estaba en acogida con los Grable...

—Sí. Conocía a Sophie —respondió River—, ¿y qué?

—¿Eran buenas amigas? —preguntó Janssen. River lo miró a los

ojos y asintió—. ¿Hablaban mucho de su pasado? ¿De su familia, por ejemplo?

—No, lo siento —respondió de forma seca. El inspector levantó las cejas, en un gesto que transmitía cierta irritación por la actitud de la joven. La expresión de esta se suavizó un poco—. Miren, ella nunca quiso hablar de su pasado. Supongo que era demasiado doloroso para ella.

—¿Tuvo algún novio?

River echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír.

—No, eso no es probable.

—Parece bastante segura de ello —afirmó Janssen, atrayendo así la mirada de la joven hacia él. La risa se convirtió en una sonrisa amplia, y los ojos de la chica brillaron. Era una expresión cargada de intención. River parecía estar regodeándose en la posición de poder que acababa de adquirir—. ¿Qué es lo que no nos está contando? Porque sé que hay algo.

La joven exhaló profundamente y la sonrisa se desvaneció.

—A Sophie no le iban las relaciones duraderas, ya saben a lo que me refiero. No tenía la intención de quedarse por aquí mucho tiempo. Un novio no encajaba en sus planes.

—¿Qué planes? —preguntó Tamara, que permanecía de pie a su derecha.

River alzó la mirada hacia el cielo con exasperación.

—Planes. Planes de vida. El futuro. Todo eso. —La respuesta era demasiado vaga, así que Janssen la animó a continuar—. Sophie estaba sola, lo había estado casi toda su vida. Y esa era también la forma en la que ella quería estar. Nadie la cuidaba, así que ella se cuidaba a sí misma. De esa manera, nadie tendría la oportunidad de decepcionarla nunca.

—¿Como sus padres, por ejemplo?

—Supongo —respondió River, encogiéndose de hombros—. Como les he dicho, ella no hablaba de eso.

—¿Y Sophie le dijo todo eso a usted?

—Más o menos, sí —respondió River, mirando a ambos alternativamente—. ¿Por qué me están preguntando por ella? Hasta donde yo sé, Sophie lleva mucho tiempo sin aparecer por aquí. No la

he visto desde que se largó.

Janssen decidió ignorar ese comentario por el momento.

—¿Cuándo fue la última vez que la vio?

River lo pensó detenidamente.

—No estoy segura. Más o menos fue cuando ustedes nos hicieron aquella encerrona.

Debía estar refiriéndose a los hechos que desembocaron en su condena de prisión. Todos los delincuentes a los que Janssen había arrestado a lo largo de su vida y que habían sido declarados culpables lo terminaban acusando de corrupción. Era bastante habitual. Todas las cárceles del país estaban llenas de inocentes si uno hacía caso de lo que decían los reclusos.

—¿Tenía Sophie alguna relación con usted y con su... *grupo*? — preguntó Janssen, que no logró encontrar la palabra adecuada.

—Si me está preguntando si le importaba el bienestar de los animales y el espíritu de la especie humana... entonces sí, formaba parte de mi *grupo*. Es una pena que a la mayoría de ustedes les dé igual. Porque, si fuera de otra forma, quizá sí que se podría hacer algo al respecto.

—¿Cómo se llamaba la empresa que tenían en el punto de mira? — preguntó el inspector, manteniendo intencionadamente un tono neutro.

Ella lo miró con los ojos entrecerrados.

—Es obvio que ya lo han leído todo sobre mí. Ellos se merecían todo lo que les pasó y más.

—Y, aun así, fue una encerrona, ¿verdad?

—Yo no tuve nada que ver con aquel asalto. Ninguno de nosotros tuvo nada que ver.

Janssen desvió la mirada, un poco fastidiado por haber permitido que la conversación se estuviera desviando del tema central.

—¿Pertenece Sophie al grupo de activistas? Saberlo podría ayudarnos con nuestra investigación.

—¿Investigación sobre qué?

—Sobre si la persona a la que hemos encontrado enterrada en las dunas cerca de Wells podría ser ella.

River abrió la boca y, en cuestión de segundos, sus ojos se tornaron

vidriosos. Hubo unos instantes de silencio y, al final, la chica negó con la cabeza, parpadeando de forma frenética.

—No, no puede ser Sophie, no puede ser. Ella se marchó.

—¿Le dijo a usted que se iba a ir?

—No, no exactamente —respondió River, cuya actitud era ahora ausente. Parecía haberse transformado en una persona muy diferente—. Me dijo que algún día lo iba a hacer, que tenía planes para ello, pero nunca especificó cuándo. Hablaba de cosas que quería hacer, de lugares a los que quería ir..., sitios nuevos y cosas así..., pero no se lo iba a contar a nadie antes de hacerlo. Sabía que, si lo hacía, la gente intentaría detenerla, gente como sus padres adoptivos y los servicios sociales. Yo creí que no eran más que palabras vacías. Cuando eres muy joven, dices muchas cosas, pero luego no las haces, ¿verdad?

Janssen inclinó la cabeza hacia Tamara, que asintió. La inspectora jefe dio un paso adelante y le entregó a River una copia de las fotos encontradas entre las pertenencias de Sophie. La joven cogió las fotos y las sostuvo frente a ella. Se las pasó de una mano a otra; descartó de inmediato las fotos de los padres, pero se detuvo algo más en la foto tomada en la fiesta.

—¿Puede decirnos quién es esa persona? —preguntó Janssen en voz baja cuando River llegó a las imágenes del fotomatón. Las miró fijamente y, por un momento, al inspector le pareció ver un destello de reconocimiento en los ojos de la chica, pero, cuanto más tiempo contemplaba su reacción, menos seguro estaba de ello. River dejó las fotos sobre la mesa y lo miró a los ojos.

—No. Lo siento.

Algo en tono su tono de voz le produjo una sensación extraña y le hizo dudar de si estaba siendo sincera. Solo unos segundos antes estaba insistiendo en que era poco probable que su amiga estuviera saliendo con alguien y ahora, ante la evidencia de lo contrario, parecía impasible ante la revelación. Janssen mantuvo el contacto visual, pero River permaneció firme.

—Vale, ¿y le dice algo el nombre de Darren, especialmente en relación con Sophie?

Los muros defensivos que River había levantado a su alrededor

volvieron a aparecer. Daba la impresión de que, al enterarse de la noticia de la posible muerte de su amiga, esos muros habían caído. Pero la tregua fue fugaz. La chica negó con la cabeza.

—No. No recuerdo a nadie llamado Darren.

—Piénselo bien. Quizá era alguien que estaba aquí de vacaciones, un amigo de un amigo. Tal vez, alguien que mencionara así de pasada.

River adoptó un tono severo mientras hablaba, tranquila y controlada.

—No. No puedo ayudarlos. Ojalá pudiera, pero no lo conozco. Y, para responder a su pregunta anterior, no.

—¿No? —repitió Janssen.

—Sophie no era una de las activistas más combativas. Venía conmigo a las protestas, repartía folletos y cosas así, pero no. No quería involucrarse.

—¿Involucrarse en qué? —preguntó Tamara.

River pareció vacilar, tal vez temiendo haber hablado demasiado. Negó con la cabeza y cruzó los brazos por delante de ella.

Intuyendo que iba a ser inútil continuar con la conversación, Janssen le agradeció a la joven su tiempo. River no le respondió, pero sus ojos lo siguieron mientras se levantaba. Resultaba imposible obviar la sensación de que la chica se mostraba reticente a hablar. ¿Estaría callándose algo para proteger a su amiga o a sí misma? ¿O tal vez fuera simplemente su animadversión hacia la policía? En cualquier caso, River Malloy parecía esconder cosas que aún desconocían. Janssen tendría que seguir investigando sobre ello.

Entraron de nuevo en la cocina y se encontraron a Beatrice apoyada en la encimera, cerca de la ventana abierta. El inspector comprendía que debía haber estado escuchando toda la conversación que acababan de mantener con su hija. Para que no la oyeran, la mujer les indicó con un gesto que la siguieran al vestíbulo, donde la chica no podría escucharlos.

—Por favor, no juzguen a River con demasiada dureza —suplicó Beatrice casi con un susurro, mirando nerviosamente hacia la cocina—. Le está costando mucho adaptarse desde... desde que volvió a casa. A veces la oigo llorar por las noches. Le gusta aparentar que

es fuerte y muy dura, pero no es más que un papel que adopta.

—Estamos investigando un posible asesinato, señora Malloy —respondió Janssen con firmeza, aunque sin dejar de considerar que tenía ante sí el rostro angustiado de una madre que lo único que pretendía era proteger a su hija—. Después de tanto tiempo, tenemos la obligación de investigar a fondo todas las pistas que tengamos.

—Lo entiendo, inspector. De verdad que sí. River era una niña muy sensible. Yo no estuve muy presente... porque, verá, estábamos las dos solas. Yo tenía tres trabajos para intentar llegar a fin de mes y River me necesitaba mucho más a mí que ese dinero extra. Ahora me doy cuenta de ello —explicó, mirando fijamente hacia donde estaba sentada su hija, como si fuera capaz de ver a través de la pared.

—¿Qué nos puede contar sobre sus amigos? —le preguntó Tamara—. En particular sobre Sophie Maddox, si es que usted la conocía.

Beatrice reaccionó al oír aquel nombre. Fue una reacción fugaz, pero, en cualquier caso, perceptible.

—Sí, yo conocía a esa chica. —Incluso aunque esas palabras no hubieran estado cargadas de rencor, la expresión que las había acompañado habría bastado para transmitir sus sentimientos. Miró alternativamente a Tamara y a Janssen—. En retrospectiva, no puedo decir que aprobara esa amistad. Sophie era voluble, inconstante, pasaba de una cosa a otra... Nunca conseguía centrarse en nada durante mucho tiempo —explicó Beatrice con una mirada distante. Luego, su expresión se suavizó mientras jugueteaba distraídamente con su collar—. Supongo que tampoco era demasiado sorprendente que fuera así, teniendo en cuenta de dónde venía.

—¿Qué sabe de su pasado? —le preguntó Janssen.

—Oh, no mucho. Solo lo que River me contaba. Yo me refería a que vivía con los Grable, que siempre estaban dispuestos a acoger a cualquier niño abandonado o desamparado que necesitara un lugar donde dormir. Supongo que la chica siempre estaba buscando un sitio en el que encajara, del que se pudiera sentir parte. Como mi River —añadió con un pesar evidente.

—¿Como River? —preguntó Janssen, para que se lo aclarara.

—Sí. Yo no estaba con ella casi nunca y necesitaba apoyo, amor, un lugar del que sentirse parte. Encontró gente que llenaba esos vacíos en su vida.

—Se refiere a los activistas por los derechos de los animales, ¿verdad? —Beatrice asintió, mirando al suelo—. Le dieron la estabilidad que usted no pudo ofrecerle.

—Y también un propósito en la vida —añadió Beatrice—. Ahí es donde mi River y Sophie se distanciaron. River quería un grupo en el que encajar, mientras que Sophie solo buscaba aprovechar lo que le viniera bien de ello.

—Tiene usted una opinión bastante despectiva de Sophie, señora Malloy —dijo Janssen, procurando no parecer crítico.

—Bueno, si van a traernos a esa chica de vuelta a nuestras vidas, debería saber con qué se están enfrentando. Es muy fácil pintar a los desfavorecidos de nuestra sociedad como meras víctimas. Esa chica guardaba mucho más de lo que mucha gente creía, incluso River. Sobre todo River.

—¿Habla por su propia experiencia? —preguntó Tamara.

Beatrice negó ligeramente con la cabeza.

—Yo veía cómo manipulaba a mi hija y jugaba con sus emociones... Conseguía que hiciera por ella todo lo que quería. Cuando has pasado por todo lo que he pasado yo en la vida durante años, desarrollas un olfato especial para ese tipo de personas.

—¿Le compró Sophie alguna joya a usted? —preguntó Janssen. Pensó que ya lo habría mencionado de haber sido así, pero valía la pena preguntar.

—Esa chica nunca pagó por nada, créame. Sophie Maddox sacaba todo lo que podía de una persona y luego pasaba a la siguiente. Si es a ella a quien acaban de desenterrar, deberían tener eso muy en cuenta.

—¿Podría echarles un vistazo? —le pidió Janssen mientras extendía una mano hacia Tamara.

La inspectora jefe sacó las fotos que se habían encontrado entre las pertenencias de Sophie y el inspector se las pasó a Beatrice. La mujer las examinó con el ceño fruncido. Negó con la cabeza ante la

tira de fotos del fotomatón y se las devolvió.

—Lo siento, inspector.

—No importa, merecía la pena que les echara un vistazo —respondió Janssen, que percibió cómo la mujer detenía su mirada sobre las otras fotos. Parecían haberle llamado la atención.

La mujer se dio cuenta de que él la estaba observando.

—¿Son fotos de algún familiar de Sophie?

Janssen asintió.

—Creemos que sí. ¿Los conoce?

—No, ¿cómo iba a conocerlos? —respondió Beatrice, sonriendo—. Independientemente del tipo de persona que fuera, si es ella a quien han encontrado en la playa es una pérdida terrible siendo una chica tan joven.

—Muy cierto. Si River se abre un poco, ¿cree que podría animarla a que nos llame? Queremos aclarar todo esto lo antes posible.

—Haré lo que esté en mi mano, se lo prometo —respondió la mujer.

CAPÍTULO 14

Había menos de una docena de personas en el *pub* The Black Dog. Eran las primeras horas de la tarde y Janssen había esperado que hubiera más gente, incluso siendo domingo. Mientras aguardaba pacientemente a que le atendieran junto a la barra, prestaba atención a las conversaciones de los lugareños. El *pub* *había cerrado las dos noches anteriores, una decisión preventiva por la amenaza de la tormenta y la subsecuente marejada ciclónica. A la postre, el edificio no había sufrido daños. Un par de parroquianos veteranos comentaban que al final no había sido tan grave como otras que habían sufrido en su juventud, y se sentían agradecidos por ello. Aunque el tiempo seguía siendo un tema de conversación muy común, muchas de las conversaciones giraban en torno al descubrimiento del cadáver en la playa. Como era de esperar, los cotilleos comenzaban a propagarse, y había todo tipo de sugerencias sobre quién podía ser la víctima y qué le podía haber ocurrido. Janssen trató de escuchar disimuladamente.*

La opinión más extendida parecía apuntar a un suicidio o una caída accidental desde uno de los ferris que cruzaba el mar del Norte. Entre los que participaban en el debate, la mayoría opinaban más bien lo primero. Una voz disidente planteó que, en tal caso, era extraño que no se hubiera hablado de la desaparición de una persona que iba bordo de un barco, pero otros lo acallaron con comentarios sobre las corrientes, las mareas y las resacas. Por lo que estos pensaban, la víctima podría haberse caído de un barco frente a la costa escandinava y haber sido arrastrada hasta Norfolk durante varias semanas. Nadie parecía querer contemplar la posibilidad de que un asesino se hubiera estado moviendo entre

ellos, y mucho menos que aún pudiera rondar por allí.

Tras lo que le pareció una espera innecesariamente larga, el camarero se acercó a Janssen, que le pidió un de zumo de naranja y agua mineral para Tamara. Cogió el cambio de un billete de diez libras y regresó a su mesa junto al ventanal que había al lado de la puerta de entrada. Tamara le sonrió en señal de agradecimiento y aceptó la bebida. Por un momento, el inspector pensó en disculparse por la reacción que había tenido cuando la había visto aquella misma mañana. Avergonzado por su actitud infantil, decidió dejarlo estar a menos que ella sacara el tema.

—¿A qué se ha referido antes, en la casa de las Malloy? —le preguntó; Tamara le dirigió una mirada inquisitiva—. ¿De verdad ha hecho alguna vez soplado de vidrio?

Tamara se rio. Fue un sonido delicado, que suavizó un rostro de facciones afiladas que había transmitido demasiada seriedad durante todo el día.

—No, la verdad es que no —explicó—. Nuestro entorno consideraba importante que experimentáramos todo tipo de cosas cuando éramos jóvenes.

—¿Se refiere a su casa, su familia?

—Sí. Nuestros padres querían que exploráramos algunas de las posibilidades que nos ofrecía el mundo —afirmó, con una sonrisa en el rostro y la mirada perdida. Janssen supuso que estaba recordando aquellos tiempos—. Eso implicaba que pasáramos muchos días en familia en eventos culturales. Festivales de música folclórica, museos y galerías de arte. Nuestra madre, en particular, siempre se las arreglaba para apuntarnos a clases de artesanía popular moderna que se improvisaban en ferias locales, o a las que se organizaban como parte de exposiciones interactivas de historia.

—Da la sensación de que tiene unos padres estupendos —dijo el inspector.

La sonrisa se desvaneció del rostro de Tamara mientras asentía ante la pregunta, y Janssen se preguntó si había dicho algo inapropiado. Como no entendía que eso fuera posible, cogió su bebida y echó un vistazo al salón, dejando que la conversación se apagase.

—Está la noche tranquila, ¿no le parece? —le preguntó ella.

Janssen observó a las personas congregadas alrededor de la barra. Por la fluidez de la conversación, supuso que se trataría de gente del pueblo. Le resultaba fácil reconocer a los turistas. A pesar de que se acercaba ya el final de la temporada, solía seguir habiendo un gran número de ellos. Sin duda, las alertas meteorológicas los habían mantenido alejados, al igual que a muchas de las personas que tenían una segunda residencia en la zona. Las consecuencias directas en la población eran evidentes. Pero no tardarían mucho en volver.

—Esperemos que el grupo no haya cancelado sus planes —terminó respondiendo el inspector.

Nada más pronunciar aquellas palabras, se abrió la puerta del *pub* y entraron en él media docena de personas. El hombre que encabezaba el grupo saludó al camarero y este le hizo un gesto hacia la parte de atrás. Con una sonrisa y un gesto de aprobación, el pequeño grupo atravesó el local y entró en una sala que Janssen no había visto al entrar. Mientras los observaba con disimulo mientras iban pasando en fila junto a él, no pudo evitar pensar que parecían muy sencillos y corrientes. El más joven probablemente tendría unos cincuenta años y el mayor de ellos le sacaría más o menos un par de décadas. Le parecieron un grupo demasiado extraño como para que un adolescente o un veinteañero se relacionara con ellos, y aún menos probable que practicasen rituales esotéricos. Ninguno de ellos se parecía ni remotamente al desconocido que Lesley Abbott había llevado a su casa. Aunque, teniendo en cuenta el posible envejecimiento de los miembros del grupo y, quizá, el cambio de imagen de alguno de ellos, era imposible estar seguro de ello. La puerta quedó entreabierta e, inclinando la cabeza, podía divisar el interior de la sala. Estaban quitándose los abrigos y charlando entre ellos.

Una pareja salió de la habitación y se dirigió a la barra. Sus miradas se cruzaron. Lo habían descubierto. Tamara se levantó de su asiento, el inspector la siguió y se acercaron a ellos cuando estaban pidiendo bebidas para todo el grupo. Ambos se identificaron mostrando discretamente sus credenciales. Lejos de alarmarse, parecieron

sentir curiosidad por saber por qué la policía se había interesado por su reunión.

—Estoy un poco desconcertado por la idea que ustedes puedan tener acerca del propósito de una asamblea —dijo el líder del pequeño grupo, un hombre llamado Charles, que esbozaba una media sonrisa mientras hablaba—. Somos paganos, no practicantes de rituales esotéricos o artes oscuras de ninguna clase.

Janssen miró a Tamara, que no se inmutó ante ese comentario.

—Tendrá que perdonar nuestra ignorancia —respondió la inspectora jefe. Charles los condujo hasta la sala donde iba a tener lugar la reunión—. ¿No están ambas cosas relacionadas de algún modo?

La pregunta fue recibida con desdén; por un momento, Charles pareció ofenderse. Pero ese breve instante se disipó y el hombre les indicó que tomaran asiento mientras los presentaba al resto de los miembros del grupo. La respuesta de los mismos fue variada, pero en general positiva.

—Supongo que, para los no iniciados, y lo digo en un sentido muy general, nuestras opiniones podrían interpretarse de una manera equivocada —aseguró Charles mientras inclinaba la cabeza hacia un lado y advertía el consenso de los allí reunidos.

Otra persona retomó el hilo; se trataba de Eva, la mujer que ya habían visto junto a Charles en la barra.

—Somos un grupo diverso que se nutre de muchas tradiciones. Como paganos, tratamos de aprender de nuestros ancestros y explorar el camino espiritual. Nos reunimos regularmente, escuchamos las enseñanzas de los mayores y buscamos orientación en nuestro camino.

—En ese sentido, se parece mucho a una religión —respondió Tamara.

—Es que en eso no nos diferenciamos de cualquier otra religión —replicó Charles—. Seguimos una religión politeísta o panteísta que rinde culto a la naturaleza, la única religión verdadera para toda la humanidad. Para los paganos, el ciclo del año natural y la importancia de las diferentes estaciones constituyen un modelo de desarrollo y renovación espiritual, marcado por diferentes festivales que celebran a las divinidades que tienen afinidad con esos

momentos del año.

—Entonces, ¿creen en varios dioses? —preguntó Tamara.

—Nuestras divinidades no son necesariamente humanoides — continuó Charles. El hombre era elocuente, se expresaba con mucha claridad. Sin duda, se trataba de una persona muy culta—. Hay muchas que son elementales o colectivas. Hay quienes consideran nuestras creencias contemporáneas como algo neopagano en lugar de representaciones verdaderas de nuestra herencia ancestral. Sin embargo, tendemos a no enzarzarnos en discusiones de ese tipo. Las personas son libres de creer o adorar lo que consideren oportuno. La tolerancia es clave dentro del paganismo. Pretendemos devolver a la humanidad la armonía con el mundo que nos rodea y, de ese modo, abrazamos la ciencia moderna y los valores generales de las personas. No nos diferenciamos tanto de cualquiera de ustedes que posiblemente nos vea como gente desconectada del mundo moderno. La realidad es todo lo contrario.

—¿Cómo encaja con todo esto lo esotérico y ese mundo del ocultismo?

Tal vez fuera necesario saber dónde estaba la línea divisoria y, por lo tanto, diferenciar entre ambos conceptos.

—¿Lo esotérico? ¿Se está refiriendo a la práctica de la brujería o la hechicería? —preguntó Eva—. Perdóneme si interpreto mal el tono con el que lo ha preguntado, pero parece que solo se estuviera refiriendo a energía negativa.

—Debo decir que estoy en terreno desconocido —respondió Janssen, esbozando una sonrisa cálida que fue correspondida.

—Somos más bien una religión popular, tradicional —afirmó Eva—. Lo que usted menciona tiene más que ver con prácticas neopaganas o druídicas. Eso está relacionado con el paganismo moderno, en el que la práctica de la magia se considera fundamental dentro de la religión. Aquí todos son bienvenidos y hemos tenido devotos solitarios de la wicca, famosa religión moderna neopagana, así como algunos de los gardenarians, una versión de la misma, que vienen con nosotros de vez en cuando, por lo que sabemos cómo se estructuran esas creencias. La práctica de la magia o la brujería se puede clasificar en negra y blanca. La primera se refiere a actos más

maliciosos de venganza, tormento o coacción, mientras que la magia blanca se puede utilizar para fomentar el amor, la protección o la seguridad, por nombrar solo algunos ejemplos. —Aquella explicación provocó murmullos de acuerdo entre los miembros del grupo—. Lamentablemente, los practicantes no son igual de fáciles de catalogar.

—¿Por qué no? —preguntó el inspector, que sentía verdadera curiosidad por aquella visión diferente del mundo.

—Bueno, por ejemplo —comenzó Charles—, los wiccanos consideran que la magia y los hechizos son esenciales para su religión, aunque no es necesario ser wiccano para practicar la magia, pues cada persona es libre de llevar a cabo los hechizos o rituales que considere oportunos. No hay reglas fijas que seguir ni dogmas ni adoctrinamiento. Se pueden encontrar practicantes solitarios, al igual que hay también aquelarres que tienen su propio enfoque particular. La diferencia radica en las personas que realizan las conjuras, en lo que perciben como sus dones y lo que se proponen lograr.

—¿Habrá quienes sean...? No sé cómo decirlo sin ofender... ¿Menos éticos o íntegros de lo que usted describe? —preguntó Janssen, mirando a los rostros que lo rodeaban.

Nadie pareció ofenderse abiertamente por la pregunta. Las expresiones de algunos de los miembros del grupo se endurecieron un poco, pero no hubo signos de oposición evidente. Charles respondió, eligiendo sus palabras con mucha cautela, al menos en apariencia.

—Siempre habrá quienes se inclinen por una versión más oscura de la realidad, eso es cierto. No son muchos; yo solo me he encontrado unos pocos en mi vida, y eso que llevo treinta años practicando el paganismo. Sin embargo, habiendo tantas opciones entre las que elegir, siempre hay que tener cuidado a la hora de asociarse con un grupo nuevo. Estamos vinculados con una federación nacional y también está el Consejo Pagano, que orienta a los nuevos miembros de la religión lo mejor que puede. Aunque, que yo sepa, no hay procedimientos oficiales de selección y evaluación.

—Acaba de decirnos que se ha cruzado con algunos en su vida con

esa tendencia menos íntegra. ¿Alguno de ellos era de aquí, de Norfolk? —preguntó el inspector. Charles miró de reojo a Eva, que bajó la vista, evitando mirarlo a los ojos. El movimiento fue evidente —. ¿Charles?

—Hubo uno, hace ya algún tiempo. —Su tono y su lenguaje corporal transmitían su reticencia a hablar del tema—. Se unió a nosotros durante un tiempo, aunque debo añadir que no demasiado. Tenía opiniones que no... encajaban con nuestras costumbres.

—¿Qué pasó con él? —preguntó Tamara, intrigada.

—Le pedimos que se marchara, por supuesto —respondió Charles, que levantó la vista y miró a ambos.

—Deberíamos haberlo sabido desde el principio —intervino Eva—. Era extraño desde el momento en el que llegó.

Charles le puso una mano suave pero firme en el antebrazo a Eva, que dejó de hablar, frunció los labios y negó con la cabeza.

—Era un joven carismático, muy entusiasta, y tenía un conocimiento notable de nuestras costumbres —añadió Charles, cuyo ceño se frunció—. Su forma de relacionarse con los demás era contagiosa por naturaleza, como suele ocurrir con algunas personas, y lo vimos como una oportunidad para incorporar savia nueva al grupo y, por ende, a nuestra religión.

—¿Savia nueva?

—¡Oh! Me refería a atraer a gente más joven. De verdad, queremos influir positivamente en el mundo en el que vivimos. Al fin y al cabo, esta es una religión centrada en la Tierra. Pensamos que incorporar a miembros más jóvenes nos permitiría llegar a más gente. Conn parecía justo ese tipo de persona que estábamos buscando. Durante un tiempo, pareció encajar bien, pero luego todo cambió.

—¿Cuál fue el problema?

—Quizá lo juzgamos mal, o tal vez no comprendimos sus intenciones. He dicho «lo juzgamos», pero, para ser sincero, solo fui yo. Eva y algunos de los demás se sentían incómodos con él desde mucho tiempo antes, pero yo fui muy terco.

—Y sigues siéndolo —murmuró Eva.

Charles admitió su comentario levantando levemente una ceja.

—Conn comenzó a presionarnos para que celebráramos tanto las

fiestas estacionales como los *esbats*, que son rituales lunares que combinan elementos religiosos y mágicos. Los wiccanos creen en el poder de la luna, cuyos niveles de energía varían en función de la fase en la que se encuentre. Según quienes creen en ello, cada una de esas energías tiene usos específicos. Hay doce lunas nuevas cada año, a veces trece. Conn trató de orientarnos hacia todo eso... Bueno, en cualquier caso, se trataba de algo que muchos de nosotros no terminábamos de ver.

—Pero ¿tal vez sí lo viera algún miembro concreto de su grupo? —preguntó Janssen, eligiendo con cuidado cada palabra.

Charles se inclinó hacia delante, cambiando el peso de su cuerpo sobre el asiento.

—Sí, había algunos que tenían creencias similares. Durante un tiempo, continuamos como antes, creyendo en nuestro espíritu colectivo, pero se terminó produciendo una separación inevitable de caminos. Como les he dicho, nosotros somos tolerantes y aquí todo el mundo es bienvenido. Al fin y al cabo, el paganismo es una religión muy extendida con creencias en muchas deidades y prácticas. Sin embargo, hay una condición: tus acciones no deben buscar dañar a otros.

—¿Y ese tipo lo hizo? —quiso aclarar Janssen. Charles lo miró a los ojos, y también lo hizo Eva, aunque al inspector le pareció que ella estaba nerviosa y tensa—. ¿Intentó dañar a otros?

Charles asintió, rompiendo el contacto visual con Janssen.

—¿Cuándo fue eso?

—Pues... hace años. Cuatro, quizá cinco —respondió Charles, que miró a Eva, que estaba a su lado, en busca de ayuda.

Janssen se imaginó que eran pareja.

—Yo diría que más bien cerca de seis —le corrigió ella—. Fue el año después de aquel terrible Yule, el invierno más crudo en décadas. ¿Lo recuerdas?

Charles asintió.

—Sí, diría que sí, que hará más o menos seis años.

—Y ese «Conn»..., ¿saben cómo se apellida?

—Él se hacía llamar Conn, pero el significado de ese nombre estaba basado en la tradición celta, algo que tiene que ver con «discípulo»,

«líder»..., algo así. No sabría decirles si adoptó oficialmente ese nombre.

—¿Era de por aquí? —preguntó Janssen mientras tomaba notas. Charles negó con la cabeza—. ¿Podría describírnoslo?

—Conocía bien la zona. Diría que su acento era de East Anglia, pero la verdad es que no sé si era de por aquí.

Janssen se fijó en que Tamara estaba observando a todo el grupo, como si estuviera reflexionando sobre algo. El inspector lo pudo apreciar claramente.

—¿Acostumbran a ser más gente de los que son ahora, más de los que están aquí reunidos con nosotros? —le preguntó la inspectora jefe a Charles.

—Antes éramos más, eso es cierto.

—¿La separación inevitable de caminos a la que ha hecho referencia? —Charles asintió—. Entonces, se podría decir que a más personas de su grupo les atraía la noción de los elementos mágicos que evocaba Conn, ¿correcto?

—Sobre todo a los más... impresionables, sí.

—Los más jóvenes —añadió Eva.

—¿Mujeres jóvenes? —insistió Tamara.

—Mujeres y hombres.

Janssen intercambió una mirada con Tamara y vio que ella respiraba profundamente.

—Quisiera mencionarles algunos nombres, si me lo permiten. Díganme si les suenan, tal vez como miembros del grupo, o simplemente porque alguien los mencionara alguna vez de pasada. Deténganme si algún nombre les dice algo —pidió Janssen, comprobando que todos los miembros del grupo se sintieran cómodos con la idea. Todos parecían dispuestos—. ¿Darren o Clare? —Todos negaron con la cabeza, buscando la confirmación de los demás—. ¿Qué me dicen de dos mujeres jóvenes de la zona llamadas Lesley o Sophie?

—Sin duda hubo alguien llamada Les, recuerdo que uno de los demás la llamaba por ese nombre —respondió Eva, satisfecha por haberlo recordado—. Estoy segura porque «Les» me parecía un apodo muy extraño para una chica tan guapa.

Janssen miró a Tamara, pero ella solo tenía ojos para Eva.

—¿Y River? —preguntó la inspectora jefe.

Eva se giró hacia ella, inclinando la cabeza hacia un lado, pero fue Charles quien respondió.

—River, sí, sin duda. —Eva sintió en señal de acuerdo, y un par de los demás los apoyaron—. Es difícil olvidar a River. Muy centrada, motivada. Se juntaba con otra chica y con esa Lesley por la que han preguntado.

—¿Podría ser esa otra chica Sophie? Entonces tendría unos quince años, era rubia... —Janssen dejó que la descripción se fuera desvaneciendo mientras los miembros del grupo debatían abiertamente entre ellos sus recuerdos confusos. Sintió un cosquilleo de emoción o de inquietud en el estómago, no sabía muy bien cuál de las dos cosas. El debate se apaciguó y todos se giraron hacia él, incapaces de confirmar o descartar la posibilidad.

—Quizá si tuviéramos una fotografía... —dijo Charles, con tono que sonaba a disculpa.

Janssen recordó que había hecho una copia de las imágenes con su móvil. Enfadado consigo mismo por no haberlo pensado antes, buscó de inmediato la tira del fotomatón de Sophie en su teléfono. Amplió las imágenes con el pulgar y el índice y se las mostró. Tanto Charles como Eva se inclinaron. La respuesta fue inmediata y enfática.

—Es ella. Estuvo aquí. Las tres estuvieron.

—Pero ¿el hombre no? Ese no es Conn, ¿verdad? —preguntó Janssen mientras señalaba la imagen.

Charles negó con la cabeza y pasó el móvil a los demás con la aprobación del inspector. Ninguno de ellos fue tampoco capaz de ponerle un nombre a ese rostro.

—Lo siento, a él nunca lo vimos. Pero esa mujer es ella, sin duda. Después del distanciamiento con Conn, las tres formaron parte de los que nunca volvieron al grupo.

Charles se recostó en su asiento con una sonrisa amplia en el rostro, inflando las mejillas y admirando la contribución que acababa de hacer. Al volverse hacia Tamara, esta vez la encontró mirándolo directamente, con los ojos brillantes. Habían acudido a aquel lugar

en busca de una pista, y se iban a ir de allí con varias.

CAPÍTULO 15

—Sin duda, eso explicaría la razón por la que Sophie y Lesley probablemente llevaban joyas similares —dijo Tamara mientras cruzaban la calle, dejando atrás el *pub*—. *¿Qué fue lo que me dijo antes sobre el colgante? Que representaba las tres fases del ciclo lunar y el culto a la diosa, o algo así...*

—Sí, exacto —confirmó Janssen—. Si estaban anonadadas con este tal Conn, podemos atrevernos a pensar que quizá se pusieran esas joyas por algo más que una simple tendencia de moda.

El teléfono de Tamara sonó y respondió de inmediato. Se sorprendió oír la voz de Eric al otro lado de la línea.

—¿Aún sigue en la comisaría, a estas horas?

—Sí. Dijo que investigáramos a Clare Hardy. Encontré algo en la base de datos, pero quería obtener una respuesta concreta antes de llamarla. Acaban de responderme. Pensé que se habían olvidado y se habían ido al *pub*.

—Eric —dijo la inspectora jefe, adoptando un tono severo—, quiero que respire profundamente... y luego me diga de qué demonios está hablando, por favor.

—Clare Hardy, la trabajadora sexual desaparecida —dijo Eric con indecisión. En ese momento, Tamara se sintió mal por haberlo picado un poco, ya que era evidente que el oficial aún no sabía cuándo debía tomarse sus palabras en serio—. No está desaparecida.

Tamara se detuvo en seco. Janssen siguió caminando unos pasos, hasta que se dio cuenta y también se paró para esperar a su compañera.

—¿La ha encontrado?

—Por así decirlo —respondió Eric—. Está muerta. Una sobredosis, hace tres años en Londres. No hubo circunstancias sospechosas y el forense dictaminó que se trató de una muerte accidental. Supongo que nadie cotejó el apellido con el que estaba viviendo con su apellido de soltera. O, quizá, su apellido de soltera era el que nosotros conocíamos...

—Eric... Váyase a casa y descanse un poco. Mañana por la mañana lo necesitareé completamente despierto.

—Así lo haré.

—Y, ¿Eric?

—¿Sí, señora?

—Buen trabajo, joven. —La inspectora jefe casi podía sentir el orgullo que emanaba del oficial a través de la línea de teléfono.

—Gracias, nos vemos mañana.

—Una cosa más antes de que cuelgue. —Tamara hizo una pausa para asegurarse de que él le estaba prestando atención—. Por favor, no me vuelva a llamar señora.

—Eh..., vale...

—Buenas noches, Eric. —Tamara colgó y se giró hacia Janssen—. ¡Y, de repente, solo quedan tres! —exclamó con una sonrisa en los labios—. Vamos, lléveme de vuelta al hotel. —Janssen parecía preocupado, dándole vueltas a lo que tuviera en la cabeza—. ¿Qué ocurre, Tom?

El inspector miró hacia el pub y resopló.

—Estoy pensando en algo que me dijo Manafort la otra noche, junto al cadáver. La víctima tenía una tarjeta de contacto de una empresa local muy estrechamente relacionada con la vivisección. Hace unos años hubo bastante revuelo en torno a ellos. Es la empresa por cuyo asalto terminaron siendo condenados River Malloy y sus amigos activistas. A Manafort le parecía extraño que un empleado de la empresa tuviera vínculos de algún tipo con alguien que utilizaba cosméticos éticos. Tengo que estar de acuerdo con él.

—Entonces, ¿qué está pensando? ¿Podría ser ese hombre algo así como un infiltrado, alguien que los ayudó a acceder?

—Eso es lo que pienso, sí. Sea cual sea la conexión, es de suponer que, si estas chicas eran tan íntimas como presumimos, serían

conocedoras de ella, y River nos dijo que nunca había oído hablar de Darren. Ella ya ha cumplido su condena. No podríamos volver a ponerla delante de un juez.

—Si durante el juicio no se hizo evidente la participación de alguien desde dentro de la empresa, ¿quizá ahora a River le preocupe implicar a ese hombre? Puede que ella haya cumplido su condena, pero él no.

Janssenladeó la cabeza.

—Sí, probablemente tenga razón. Mañana es lunes. Me acercaré a la empresa a ver si podemos localizarlo. Tal vez estuviera involucrado en los ataques, pero lo que más me interesa saber es si conocía a nuestra víctima.

—Si tuviera que apostar por algo, ¿qué le parece más probable en estos momentos? —preguntó Tamara, retomando el camino de vuelta al coche.

—Todo el mundo sabe que en el pasado me gustaba apostar, pero hace años aprendí una cosa.

—¿Qué cosa?

—No apostar nunca por lo más seguro.

Janssen alcanzó a Tamara, que no le pidió que especificara qué era en ese caso «lo más seguro» para él. En su opinión, aún estaban lejos de poder identificar a la víctima con certeza.

—Además de localizar al escurridizo Conn, también tendremos que hablar con algunos de los conocidos de River. Por ahora, ella es la única persona que podemos relacionar con algunas de estas mujeres, aparte de Lee Taylor, y algo me dice que él no estará muy dispuesto a colaborar. —Al acercarse al coche, que estaba en un aparcamiento pequeño junto al muelle, Tamara miró hacia el mar—. Hallaron el cadáver no muy lejos de aquí, ¿verdad?

Janssen señaló Beach Road, que se alejaba de ellos en línea recta hasta el camping vacacional, con la playa al fondo.

—Sí, justo ahí, a la vuelta.

—Enséñemelo.

El inspector accedió y se subieron al coche.

Aparcaron en el punto en el que la carretera se encontraba con una verja cerrada con candado, junto a la entrada de la cafetería de la

playa, lo más cerca posible de las dunas, y salieron del coche. Desde su posición algo elevada en lo alto de la pendiente, Tamara observó el conjunto de casas prefabricadas del camping y se fijó en que la mayoría estaban a oscuras. No había indicios de que los veraneantes fueran a regresar todavía. Janssen le indicó el camino y se puso en marcha, y ella lo siguió un paso por detrás. Su ruta a través de las dunas los llevó a pasar por delante de varias cabañas de playa de colores vivos, visibles bajo la luz brillante de la luna nueva. Muchas de ellas estaban pintadas en diferentes tonos de amarillo, rosa y azul. Se veían cimentaciones que emergían del suelo donde habían estado otras y que, sin duda, la reciente marejada había arrancado violentamente de su posición. Fue solo entonces cuando Tamara comprendió el verdadero alcance de los daños. Había estado a salvo en el interior cuando la tormenta tocó tierra, y, aunque había visto las noticias y escuchado las advertencias, para ella había seguido siendo una circunstancia lejana que no la había amenazado de forma directa.

Al llegar a la altura de lo que había sido la escena del crimen, Janssen le señaló el lugar exacto en el que se habían encontrado los restos y describió la posición del enterramiento. No había ya rastro de lo que había permanecido oculto bajo la arena durante años y que un fenómeno natural había revelado. Se había retirado el cordón policial y se habían puesto a salvo todas las pruebas, y las dunas estaban de nuevo a merced del viento y del mar. Sin una tormenta como la que se produce de generación en generación, quién sabe cuánto tiempo más habría estado la víctima en aquel lugar sin que nadie la descubriera.

—Fue muy atrevido —susurró Tamara.

Janssen la miró.

—Repita eso.

—El asesino. Tuvo mucho descaro al enterrar el cuerpo aquí —repitió la inspectora jefe, mirando a ambos lados de la playa antes de girarse y estimar la distancia que habría tanto hasta el pinar como hasta el camping que tenían detrás—. Está peligrosamente cerca de las casas del camping.

—Siempre existe la posibilidad de que el asesino estuviera alojado

en una de ellas. Tendría sentido. Tendría acceso casi directo a las dunas. Facilitaría su escondite.

Tamara reflexionó sobre esa idea. Era una conclusión lógica.

—Eso podría ayudar a explicar por qué nadie vio nada extraño en ese momento. Normalmente, hay alguien que ve alguna cosa que considera inocua en el momento, pero que luego puede llegar a relacionar con un delito. En el caso de nuestras tres mujeres, nadie vio nada.

—Aún a riesgo de sacar conclusiones precipitadas, ¿cree que podríamos estar ante más de un cadáver?

Soplaba una brisa suave que llevaba aire fresco proveniente del mar hasta el rostro de Tamara. Inhaló profundamente

—Mentiría si le dijera que no se me ha pasado por la cabeza. Pero centrémonos en lo que tenemos. Todavía no hay ninguna conexión entre Tracy Bartlett y las otras dos chicas, y menos aún con River. Si llegara a concretarse algo, entonces no podríamos atribuirlo a una simple coincidencia. Mañana a primera hora le diré a Eric que revise los registros del camping vacacional, para ver quién estuvo por allí en aquella época.

—Eso va a ser una tarea de órdago. Por aquí pasan miles de personas cada temporada vacacional. Muchas de las casas del camping son de propiedad privada y a menudo se alquilan a amigos, familiares o conocidos.

—Eric se las arreglará —respondió Tamara, que confiaba en las habilidades del oficial. Si el asesino resultaba ser un transeúnte que estaba de paso por vacaciones, o alguien que se hizo pasar por tal, tendrían serias dificultades para identificarlo, a menos que tuviera antecedentes. La otra posibilidad era que se tratara de un lugareño —. Es bastante arriesgado traer el cadáver hasta aquí, incluso en mitad de la noche. Si vienes en coche, solo hay una carretera de acceso, por lo que se te puede ver desde el pueblo durante todo el trayecto.

»Un coche llamaría la atención a unas horas tan intempestivas. Además, nosotros hemos aparcado lo más cerca posible de la zona donde se encontró el cuerpo. Hacerlo más temprano, por la tarde, por ejemplo, llamaría menos la atención, pero sacar un cadáver del

vehículo sin que nadie lo viera sería imposible, incluso aunque estuviera envuelto en una sábana.

—Por no hablar de la cantidad de gente de esta zona que camina por aquí todos los días. Personas que pasean a sus perros, turistas... Sería imposible hacerlo sin que nadie te vea —respondió Janssen—. Siempre se puede acceder desde el pinar, también es verdad.

Tamara dirigió la mirada hacia el pinar cercano, cuyo interior estaba envuelto en la oscuridad. Era posible.

—¿Podemos estimar, con los datos que tenemos, cómo de incómodo habría sido traer a la víctima por ahí? —preguntó la inspectora jefe, que aún no había tenido la oportunidad de hablar sobre la constitución física de la víctima, aunque las chicas desaparecidas con las que estaban lidiando eran todas de complexión delgada.

—Es difícil saberlo solo por la estructura ósea, pero el forense y el jefe de Criminalística coincidieron en que la víctima mediría aproximadamente un metro setenta. Eso significa que tenemos que considerar los tres nombres que tenemos entre manos. Todas tendrían además un peso manejable como para que cargaran con ellas durante una distancia corta.

—¿El bosque está despejado de maleza? —preguntó Tamara, esforzándose por ver algo entre los árboles.

—Sí, completamente. Si se conoce el terreno, se puede pasar desapercibido con facilidad.

—Aun así, sería arriesgado. Eso es inusual en el caso de... —comenzó a argumentar la inspectora jefe, pero dejó la frase en el aire.

Los asesinatos cometidos en el calor del momento, un arrebatado inesperado de furia que se lamenta apenas unos segundos después, aunque ya demasiado tarde para la víctima, a menudo provocaban que el asesino huyera enseguida del lugar. En esas ocasiones, el cadáver se descubría poco después. Incluso en los casos en los que se movía el cadáver, para esconderlo en algún lugar o trasladarlo a otra parte en un intento del asesino, que normalmente era un amigo o conocido de la víctima, de disminuir su culpabilidad, el carácter precipitado y poco meditado de sus acciones conducía a un

descubrimiento temprano. Por el contrario, solo personas con una planificación deliberada y premeditación podían cometer asesinatos en los que el cuerpo permaneciera años sin ser descubierto, o no se llegara a encontrar jamás. Ya sabían con antelación dónde iban a ocultar el cadáver y cómo iban a hacerlo, y habían pensado cómo alejarse lo máximo posible de su víctima.

Aquella víctima no encajaba especialmente bien en ninguno de los dos escenarios, lo que le dejaba a la inspectora jefe otra posibilidad. El asesino había querido mantener a su víctima cerca. Quizá para poder volver a visitar la escena de vez en cuando y disfrutar de la sensación de poder que le proporcionaba saber lo que ninguna otra persona sabía: quién estaba enterrada en las dunas cercanas. Un escalofrío le recorrió el cuerpo al pensarlo. Si ese era el caso, entonces la persona a la que estaban buscando era un individuo frío y calculador. Alguien a quien tenerle miedo.

—Bueno, yo ya estoy lista. ¿Nos vamos? —preguntó. Janssen asintió—. Vamos a seguir la pista de los activistas. Estaban dispuestos a irrumpir en la clínica de vivisección, destruirla y prenderle fuego, así que ahí tenemos una tendencia a la violencia.

—No creo que a los antiguos colegas de River les haga mucha gracia que vayamos a verlos —dijo Janssen—. No sé hasta qué punto estarán dispuestos a cooperar.

—Bueno, vamos a intentar provocarlos un poco, a ver qué pasa —añadió Tamara, que vio de reojo que Janssen sonreía—. Usted puede investigar a ese tal Darren, a ver cómo encaja en todo. ¿Tiene que irse ya a casa o le apetece tomar algo?

Janssen miró su reloj. Eran poco antes de las diez.

—Me parece buena idea ir a tomar algo.

Tamara levantó su copa y se la terminó, y acto seguido le hizo una señal al camarero para pedirle otra copa de prosecco. Al dejar la vacía sobre la barra, vio la expresión de Janssen por el rabillo del ojo. Al ver que lo miraba inquisitivamente, él apartó la mirada.

—Lo sé —dijo Tamara, pasándose la palma de la mano por la mejilla,

consciente de lo rápido que se había terminado su segunda copa. Apenas llevaban media hora en el hotel—. ¿Quiere algo? —le preguntó, mirando su vaso aún medio lleno de agua mineral.

Él tenía que conducir, por lo que había elegido no beber alcohol, lo que ella encontró digno de admiración. El inspector negó ligeramente con la cabeza.

—¿Está bien? —le preguntó Janssen con un tono de voz suave y una actitud amable.

—Han sido unos días difíciles. Semanas, si le soy sincera —respondió Tamara, que acababa de recibir con gratitud la nueva copa de vino, que había cargado a su habitación.

—¿Algo de lo que quiera hablar?

Tamara evaluó las intenciones de Janssen. Hasta donde ella sabía, no era alguien que se entrometiera ni cotilleara. Parecía auténticamente preocupado por ella. La inspectora jefe se rio, enrolló los dedos alrededor del pie de la copa y la giró con suavidad sobre la barra, aunque no parecía que le hiciera gracia la pregunta o la situación.

—No, pero gracias —terminó respondiendo, sintiendo que la sonrisa se le desvanecía. Estaba bebiendo demasiado rápido y se sentía mareada—. ¿Ha oído algo sobre los cambios propuestos en los límites territoriales?

Ante la su falta de reacción del inspector, entendió que sí, aunque se suponía que la reorganización de los límites de la zona era un asunto aún muy confidencial en esa etapa.

—He oído algo, sí.

—Podría agitar un poco las cosas.

Janssen inclinó la cabeza.

—Supongo que por eso todavía no me han mandado un sargento. Están esperando a ver qué pasa con los cambios.

—¿Cree que habrá una reducción de la cobertura? —le preguntó ella, tratando de sonsacarle información sobre la configuración del terreno local.

—Yo diría que sí. Habrá un componente de ahorro de costes, ¿no lo hay siempre? ¿Por qué lo pregunta?

Tamara consideró la posibilidad de no responderle. Habría sido lo

mejor. Quizá fuera el vino, o tal vez la compañía, no lo sabía, pero al final contestó de inmediato.

—Podría haber una vacante para inspector jefe... aquí, en su equipo. —De nuevo, le sorprendió la reacción de Janssen. No solo era sin duda consciente de esa posibilidad, sino que un movimiento fugaz de sus ojos y un cambio sutil en su postura le indicaron que le había molestado el comentario—. ¿He dicho algo malo? —El inspector se encogió de hombros y desvió un poco la mirada, centrándose en la barra. A esas horas, cerca de las once, apenas había un puñado de personas, principalmente huéspedes del hotel—. Estaba pensando en intentar optar a la vacante... si al final se presenta la oportunidad —añadió, prestando mucha atención a la reacción de Janssen, que, sin embargo, esta vez no se inmutó.

—¿Cómo se sentiría al respecto...? Se llamaba Richard, ¿verdad? —preguntó el inspector, entrecerrando los ojos. Ella asintió, cogió su copa y le dio un sorbo, mirando su propio reflejo en el enorme espejo situado detrás de la estantería del bar del hotel donde estaban situadas las bebidas—. ¿Qué le parecería a él? Recuerdo que me contó que él trabaja en Londres —añadió, con un tono de voz ligeramente diferente, con un matiz quizá un tanto áspero. Tamara no lo tenía claro.

—Ahora se pasa casi toda la semana en la ciudad. No creo que nos supusiera una gran diferencia —respondió, con unas palabras que a ella misma le sonaron amargas, sentenciosas. Percibió que Janssen la estaba mirando a través del espejo. «Esos ojos negros, esos rasgos tan perfectamente esculpidos».

—Me lo imagino —dijo Janssen, que rompió el contacto visual con su compañera y se llevó el vaso de agua a la boca—. A veces ya es bastante difícil cuando vives en la misma ciudad, así que ya imagínese cuando el trabajo y la distancia te separan.

—¡Oh! —exclamó Tamara, riéndose—. ¿Detecto un nivel similar de desinterés por las relaciones?

Janssen sonrió, mirando hacia la barra.

—Algo así, sí —confirmó, antes de terminarse el agua y volver a colocarla con suavidad sobre la barra—. Las cosas no parecen estar yendo como yo esperaba. En este trabajo —prosiguió, sacudiendo la

cabeza mientras miraba al vacío—, quizá eso sea lo más normal. — Pasaron unos segundos sin que ninguno de los dos hablara. Tamara le dio otro sorbo a su vino. La actitud de Janssen pasó de una melancolía inquietante a una sensación de ligera diversión—. Pero le voy a contar una cosa, yo estaba pensando en solicitar ese puesto. Siempre me ha atraído mucho la idea de ser inspector jefe —explicó con un tono de voz que no sonaba a enfadado ni tampoco parecía asertivo. Tamara no sintió que estuviera tratando de marcar territorio. Mirándola de reajo, sonrió con amargura—. No pensé que fuera a tener una competencia tan dura.

—Intentaré no ponerlo en evidencia —respondió la inspectora jefe, lo que le arrancó una carcajada—. Joder, probablemente nunca llegue a suceder. Ya sabe que muchas veces estas cosas terminan en nada. Es solo que estoy harta de estar en el limbo.

—¿Se refiere a ser inspectora jefe en funciones o a lo suyo con Richard?

Tamara se tomó otro sorbo de su *prosecco* y sintió cómo las burbujas le subían por la nariz. La sensación le resultó un tanto punzante y provocó que sus ojos se humedecieran de lágrimas. Ignoró aquella pregunta.

—Creo que ya es hora de dar por terminado el día. —Al levantarse del taburete, se tambaleó, y tuvo que agarrarse a la barra para mantener el equilibrio. Janssen se acercó a ella y le puso una mano en el brazo para ayudarla. Había bebido demasiado, teniendo en cuenta que no había comido en condiciones desde el desayuno, y de eso ya habían pasado unas dieciséis horas—. Estoy bien —le susurró, mirándolo—. De verdad. Solo necesito descansar.

—La acompaño.

Salieron del bar del hotel. Era un alojamiento pequeño que tenía una docena de habitaciones para huéspedes en la primera y segunda planta. La suya estaba en la primera, una suite con vistas a las marismas y a la entrada del puerto. El paseo corto le sentó bien. Aunque todavía se sentía inestable, subir las escaleras la obligó a concentrarse y la presencia de Tom la ayudó. Aunque no porque la ayudara a caminar, sino porque le daba pavor hacer el ridículo delante de él. Llegaron a la puerta de su habitación sin mayores

incidentes. Tamara buscó a tientas la tarjeta de acceso en su bolsillo e intentó meterla en la ranura. Se le resbaló de los dedos y cayó al suelo alfombrado. Maldijo entre dientes. Antes de que pudiera reaccionar, Janssen se agachó y la recogió. El inspector se dispuso a introducirla en la ranura justo cuando ella se disponía a cogerla y sus manos se tocaron. Ella sintió algo. Una chispa, un cosquilleo en el estómago. Sus miradas se cruzaron y él le sonrió cálidamente. Ella pudo oler su aftershave y sentir su aliento en su piel. De repente, cohibida, balbuceó un agradecimiento. La luz verde se encendió y el sonido de la puerta al abrirse rompió la magia del momento. Entreabrió la puerta y se giró hacia Janssen.

—Lo siento... por lo de antes.

—No tiene por qué disculparse —respondió él.

Fue muy considerado por su parte decir eso, aunque ella no sabía muy bien por qué se había disculpado. Tenía que entrar en la habitación. La puerta era pesada y su mecanismo de cierre automático, rígido. Tamara la empujó para abrirla y cruzó el umbral. Se giró hacia Janssen y le deseó buenas noches. Fue un momento incómodo, ya que él se quedó allí parado. «¿A qué está esperando? Tiene que irse». Ella no quería que se fuera, y precisamente por eso debía hacerlo.

—Buenas noches —dijo Janssen en voz baja, mirando primero hacia el pasillo y luego de nuevo a ella. Siguió allí inmóvil, y solo se dio la vuelta para marcharse cuando Tamara soltó la puerta. Esta se cerró y ella movió el cerrojo, bloqueándola. Se apoyó contra la pared interior de la habitación, cerró los ojos con fuerza y respiró hondo. Se imaginó a Tom de pie en el pasillo al otro lado de la puerta y consideró la posibilidad de abrirla para ver si seguía allí, sin saber muy bien qué haría de ser así. Una sensación de mareo la atravesó y descartó la idea, cruzando la suite en dirección a la cama.

«Necesito tumbarme urgentemente».

CAPÍTULO 16

Las plazas de aparcamiento parecían escasear cuando Tamara Greave entró en la explanada. Había cola en los surtidores. La gente que se desplazaba al trabajo un lunes por la mañana estaba repostando de camino. Haciendo maniobras por el poco espacio libre que quedaba, condujo hasta la parte trasera, donde los letreros indicaban que se encontraba el taller. Allí ya estaban aparcados en los espacios habilitados para ello los coches que tenían cita para algún tipo de reparación o revisión. Aparcó detrás de dos vehículos que estaban a la espera de pasar la ITV. Se bajó del coche y se dirigió a la recepción. Al entrar, sonó un timbre, y dos clientes que estaban sentados en la sala de espera la miraron, aunque no dijeron nada. Uno estaba echándoles un vistazo a las redes sociales y el otro, bebiendo café de una máquina situada en la esquina. Flotaba en el aire un olor a aceite y a goma.

Se acercó al mostrador y llamó la atención de una persona que estaba en el taller, que se acercó a ella con una sonrisa cálida en el rostro. Tamara le mostró su identificación policial; el hombre se sorprendió y su sonrisa pasó de ser cordial a inquieta.

—Quería hablar con Niall Bradshaw. Me han dicho que hoy estaría trabajando.

—¿Niall? Sí, claro. Está ahí atrás. Pase.

El hombre se hizo a un lado, levantó una pequeña puerta y la hizo entrar con un gesto. Ella lo siguió hasta el interior del taller, donde ya se estaban atendiendo las citas del día. Le dio la bienvenida el sonido de una pistola neumática mientras el hombre la dirigía hasta el lugar donde Niall Bradshaw estaba cambiando una rueda de un vehículo de tipo ranchera. Él estaba mirando hacia el otro lado y el

ruido le ocultó la llegada de la inspectora jefe. Sorprendido ante su presencia, dio un respingo al girarse hacia ella. Tamara le mostró su placa y él hizo un gesto de exasperación.

—Vaya, pues no han tardado mucho, ¿no? —dijo, dejando la pistola en el suelo antes de cruzar los brazos en actitud desafiante.

—¿A qué se refiere?

—No llevo ni seis meses fuera y ya los tengo encima —afirmó, dejando entrever su nerviosismo. El hombre observaba a sus compañeros del taller. Tamara se dio cuenta de que todos ellos sentían curiosidad, ya que los estaban mirando. Intentaban hacerlo con disimulo, pero fracasaban estrepitosamente en el intento—. Ya me advirtieron que iba a ser así.

—No le entiendo. ¿Quién se lo advirtió?

—Otros reclusos. Hagas lo que hagas, en cuanto pase algo, la policía meterá las narices e intentará implicarte. Así es como funcionan las cosas, ¿no? Una vez que tienes antecedentes, estás marcado de por vida. Mi agente de libertad condicional me ayudó a conseguir este trabajo. No quiero que ustedes me lo fastidien. ¡Ya es bastante difícil encontrar trabajo por aquí!

—Sí, su agente de libertad condicional es quien me ha dicho dónde podía encontrarlo. Está muy impresionado con su actitud desde que fue puesto en libertad. No se oye eso muy a menudo.

—Ya, genial —respondió el hombre, mirando de reojo hacia la recepción y al hombre que la había acompañado hasta allí.

—¿Es su jefe? —preguntó Tamara. Niall lo confirmó con un ligero gesto de asentimiento—. No he venido para causarle problemas, Niall.

—Entonces, ¿a qué ha venido? —replicó, cogiendo un trapo para limpiarse las manos.

—A preguntarle sobre River Malloy y algunos de sus otros colegas.

—¿De verdad? ¿No lo he explicado ya suficientes veces? —Su enfado era evidente—. No creo que tenga mucho más que decir de lo que ya he dicho.

—He revisado el expediente del caso, así como la defensa que presentó su abogado en el juicio. Tampoco entonces dijo demasiado.

—Eso es porque no hay muchas formas diferentes de decir que «yo

no estaba allí».

—Pero el jurado no le creyó, ¿verdad? —replicó Tamara. Niall echó la cabeza hacia atrás, miró al techo y soltó un suspiro profundo—. Pero bueno, no estoy aquí para volver sobre aquello. Estoy investigando otro asunto.

—¿Algo más que quieran endosarnos a mí y a los demás?

Ella ignoró el comentario.

—¿Recuerda a un par de chicas llamadas Sophie Maddox y Lesley Abbott? Se relacionaban con River en la época en que ella participaba activamente en su campaña dirigida contra Norfolk Reactive...

—«Campaña contra...». No teníamos una campaña. Tan solo protestábamos pacíficamente frente a sus instalaciones por su barbarie inhumana. No era una campaña. Lo hace parecer una guerra o algo así.

Tamara volvió a revisar sus notas.

—No solo acamparon de forma permanente enfrente de la empresa, sino que también protestaban frente a las casas de los empleados, repartían folletos a sus vecinos y nombraban específicamente a personas en las redes sociales. Eso no es una simple protesta pacífica. Estaban causando un daño real en la vida de esas personas.

—Ya, bueno... Ya sabe, cosechas lo que siembras.

—Sophie y Lesley, ¿le suenan de algo?

—¿De qué se trata?

—Por favor, si pudiera limitarse a responder a la pregunta... —Algo en la expresión del hombre, en su mirada, le hizo pensar a Tamara que era improbable que cooperara a menos que cediera un poco—. Estoy investigando un posible asesinato y tratando de llegar al fondo de lo que le sucedió. En este momento, estamos intentando averiguar quién podría ser la víctima, reduciendo las posibilidades. —Niall entrecerró los ojos y su lenguaje corporal se suavizó—. Bueno, dígame, ¿Sophie y Lesley?

—Sí, las conocía. No mucho —añadió, encogiéndose de hombros—, pero andaban por ahí.

—¿Participaban activamente?

—No lo recuerdo muy bien. Eran amigas de River, no más, y en aquella época éramos muchos.

—¿En las protestas?

—Sí, lo que yo definiría como veinte o treinta incondicionales..., los que vivían con nosotros en el campamento. El número variaba. La gente se marchaba para trabajar y cosas así. Todos teníamos que llegar a fin de mes de alguna manera, pero conseguimos mantener nuestra presencia. Queríamos que cerraran. Sabíamos que tendríamos que mantener la presión y que sería una lucha larga.

—Sí que cerraron, o al menos cambiaron completamente su modelo de negocio, y, al final, no tuvo nada que ver con la protesta.

—Ah, claro..., ¿eso es lo que dicen?

—¿No está usted de acuerdo?

—Siempre repetían la cantinela de que no estábamos afectando a su negocio, pero yo veía la cara del propietario cada día cuando pasaba por delante de nosotros. Se le notaba la inquietud, se lo veía en los ojos.

—Entonces, ¿por qué prender aquel fuego si ya lo estaban debilitando? —preguntó, intrigada. El tema seguía despertando la pasión de Niall, a pesar de su deseo de no remover el pasado.

—Eso fue precisamente lo que argumenté yo en aquellos momentos. ¿Por qué íbamos a cargarnos todo nuestro esfuerzo prendiendo fuego al local? Estaban a punto de sucumbir, yo estaba seguro de ello.

Niall se enderezó y una sonrisa se dibujó en la comisura de sus labios.

—Parece convencido.

—Estaban en apuros, vi el... —El hombre se calló, apartó la mirada de la inspectora jefe y borró la sonrisa del rostro. ¿Había estado a punto de decir algo que no debía y se había contenido justo a tiempo?—. Bah, qué coño... Como usted ha dicho antes, el jurado no me creyó, ¿por qué iba a creerme usted?

—¿Recuerda algo sobre esas chicas, las amigas de River?

—Sophie era competente. Demostró ser útil cada vez que venía con River. Estuvo bastante presente y activa durante un tiempo. Las dos eran prácticamente inseparables durante una época. River estaba

colada por ella, era muy obvio. Aunque no estoy seguro de que fuera recíproco.

Tamara se quedó desconcertada. No había considerado aquello.

—¿Eran pareja?

—Oh, sí —respondió Niall, rascándose la barba de dos días que le crecía en la barbilla. Era moreno y, a pesar de tener solo treinta y pocos años, su barba tenía ya muchas canas. Llevaba el pelo corto, probablemente como consecuencia de una calvicie prematura—. Pero, como le acabo de decir, no creo que Sophie lo considerara una relación exclusiva.

—¿Por qué lo dice?

Niall se encogió de hombros.

—Simplemente, no me parecía ese tipo de persona. No me sorprendió cuando se marchó.

—¿Se acuerda de eso?

—Fue lo que me contó River... o algo parecido. Sophie dejó de acudir a las protestas. Supuse que habían roto y que River no lo estaba gestionando demasiado bien. Ella tenía sus propios demonios, sus luchas internas, ya sabe. Mirando atrás, me pregunto si formó parte de todo aquello tan solo como una manera de desahogar las frustraciones de su vida personal.

—Eso es muy profundo —dijo Tamara, tratando de no parecer condescendiente.

—Tuve mucho tiempo para pensar en la cárcel —explicó Niall, ignorando el escepticismo de la inspectora jefe—. Conocí a mucha gente... y escuché, aprendí.

—Da la impresión de que hubiera encontrado a Dios.

—Sigo pensando que nunca debí haber estado preso, pero no quiero volver a la cárcel nunca más. He pagado con creces cualquier cosa que pudiera haber hecho antes en la vida por la que no me hubieran castigado. Estoy seguro de que podría pasarme el resto de mis días discutiendo sobre la injusticia y protestando a gritos por ella, pero usted... y el resto del mundo no me van a hacer ni caso, así que estaría perdiendo el tiempo. Lo he dejado atrás y agradecería enormemente que me dejaran en paz para seguir adelante con mi vida.

—¿Y Lesley? ¿Dónde encaja en todo esto?

—Yo apenas la conocía —respondió con cierto desdén—. Era una de esas chicas de clase media y espíritu moderno y alternativo que querían liberarse de sus privilegios, pero vivían del dinero de su familia, al menos hasta donde yo sé. —Niall miró a los ojos a la inspectora jefe y ella percibió sinceridad en él—. No me malinterprete, ella pagó la cuenta unas cuantas veces y yo no iba a poner objeciones, pero... En fin, todos tenemos que comer, ¿no? Pero a ella le caía bien River. Parecían congeniar mucho.

—Si no estaban muy involucradas juntas en las protestas, ¿cómo se conocieron?

—Será por el tipo raro con el que se juntaban. —Tamara lo animó a continuar—. Ese tío se creía una especie de gurú espiritual o algo así, se hacía llamar «Coll» o algo por el estilo. Un nombre extraño. Un tipo raro. Le pregunté a River por él y me dijo que ese no era su nombre verdadero, pero que le iba bien a su imagen.

—¿Sabe cuál era su nombre real?

—En ese momento no, pero lo he vuelto a ver algunas veces.

—¿Dónde?

—Aquí —respondió Niall, señalando el garaje con un movimiento de cabeza—. Ha traído su coche unas cuantas veces. Estuvo aquí la semana pasada para una revisión. Conduce un Volkswagen Golf viejo. Es impresionante que todavía siga circulando. Ha cambiado un poco, pero sin duda es él. Tiene algo peculiar, una mirada, no sé lo que es. Transmite una sensación extraña. No se le olvida fácilmente.

—¿Su nombre?

—Sí —continuó Niall, riéndose—, tuve que averiguarlo: Collyer, Mike Collyer.

—Gracias por su tiempo —dijo Tamara, anotando el nombre en su libreta.

—No se dé mucha prisa en volver —le pidió Niall mientras ella se alejaba ya.

Pasó de largo la zona de recepción y salió al exterior. El gerente que la había recibido al llegar apareció por la entrada principal y se apresuró a alcanzarla.

—No hay ningún problema, ¿verdad? —preguntó, mirando por

encima del hombro hacia la zona de trabajo, donde los mecánicos se habían vuelto a poner con sus tareas.

—No, que yo sepa, nada. ¿Por qué lo pregunta?

—La verdad es que no lo sé —respondió el hombre, mirando furtivamente a su alrededor—. No sé, el hecho de que la policía venga a interrogar a Niall... He pensado que podría estar relacionado con que alguien haya presentado una denuncia después de lo que pasó el otro día.

—¿Qué pasó el otro día?

—Niall se vio envuelto en un altercado con un cliente... No sé de qué se trataba ni quién fue el que agredió primero. Por aquí te puedes encontrar personas difíciles y, bueno, aunque yo no presencié el incidente, porque no trabajaba el sábado, el encargado de turno me dijo que Niall no tuvo la culpa. Teniendo eso en cuenta, le di el beneficio de la duda.

—¿Quién era el cliente?

—Uno de nuestros habituales, el señor Collyer. Lleva años viniendo aquí. Es un cliente fiel, aunque un poco raro... —explicó el gerente. Tamara miró más allá de él y vio a Niall volviendo al trabajo, pero aparentemente con un ojo puesto en ellos—. ¿Tiene su visita algo que ver con eso? Tenemos una política de empresa para ayudar a la comunidad en general, una especie de responsabilidad social que consiste en ofrecer trabajo a personas que quizá no podrían conseguirlo debido a su pasado... No me gustaría que uno de nuestros empleados pusiera en peligro esa política. Estoy seguro de que lo entiende.

Tamara se giró hacia él y sonrió.

—No, no ha habido ninguna queja. No tiene ninguna relación con eso. —Tranquilizado, el gerente se alejó, sonriendo a modo de disculpa por haberla retenido. A la inspectora le dio la sensación de que su radar andaba algo desajustado, de que su intuición no había funcionado bien. Niall Bradshaw no había sido tan franco como ella había supuesto—. ¿No tendrá por casualidad la dirección del señor Collyer?

—Eh..., sí, claro, pero creí que había dicho que no tenía relación con eso.

—Es cierto, no la tiene. ¿Podría dármela de todos modos, por favor?

—El hombre asintió, confundido. Tamara lo entendía, pero no sintió la necesidad de explicarse. Esperó pacientemente mientras él desaparecía en el interior del edificio, para regresar unos minutos más tarde con una dirección escrita a mano en un trozo de papel. Se la entregó con nerviosismo—. Muchas gracias.

Sin decir nada más, se dio la vuelta para marcharse, al tiempo que observaba que Niall había desaparecido de su vista.

CAPÍTULO 17

Niall Bradshaw se agachó y volvió a coger la pistola. Por el rabillo del ojo, pudo ver a la mujer policía hablando con Marcus, el gerente. Ese hombre era muy transparente. *O bien se acercaba a alguien como el adulator que era, o bien escupía veneno en un gesto miserable de poder, de autoridad. Fingiendo no darse cuenta de que los dos estaban mirando en su dirección, hizo como si retomara su trabajo.* Marcus regresó a la recepción, pero la policía no se marchó, sino que se quedó por allí, observándolo de vez en cuando. *Se había imaginado que alguien iba a aparecer tarde o temprano. Después de lo del sábado, era casi inevitable. Aunque le sorprendió que Conn no le hubiera dado demasiadas oportunidades de pensar en su reacción.* Quizá esa fuera su intención. Su expectativa era que Conn hubiera hecho un segundo movimiento, tal y como hizo la vez anterior. Esta ocasión sería diferente. En aquel entonces, él malinterpretó la situación, creyendo que todo era un farol. Pero no lo fue, y le costó muy caro. El precio alto que se paga por la ingenuidad: cinco años de su vida.

Se escabulló del taller sin que nadie lo viera, atravesó la sala de personal y salió por la puerta de incendios. Allí, se encendió un cigarrillo. Se apoyó contra la pared exterior del edificio, echó la cabeza hacia atrás y observó las nubes que pasaban. La policía ya estaba haciendo preguntas, pero de momento eso era todo, preguntas. Estaban sondeando el terreno. La mujer no tenía ningún dato; al menos, nada concreto. Eso significaba que Conn no había cumplido su amenaza. Por lo menos de momento. Quizá aquello solo fuera un aviso de que estaban por venir cosas peores. Tampoco es que se tratara de amenazas vacías. No tenía ninguna duda de que

Conn tenía la capacidad y la falta de conciencia necesarias para ejecutar la amenaza. La última vez, fue su confianza en el sistema lo que le dio la confianza suficiente para ignorarla. Ahora, teniendo ya antecedentes penales a sus espaldas, las cartas estaban aún más en su contra.

La ira se apoderó de él y tuvo ganas de gritar de frustración, pero, en lugar de eso, respiró hondo y negó con la cabeza. Una cara asomó desde el interior del taller, mirando a su alrededor con expectación. Era Marcus. En cuanto sus ojos se posaron sobre él, salió al exterior. Lo miró con desdén, con las manos firmes en las caderas. Niall lo frenó antes de que tuviera oportunidad de hablar.

—Déjalo, Marcus, ¿quieres? Me estoy tomando mis quince minutos —dijo, desviando la mirada y exhalando humo junto con las palabras.

—¿No te parece que ya has descansado... con la policía? ¡Más vale que eso no se convierta en un hábito!

Niall clavó la vista en aquel individuo bajo y regordete, un maniático del control. Sintió una tentación de abofetearlo casi irresistible.

—No te preocupes. No será así, Marcus.

—Bueno, más vale que no. Aquí tenemos unas normas. No puedo lidiar con los problemas que genera un... —Dio la sensación de que no sabía cómo terminar la frase. En vez de hacerlo, emitió un sonido que podía significar cualquier cosa y desapareció hacia el interior. Su voz resonó desde cierta distancia a través de la sala de personal—. ¡Te quiero de vuelta en cinco minutos!

Niall suspiró, le dio una última calada a su cigarrillo, tiró el resto al suelo y lo aplastó contra el asfalto con la planta del pie.

—Sí, jefe —susurró para sí mismo.

Tenía que trazar un plan de acción para asegurarse de poder llevar la iniciativa. Adoptar una postura pasiva no le había servido para nada en la anterior ocasión. Tenía que determinar hasta dónde estaba dispuesto a llegar para evitar ir a la cárcel. Se frotó el rostro con fuerza con las palmas de las manos y regresó al trabajo.

CAPÍTULO 18

El vestíbulo se parecía más al del interior de un concesionario de coches que al de una empresa de investigación médica. El suelo estaba revestido de baldosas negras de porcelana y las paredes, pintadas de un blanco brillante. La vegetación, colocada de forma estratégica en distintos maceteros, suavizaba una imagen un tanto estéril, aunque contemporánea. La recepcionista levantó la vista desde detrás de su escritorio y le devolvió a Tom Janssen la sonrisa justo cuando sonó el teléfono. Apartó la mirada y descolgó el auricular. El inspector, que normalmente era un hombre paciente, empezaba a estar irritado por la espera. Para asegurarse de que su visita causara las menores molestias posibles, había llamado por adelantado, pero aun así llevaba tres cuartos de hora esperando en el área de recepción.

Se escuchó cómo se abría una puerta cercana, y Janssen se giró para que lo saludara un hombre de mediana edad, probablemente de unos cincuenta y muchos años. A pesar de su edad, era corpulento y tenía buen físico, parecido al del propio Janssen. Estaba bien bronceado y tenía una cara redonda y mejillas sonrosadas. Todo ello destacaba en marcado contraste con su cabello ralo, casi blanco, y sus dientes igualmente impecables. Su rostro se iluminó con una amplia sonrisa mientras le tendía la mano.

—¿Inspector Janssen? —El inspector aceptó la mano que le ofrecía y le devolvió la sonrisa—. Soy Shaun Robinson. Disculpe que le haya hecho esperar. Ya sabe cómo pueden ser los lunes por la mañana... —El hombre levantó las manos en un gesto que parecía implorar perdón, como queriendo implicar también que no podía prever y controlar los acontecimientos. Su tono de voz transmitía cierto

arrepentimiento. Con un suave toque en el codo de Janssen, lo guio a través de la puerta por la que acababa de aparecer—. Tengo entendido que tiene algunas preguntas sobre uno de nuestros compañeros de hace varios años, ¿es así?

—Correcto.

Janssen esperó mientras Shaun introducía un código en la puerta para poder cruzarla y acceder al pasillo que había detrás de ella. Aquella zona del edificio se parecía mucho más a cualquier otra oficina en la que hubiera estado. Había alfombras de color azul oscuro y de un material resistente, y paredes pintadas en tonos pastel. La decoración carecía de la grandiosidad del vestíbulo de recepción. Su acompañante pareció darse cuenta de lo que estaba pensando.

—Normalmente, los visitantes no pasan por aquí. Van directos a la sala de conferencias. Este negocio no es diferente a cualquier otro, la imagen es igual de importante, si no más, que la actividad en sí o los resultados. —Continuaron caminando hasta llegar a la última puerta del pasillo, que Shaun abrió, dejando pasar primero a Janssen. El hombre le ofreció un asiento frente a un gran escritorio de cristal, pulido a la perfección y de un color negro contemporáneo, y esperó a que Tom se sentara antes de hacer lo propio frente a él —. ¿En qué puedo ayudarlo? —le preguntó, inclinándose hacia delante sobre el escritorio y colocando una mano sobre la otra en forma de cuenco.

—Estoy tratando de localizar a un hombre que habría trabajado para usted hace aproximadamente unos cinco o seis años.

Shaun infló las mejillas.

—Han pasado muchas cosas desde entonces. ¿Tiene algún nombre?

—Me temo que solo el nombre de pila. El resto de la tarjeta de visita estaba dañada y no hemos podido reconstruirla —explicó, metiendo la mano en el bolsillo, y sacó la copia que había llevado consigo—. Un hombre llamado Darren.

—Por desgracia, ese es un nombre bastante común. No me viene nadie a la mente —dijo Shaun, que extendió la mano y cogió la copia. La miró con atención y frunció el ceño—. Sí, sin duda parece

una tarjeta nuestra, de las que teníamos en aquella época. — Levantó la vista y arqueó las cejas—. ¿Cómo ha llegado hasta usted?

—La encontramos entre las pertenencias de una mujer fallecida. Aún no la hemos identificado y esperamos que su empleado tal vez pueda ayudarnos con eso.

—Entiendo —dijo Shaun, dejando el papel sobre el escritorio antes de recostarse en su silla. La giró hacia la derecha, activó la pantalla del ordenador y tecleó una contraseña—. Voy a ver qué puedo averiguar. Espero que no haya venido hasta aquí para nada.

—Me imagino que el número de móvil que aparece en la tarjeta está registrado a nombre de su empresa. Eso servirá de ayuda, ¿no?

Shaun negó con la cabeza sin apartar la vista del monitor que tenía delante.

—No necesariamente. Por aquella época solíamos contratar a varios subcontratistas. Aunque les imprimíamos tarjetas de visita, no disfrutaban de todas las prestaciones de la empresa. Sin embargo, se les permitía incluir sus números de teléfono en las tarjetas si así lo deseaban. —Continuó buscando en la base de datos. Unos instantes después, se giró hacia Janssen—. Lo que pensaba. En estos momentos, no tenemos a nadie con ese nombre en nuestros registros. Debe haberse marchado. No es de extrañar, la verdad. Ha habido muchos cambios en los últimos años. Nuestro negocio es radicalmente diferente al de aquella época y requiere personal con habilidades muy distintas.

—Ya comprendo —respondió Janssen—. ¿Cuántos empleados tienen ahora?

—Menos de cien. Sin embargo, esos son los que tienen contratos indefinidos. Seguimos echando mano de personal de agencias de trabajo temporal y subcontratistas cuando lo necesitamos. Esa política no ha cambiado.

—Tengo entendido que han dejado de practicar la vivisección.

—Prefiero el término «investigación científica», si no le importa —replicó con un tono de voz que indicaba que aquella afirmación le había resultado ofensiva, lo cual no había sido la intención del inspector—. Pero sí, hace unos años cambié el enfoque de la empresa.

—Ya no realizan pruebas con animales vivos.

—No, no. Ahora somos una empresa dedicada exclusivamente a la investigación médica —explicó, levantando las palmas de las manos mientras hablaba—. Llevamos a cabo ensayos para los laboratorios farmacéuticos antes de que obtengan la aprobación definitiva y comience la fabricación a gran escala.

—Entonces, ¿ahora hacen pruebas en humanos? Es un cambio considerable. Si no le importa que le pregunte, ¿qué papel desempeñaron las protestas en esa decisión?

—Ah..., ¿recuerda usted aquello?

Janssen negó con la cabeza.

—Sucedió antes de que yo llegara aquí, pero me interesa de todas formas.

—Fue una época muy difícil... para todos nosotros —dijo Shaun, que volvió a recostarse en su silla e inclinó la cabeza para poder mirar por la ventana. Janssen siguió su mirada, pero no había nada interesante que ver—. En aquella época me la dieron por todos lados: manifestantes, periodistas, clientes y, por increíble que le parezca, también los empleados. Debo decir que fue un período insólito de mi vida.

—¿Los empleados?

—Sí, sí. A algunos los seguían hasta sus casas. Les echaban excrementos por el buzón y les embadurnaban con ellos los cristales de sus coches. De alguna manera, los empleados esperaban que yo garantizara su seguridad. ¡Yo! Como si no tuviera ya suficiente con lo mío. ¡Ese trabajo les correspondía a ustedes! —exclamó, haciendo un gesto con la mano en dirección a Janssen; de inmediato, minimizó la importancia de ese gesto—. Obviamente, no me refiero a usted, sino a la policía en general. Tuvimos que reforzar nuestra seguridad debido al vandalismo y los asaltos, e intentamos rediseñar la puerta principal para poder entrar y salir sin que nos atacara la chusma que nos esperaba al otro lado de la puerta.

—¿Se refiere a los manifestantes?

—¡Por supuesto! Vivían justo en el límite de mi propiedad. No tengo ni idea de quién los financiaba, pero el día que ustedes los arrestaron y los pusieron entre rejas fue glorioso, sin duda.

—Tengo entendido que uno de ellos murió.

Que celebrara una tragedia así, aunque le hubiera favorecido, le pareció un poco grosero.

—Oh, no me malinterprete. Eso fue horrible, horrible... impactante, pero póngase en mi lugar por un momento. Durante dos años estuvieron en mi puerta pidiendo sangre, ¿no es ese un ejemplo exquisito de ironía? Y, de la noche a la mañana, todo terminó. Apoderándose de una superioridad moral, hicieron todo lo posible por arruinar mi reputación, mi sustento y perturbar nuestro negocio con sus estratagemas. Pero al final, ¡salimos victoriosos! —exclamó, sonriendo, moviendo la cabeza en un gesto de satisfacción.

—¿Por qué cambiaron la naturaleza del negocio... viendo que la batalla ya estaba ganada, por así decirlo?

—Siendo sincero, el incendio tuvo mucho que ver en eso —respondió Shaun, cuyo triunfalismo se disipó. Movié la cabeza de lado a lado en señal de desaliento—. Los daños fueron tan graves que la mayor parte de nuestros laboratorios quedaron destruidos, incluyendo también todo el equipo de pruebas y nuestras existencias.

—¿Los animales?

—Sí, todo. Arrasó todo el núcleo del negocio. Nuestros ciclos activos de pruebas se destruyeron. Iban a pasar meses hasta que pudiéramos volver a ponernos en marcha. Los clientes estaban furiosos y, contrariamente a la creencia popular, hay muchas empresas que llevan a cabo investigaciones de ese tipo. Es un negocio competitivo. Otras empresas me estaban pisando los talones antes del incendio. Para ellos, era una oportunidad para acabar conmigo. Al final, el incendio resultó ser una bendición. Con el dinero pude restablecer los laboratorios, pero llevé el negocio por un camino diferente. Eso sí, no es que fuera fácil hacerlo. No tuve más remedio que despedir a la mayor parte del personal. El equipo de apoyo que trabajaba en administración tenía habilidades transferibles al nuevo negocio, pero muchos de los demás tuvieron que irse.

—Una renovación de la marca y un enfoque diferente —dijo Janssen. Su comentario fue muy bien recibido.

—Exacto. Estaba harto de tanto drama. Además, a lo largo de los años había hecho muchos contactos dentro del sector y pude conseguir nuevos contratos bastante pronto después de la reconstrucción. Los últimos años han sido estables y así es como me gusta a mí, un negocio rentable... y tranquilo.

—Pero debe seguir conservando los registros de sus antiguos empleados.

—Sí, por supuesto, pero tenga en cuenta que el incendio arrasó el complejo. Se perdió mucha información y solo se descargaron en nuestros servidores los datos financieros y los requisitos normativos.

—No lo entiendo, ¿tiene los registros o no?

Shaun Robinson lo miró a los ojos.

—Haré que alguien revise a conciencia las copias de seguridad para asegurarme, pero, por lo que veo aquí —explicó mientras señalaba su monitor—, no tenemos nada para usted. Lo siento. Deme un par de días y podré confirmarlo. Mire, compruébelo usted mismo.

Shaun giró la pantalla hacia Janssen, que se levantó y se inclinó hacia delante. Tenía ante sí una lista de nombres generada a partir de los archivos de la empresa, ordenada alfabéticamente. No había nadie llamado Darren. Se sintió desanimado. Se fijó en un marco de fotos doble situado junto al monitor. Eran imágenes de graduaciones; al menos, parecían ceremonias de entregas de títulos. Shaun aparecía en ambas fotografías, en la primera junto a una chica rubia y en la segunda junto a un joven de pelo oscuro. Este último tenía la complexión de su padre, aunque probablemente con mucho más volumen en la cara y el cuerpo.

—¿Son sus hijos? —le preguntó, volviendo a sentarse.

Shaun miró los marcos y asintió con una sonrisa en el rostro.

—Sí. Ambos han completado sus doctorados en los dos últimos años. Les ha costado mucho trabajo. Son días de orgullo. ¿Tiene hijos, inspector?

Janssen negó con la cabeza, aunque pensó en Saffy, la hija de Alice. Llevaba varios días sin ver a ambas y sintió una punzada de remordimiento por ello.

—No, no tengo hijos.

—Bueno, cuando los tenga, recuerde mis palabras: cuando logren

algo importante, será la mejor experiencia de su vida. Vivirá sus sueños a través de ellos.

Janssen sonrió educadamente, pensando para sus adentros que era una idea extraña. Por su experiencia, los padres que vivían sus sueños a través de sus hijos solían tener hijos bastante infelices.

—Le agradecería que diera prioridad a esa búsqueda —dijo, levantándose ya de su asiento.

—Por supuesto, pondré a alguien a ello enseguida. Dígame, ¿tiene esto algo que ver con esa pobre criatura que se encontró en Wells durante el fin de semana?

—No me gustaría decir nada al respecto en este momento, señor Robinson. No hay garantía de que ese empleado del que le he hablado conociera siquiera a la persona en cuestión.

—Tiene toda la razón. No querría que hubiera otro aluvión de cobertura mediática negativa. La mayoría de la gente ha olvidado ya todo lo que pasó aquí, y me gustaría que siguiera siendo así.

—Nuestras investigaciones serán discretas. Se lo puedo asegurar.

Janssen arrancó el coche y miró la hora. Si se daba prisa, estaba seguro de que podría llegar a tiempo. El trayecto en coche duró menos de lo que se había imaginado e incluso le dio tiempo a hacer una parada breve por el camino. Al llegar a la casa de Alice, ella estaba en el camino de entrada colocando a Saffy en la sillita del coche. Al verlo llegar, la niña chilló al oído de su madre, para gran irritación de esta. Alice salió del coche y se giró para ver a Janssen acercarse. Él le entregó las flores que había comprado por el camino. No eran nada especial, mucho menos de lo que le hubiera gustado. Ella esbozó una sonrisa, pero no fue la reacción entusiasta que él había esperado, aunque probablemente fuera más de lo que se merecía.

—Hola —murmulló el inspector. Fue un saludo patético, y él fue consciente de ello.

—Hola, Tom —respondió Alice, aceptando el regalo con amabilidad—. Muy considerado por tu parte.

—Siento lo del fin de semana, las cosas se fueron un poco de las manos.

—Lo he leído en el periódico... y es la comidilla de la consulta —dijo Alice, que echó un vistazo al interior del coche para comprobar que su hija no hubiera vuelto a protagonizar una escapada milagrosa. Janssen se dio cuenta de que llevaba el uniforme puesto y se dirigía a su trabajo, como cabía esperar—. Oye, ya llego tarde. ¿Podemos hablar después?

—Sí, claro —respondió el inspector, tratando de ocultar su decepción, pero fracasando en el intento. Alice dejó las flores en el asiento del copiloto, cerró la puerta y se inclinó para darle un beso, girando la mejilla hacia Janssen mientras este le respondía.

—Gracias por las flores —dijo Alice, que se dio la vuelta y se dirigió hacia el otro lado del coche.

Janssen se agachó y saludó con la mano a Saffy, que le lanzó besos con la mano izquierda. El coche dio marcha atrás, pasó junto a él y salió a la calle. Alice le dedicó una media sonrisa y él le hizo un gesto de despedida con la mano mientras ella se alejaba. Esperó hasta que el coche dobló la esquina y desapareció de su vista.

—Creo que estás en problemas, Tom —murmuró para sí mismo entre dientes.

Se dio la vuelta y se dirigió hacia su coche.

CAPÍTULO 19

Shaun Robinson observó cómo la silueta del inspector se alejaba, cruzaba el aparcamiento y se subía a su vehículo. Esperó hasta que vio que el coche daba marcha atrás para darse la vuelta y volver a su oficina.

—Señor Robinson —le llamó Camille, la recepcionista.

—Ahora no —respondió él con brusquedad.

—Pero tengo a su mujer en espera...

—¡He dicho que ahora no! —exclamó en lo que fue prácticamente un ladrido, sin mirarla a los ojos. Salió del vestíbulo sin decir nada más, obligando a la atribulada mujer a inventarse alguna excusa.

Cuando volvió a estar sentado tras su escritorio, se aflojó la corbata y se desabrochó el botón superior de la camisa, liberándose un poco el cuello. Cogió su teléfono móvil y se puso a buscar entre sus contactos. Encontró el número, lo marcó y esperó, tamborileando con los dedos sobre el escritorio que tenía ante sí. El teléfono fijo de la oficina emitió un pitido. Camille estaba llamando, pero él la ignoró. Finalmente, la persistencia de Shaun se vio recompensada y su llamada fue respondida.

—Bueno —comenzó, hablando en voz baja—, acabo de recibir una visita interesante de uno de los mejores policías de Norfolk, que me ha hecho todo tipo de preguntas.

—¿Sobre qué?

—Sobre lo que ocurrió hace seis años. —Dejó que el comentario flotara en el silencio que se produjo a continuación mientras escuchaba el sonido de la respiración al otro lado de la línea. Era más irregular de lo normal. La salud de ese hombre debía haber empeorado desde la última vez que se vieron—. A ver, tú *me*

aseguraste que aquello no iba a pasarnos factura, que no tendría repercusiones para nosotros —añadió finalmente, inclinándose hacia delante en su silla y mirando a su alrededor, como si temiera que alguien pudiera oírlo. No había nadie más por allí cerca, pero estaba muy nervioso. Se suponía que nunca debían hablar de esos hechos. Esperaba que quedaran relegados al pasado. Pero allí estaba, volviendo a hablar de que él creía que llevaba mucho tiempo enterrado.

—No ha cambiado nada. No veo por qué tienes que preocuparte...

—Me ha preguntado por Darren —lo interrumpió Shaun—. Dime, ¿cómo es eso posible? Y no te equivoques, si todo sale a la luz, no será solo mi problema. A mí no me gustaba que...

—¡No seas tan blando, Shaun! Sabías muy bien lo que hacías. Creo recordar que tenías muy pocas alternativas en el asunto y menos aún cuando llegó el momento de actuar. ¿Has eliminado cualquier referencia suya de los registros de la empresa?

—¿De Darren? ¡Sí, por supuesto que lo he hecho! Eso es lo que acordamos.

—Entonces, no tienes nada de lo que preocuparte. En lo que a ti respecta, el incendio destruyó gran parte de los archivos en papel, y los digitales se dañan con facilidad con el paso del tiempo.

Sinceramente, no entiendo por qué te alteras tan rápido. Siempre supimos que podría haber un periodo difícil en el que tendríamos que estar preparados y armarnos de valor. Te tenía por un hombre con mucha más templanza de la que demuestras.

Shaun se enderezó y respiró hondo.

—Ese periodo al que haces referencia fue hace cinco años, y entonces no se mencionó nada de esto. ¿Por qué ahora? No lo entiendo. —Hubo una pausa en la conversación. Miró el teléfono, temiendo que se hubiera cortado la línea, pero la conexión seguía activa—. ¿Por qué ahora? —repitió.

Pasaron unos segundos antes de que obtuviera una respuesta. Cuando llegó, no fue satisfactoria.

—No lo sé... Cuéntame, ¿quién ha ido a verte?

—Eh..., un inspector, un tal Janssen. Tom Janssen, creo. No lo conozco, nunca me lo había cruzado antes.

—Mmm... No, yo tampoco.

—Va a volver... Quiere toda la información que tengamos sobre Darren y le he dicho que le echaría un vistazo a ver qué encontramos.

—Vaya, eso ha sido una tontería.

—No, no lo entiendes. Tiene una tarjeta de visita con el nombre de Darren, o, más bien, con una parte del nombre. Le he dicho que probablemente perteneciera a algún contratista, pero es solo cuestión de tiempo que encuentren alguna otra conexión. Tengo la impresión de que no va a desaparecer así como así. Me ha parecido... determinado.

—¿Qué más sabe?

—¿Aparte de la tarjeta de visita? En realidad, nada, que yo sepa. —Shaun había hecho aquella llamada buscando tranquilidad, pero la conversación no estaba yendo como él esperaba—. Pero va a seguir preguntando, estoy seguro —explicó con un tono de desesperación en su voz que el mismo reconoció. Escucharse a sí mismo parecía contribuir a agravar sus temores.

—Respira hondo y, por el amor de Dios, mantén la calma. ¿Cómo ha dado con esa tarjeta?

—Este fin de semana apareció en la playa una chica muerta.

—Sí, lo he oído.

—Al parecer, llevaba la tarjeta entre sus pertenencias. No sé por qué, pero ahí estaba. Tienen la esperanza de que Darren pueda ayudar a identificarla.

—Una lástima, eso no es nada bueno. ¿Y podría hacerlo? ¿Podría ayudarlos?

—¿Cómo voy a saberlo? Lo último que necesitamos es que Darren hable con la policía, *sobre cualquier cosa*.

—Estoy de acuerdo con eso. En ese caso, podría ser conveniente que desapareciera del mapa durante un tiempo. ¿Todavía tienes esa casa en España?

—No, la vendimos el año pasado.

—Qué pena. Habría sido perfecto que pudiera estar allí hasta que todo esto se calme.

Shaun pensó detenidamente.

—Se me ocurrirá algo.

—Hazlo, y hazlo pronto. Si ese tipo es tan eficiente como parece creer, no se va a quedar de brazos cruzados. Mientras tanto, haré algunas averiguaciones discretas por mi cuenta, a ver si puedo tranquilizarte.

—Gracias. Te lo agradecería.

Por fin se estaban abordando sus preocupaciones.

—Probablemente también sea prudente que no me llames durante un tiempo, dadas las circunstancias. Por aquello de poder negarlo todo con verosimilitud y esas cosas. Nos vemos en el club en algún momento de la semana, nos tomamos algo y nos ponemos al día.

—Vale, me parece bien.

—Una cosa más, Shaun.

—¿Sí?

—No vuelvas a intentar amenazarme, nunca más. No da una buena imagen de ti, es imprudente y, además..., no es bueno para tu salud. Lo entiendes, ¿verdad?

Shaun tragó saliva.

—Sí, claro. Yo... no sé en qué estaba pensando.

—Estás nervioso. Es comprensible, pero ahora es el momento de mantener la concentración. Tienes que volver a hacer las cosas, y, de momento, todo te ha ido bien. Nos ha ido bien a los dos. No hagamos nada impulsivo que pueda echar por tierra todo nuestro esfuerzo.

—Por supuesto. Hablamos... —empezó a decir, pero la llamada se cortó. Se dejó caer en la silla y tiró el móvil sobre el escritorio. Se le revolvió el estómago y le entraron náuseas. El teléfono fijo de su escritorio volvió a sonar y esta vez lo contestó—. Sí, Camille. ¿Qué pasa?

—Tengo a su mujer al teléfono, señor Robinson.

—De acuerdo, pásamela.

Miró a su derecha, fijándose en las fotos de sus hijos gemelos, tomadas en sus respectivas ceremonias de graduación. Después de tanto tiempo, volvió a sentir que estaba a punto de perderlo todo. No pudo permitirse el lujo de dejar que eso sucediera en aquella época, y tampoco podía hacerlo ahora. La llamada se conectó.

—Hola, cariño, perdona por lo de antes. Estaba ocupado con otra llamada.

CAPÍTULO 20

Tom Janssen entró en la sala de operaciones y se encontró a Eric con los pies sobre la mesa, comiéndose un paquete de patatas fritas. Al verlo llegar, el agente apartó las piernas, pero perdió el equilibrio. Las ruedas de su silla se deslizaron y se cayó al suelo. Se levantó todo lo rápido que pudo, rojo por la vergüenza.

—¿No te estamos dando suficiente trabajo? —preguntó el inspector mientras colgaba su abrigo—. Estoy seguro de que puedo buscarte más tareas.

—Eso era mi desayuno, llevo todo el día a tope —protestó Eric.

Janssen hizo un gesto con la mano para indicar que no hacía falta que se disculpara.

—¿Estás trabajando con los alojados en el *camping vacacional*? —*Eric le respondió con una mirada que se transformó en una mueca* —. *¿Tan mal está la cosa?*

El oficial se frotó las mejillas, estiró los brazos y entrelazó los dedos por delante del cuerpo.

—He conseguido que los forenses me facilitaran una fecha aproximada que nos ayude a acotar el intervalo temporal. La dirección del camping ha tenido la amabilidad de enviarme por correo una lista con todos los que se registraron en el recinto desde la fecha inicial del intervalo. Digo que han tenido la amabilidad, pero básicamente es un compendio interminable de nombres. Vamos a tardar una eternidad en revisarlo todo.

—Entonces, será mejor que empieces cuanto antes.

—Ya lo he hecho. ¿Qué piensas que he estado haciendo toda la mañana? —replicó Eric con una sonrisa—. He estado introduciendo los nombres en el Ordenador Nacional de la Policía, que me ha

mostrado a todos los que tienen antecedentes, violentos o de otro tipo. —Janssen pareció interesado, miró la pantalla de Eric e intentó imaginarse lo que podría salir del sistema—. ¿Te haces una idea de la cantidad de delincuentes menores que vienen a esta zona para pasar una semana de vacaciones? Es aterrador, de verdad. Me sorprende mucho que no tengamos nuestra pequeña oleada de delincuencia cada temporada vacacional.

—Los delincuentes también necesitan desconectar, ¿sabes? —respondió Janssen, sonriendo—. ¿Hay alguien a quien debemos echarle un vistazo?

Eric negó con la cabeza.

—Por ahora, no. Eso sí, parte del problema con el que me encuentro es que el huésped registrado es la persona que hace la reserva. Según tengo entendido, algunas familias reservan con un solo nombre para cuatro personas y luego llegan tres grupos a la vez, que duermen en colchones hinchables y cosas por el estilo. Eso hace que sea complicadísimo saber quién ha pasado por allí.

—Pero es poco probable que nuestro asesino sea ese tipo de huésped, ¿no? Debemos buscar a una persona sola, o a una pareja. Si tienen antecedentes de violencia o arrestos por delitos sexuales, apunta sus nombres. De lo contrario, sigue adelante. Vas a tener que revisar todos los nombres antes del año que viene. ¿Aún no ha vuelto Tamara? —preguntó al ver su abrigo colgado.

—Sí, lleva aquí un rato. Creo que está informando al superintendente jefe. Al menos eso es algo que no echarás de menos.

Janssen le lanzó una mirada fulminante. Eric apartó la vista, y su cuello se enrojeció como cada vez que se sentía avergonzado o pensaba que había metido la pata. El inspector pensaba que su propia actitud no había cambiado desde que Greave llegó para dirigir la investigación del caso. Eso creía él, aunque ahora dudaba de sí mismo. Eric era una de las personas más honestas con las que había trabajado nunca y, a pesar de su tendencia a interpretar demasiado las cosas y hacer deducciones excesivas, no solía equivocarse demasiado en sus valoraciones. Janssen pensó en presionar un poco al joven para que le explicara cómo había alcanzado esa conclusión,

pero la llegada de Tamara le ahorró el interrogatorio, y eso seguramente fue lo mejor.

—He conseguido ponerle un nombre al misterioso «Conn» — anunció, prescindiendo de cualquier saludo, formal o informal.

Janssen no pudo ocultar su sorpresa.

—¿De dónde lo ha sacado?

—Niall Bradshaw nos lo ha facilitado. Y eso no es todo. Al parecer, los dos tuvieron un pequeño altercado en algún momento del sábado.

—¿A cuenta de qué? —preguntó Eric.

Tamara movió la cabeza de lado a lado, en señal de desconocimiento.

—Nadie lo sabe. A mí desde luego no me explicó nada. También considera que Sophie Maddox, Lesley Abbott y River Malloy tenían un vínculo, pertenecían a algún tipo de grupo similar. Las dos primeras estaban presentes entre los que protestaban por los derechos de los animales, junto con River, aunque Lesley estaba involucrada en un grado mucho menor. Es más, Niall afirma que River y Sophie eran pareja. River se lo tomó muy mal cuando, en su opinión, Sophie rompió con ella.

—Vaya, pues... —respondió Janssen, que colocó las manos detrás de la cabeza y entrelazó los dedos—. Me pregunto por qué River no nos contó nada de eso cuando la interrogamos. ¿Qué está ocultando?

Los ojos de Eric se iluminaron.

—Oye, ¿no contemplaréis la posibilidad de que...?

—¿Qué? —preguntó Janssen.

—Que River pudiera ser la asesina. El resultado de una pelea de enamoradas. Sucede muchas veces, ¿no?

La idea no era tan descabellada como parecía cuando salió de la mente de Eric.

—Lo añadiremos a las posibles teorías de momento —dijo Tamara con una sonrisa.

Eric frunció el ceño.

—Lo siento, me he dejado llevar por la emoción.

—Hasta que no tengamos suficientes pruebas, no podemos

descartar nada, Eric —lo tranquilizó Tamara—. River no se sintió suficientemente cómoda para contárnoslo, o quizá no quiera que lo sepamos. Tal vez le preocupe convertirse en sospechosa. Podría haber muchas razones.

—Quizá no estaba preocupada por nosotros —añadió Janssen, pensando en Beatrice—. Su madre es una mujer formidable. Tal vez no quería que ella se enterara de que estaba involucrada en una investigación por asesinato. ¿Quién podría culparla por ello?

—Niall Bradshaw. Es un personaje interesante. Todavía no sé qué pensar de él —continuó Tamara, con una expresión que se tornó pensativa—. Tengo la impresión de que de verdad está tratando de cambiar su vida. Aunque todavía no acepta que mereciera cumplir ninguna condena.

—No he conocido a ningún delincuente que piense que lo merecía —bromeó Janssen.

—No, pero era diferente. Si hubiera visto la mirada en sus ojos, la pasión con la que hablaba de la injusticia que se cometió con él, creo que también se lo cuestionaría.

—Y, sin embargo, se mostró evasivo al no mencionarle el altercado con Conn —replicó Janssen.

—Eso es cierto. Pero yo nunca he dicho que debamos considerarlo un miembro intachable de la comunidad. ¿Sabemos a quién asignaron para investigar el caso original, los ataques a la empresa de vivisección y el incendio intencional? Sería bueno recabar su opinión.

—Supongo que fue mi predecesor, el inspector Samuels. Ahora está jubilado, ¿no, Eric? —preguntó, mirando al oficial para confirmarlo.

Eric seguía siendo el agente con más años de servicio en la Policía de Norfolk y el hombre al que acudir cuando hacía falta saber algo del entorno.

—Le concedieron la jubilación por motivos médicos. Según tengo entendido, sigue viviendo por la zona. Soy amigo de su sobrina. Voy a llamarla para enterarme bien.

Janssen quedó impresionado.

—¿Hay alguien en este condado a quien no conozcas? —preguntó. Eric se tomó la pregunta en serio y pensó detenidamente en su

respuesta. Janssen hizo un gesto con la mano para desestimarla y Eric se dio cuenta de que era una broma—. Averigua dónde está y le haremos una visita.

—Aunque yo no esperaría un recibimiento amable por su parte —afirmó Eric, moviendo la cabeza de lado a lado. Al ver que sus dos superiores lo miraban y esperaban que diera más detalles, continuó—: Lo recuerdo de cuando empecé en el trabajo. Era de la vieja escuela, intimidante. No creo que sigan enseñando sus métodos actualmente en la formación. En cualquier caso, me atrevo a decir que no le sentará bien que nadie cuestione su diligencia.

—Estoy deseando verlo —respondió Tamara. Algo en su forma de decirlo le hizo pensar a Janssen que no estaba ignorando el comentario de Eric y que de verdad disfrutaría desafiando a alguien con la reputación de Samuels. Tamara Greave distaba mucho de ser una persona sumisa o fácil de manipular—. Mientras sigue intentando recabar datos, ¿puede sacar del sistema todo lo que haya sobre Mike Collyer? Es el nombre real del tal «Conn».

»Haga una verificación cruzada con Niall Bradshaw, a ver si existe alguna conexión entre ellos. Revise el expediente de la investigación sobre los activistas y sus ataques a la empresa de vivisección. Quizá llamaran a Conn como testigo o tal vez lo interrogaran, no lo sé. Sospecho que deben tener alguna historia pasada. ¿A alguien más le parece una coincidencia que, justo el día que encontramos un cadáver en la playa, Conn y Niall tuvieran un enfrentamiento?

»Puede que no sea nada, pero todas estas personas están navegando por las mismas aguas y no dejan de cruzarse unas con otras. —Tras decir aquello, miró a Janssen, inclinando la cabeza—. Ya tengo la dirección de Collyer. Venga, usted y yo podemos ir a ver qué nos cuenta el misterioso Conn. Eric, si da con algo que considere relevante, puede llamarnos por el camino.

—Así lo haré —respondió Eric, que volvió a su pantalla, complacido por poder descansar, aunque fuera brevemente, de la monotonía tortuosa de investigar los registros de los turistas del camping.

Janssen cogió su abrigo y aceleró el paso para alcanzar a Tamara cuando ella salió de la sala de operaciones.

—Me gusta la analogía marítima —dijo, sonriendo.

—Bueno, ya que ahora estoy en la costa, he pensado en esforzarme por integrarme más.

—¿Cómo ha ido la reunión con el superintendente jefe? ¿Está satisfecho con los progresos?

—Aún es pronto, él es consciente de ello.

A Janssen le sorprendió la superficialidad de esa respuesta. Era cierto que la investigación aún estaba en una fase temprana, pero, según su experiencia, los superiores siempre mostraban un gran interés en seguir de cerca el desarrollo de un caso de asesinato. El superintendente jefe siempre quería estar al tanto de todos los pasos que se iban dando en las investigaciones importantes. Janssen decidió no insistir más, intuyendo que Tamara no le iba a dar más detalles. Lo que no lograba comprender era por qué.

CAPÍTULO 21

Encontraron la dirección a la que se dirigían en un camino estrecho, situado al sureste del pueblo de Docking. Se trataba de una casa adosada de piedra de estilo tradicional, que tenía dos plantas y que era idéntica a la propiedad contigua. Un camino de entrada para coches muy estrecho recorría el lateral del edificio, dominado por una vegetación espesa y árboles. El coche cabía a duras penas en el camino, donde casi no había espacio suficiente para salir del vehículo. Al final del camino había un utilitario de cinco puertas, aparcado delante de un garaje viejo prefabricado de hormigón que estaba situado en la parte trasera de la propiedad. Incluso desde esa distancia, el garaje parecía algo deteriorado. Tamara Greave miró hacia la puerta principal, pero la vegetación que se extendía desde el jardín delantero formaba una barrera impenetrable y no se podía llegar fácilmente hasta ella. Había una mezcla de flores silvestres y helechos que se iban esparciendo en lo que en algún momento debió ser un jardín bien cuidado, pero era evidente que de eso hacía ya bastante tiempo. La puerta en sí parecía llevar años sin moverse. La pintura azul pálida se estaba descascarillando de la mitad inferior de dicha puerta y se había desprendido más arriba, provocando burbujas en algunos lugares. A los pies de la puerta, la falta de protección dejaba ver la madera ennegrecida que había debajo, un signo de pudrición por humedad.

Las cortinas de la habitación que daba a la fachada de la propiedad adyacente se movieron, llamando la atención de la inspectora jefe. Las ventanas estaban cerradas, así que el viento no había tenido nada que ver con ese movimiento. Intentó ver quién estaba detrás de esas cortinas, pero estas ocultaron bien al ocupante. Miró a

Janssen y le indicó con un gesto que se dirigieran a la parte trasera. El camino de entrada estaba cubierto de grava, y también estaba siendo reclamado por la naturaleza.

Al doblar la esquina para llegar a la parte de atrás de la casa, encontraron una cocina pequeña, un cobertizo para el carbón y un baño exterior adosado al edificio principal. Teniendo en cuenta la extensión del espacio, era probable que el cuarto de baño se situara detrás de la cocina. El jardín se extendía hacia atrás, pero era difícil saber hasta dónde, ya que allí también se hacía notar la presencia de la madre naturaleza. A falta de timbre, Tamara golpeó con los nudillos sobre un extremo de la puerta, a la izquierda del cristal oscurecido. Las cortinas estaban corridas y no vio ningún movimiento en el interior. Janssen puso la palma de la mano sobre el capó del coche para comprobar si estaba caliente.

—Está frío —informó.

Conn no había salido recientemente. Tamara miró la hora y vio que ya había pasado el mediodía con creces. Esta vez golpeó la puerta con el puño y luego dio unos toques con los nudillos en el cristal.

En cuestión de unos instantes, apareció una sombra al otro lado y se oyó girar una llave en la cerradura. La puerta se entreabrió y unos ojos curiosos se asomaron por el espacio que quedó. Tamara mostró su identificación policial.

—¿Señor Collyer? —preguntó, y el hombre asintió—. Inspectora jefe Greave e inspector Janssen, de la Policía de Norfolk. ¿Podemos hablar?

El hombre volvió a asentir y abrió la puerta un poco más. No era exactamente como ella había esperado. Calculó que tendría unos cuarenta y cinco años, pero la barba frondosa y el pelo revuelto le hacían parecer mucho mayor. El vello facial se extendía varios centímetros más allá de la barbilla, y en los extremos era ralo y estaba salpicado de canas. Su cabello estaba igualmente descuidado, sin ningún estilo distinguible, y parecía desafiar la gravedad al estar de punta. Todo ello, junto con sus ojos estrechos y próximos entre sí, le otorgaba un aspecto similar al de un profesor loco. Sus ojos llamaban la atención por su oscuridad y por lo penetrantes que resultaban. Tamara tuvo la impresión de que el

hombre los estaba evaluando, exactamente igual que ellos a él.

Collyer se alejó de la puerta y les hizo un gesto para que entraran. Era un hombre de complexión delgada, de más de metro ochenta de estatura y algo desgarrado. Sus brazos parecían desproporcionados por su longitud. Vestía unos pantalones de chándal y una camisa sin cuello, cuyos botones estaban desabrochados hasta la mitad del pecho. Llevaba bajo la camisa un collar de cuero con un colgante de metal, aunque Tamara no pudo distinguir los detalles del diseño. No llevaba reloj ni anillos en los dedos, pero en el lóbulo de la oreja izquierda tenía un aro de oro.

—¿En qué puedo ayudarlos? —preguntó con una sonrisa. Al separar los labios, dejó al descubierto unos dientes muy manchados de amarillo y unas encías retraídas, lo que acentuaba su aspecto de envejecimiento prematuro. La cocina desprendía un olor extraño, no solo a comida recién cocinada o a un cubo de basura que llevara tiempo necesitando que lo vaciaran, sino más bien a aire rancio combinado con humedad y falta de limpieza en general. Había moscas zumbando alrededor de la ventana de cristal de una sola hoja situada justo encima del fregadero, que estaba repleto de vajilla que evidentemente llevaba tiempo en remojo. Había muchas más moscas muertas sobre el alféizar de la ventana.

—¿También le conocen por el nombre de Conn? —le preguntó la inspectora jefe.

—Sí, es una especie de apodo.

—Es poco habitual.

—Quizá lo sea por aquí, sin duda, pero no en los países celtas. Allí es más frecuente.

—¿Cuál es la etimología del nombre? —insistió.

Élladeó ligeramente la cabeza.

—Algunos dirían que significa algo así como «sabiduría» y, para otros, denota un «líder» o «jefe».

—Ya entiendo por qué lo eligió.

—¿Es por eso por lo que han venido aquí, para hablar del origen de un nombre antiguo? Seguro que no, ¿verdad?

—No, disculpe la curiosidad pasajera. Seguro que habrá oído hablar de los restos de una mujer que se encontraron en Wells durante el

fin de semana.

Asintió.

—Sí, un asunto triste, sin duda.

—Pensamos que quizá usted podría ayudarnos a identificarla.

Conn abrió mucho los ojos y los miró, primero a ella y luego a Janssen, que estaba detrás y a la izquierda de su compañera.

—¿En serio? Será mejor que pasen.

El hombre se dio la vuelta y los guio desde la cocina hasta la estancia contigua. Un muro divisor la separaba de la habitación delantera de la casa. Las escaleras que conducían a la primera planta estaban a la vista, subiendo desde una esquina de la habitación. Conn corrió las cortinas gruesas para que entrara la luz, pero la ventana era pequeña y la mejora de la iluminación fue mínima. Tamara miró a su alrededor. Vio un sofá de dos plazas debajo de la única ventana de la habitación y dos butacas de respaldo alto situadas a ambos lados de la chimenea abierta. Contra la pared, junto al acceso a las escaleras, había un aparador *vintage de los años cincuenta, cuya parte superior estaba protegida por un camino de mesa de encaje. Las paredes estaban revestidas con un papel pintado con motivos florales que desentonaba con los colores del estampado del sofá. Varias fotografías familiares adornaban las paredes, pero, por lo que Tamara alcanzó a ver, Conn no aparecía en ninguna de ellas, aunque sería difícil reconocerlo si se hubiera cortado el pelo o vistiera ropa diferente. El sonido del viento resonaba en la chimenea, arrastrando al interior el olor a hollín y ceniza.*

Conn les ofreció asiento, aunque él prefirió quedarse de pie. Janssen lo rechazó y también permaneció de pie junto a la puerta de la cocina. El inspector, que aún no había dicho palabra, se estaba dedicando a observar. Tamara vio un interruptor de la luz junto a él y se lo señaló. Janssen lo pulsó, pero no ocurrió nada. Conn permaneció en el centro de la estancia durante un momento, con los brazos cruzados sobre el pecho y esperando pacientemente con una mirada expectante en el rostro. Miró por encima del hombro a Janssen y cruzó la habitación para sentarse en una de las butacas junto a la inspectora jefe. Se sentó en el borde, apoyando los codos

en las rodillas.

—No tengo ninguna necesidad de luz artificial —dijo.

Conn le pareció a Tamara una persona segura de sí misma, que se esforzaba por transmitir una imagen cálida y abierta. El tictac de un reloj de carruaje se impuso en el silencio mientras ella sacaba su cuaderno.

—Estamos trabajando con la teoría de que la mujer que se encontró en la playa era conocida en la zona. Hemos ido reduciendo la lista de posibles nombres y varios testigos han situado a algunos de esos nombres en su compañía. También creemos firmemente que esa mujer fue víctima de un homicidio. La asesinaron.

—Bien.

Tamara esperó, pero el hombre no dijo nada más. Se limitó a mirarla fijamente con aquellos ojos oscuros.

—¿No tiene nada que decir al respecto? —insistió, intrigada por su reacción. No había mostrado señal externa alguna de conmoción o repulsión. No había dado muestras de negación o de indignación, a pesar de que ella lo acababa de relacionar con un cadáver, nada menos que una víctima de asesinato. Conn no se había inmutado lo más mínimo—. ¿No le preocupa?

—¡No! ¿Por qué habría de hacerlo? —dijo, encogiéndose de hombros. Se mantuvo erguido y levantó las cejas, en un gesto natural—. He conocido a muchas mujeres a lo largo de los años. Si es de por aquí, como dice, entonces supongo que es muy posible que la conociera. ¿Qué le hace pensar que era así?

—Sabemos que esas mujeres tenían un gran interés por lo esotérico. Al igual que usted, según nos han dicho.

—Ah, vale... Ahora lo entiendo. ¿Es eso un problema para ustedes?

—preguntó él, mirándola a los ojos, y después dirigió la mirada hacia Janssen.

—Las creencias espirituales o religiosas de cada persona son cosa suya. No me supone ningún problema.

—Pero a otros sí... —dijo sonriendo, aunque se trató de una sonrisa burlona y poco sincera—. La gente tiene miedo de lo que no entiende.

—¿No lo entienden a usted? ¿Es eso lo que quiere decir? —insistió

Tamara.

—La gente está condicionada por su entorno y su educación. En su mayoría, viven con miedo a sus propias vidas, a la insignificancia de su paso por la tierra, a su falta de impacto. La humanidad moderna tiende al materialismo. La gente desea lo que ve a su alrededor y, por mucho que acumulen, nunca es suficiente para satisfacer su sed. Somos esclavos de nuestro ego cuando, en realidad, estamos rodeados por los elementos. Aceptar ese hecho y honrar la naturaleza y nuestro lugar en el ciclo es la única manera de encontrar nuestro verdadero propósito.

—Como usted mismo ha dicho, es una cuestión de creencias personales —dijo Tamara sin dejar de mirarlo. Acto seguido, apartó la mirada para echarle un vistazo a la habitación. Conn siguió su mirada—. ¿Recuerda su época con el grupo pagano de la zona, hace unos seis años?

—Fue algo breve, pero sí, lo recuerdo. No con mucho cariño, debo decir. ¿Por qué lo pregunta?

—Creemos que fue por aquella época cuando mataron a nuestra víctima.

—Ah... Y... ¿creen que su víctima podía formar parte de mis seguidores?

—«Seguidores»... Eso suena a que formarían parte de algún tipo de secta... y eso los convertiría en qué, ¿discípulos?

Conn sonrió. Por un momento, Tamara vio un destello de carisma, un encanto natural que podría atraer a mentes impresionables, tal vez a gente que se sintiera marginada, vulnerable o que buscara relevancia en un mundo que aparentemente rozaba el caos.

—Vivir la vida de un wiccano es un tipo de espiritualismo muy personal. Aquellos de ustedes que solo creen en una religión monoteísta no comprenden nuestras costumbres, pues las encuentran demasiado complejas o confusas. —Allí estaba de nuevo esa sonrisa fácil, cómplice, reconfortante. Conn trataba de guiar y controlar la conversación—. Es cierto, resulta muy complicado entender los conjuntos de deidades, los panteones. Requiere mucho tiempo de estudio analizar sus conexiones y cómo se manifiestan en su forma elemental.

»Quizá solo se te llegue a revelar un dios; a veces, incluso, ninguno. Para unirlos y actuar como un solo ente, podemos invitarlos a nuestros rituales, probar nuestra valía y emular sus cualidades. —Se inclinó hacia delante, acercándose a Tamara. La inspectora jefe vio que Janssen daba un paso más hacia el interior de la habitación, e intuyó algún tipo de cambio en su estado de ánimo. Conn la miró fijamente a los ojos; su sonrisa se había desvanecido—. Hay que buscar las señales de que tu dios camina a tu lado. Entonces podrás recorrer tu camino en la vida con confianza.

—¿Y si ningún dios se te revela? ¿Qué se hace en ese caso?

—Tu relación es un compromiso a largo plazo que requiere fe, culto y un comportamiento vigilante. Si tu dios te rechaza, debes buscar otro.

—¿Dónde están ahora sus seguidores?

—Todos somos espíritus libres y debemos recorrer nuestro propio camino —respondió, recostándose en la butaca y extendiendo las manos.

—Entre las personas que lo seguían, ¿cuándo fue la última vez que vio a... Sophie Maddox, Lesley Abbott o Tracy Bartlett? ¿Cuándo fue la última vez que las vio o habló con ellas?

Conn infló las mejillas y miró al techo, como si fuera a encontrar allí la respuesta.

—El paso del tiempo no significa mucho para mí. No sabría decírselo con certeza.

—¿Le importaría aventurarse a darnos una respuesta?

—Años, sin duda.

—¿Y cómo se dividió su pequeño grupo? ¿Hubo alguna disputa entre algunos de sus miembros? Incluso las personas espirituales sufren problemas en sus relaciones.

—No que yo recuerde —afirmó Conn, negando con la cabeza con desdén—. Yo rindo culto a la Madre Naturaleza y a su consorte, el Hombre Salvaje, con la intención de arraigarme en las energías elementales de la tierra. Al hacerlo, canalizo su poder. Los demás eligieron su propio camino espiritual y siguieron adelante, como estamos llamados a hacer todos.

—¿Echa de menos al grupo? ¿Estar juntos?

—Todos existimos en el ciclo natural y, en última instancia, nos volveremos a encontrar. Es la naturaleza de las cosas.

—¿Tuvo usted algún tipo de relación con alguna de esas mujeres? Me refiero más en el sentido tradicional que en el espiritual.

—No. Hacerlo nublaría la mente.

—¿Tiene alguna idea de cómo una de sus seguidoras pudo acabar enterrada en la arena?

—¿Cómo podría saberlo? —respondió con rostro serio.

—¿A qué se dedica usted, señor Collyer? —preguntó Janssen. Conn se volvió hacia él con mirada inquisitiva—. Me refiero a qué hace para ganarse la vida.

—Mi culto al reino elemental me proporciona todo lo que necesito.

—Vamos, que no tiene un trabajo.

Conn miró fijamente a Janssen y negó con la cabeza.

—Tengo la suerte de no necesitarlo para vivir en el reino físico.

Los dos hombres mantuvieron el contacto visual durante un momento, y solo se rompió cuando Tamara se puso de pie. Ya había conseguido más que suficiente para satisfacer lo que había ido a buscar.

—Gracias por su tiempo, señor Collyer. Si necesitamos volver a hablar con usted, nos pondremos en contacto.

Janssen salió de la habitación, pasó por la cocina y abrió la puerta que daba a la calle. El aire exterior olía dulce y refrescante. Tamara respiró hondo al doblar la esquina hacia el lateral de la casa y escuchó cómo se movía la llave en la cerradura cuando ambos hubieron salido. Ninguno de los dos habló hasta que se subieron al coche. Janssen la miró.

—¿Cree que está tan loco como parece? Yo pienso que nos está tomando el pelo. No se ha inmutado cuando les ha nombrado a las mujeres. Más o menos, nos ha confirmado que Tracy Bartlett era una de sus «seguidoras».

—Sí. Pensé que valía la pena probar suerte con eso. Hasta ahora no teníamos ninguna conexión. Sin embargo, la falta de negación no es una prueba. El hecho de que las tres desaparecieran más o menos al mismo tiempo me lleva a preguntarme por qué.

—Estoy convencido de que se está burlando de nosotros —dijo Janssen—. Pero bueno, aunque no esté muy bien de la cabeza, ¿podría ser un asesino? No estoy tan seguro de eso.

—Creo que es una persona muy calculadora. Considera que su inteligencia está por encima de la nuestra —respondió Tamara, mirando hacia la casa. Janssen dio marcha atrás y comenzó a mover el coche—. Todo eso no le ha supuesto más que una ocasión para lucirse ante nosotros. Ha jugado a un juego infantil para divertirse. No íbamos a sacar nada útil de él.

—Estoy de acuerdo —dijo Janssen, metiendo primera, y empezó a alejarse—. Al menos, no de forma consciente.

—¡Pare un momento! —exclamó la inspectora jefe.

Janssen frenó bruscamente, como si temiera que hubiera algo delante de ellos que no hubiera visto. Tamara se desabrochó el cinturón de seguridad y se bajó del coche. Había un hombre de pie junto a la puerta de la casa de al lado, complacido de haber logrado captar la atención de Tamara, que se acercó a él sonriendo. El hombre miró a su alrededor con nerviosismo, apoyándose en una única muleta para mantenerse en pie.

—¿Son agentes inmobiliarios? —preguntó.

Tamara frunció el ceño.

—No, somos policías —respondió, mostrándole su identificación.

—Qué pena. Esperaba que estuviera vendiendo la casa.

—¿Su vecino? —quiso aclarar. El hombre asintió—. ¿Lo conoce bien?

Él menospreció la mera idea.

—No permitiría que el Ángel de la Muerte se acercara a nosotros.

Tamara se sintió intrigada.

—¿Por qué lo llama así?

—Porque le pega completamente. Maureen vivía en esa casa con su marido antes de que él falleciera. Tanto la casa como el jardín estaban preciosos. Mírelo ahora —dijo el hombre, señalando con la muleta el jardín delantero de la casa de Conn—. Es una pena. A Maureen le costó mucho vivir sola, como suele pasar cuando se llega a nuestra edad y te empieza a fallar la salud. Te las tienes que apañar con lo que tienes. Yo la ayudé todo lo que pude, eso sí, pero

nunca fue suficiente. Necesitaba ayuda. Ayuda de verdad.

—¿Conn es pariente de Maureen?

—¡No! Su familia no le sirvió de gran ayuda. Sus hijos viven lejos de aquí, uno en Escocia, creo, y el otro en algún lugar de las Midlands. Venían a visitarla de vez en cuando, pero estaban demasiado lejos. No sé cómo apareció este tipo —dijo, señalando la casa de al lado— ni de dónde es. Maureen empezó a tener pensamientos raros después de que Terry falleciera, seguía hablando con él y cosas por el estilo... En fin, llegó ese hombre, que le hacía la compra, la llevaba de excursión a la costa, le hacía recados y ese tipo de cosas.

—¿Conn? —preguntó Tamara, mirando hacia la casa de la que acababan de salir.

—Sí. Al principio pensamos que debía pertenecer a alguna de esas organizaciones benéficas que ayudan a personas vulnerables... Pero no..., no era nada de eso. Maureen le dejó la casa. Eso no les sentó nada bien a sus hijos, se lo aseguro.

—Apuesto a que no —asintió la inspectora jefe.

—Llevaron el caso a los tribunales, alegando la demencia de Maureen y todo eso, pero supongo que perdieron.

—¿Qué opina de él, de su vecino?

—Es extraño. Tiene horarios muy raros, se queda despierto toda la noche haciendo quién sabe qué. Son cosas muy raras, mi mujer se altera en cuanto la mira.

—Comprendo. Supongo que nunca ha visto a nadie visitar la casa, gente con la que se relacione, ¿verdad?

—No, nunca. Siempre está solo, con las cortinas corridas todo el día y toda la noche. Por un momento he pensado que quizá nos fuéramos a librar de ese tipo. ¿Qué quiere la policía de él? ¿Debería preocuparme por mí y por mi mujer?

—No, solo hemos venido a pedirle ayuda con una investigación. No hay nada de qué preocuparse. Pero, si alguna vez tiene alguna duda, por favor, llámenos y alguien se pasará por aquí. Gracias por su tiempo.

Tamara se dispuso a marcharse. Como si se le hubiera ocurrido la idea en el último momento, se dio la vuelta, sacó una de sus tarjetas de contacto y se la entregó. Él entrecerró los ojos para leerla;

probablemente necesitara gafas para leer.

—¿Norwich? Están ustedes bastante lejos de casa, ¿no?

—Pero el número de teléfono funciona, por si necesita hablar conmigo —respondió Tamara, sonriendo.

El hombre se llevó la tarjeta a la frente en un gesto de agradecimiento y se giró lentamente para volver al interior de su casa.

Tamara regresó al coche. Janssen la miró mientras se subía.

—¿Qué ha pasado ahí?

—Creo que tengo la respuesta sobre por qué no necesita trabajar para ganarse la vida. La señora mayor que era propietaria de la casa falleció —le explicó mientras se abrochaba el cinturón de seguridad—. A veces, ser un buen samaritano tiene sus ventajas.

—Hay que querer a los vecinos cotillas. Por lo que parece, si no está pagando las facturas de los servicios públicos, a Conn se le está acabando el dinero.

CAPÍTULO 22

Eric Collet estaba tan absorto en lo que estaba leyendo que no se dio cuenta de que sus superiores habían regresado. El oficial dio un respingo cuando Tamara Greave apoyó una mano sobre el respaldo de su silla y se inclinó para mirar por encima de su hombro.

—¿Alguna novedad? —le preguntó.

Eric parecía haber estado trabajando a conciencia mientras ellos estaban fuera, ya que había acumulado un buen montón de papeles en su escritorio. Se recompuso rápidamente.

—He estado revisando el expediente del caso relacionado con los activistas que atacaron Norfolk Reactive Sciences, desde las protestas iniciales hasta el incendio provocado y el posterior juicio de Niall, River y sus cómplices. Tanto River como Niall fueron considerados los principales artífices del incendio. Niall había sido el líder de todas las protestas hasta aquel momento.

—¿Por qué le dieron ese peso a River en lo que respecta al incendio? —preguntó Tamara, que sentía curiosidad por saberlo.

—Tras el incendio, los manifestantes encabezaron la lista de sospechosos y se ejecutaron varias órdenes de registro contra ellos. La mayoría estaban viviendo en el campamento semipermanente situado en el perímetro del recinto y habían acudido a la zona para participar en las protestas, pero había unos pocos que eran ciudadanos locales. Entre ellos, River. Detuvieron al grupo y pusieron en marcha las órdenes de registro. Se inspeccionó a conciencia la casa de Beatrice Malloy y se recuperaron pruebas que vincularon a River con el incendio provocado.

—¿Cómo de sólidas eran esas pruebas?

La inspectora jefe dirigió su atención hacia un tablón que Eric había

ido poblando de cosas mientras ellos estaban fuera. Había varias fotos tomadas tras las detenciones, y Tamara reconoció a River junto a Niall. Las otras tres personas, que también terminaron en prisión, le eran desconocidas. Eric se levantó, se acercó a la pizarra y señaló un par de fotografías, presumiblemente tomadas durante los registros.

—Se encontró ropa de la chica con el mismo combustible que se utilizó en el incendio. Es cierto que se trataba de gasolina, pero ella no ofreció ninguna razón plausible para explicar por qué su jersey y unos vaqueros estaban tan empapados. Tampoco pudo explicar las quemaduras de tercer grado que presentaba en el antebrazo derecho y en la mejilla derecha. De hecho, no ofreció explicación de absolutamente nada. También se encontraron bidones de gasolina vacíos en la propiedad, pero River no conducía y la propiedad utiliza un generador diésel como respaldo del suministro eléctrico principal.

—Todo eso me sigue pareciendo bastante circunstancial —dijo Tamara.

—También se encontraron dos latas de cerveza y una botella de ginebra vacía dentro de las instalaciones, en el punto donde forzaron la entrada —explicó Eric mientras señalaba la imagen de una ventana rota, que había colgado en el tablón junto a un plano de la planta—. Entraron en el recinto por un punto débil de la seguridad del edificio y luego se dirigieron al ala de los laboratorios de pruebas. Ahí fue donde se originó el incendio. Comenzó con gasolina, pero los productos químicos almacenados y utilizados en los procesos aumentaron la intensidad de las llamas, lo que permitió que se propagaran por todo el edificio antes de que los bomberos tuvieran tiempo de llegar para combatir las llamas. Los forenses pudieron recuperar varias huellas dactilares tanto del cristal como del marco de la ventana, junto con otras que encontraron en las latas y la botella.

—Lo que permitió situar a los cinco en el lugar de los hechos, ¿es así? —preguntó Janssen. Eric lo confirmó—. Pero uno de los responsables del incendio murió entre las llamas... y nunca se le llegó a identificar.

—Correcto —dijo Eric, señalando otra parte del tablón—. Los

expedientes del caso sugieren que los agentes que lo investigaron creían firmemente que estas cinco personas no eran las únicas que habían estado presentes, pero no pudieron situar a nadie más en el lugar de los hechos. Cuatro de los cinco se negaron a admitir su participación en el allanamiento o el incendio.

—¿Y la quinta persona? —preguntó Tamara.

—River Malloy —afirmó Eric—. Ella no dijo nada en su defensa. No solicitó asistencia letrada ni una sola vez y no pronunció ni una sola palabra en ninguno de los interrogatorios policiales. Además, cuando la llamaron a declarar en el juicio, incurrió en desacato por negarse a responder a las preguntas. He leído la transcripción y es el caso más extraño que he visto en mi vida.

—¿Cuánto tiempo la condenaron?

—Cinco años por homicidio involuntario y tres por incendio premeditado.

—Me sorprende que el tribunal le impusiera un castigo tan leve si se mostró tan poco cooperativa durante el juicio —dijo Janssen.

Eric consultó sus notas.

—Su defensa argumentó que su esquizofrenia paranoide desempeñó un papel fundamental tanto en su participación en las protestas como en el incendio, así como también en sus reacciones durante el proceso judicial. Se contó con la participación de varios médicos, que confirmaron su enfermedad. Aunque no la consideraron una condición incontrolable, parece que le resultó beneficiosa.

—O sea, que su equipo no siguió defendiendo su inocencia en el momento de dictarse la sentencia —dijo Tamara. Le pareció muy inusual que la defensa proclamara la no culpabilidad de su cliente y luego utilizara su estado mental para justificar su participación en un delito que ella afirmaba no haber cometido.

—Debido a la falta de testimonio alguno de River durante el proceso, se le concedió autonomía a su defensa para proceder según su criterio. Al menos, eso es lo que yo he entendido.

Tamara reflexionó.

—Si incluimos el tiempo que pasó en prisión preventiva antes del juicio, debió salir en libertad en unos cinco años. ¿Es así?

—Ha sido una reclusa modelo según todos los informes —afirmó Eric, revisando sus notas para confirmar las fechas—. Ha cumplido poco menos del sesenta por ciento de su condena.

—¿Y los demás? ¿Qué defensa presentaron? —preguntó la inspectora jefe.

Revisando toda la información recopilada hasta la fecha, en algún lugar tenía que haber un vínculo que uniera a todas aquellas personas. Si lo encontraban, estaba segura de que no solo podrían ponerle un nombre a la víctima del asesinato, sino también comprender cómo había acabado enterrada en las dunas.

—Los cuatro negaron su participación desde el primer día. Tres de ellos se sirvieron mutuamente como coartada. Alegaron que habían estado juntos en el campamento y negaron que hubieran traspasado el perímetro de la empresa. Niall es el acusado que resta; él afirmó que estaba con otra persona en el momento del ataque, lejos de las instalaciones. El equipo a cargo de la investigación y la Fiscalía no se lo creyeron. Tampoco el jurado.

—¿Quién era la coartada de Niall? —preguntó Tamara, buscando una aclaración.

—Pues la cosa es que se negó a identificarla cuando la policía lo interrogó. Y siguió negándose cuando el caso llegó a los tribunales. La realidad es que podría haber alegado que estaba de fiesta con Elvis en aquel momento, porque le habría servido para lo mismo. Las pruebas forenses, junto con las coartadas tan débiles, fueron decisivas para todos ellos. Los condenaron en un veredicto unánime por empresa conjunta y recibieron penas que oscilaron entre cinco y ocho años en total. Ya sabemos que Niall y River recibieron las más severas. Ella, por la solidez de las pruebas forenses y su aparente beligerancia hacia la investigación, y Niall, porque durante mucho tiempo se le había considerado el líder del grupo. En sus conclusiones, el juez destacó que el hecho de que el grupo no identificara a la persona fallecida era inmoral y una «traición reprobable a la amistad».

—¿Hasta dónde llegaron los investigadores para tratar de identificar a la persona fallecida? —preguntó Tamara—. Es bastante factible que esa víctima sea una de las tres mujeres desaparecidas que

estamos investigando. ¿Se mencionó alguno de los nombres en aquellos momentos?

—No, señora... Perdone..., jefa —balbuceó Eric.

—De ahora en adelante está bien que me llame Tamara, Eric —respondió la inspectora jefe—. Buen trabajo, Eric. ¿Ha tenido oportunidad de localizar al predecesor de Tom?

—Sí. —Eric corrió hacia su escritorio, regresó con un trozo de papel y se lo pasó a Tamara, que al leerlo comprobó que se trataba de una dirección en Sheringham. El oficial se giró hacia Janssen—. Te han llamado por teléfono mientras estabas fuera, los forenses. Creo que te han enviado por correo los resultados de la autopsia.

Janssen se volvió hacia la pantalla de su ordenador y revisó el correo. En efecto, había un archivo esperándolo. Hizo doble clic sobre el archivo adjunto para abrirlo. Tamara cruzó la sala de operaciones para colocarse junto a él y observó cómo el inspector se desplazaba por el informe hasta el final, deteniéndose cuando llegó a la conclusión. Leyó en voz alta los puntos más destacados.

—«En ausencia de pruebas que indiquen otras lesiones... la fractura craneal probablemente habría causado una hemorragia interna masiva en el cerebro... lo que habría provocado muy probablemente la muerte sin haber mediado una intervención médica inmediata...». Pues ahí lo tenemos, la confirmación, por si fuera necesaria, de que estamos ante un caso claro de homicidio —añadió en voz baja—.

«Estimamos que la víctima tenía entre diecisiete y veinticinco años. El análisis químico del ADN sugiere que era originaria de East Anglia y que vivió allí toda su vida. Hasta la fecha, no hay registros dentales ni de ADN que coincidan. La búsqueda continúa». — Janssen dejó de leer y miró a la inspectora jefe—. ¿Qué quiere que hagamos a partir de aquí?

—Eric, quiero que siga investigando ese caso. Reúna todo lo que tenemos y busque referencias a cualquiera de las personas que tenemos ahora en nuestro radar. Abórdelo desde todas las perspectivas posibles. Quizá se pasara algo por alto en aquella investigación.

—¿En qué está pensando? —le preguntó Janssen, entrecerrando los ojos—. ¿Cree que, de alguna manera, está todo relacionado?

—Tenemos dos cadáveres sin identificar de personas que murieron más o menos en el mismo momento en el que esa campaña activista alcanzó su apogeo, ambos relacionados con River Malloy, Niall Bradshaw y Conn... Y nadie nos está dando respuestas claras, ni tampoco las dieron entonces. Algo tuvo que pasarse por alto.

—Estoy de acuerdo, pero ¿dónde? —respondió Janssen.

—Tendremos que sondear al inspector Samuels para intentar averiguarlo. Hay demasiada gente que no habló mucho en aquella época...

—O tal vez no se hicieron las preguntas adecuadas —añadió Janssen.

Recostada en su silla, Tamara reflexionó.

—Cuando hablé con Niall, me insinuó que estaba seguro de que su protesta, activismo... llámenlo como quieran, estaba afectando al negocio. No me llegó a explicar de qué forma, pero me transmitió la impresión rotunda de que estaban a punto de ganar la batalla, parecía convencido de ello. Me pregunto cómo podía estar tan seguro. La única forma en la que podían cantar victoria era si la empresa anunciaba que iba a cambiar de rumbo, o si cerraba directamente. Desde su punto de vista, cometer el incendio era contraproducente.

Janssen hacía girar un bolígrafo con la mano derecha mientras deslizaba los ojos por los tablones.

—Si él tenía razón con respecto al rumbo de la empresa, no tendrían la necesidad de correr el riesgo de incendiar el lugar, porque seguramente ellos mismos iban a ser los principales sospechosos. Es cierto que eso no tiene mucho sentido.

—Sin embargo, los que están muy comprometidos a veces no son capaces de ver la realidad —intervino Eric—. Los fanáticos dejan de lado toda lógica y pensamiento racional si solo se centran en el objetivo final.

—Buena observación —respondió Tamara, asimilando todo lo que se estaba diciendo en la reunión—. Existe la posibilidad de que Niall y los demás se dieran cuenta de que se habían equivocado con respecto a la percepción de que la empresa estaba empezando a tener problemas y eso provocara una reacción exagerada

espontánea: el incendio.

—Pero... usted no cree eso, ¿verdad? —dijo Janssen con tono incisivo.

Tamara negó con la cabeza.

—Niall estaba seguro..., pero no me explicó por qué, y eso me lleva de nuevo a preguntarme qué sabía y cómo lo sabía.

—Y por qué no pudo decirlo entonces ni tampoco puede ahora —añadió Janssen—. Si tiene razón, esto nos remite a otra cuestión, por supuesto.

—¿A cuál?

—Los forenses acreditaron que los condenados estuvieron dentro del edificio. No olvide que Niall y los demás tuvieron todo el juicio para desacreditarlo y fracasaron en el intento. Todo lo que tenemos ahora es su instinto, inspectora jefe.

—Por suerte, también tengo un ego enorme y un nivel de arrogancia sin igual.

Janssen sonrió.

—Supongo que no le va a soltar todo eso al inspector Samuels esta tarde —dijo Janssen con una media sonrisa en la cara.

—No, no se preocupe —respondió Tamara—. Por lo menos, no todo.

CAPÍTULO 23

Tom Janssen tuvo una sensación familiar de arraigo mientras guiaba a su compañera por Sheringham y se dirigía al extremo opuesto de la localidad, a la dirección en la que vivía el anterior titular de su puesto desde que se había jubilado. Aquel día hacía sol y el cielo estaba despejado, lo cual representaba una imagen mucho más fiel de la vida en la costa este que la que Tamara había presenciado durante los días anteriores. Habrían podido evitar fácilmente tener que cruzar la localidad usando las carreteras principales, y ahorrarse así probables atascos, pero el inspector quería que Tamara viera el lugar en el que había crecido. Él también quería verlo.

El inspector reflexionó sobre los motivos que explicaban por qué no iba mucho por allí últimamente. Era cierto que ya no tenía necesidad de hacerlo. Su padre había fallecido cuando él era adolescente y su madre nunca quiso marcharse, salvo cuando al final cedió ante sus dolencias. E, incluso en ese momento, Janssen consiguió ubicarla en una residencia cerca de la localidad. Tuvo suerte. Su familia era muy conocida y respetada. Sin duda, eso ayudó. Giró en la siguiente calle a la izquierda y condujo a lo largo del paseo marítimo. El mar estaba en calma, en marcado contraste con los días previos.

—¿Dice que creció aquí? —preguntó Tamara, mientras contemplaba la costa, más allá del campo de golf situado en las afueras de la ciudad—. Es precioso.

—Lo sé —respondió Janssen, complacido de que ella lo viera igual que él—. Antes no lo veía de esa forma. Estábamos deseando irnos de aquí.

—¿Estábamos?

—Mis amigos y yo... —explicó, con un cierto deje de tristeza en su

tono de voz—. Hay un límite de hogueras que puedes hacer en la playa y latas de cerveza que te puedes beber antes de que todo se vuelva...

—¿Aburrido? —sugirió Tamara.

Él sonrió.

—Exacto.

—Creo que la mayoría sentimos lo mismo por el lugar donde crecemos. Cuando eres adolescente, estás deseando largarte de donde vives y construir tu propia vida. —Janssen volvió a girar, alejándose de la costa, y tomó un atajo junto al centro—. ¿Y a dónde huyó usted, Tom Janssen? —preguntó Tamara con aire divertido, girando la cabeza hacia el inspector.

Él no podía ver los ojos de la inspectora jefe a través de sus gafas de sol, pero sentía su mirada sobre él.

—A Londres. ¿No es allí donde todos queremos estar, donde creemos que está todo?

—Para mí, no —replicó Tamara—. Yo me fui a Birmingham. Pero la idea es la misma, claro. Nos atraen las ciudades grandes, las luces brillantes y los restaurantes de comida para llevar que abren las veinticuatro horas.

—Ponemos nuestras expectativas demasiado altas.

Reflexionando sobre su pasado, él nunca había apreciado lo suficiente su localidad natal. Durante un tiempo, el drama que lo esperaba en la capital le resultó fascinante. Ahora, la tranquilidad de su localidad lo atraía más.

—¿Se arrepiente? —le preguntó Tamara, sacándolo de su melancolía pasajera.

—¿De qué? ¿De mudarme a Londres? No —respondió, negando con la cabeza. Era cierto. Las vivencias de sus diez años trabajando en la Policía Metropolitana de Londres lo habían convertido en lo que era en la actualidad, aunque ahora viera el mundo con una mirada más dura. O tal vez eso fuera consecuencia de su trabajo—. ¿Y usted? —preguntó, mirando a su compañera.

—A veces... Voy a casa a visitar a mi madre un par de veces al año. No suelo ir mucho más que eso.

Janssen se rio. Por lo que recordaba, aquella era la primera vez que

ella compartía algo personal con él. Tamara Greave era una especie de enigma. No buscaba llamar la atención, vestía de forma muy discreta y, sin embargo, en su trato con los demás destacaba por ser una persona muy sociable. Él se sentía a gusto en su compañía, como todo el mundo. Era una persona natural. Abierta, accesible y, al mismo tiempo, reservada y cautelosa. Le intrigaba esa contradicción de su personalidad.

Llegaron al desvío que él estaba buscando, una carretera sin asfaltar que se adentraba hacia la costa. Todas las propiedades de aquella zona eran independientes y la mayoría constaban de tres plantas, ya que estaban construidas sobre una ladera. La casa a la que se dirigían estaba algo apartada de las demás. Un camino de piedra se abría desde la puerta de entrada, rodeado de unos enormes muros de contención que sostenían la ladera. El camino conducía hasta la casa propiamente dicha. La primera y la segunda planta contaban con balcones grandes que ocupaban casi todo el ancho de la casa. Estaban situados bajo el voladizo del tejado a dos aguas y, sin lugar a dudas, ofrecían unas vistas impresionantes de los acantilados y el mar. Había una silueta sentada en el exterior, en la segunda planta, que se levantó cuando aparcaron el coche. Se apoyó de forma despreocupada sobre la barandilla y los observó mientras subían hacia la casa.

Janssen levantó la vista, protegiéndose los ojos del resplandor del sol con la palma de la mano. Debía tratarse de Peter Samuels, antiguo inspector de la Policía de Norfolk, pero él nunca lo había conocido en persona. Samuels volvió a sentarse en su silla y desapareció de su vista cuando el inspector llegó con su compañera a la puerta de entrada de la casa. Tamara llamó al timbre y una señora afable les abrió la puerta enseguida. Al principio, pensaron que debía tratarse de la mujer de Samuel, pero enseguida se identificó como cuidadora y los invitó a pasar. La distribución de la vivienda era interesante. La cocina y lo que Janssen supuso que sería un estudio se encontraban en la planta baja, de un tamaño reducido teniendo en cuenta el espacio que ocupaba la casa. Mientras la cuidadora los guiaba hasta una escalera cercana, Janssen observó que la vivienda se abría a una especie de salón

comedor diáfano y mucho más amplio. El edificio debía estar diseñado para adaptarse al terreno, a la ladera, en vez de haberse tallado o excavado en ella. Las escaleras llevaban hasta la siguiente planta, pero Janssen y Tamara vieron que un hombre ya estaba bajando por ellas para recibirlos.

Esperaron pues con paciencia en el salón hasta que llegó el hombre de cabello blanco, que bajó con cuidado los últimos peldaños para alcanzar el pie de las escaleras. Miró alternativamente a Jansen y a Tamara y arqueó las cejas en señal de curiosidad. Era delgado, pero nada frágil, a pesar de que se movía con la ayuda de un bastón en la mano izquierda. Parecía apoyar su peso de forma desproporcionada sobre el lado derecho de su cuerpo. Estaba bronceado y los saludó con una sonrisa amplia que dejaba ver unos dientes blancos.

—No suelo recibir visitas —dijo sonriendo—. ¿A qué debo el placer, agentes?

Janssen se sorprendió.

—¿Cómo ha sabido que...?

—Cuarenta y dos años en el oficio, joven. Por eso lo he sabido. Además, lo llevan escrito en las caras. —El hombre hizo un gesto para que salieran por las puertas del patio hacia el balcón y miró a la mujer que los acompañaba—. Quizá sería buena idea preparar un poco de té, Beverley —dijo.

La mujer sonrió.

—Por supuesto, ahora mismo vuelvo.

Beverley emprendió el descenso de vuelta hacia la cocina mientras Samuels seguía a Janssen y a Tamara hacia el balcón. El inspector miró hacia atrás. Aquel hombre no parecía tener dificultades para caminar. Ya en el exterior, había cuatro sillas alrededor de una mesa circular. Cada uno se sentó en una mientras Tamara hacía las presentaciones.

—Un inspector y su jefa. Esto promete ser interesante —aseguró Samuels cuando terminaron las presentaciones. Se frotó la rodilla izquierda con la mano derecha, haciendo una leve mueca de dolor.

—¿Es esa la causa de su jubilación anticipada? —preguntó Janssen—. Tengo entendido que fue una cuestión médica.

—¡No, no tiene nada que ver con esto! Esto es artritis..., una maldita consecuencia del envejecimiento. No, no. Mi jubilación se produjo tras un microinfarto cerebral.

—Lamento oír eso —respondió Janssen.

—Ah, no lo lamente. De todos modos, yo ya estaba un poco pasado. Estaba empezando a resultar una presencia desagradable. El trabajo había cambiado, pero a mí no me iban mucho los cambios, ¿sabe a lo que me refiero? —preguntó el hombre, que sonrió una vez más y dio la sensación de estar muy satisfecho por la decisión que había tomado en su día.

—Supongo que sí —respondió Janssen.

—¿Vive solo usted aquí? —preguntó Tamara, que miró alrededor antes de volver a fijar la vista en su anfitrión. En ese momento, se quitó las gafas de sol.

—Me temo que sí —respondió Samuels, que arqueó la espalda para estirarse un poco—. Mis hijos ya han hecho su vida, y mi mujer también. —El hombre debió interpretar las expresiones de ambos y decidió explayarse. Al menos, Janssen no estaba del todo seguro de lo que había querido decir—. Ahora vive en Lynn. Con su nuevo marido. —El inspector arqueó las cejas, sin saber muy bien qué decir—. No se preocupe, muchacho. Son cosas que pasan en la vida, y además sucede muy a menudo en este trabajo. ¿Están casados? —les preguntó. Ambos negaron con la cabeza—. Probablemente sea lo mejor. Beverley me ayuda en casa. Siendo sincero, tampoco es que necesite asistencia las veinticuatro horas del día, pero sin duda es mejor eso que hacer yo solo todo el trabajo ingrato. —A continuación, dirigió otro comentario a Tamara—. Debe resultarle útil, como inspectora jefe, tener a unos cuantos mortales inferiores como nosotros —dijo, señalando hacia Janssen y hacia sí mismo— que se encarguen de hacer el trabajo ingrato para usted, ¿verdad?

—Bueno, yo soy inspectora jefe en funciones..., así que sé a lo que se refiere.

—En funciones, ¿eh? Vaya, vaya, muchacho —dijo, inclinándose hacia delante para darle una palmada a Janssen en la rodilla—, ella se ha quedado con su ascenso, y también con su rango. Más le vale espabilar y ponerse las pilas, ¿eh? Le jubilarán antes de que se dé

cuenta, y las pensiones ya no son lo que eran, ¿verdad?

Janssen sonrió por cortesía. La valoración que Eric había hecho del inspector Samuels se estaba revelando certera. Era un hombre de la vieja escuela en muchos aspectos. Tamara no dio la más mínima impresión de haberse amilanado, y pasó a explicar el motivo de su visita.

—Nos hemos encontrado con un antiguo caso suyo durante una de nuestras investigaciones actuales. Esperábamos poder hablar con usted al respecto.

—Por supuesto. Hacía tiempo que no tenía que ejercer de policía. Adelante. ¿Qué caso?

—El incendio provocado en Norfolk Reactive Sciences. Supongo que lo recordará bien.

—Claro que lo recuerdo —dijo, mirando a Janssen—. Fue un caso importante. Muy mediático, con las protestas continuas y el campamento permanente en el exterior de la empresa. Fue como Greenham Common, en los años 80. ¿Lo recuerda?

Janssen negó con la cabeza.

—Leí algo. Pero eso fue una protesta contra los misiles. Por el desarme nuclear, ¿no?

—Exacto. Pero muy similar. Un grupo de idealistas intentando cambiar el mundo para adaptarlo a sus creencias y haciendo perder el tiempo a todos. Estos tipos no eran diferentes.

—Tenía entendido que nosotros no debemos tomar partido —replicó Tamara.

Samuels la miró y luego volvió a centrar la mirada en Janssen.

—Y no lo hacemos, ¿verdad? Al menos, no de forma oficial —le dijo al inspector con una sonrisa en la boca, dándose un golpecito en la nariz.

Janssen se sintió cohibido por ser el centro de las respuestas de aquel hombre. Tamara se lo tomó con naturalidad.

—Señor Samuels —dijo la inspectora jefe, haciendo una pausa a continuación para elegir sus palabras—, ¿hubo alguna vez alguna duda durante su investigación acerca de quién provocó el incendio?

El hombre la miró fijamente, entrecerrando los ojos.

—No, no puedo decir que dudara ni un instante de nuestras

conclusiones. Era obvio quién tenía los medios y los motivos. Prácticamente vivían en las instalaciones, por lo que sin duda tenían la oportunidad de hacerlo. Por no hablar de las pruebas forenses. Probablemente fue el caso más fácil de resolver de mi carrera. ¿Por qué demonios lo pregunta?

—Porque proclamaron su inocencia —respondió Tamara.

Samuels se echó a reír a carcajadas, en parte divertido, en parte incrédulo.

—¿Y no lo hacen todos?! Sinceramente, nunca me he encontrado con un caso tan claro en toda mi carrera profesional. ¿Qué la lleva a creer en la palabra de un grupo de *hippies* y *trotamundos* como esos?

—¿Por qué cree que no pudieron ustedes identificar a la persona que murió?

—¡Porque ellos no nos lo dijeron! ¡Por eso!

Beverley regresó en ese momento portando una bandeja con tazas y una tetera. La mujer observó la expresión del rostro de Samuels y miró a los dos agentes. Con cierta indecisión, dijo:

—También les he traído galletas.

Luego se excusó, aparentemente consciente de haber interrumpido algo.

—Le diré una cosa —afirmó Samuels, inclinándose hacia delante y señalando con el dedo a Tamara—. Si esa gente tuviera un ápice de sentido moral, nos habrían contado quién estuvo allí y habrían permitido que se lo notificáramos a la familia de la pobre chica. ¡Pero no lo hicieron! ¡Ninguno de ellos lo hizo!

—¿Chica? —repitió Janssen. Samuels lo miró a los ojos—. Creía que el cuerpo estaba demasiado dañado para identificarlo.

—Y lo estaba... Pero prefiero darle un género a la víctima. Por el tamaño del cuerpo y, además, por el hecho de que la mayoría de los manifestantes eran mujeres. Chicas a las que de alguna manera embelesaba aquel chico, Bradshaw. Solo Dios sabe por qué.

—Pero ¿intentaron ustedes identificar a la víctima? —insistió Tamara.

—Por supuesto que lo hicimos. La intensidad del fuego dificultó mucho la identificación. Todo ardió con tanta fuerza que el cuerpo

quedó destruido hasta quedar irreconocible. Los materiales que guardaban en esos laboratorios provocaron que todo el tejido conectivo del cuerpo se fusionara con el esqueleto, así que no fuimos capaces siquiera de establecer una coincidencia con los registros dentales ni de extraer un perfil de ADN que pudiéramos usar —explicó. Acto seguido, se enderezó y miró a Janssen—. Por desgracia, a menos que ese grupo hubiera decidido contarnos quién era la persona fallecida, no teníamos forma de averiguarlo.

—¿Qué me dice de revisar a los manifestantes que estaban permanentemente alrededor de las instalaciones o a los alborotadores de la zona que fueron llegando al lugar? —preguntó Tamara, con la intención de ejercer cierta presión.

—Ah..., ojalá fuera tan fácil. ¿Me toma usted por idiota, mujer? En cuanto se incendió el edificio y empezamos a reunirlos para interrogarlos, salieron huyendo en todas direcciones. Debía haber más de cuarenta personas diferentes presentes en todo momento. Tampoco es que tengan un sistema de registro. Apuesto a que la mayoría de ellos no sabían quién faltaba en ese momento. Sin duda, pasaron página y se dirigieron a la siguiente protesta.

—¿Y comprobaron las denuncias de personas desaparecidas?

—No sé cómo será ahora, joven, pero en aquella época no estábamos sobrados de agentes que trabajaran en primera línea. Yo tenía un montón de casos de delincuentes que intentar resolver. No tenía tiempo para volver una y otra vez sobre la muerte de una pirómana, por muy desafortunada que fuera. Siempre estamos escuchando hablar de recortes presupuestarios, ¿está segura de que está gestionando bien sus recursos? —Tamara sonrió. Janssen sabía distinguir entre una sonrisa sincera y una forzada—. Además, yo creí que alguno de ellos acabaría revelando el nombre, quizá para ganarse el favor del juez antes de que dictara sentencia.

—Pero nadie lo hizo —concluyó Janssen.

—Muy cierto. ¡Sinvergüenzas! —exclamó Samuels.

—De haberlo hecho, habrían confirmado que estaban presentes —dijo Tamara.

—¡Y tanto, porque es que estuvieron allí, chica! —exclamó Samuels, haciendo un gesto de exasperación mientras miraba a Janssen—. No

tengo ni idea de lo que les enseñan hoy en día en la formación, de verdad que no. ¿No tienen ya bastante con lo que lidiar en el trabajo como para ponerse a remover condenas pasadas?

—No si estuvieran bien fundamentadas —dijo Tamara.

—Es una investigación igual de bien fundamentada y resuelta que todas las que llevé a cabo durante mi larga y productiva carrera. River Malloy provocó aquel incendio y, conforme al principio de empresa conjunta, todos eran responsables por igual. Duermo tranquilo por las noches sabiendo que hice encarcelar a las personas correctas —aseguró, fulminando a Tamara con la mirada. La inspectora jefe le sostuvo esa mirada sin inmutarse—. Quizá, cuando lleve más tiempo en el trabajo, comprenderá cómo funcionan las cosas.

Samuels la estaba tratando con condescendencia, mostrando una actitud paternalista con Tamara. A Janssen le resultaba obvio. La inspectora jefe carraspeó.

—¿Puedo usar el baño? —preguntó.

Samuels gruñó y se inclinó hacia delante para servirse té de la tetera en la taza más cercana. Tamara se levantó.

—Asegúrese de dejar la tapa levantada cuando termine —murmuró entre dientes sin levantar la vista.

—Tengo que hacer algunas llamadas también —añadió, mirando a Janssen—. ¿Le parece bien terminar usted con esto y nos vemos ahora en el coche?

Tamara se marchó sin decirle una sola palabra más a Peter Samuels, aunque él no pareció sentirse ofendido por ello.

CAPÍTULO 24

Tom Janssen vio a Tamara regresar al interior de la casa y bajar las escaleras hasta la planta baja. El inspector jubilado no se había tomado nada bien la actitud confrontativa de su compañera, aunque Janssen no creía que a ella eso le importara demasiado.

—¿Azúcar? —preguntó Samuels, que echó dos cucharadas en su taza.

—Por favor —respondió Janssen. Para su horror, su taza recibió la misma cantidad, sin tener tiempo de protestar al respecto.

—Leche y dos cucharadas de azúcar... Lo solíamos llamar el estándar de la OTAN. —Janssen se sorprendió al oírlo, y dejó entreverlo en la expresión de su rostro. Samuels sonrió—. Es como el personal de la OTAN suele tomar el té: con leche y dos cucharadas de azúcar. ¿Nunca ha prestado servicio?

El inspector negó con la cabeza.

—No. Mi padre y mi abuelo sí lo hicieron, pero yo tomé un camino diferente.

—El suyo es igual de digno, joven. Siempre que no entrara en el cuerpo a través del programa universitario, como uno de esos policías de plástico —afirmó.

Lo miraba desde detrás del vapor que soltaba su taza mientras bebía un sorbo de té. Samuels lo estaba sondeando, tratando de evaluarlo. Para Janssen, era como contemplar su propia rutina en un espejo.

—Sí que me licencié, pero fui ascendiendo poco a poco —respondió—. Nunca he disfrutado de una promoción exprés.

—Muy bien. Para mí, esa es la mejor forma —aseguró, mirando hacia el interior de la casa. Tamara ya no estaba allí—. Apuesto a

que su jefa ha encontrado la manera de ir escalando, ¿eh? —Por un instante, esbozó una media sonrisa—. Me he dado cuenta de que no lleva anillo de casada. Una mujer de su edad, soltera... Me la juego a que tampoco ha tenido hijos, ¿a que no? Lo puedo notar —aseveró, buscando la ratificación de su afirmación.

Janssen negó con la cabeza.

—No que yo sepa.

—No me sorprendería que no le gustaran los hombres. Se nota por la ropa. Es una señal inequívoca. Esa es otra forma que tienen las mujeres de ascender en la cadena de mando hoy en día. Antes era acostándose con alguien; ahora solo hay que tener la orientación sexual adecuada para beneficiarte de la discriminación positiva. Debe ser un coñazo trabajar con ella, ¿no?

—Para ser justos, este es solo el segundo caso en el que trabajamos juntos... Aunque tampoco es que esperara que estuviera presente en esta investigación

—¿Decisión de arriba? —preguntó Samuels. Janssen asintió—. Correcto. Hacen esas cosas, interfieren. Si te dejaran dedicarte a coger a los malos, ieste país no estaría en el estado en el que se encuentra ahora! En cuanto a ella... mi consejo es que no preste demasiada atención a lo que le impulse a hacer. No se entretenga demasiado. Cierre el caso y póngase con el siguiente. Así es como se construye una carrera. —Samuels se había jubilado con el rango que Janssen ostentaba en ese momento, teniendo la mitad de años que él. El inspector dejó pasar el tema—. Bueno, ¿cuál es su opinión entonces de todo este caso?

Janssen respiró hondo y cogió una de las galletas que Beverley les había servido. Habló con la boca llena, tras encogerse de hombros.

—A mi parecer, es una pérdida de tiempo. Los forenses situaron a esos imbéciles en la escena del crimen. River Malloy no hizo nada para favorecer su causa ni la de ninguno de los demás durante el juicio. Como usted ha dicho, eran culpables. —Samuels lo observaba mientras hablaba. Janssen cogió su taza de té y sorbió el líquido, que estaba increíblemente dulce—. Pero... tenemos que ser meticulosos y poner los puntos sobre las íes, por así decirlo.

—Pero ¿por qué están hurgando en lo del incendio provocado? ¿De

qué va todo esto?

—El fin de semana pasado encontramos un cadáver en la playa. Seguro que ha oído hablar de ello —afirmó. Samuels asintió—. En fin, parece que se trata de una persona que tenía fuertes vínculos con los manifestantes y... Bueno, esto no se lo diga a nadie, pero llevaba consigo una tarjeta de visita de un empleado de Reactive Sciences.

—Ah... comprendo. Por eso están revisando el antiguo caso, para tratar de ponerle un nombre.

—Exacto.

—¿Y en qué condiciones encontraron ese cadáver?

—Cuanto más lo analizo, más claro tengo que se trata de un asesinato. En este momento estamos investigando todas las pistas posibles.

—Entonces, su inspectora jefe en funciones está interrogando a todas las partes que puede, hurgando tanto como le sea posible para intentar convertir esto en un caso más grande, ¿verdad?

—Sí —admitió Janssen—. Creo que está intentando exagerar la importancia del caso, probablemente buscando consolidar el ascenso. Ya sabe usted cómo funcionan esas cosas.

—Sí, chico, sí que lo sé. Ascender lo más rápido posible. Los agentes como ella hacen lo que sea necesario para conseguirlo, no se olvide de mis palabras. Incluso si eso significa pisotear la buena reputación y el nombre de quienes los han precedido o de quienes los rodean —dijo, inclinándose hacia delante y dándole a Janssen unos golpecitos con los nudillos en la rodilla—. No se dan cuenta de que no se puede humillar a *la gente que te encuentras mientras vas ascendiendo, iporque a veces vuelves a pasar por delante de esa misma gente cuando empiezas a descender! Ándese con ojo, chico. Preste atención a los detalles y recuerde todo. Eso le mantendrá en el buen camino, confíe en mí.*

—Sabias palabras. Gracias, así lo haré —respondió Janssen—. Dígame una cosa. Cuando investigaron todo esto en su día, ¿alguna vez se cruzaron con el nombre de Darren?

Samuels lo miró y desvió la vista hacia arriba y hacia la izquierda. Negó con la cabeza.

—Lo siento. No podría afirmar que fuera así. ¿Por qué? ¿Quién es?

—No importa —dijo Janssen—, probablemente no sea nada.

Desaparecieron varias chicas más o menos al mismo tiempo que se produjo el caso del incendio, o poco después. ¿Investigaron alguno de esos casos?

—Eh..., no estoy seguro. Pero me suena, así que supongo que sí.

—Claro, porque usted prestaba atención a los detalles.

Samuels se rio.

—Es cierto. Ahora que lo pienso, hubo una o dos.

—Tres —le corrigió.

—Sí..., tres. Déjeme pensar... —Samuels se inclinó hacia delante y se acarició la barbilla—. *Había una que probablemente huía de la violencia doméstica..., una niña de familia rica que iba de un lado para otro y... Me temo que tendrá que recordarme quién era la otra. Desde el derrame cerebral, mi memoria no es lo que era.*

—Una adolescente, que se supone que se fugó de su hogar de acogida.

—Ah, sí, ieso es! —exclamó Samuels, agitando un dedo en el aire—. *Se escapó de la casa de Gerald Grable. Sí, lo recuerdo. Gerald y Ann estaban consternados. Nunca habían perdido a ningún chico antes... Al menos, no de forma permanente. Siempre volvían. Aunque no recuerdo a ningún Darren que estuviera implicado en alguno de esos casos.*

—¿Encontraron algo fuera de lo normal en esas investigaciones? —preguntó Janssen mientras cogía otra galleta.

—¿Fuera de lo normal? ¿Como qué?

—Relaciones extrañas, comportamientos... cualquier indicio de que pudiera no tratarse de una simple fuga.

—No, al menos no que yo recuerde. Desaparece gente todo el tiempo. Seamos sinceros: sin rastros de sangre o pruebas irrefutables, no se puede hacer mucho cuando se lidia con casos de desapariciones de adultos, a menos que existan indicios claros de que se pueda tratar de un delito. No los había en ninguno de esos casos. Recuerdo que el novio de una de ellas tenía la mano un poco ligera, pero... Arrebatos pasionales; ya sabe, actos impulsivos. Las mujeres pueden volverte un poco loco a veces, ¿verdad?

Janssen asintió y volvió a dejar la taza sobre la mesa.

—¿Nunca se cruzó con Mike Collyer o quizá con su apodo, Conn?

Samuels lo miró a los ojos y respondió de inmediato:

—No. Nunca he oído hablar de él. ¿Por qué lo pregunta?

—Su nombre ha aparecido en relación con Niall Bradshaw, el principal agitador de...

—Sí, Niall. Menudo personaje ese chico. No se fíe ni un pelo de él.

—Tuvieron una pelea. Puede que eso no tenga ninguna relación con el caso, pero tengo que asegurarme de cubrir el expediente para la inspectora jefe. Ya sabe cómo funcionan las cosas.

—Claro que lo sé, no se preocupe. ¿Hay algo más?

—Ah, sí. Tengo curiosidad sobre otra cosa.

—Pregunte, amigo —respondió Samuels con una sonrisa cálida en el rostro.

—En relación al incendio provocado... Sé que es una pérdida de tiempo, pero... hay una cosa que me ha dado que pensar. El punto exacto por el que entraron. ¿Cómo sabían que tenían que hacerlo por ahí?

Samuels lo miró a los ojos. Janssen los entrecerró, sin llegar a pestañear.

—Creo que no le sigo.

—A ver, los manifestantes llevaban varios años por allí. El propietario del negocio, Shaun Robinson, y los empleados estaban sometidos a una gran presión. Shaun me ha contado que tuvieron que revisar y mejorar los procedimientos de seguridad, añadir algunas medidas adicionales, renovar los accesos al complejo, etcétera. Era una situación muy perturbadora para ellos.

—Sí, no lo dudo. ¿Y bien?

—El lugar por el que entraron era un punto débil en la seguridad del edificio. Se colaron evitando las cámaras de seguridad y lograron entrar, atravesar el complejo y provocar un incendio lo bastante importante como para destruir gran parte del complejo. Todo ello antes de que el personal de seguridad tuviera tiempo de dar la alarma.

»Cuando llegaron los bomberos para sofocar el incendio, este ya estaba fuera de control. —Janssen se inclinó hacia delante, apoyó

los codos sobre las rodillas y se llevó una mano a la barbilla, adoptando una pose pensativa—. ¿Cómo supieron dónde estaba el punto débil? Y eso por no hablar de cómo lograron atravesar las puertas de seguridad del complejo para llegar hasta los laboratorios y comenzar el incendio...

»Ayer estuve allí para hablar con Shaun Robinson, y necesitábamos una tarjeta magnética solo para acceder a las oficinas... que son mucho menos importantes que los laboratorios en sí. Después de todo, tampoco es que estemos hablando de un equipo especializado en operaciones encubiertas. Se trataba en gran parte de un grupo de jóvenes que querían cambiar el mundo.

—Sí, sí... Entiendo lo que quiere decir. —La sonrisa se había desvanecido del rostro del inspector jubilado, que asentía, sin duda reflexionando sobre la pregunta—. Todo un enigma. No tengo respuesta para eso, pero tampoco la necesité entonces. En cuanto tuvimos las pruebas forenses, el resto fue pan comido.

—Supongo que sí —dijo Janssen, sonriendo—. Aunque sigue siendo una gran incógnita. Me alegro mucho de que yo tampoco tenga que dar con las respuestas que la expliquen.

—¡Y tanto! —exclamó Samuels entre risas—. Escuche, no le mencione nada de esto a su compañera. A menos que quiera estar investigando mi antiguo caso durante los próximos diez años.

Samuels sonrió. Janssen le devolvió la sonrisa. Miró su reloj y arqueó las cejas.

—Bueno, será mejor que me vaya. La inspectora jefe me va a echar la bronca si no me pongo en marcha ya —dijo, inclinando ligeramente la cabeza en dirección a Tamara. Podía verla abajo, apoyada en el coche y observándolos despreocupadamente.

—Manténgala contenta, sea como sea. Pero no permita que le impida hacer su trabajo.

Janssen sonrió, se terminó su té y se levantó.

—Absolutamente. Es una pena que no siga usted en el cuerpo, Peter.

—No lo echo de menos en absoluto. ¡Cumplí con mi deber y me gané el descanso! Hay una cosa más que debe tener en cuenta, muchacho.

—Ah, ¿sí? ¿De qué se trata?

—La pensión. Prepárese. La jubilación llega rápido, créame —aseguró, sacudiendo la cabeza de lado a lado y esbozando una enorme sonrisa—. Asegúrese de tener siempre un plan.

—Lo pensaré. Muchas gracias por su tiempo y por sus recuerdos. Es bueno saber cómo eran las cosas antes. Te hace preguntarte hasta dónde hemos llegado. No hace falta que baje conmigo, ya salgo yo solo —dijo Janssen, tendiéndole la mano a Samuels.

Se dieron un apretón de manos y Janssen dejó al inspector jubilado solo en el balcón.

Beverley estaba ocupada en la cocina y lo saludó con la mano educadamente cuando pasó por la entrada, dirigiéndose a la puerta de la casa. Una vez en el exterior, bajó por el camino con cuidado de no parecer demasiado entusiasta bajo la atenta mirada que recibía desde arriba.

—¡Ya era hora! —espetó Tamara mientras él abría el coche.

El inspector se encogió de hombros y abrió la puerta. Ella se subió al asiento del copiloto mientras él se apoyaba en su puerta, mirando a Samuels. Sacudió ligeramente la cabeza y estuvo seguro de haber visto al hombre sonreír. Luego se subió y cerró la puerta. Arrancó y salió marcha atrás del camino de entrada. Una vez lejos de la casa, Tamara lo miró. Él le devolvió la sonrisa.

—¿Ha sido productivo?

Janssen suspiró.

—¡Es un hombre agradable! Le ha causado usted una gran impresión a ese viejo fanático —dijo, sonriendo—. ¿Tiene un don natural para sacar de quicio a hombres como él o tiene que esforzarse?

—He pasado años perfeccionando mi estilo.

—Me sorprende. Lo hace de forma tan natural... —Tamara se rio—. Ese tipo cree que se acuesta con todo el mundo para conseguir ascensos y que, al mismo tiempo, es lesbiana, cosa que también es buena para su carrera, por lo de la discriminación positiva.

—Ah, ¿sí? Tendré que tenerlo en cuenta —respondió, negando con la cabeza—. Viejo cascarrabias... ¿Lesbiana, ha dicho? —le preguntó, desconcertada.

Janssen asintió.

—Sí. Al parecer, es su forma de vestir. La delata. ¿Quién lo hubiera imaginado?

—¡Vaya! A mí me gusta mi estilo. Es profesional y... práctico.

—No me culpe a mí, no son mis opiniones —dijo Janssen, reprimiendo una risa—. Eso sí...

—¿Qué? —preguntó Tamara, esperando a que él terminara la frase.

—Nada... —El inspector la miró; ella seguía sonriendo, expectante.

—En serio, ¿qué?

—No sé, tenía la duda, ¿hay que ir a una tienda especializada en lesbianas o algo así para conseguir el *look adecuado*?

Tamara le lanzó un puñetazo en la parte superior del brazo derecho. Janssen fingió sorpresa e indignación, y se echó a reír.

—Vamos, cuénteme ¿qué le ha dicho? —insistió la inspectora jefe—. Aparte de comentarios sobre mi gusto para vestir y mi orientación sexual.

—Más de lo que creo que me contaría si volviéramos a tener la conversación. Apostaría a que la investigación del incendio fue bastante chapucera, en el mejor de los casos. En cuanto tuvieron las pruebas forenses para situar a Niall, River y los demás en la escena, hicieron poco más para averiguar qué había pasado. Un abogado decente podría haber desmontado el caso por completo.

—Pero las pruebas forenses... Solo con eso todos sabemos que es probable que un jurado dicte una sentencia condenatoria. Joder, a la mayoría nos cuesta entender los aspectos científicos. Si sumamos huellas dactilares y ADN, prácticamente tenemos un caso cerrado. Apuesto a que la defensa se centró en la atenuación de la pena, más que en demostrar la inocencia.

—Cierto —asintió él.

—¿Y las chicas?

—Me imagino que apenas se investigaron sus desapariciones. Samuels me ha dado a entender que sabían que el novio de Tracy Bartlett era un maltratador, pero considera que eran acciones resultantes de un «arrebato pasional». Mujeres que dan el coñazo a sus parejas... cosas por el estilo.

—Joder —dijo Tamara, sacudiendo la cabeza con irritación—. Soy

consciente de que la policía estaba llena de dinosaurios como él en el pasado, pero ese hombre ha estado en activo hasta hace muy poco tiempo.

—Su actitud hacia una adolescente que se fugó de casa tampoco ha sido mucho mejor —continuó, saliendo ya a la carretera principal para alejarse de la costa—. Sin embargo, es interesante que, cuando le he mencionado a Darren, él ha descartado saber de quién se trataba, pero... y esto le va a encantar... después añadió que creía que no había ningún Darren involucrado en ninguno de los casos de las chicas desaparecidas. A ver, podría ser que malinterpretara mi pregunta y relacionara las dos cuestiones, pero...

—Nadie parece conocer a Darren..., pero podría haber estado manteniendo una relación con alguna de las chicas.

—Eso es exactamente lo que pienso —coincidió Janssen.

—¿Por qué nos mentiría? —preguntó Tamara, centrando su atención en el paisaje que tenían ante sí—. O bueno, quizá no mentirnos como tal, pero ¿por qué no mencionarlo?

—Yo sigo pensando que Darren era el contacto dentro de Reactive Sciences. Por eso su tarjeta de visita estaba entre las pertenencias encontradas en la playa y, si estoy en lo cierto, por eso la empresa no lo recuerda.

—O eso dicen.

—Sí, estoy casi seguro de que Shaun Robinson sabe algo de él. Llámelo corazonada. Ayer intentó desorientarme, pero miente fatal. Me encantaría jugar una partida de póquer con él cualquier día.

—Entonces, ¿cuál es su opinión? Shaun niega saber nada de este Darren porque... ¿quería ocultar que un empleado estuvo involucrado en la campaña activista?

—Es posible, sí. Quizá el propio Darren fuera un activista y se infiltrara con falsas pretensiones con el propósito de socavar la empresa. Podría haber ayudado a los activistas a eludir la seguridad. Shaun y su empresa no querrían que eso se supiera.

Tamara se quedó en silencio, reflexionando sobre esa teoría.

—Eso no explica por qué el inspector Samuels aceptaría ese hecho.

—No, no lo explica —admitió él. Tamara tenía razón. No estaba tan seguro de dónde encajaba en todo aquello la actitud del inspector

jubilado—. ¿Por su reputación profesional? Si Samuels no se percató de eso..., quizá no quiera empañar su historial.

Ese argumento le pareció al inspector débil y poco convincente en cuanto lo escuchó salir de su propia boca.

—Y, sin embargo, ha parecido capaz de relacionar a Darren con al menos una de las chicas desaparecidas —le recordó Tamara.

—Pero eso es solo una suposición mía. Podría estar equivocado.

—¡No! —respondió Tamara enseguida—. Ese hombre nos está ocultando muchas cosas. Toda esa mierda machista que ha dicho... No dudo que piense muchas de ellas, pero en su mayor parte eran para causar una impresión determinada en mí.

—¿Porque es una mujer?

—No, en absoluto —respondió, negando con la cabeza—. Porque está intentando despistarnos, a los dos. A mí en particular. Al provocarme e irritarme, no solo nos aleja de las preguntas difíciles que hemos ido a hacerle, sino que, al mismo tiempo, siembra la duda en mi mente como investigadora principal.

—¿Cómo es eso?

—Piénselo, ¿hasta qué punto se basa nuestro trabajo en el instinto? Te haces una idea de la persona con la que estás hablando y, a partir de ahí, te formas una opinión y eliges un curso de acción. Al comportarse como un cerdo, provoca que recuerde permanentemente lo mucho que me desagrada. Si reacciono de forma instintiva hacia él, podría tanto ignorar esa reacción como dejarme llevar por ella, ya que mi antipatía hacia él nublaría mi juicio. Ese hombre sabe algo que no nos está contando. Algo que no está en el expediente del caso ni en las transcripciones del tribunal.

Janssen miró a Tamara e interpretó la expresión decidida en su rostro mientras ella fijaba la vista en la carretera.

—Por cierto, ha acertado. Yo no estaba seguro, pero no se ha equivocado lo más mínimo —le dijo. Ella lo observó con una mirada inquisitiva—. Esa era, efectivamente, la forma correcta de jugar sus cartas con él.

—Y le diré algo más: vamos a seguir investigando hasta que descubramos qué es lo que el inspector Samuels no quiere que sepamos.

CAPÍTULO 25

Eric Collet se presionó ambos ojos con el pulgar y el índice, cerrándolos con fuerza. Los tenía humedecidos. Estaban pagando el peaje de las horas que se había pasado revisando páginas y páginas de datos sin analizar en la pantalla del ordenador. Leer las transcripciones del juicio por incendio provocado era una tarea monótona y que requería mucho tiempo. Gran parte de los testimonios eran muy similares. Los empleados describían una campaña sistemática de intimidación. Los testigos confirmaron la presencia de todos y cada uno de los acusados en el campamento y relataron las cosas que les decían de camino al trabajo y cerca de sus residencias personales. Sus experiencias habrían servido para que los miembros del jurado sintieran cierto rechazo por los acusados. Sin embargo, cuando el oficial llegó a las conclusiones finales, había encontrado muy poco que pudiera considerar de utilidad para la investigación en curso. Todo el proceso le pareció un fracaso personal. Después de darle vueltas durante un rato, pensó en abordarlo todo desde una perspectiva diferente.

Greave y Janssen llegaron a la sala de operaciones y le entregaron una bolsa de papel. Le habían comprado el almuerzo de camino de regreso de su visita al antiguo inspector. Le costó contener su entusiasmo. Salir temprano hacia la comisaría, saltarse el desayuno y el nuevo deseo de su madre de que se convirtiera en un hombre autosuficiente habían dado como resultado un menú extraído de una máquina expendedora, consistente en un paquete de patatas fritas y una barra de chocolate. Habría habido más porquerías si hubiera tenido más monedas sueltas.

—He notado que últimamente no le están brindando suficiente

atención —le dijo Tamara, que se sentó con un sándwich en una mano.

Eric sacó el suyo de la bolsa, de pollo con mayonesa y *curry*. *Eso era más que suficiente. Tamara estaba comiendo algo relleno de hojas verdes, como de costumbre. Estaba bastante seguro de que era vegana, o casi. No entendía cómo alguien podía vivir así.*

—Sí, bueno... *Mi madre ha cambiado su actitud hace poco —afirmó, antes de darle un mordisco a su sándwich. Janssen estaba sentado a su izquierda, con una sonrisa pícaro en las comisuras de los labios que amenazaba con crecer—. Cree que debería esforzarme más por buscar mi propio camino —añadió con la boca llena, tratando de no escupir la comida mientras hablaba.*

—¿Eso significa que también le hace lavarse su ropa? —preguntó Tamara.

Eric la miró, tratando de comprender si le estaba tomando el pelo, como solía hacer, o si de verdad sentía curiosidad. Su cálida sonrisa sugería lo segundo.

—Tiene un novio nuevo —explicó, limpiándose la boca con el dorso de la mano—. *Es un tipo agradable. Piensa que ella no debería andar detrás de mí... con la edad que tengo, y todo eso.*

—Tiene sentido —asintió la inspectora jefe.

—Supongo.

—Y cuéntale el resto —dijo Janssen. La pequeña sonrisa se había convertido en una muy amplia.

Eric bajó la mirada. Notó que se le enrojecían las mejillas.

—Desde que estoy con... Becca..., *mi madre piensa que... Ya sabe...*

—Tamara arqueó las cejas, con los ojos muy abiertos, animándolo a continuar—. *Que Becca debería, quizá, encargarse de una parte del trabajo.*

—Ah, ¿su madre ha visto a una mujer nueva en su vida y cree que ella debería cuidar de su hombrecito?

Tamara dijo aquello con un tono cariñoso, no burlándose de él.

—Sí. Justo eso.

—¿Y qué piensa Becca al respecto?

Eric infló las mejillas y negó con la cabeza.

—¿Está loca? Yo nunca se lo diría. Se enfadaría... O, bueno, por lo

menos no estaría muy contenta, de eso estoy seguro.

—¿Se han conocido la madre y su futura nuera?

Ahora sí que había un deje burlón evidente en la pregunta.

—Sí.

—¿Cómo fue la cosa?

—No quiero hablar de eso —respondió Eric. Janssen se echó a reír ante su incomodidad. En lugar de enfadarse, él también se rio—.

¿Qué se puede hacer ante dos mujeres con un carácter tan fuerte como ellas? Es imposible.

—Mantén un perfil bajo, Eric —le aconsejó Janssen, secándose una lágrima del ojo—. Solo tienen que verse una vez más, el día de la boda. Quizá más si también tenéis hijos.

—No bromees con eso, por favor —le respondió, pasándose una mano por el pelo.

—Ya se te ocurrirá algo y, si necesitas un poco de ayuda, estoy seguro de que Tamara y yo podremos echarte una mano, ¿no cree?

—dijo Janssen, mirando a Tamara.

Eric se giró con una sonrisa en el rostro, sonrisa que se desvaneció en cuanto su mirada se posó sobre la inspectora jefe. Parecía perdida. Estaba mirando al vacío, sin fijarse en nada en particular. Por un momento, temió que ella se hubiera enfadado por su falta de profesionalidad, pero unos instantes antes había entrado de lleno en el cachondeo. Algo había cambiado. Eric se apresuró a cambiar de tema, queriendo alejarse de las dificultades de su vida personal. Janssen lo miró a los ojos y el oficial se dio cuenta de que pensaba igual que él.

—He estado revisando las transcripciones como me pedisteis. Creedme, no hay mucho en ellas. Entonces me puse a pensar. Los familiares y demás suelen observar los juicios desde las gradas, y recuerdo que este fue bastante duro. Hubo mucha tensión entre las partes, amenazas en torno al caso por parte de otros grupos activistas que actuaron en apoyo de los acusados. Así que he revisado las medidas de seguridad.

—¿Qué ha encontrado? —preguntó Tamara. Su tono era neutro, un poco apagado en comparación con el que tenía cuando regresaron a la comisaría, o al menos eso percibió Eric.

—Aumentaron las medidas de seguridad en el tribunal penal. Cualquiera que quisiera acceder al edificio tenía que presentar su documento de identidad y pasar por los controles de seguridad habituales, registros de bolsos y detectores de metales. Luego, si se quería acceder a aquella sala en particular, todo el mundo tenía que volver a registrarse. El juez temía que se produjeran altercados que pudieran frenar el desarrollo del juicio... o algo peor. Estuvieron a un paso de cerrar la sala, pero no llegaron a hacerlo.

—Probablemente por miedo a las represalias si lo hacían —comentó Janssen.

—Yo también lo creo. En fin, me ha costado bastante, pero he conseguido encontrar la lista de todas las personas que asistieron cada día durante los catorce que duró el juicio.

—Intuyo que has encontrado a una persona de interés, ¿verdad?

—Hubo varios periodistas, locales y nacionales, que cubrieron el juicio y que he podido verificar a través de sus credenciales. Algunos extranjeros incluso, lo que da una idea de la importancia del caso. Además, estuvieron los familiares, que son fáciles de descartar. Eso me dejó con unos cuantos casos, presumiblemente conocidos de los implicados en el procedimiento, ciudadanos curiosos, etcétera. Sin embargo, hay un tipo que asistió a todos y cada uno de los momentos del juicio hasta el último día, un tal «D. Robinson».

Janssen se levantó de su asiento y cruzó la sala de operaciones con entusiasmo. Eric giró el documento relevante en su dirección y se lo entregó.

—¿Sabemos a qué corresponde la «D»? —preguntó el inspector.

—Me temo que no consta en la documentación que tenemos.

—«Robinson» —dijo Tamara en voz alta—, ¿alguna relación?

—Esa es exactamente la pregunta que me hice —dijo Eric. Giró su silla para quedar frente a la pantalla de su ordenador. La inclinó para que los demás pudieran verla y abrió una página de redes sociales—. Os presento a Darren Robinson, quien, según su perfil, es un médico recién titulado en Biología Molecular. Se graduó en Cambridge hace seis años y sigue trabajando en su proyecto de investigación para su doctorado. Por desgracia, los únicos contactos que hay en las redes sociales son los de su hermana, Yvonne. Sin

embargo, no me ha costado mucho confirmar quién es su padre. No os sorprenderá saber que se trata de ...

—Shaun Robinson, director general de Norfolk Labtech —concluyó Tamara por él.

—Anteriormente, Norfolk Reactive Sciences. El mismo —confirmó el oficial, haciendo un gesto teatral con la mano abierta, un barrido de izquierda a derecha.

—Excelente trabajo, Eric —dijo Janssen, dándole una palmada en el hombro—. ¿Tenemos algo que lo vincule con la empresa?

Eric negó con la cabeza, y su entusiasmo pareció decaer.

—No. No hay ninguna mención en su biografía digital. He revisado numerosos artículos que ha publicado en los últimos años. Ha estado investigando los efectos de los fármacos experimentales en la condición humana en colaboración con otros miembros de la comunidad científica médica. Sin embargo, no hay nada en sus investigaciones que lo vincule con la empresa de su padre.

—Pensando en aquella época —dijo Janssen, deseoso de encontrar una conexión—, él sería entonces un estudiante universitario, y posiblemente trabajara para su padre como becario o ayudante durante las vacaciones. Quizá por eso sea tan fácil eliminarlo del registro de la empresa.

—Sus sospechas bien podrían ser acertadas —dijo Tamara.

Janssen se inclinó para ver de cerca la foto de perfil de la página web. Eric hizo clic en ella y la amplió a tamaño completo. Janssen entrecerró los ojos.

—¿Qué edad crees que tiene aquí?

—Ahora tiene veintisiete —respondió Eric—. Pero no sé cuándo se tomó esta foto en concreto. ¿Por qué?

—Me pregunto cómo sería cuando cumplió los veinte años, si se pudiera retroceder en el tiempo —afirmó Janssen.

—Puedo ayudarte con eso —afirmó el oficial. Abrió otra pestaña en la pantalla, escribió una búsqueda en Google y apareció una aplicación de reconocimiento facial. La abrió, descargó la foto de perfil de Darren y la subió a la aplicación—. Esto no es muy científico, pero nos dará una idea.

Eric hizo clic en una opción de la aplicación y la cara de Darren se

transformó ligeramente.

—¿Puedes cambiarle el peinado con eso?

—Sí, puedo intentarlo. ¿Cómo lo quieres?

—Ponle el pelo más largo, más oscuro y ondulado. También adelgázale un poco la cara. Lo que puedas.

Eric comenzó a trabajar. Tamara se unió a ellos. Cuando el oficial terminó, hizo clic en el botón de procesar y la imagen volvió a cambiar.

—Vaya, qué sorpresa... —murmuró Tamara.

—Se parece mucho —asintió Janssen. Estaban contemplando un rostro extremadamente similar al que aparecía junto a Sophie Maddox en las imágenes del fotomatón—. Apuesto a que lo suficiente como para justificar una orden de registro.

—Eric —dijo Tamara, poniéndole a su compañero una mano en el hombro con delicadeza—, consíganos todo lo que pueda sobre Darren Robinson. Dónde vive, antecedentes, socios, registros de la Agencia Tributaria... hasta su expediente escolar, si puede acceder a él. Cualquier cosa que podamos usar en nuestra ventaja.

—Vale, me pongo con ello. ¿Por qué creéis que no iría el último día del juicio? Es extraño, teniendo en cuenta que estuvo presente en todo momento durante el proceso antes de su conclusión.

—Podemos añadir eso a la lista de preguntas por resolver, sin duda —respondió Tamara, girándose hacia Janssen—. Me pregunto si Shaun Robinson le ocultó algo más cuando se reunió con él.

—Creo que sería buena idea echarles un vistazo a los negocios de Shaun antes del cambio de rumbo. Usted me dijo que Niall Bradshaw estaba convencido de que las protestas estaban surtiendo el efecto deseado. Quizá podríamos ver qué información tienen al respecto en el Registro Mercantil. Eso podría orientarnos.

—También tengo mucho interés en escuchar lo que Darren tenga que decir al respecto.

—Shaun tenía fotos de sus hijos en el escritorio mientras hablaba con él. Darren estuvo delante de mí todo el tiempo.

—Parece que Shaun es mejor jugador de póquer de lo que le atribuyó.

CAPÍTULO 26

Titchwell era uno de los muchos pueblecitos que salpicaban la carretera principal que recorría la costa del norte de Norfolk. Estando ya a tiro de piedra de la reserva natural que separaba el pueblo del mar, Janssen redujo la velocidad del coche. La propiedad que buscaban estaba apartada de la carretera principal y él no quería pasársela de largo.

—Ahí —indicó Tamara, señalando un desvío cuando se acercaron a él.

Era un carril estrecho y, nada más tomar la curva, pudieron ver la residencia un poco más adelante. Llegaron a una puerta de madera maciza, que estaba abierta, y entraron en el patio de grava que había frente a la casa principal. En otros tiempos, aquello habría sido una granja activa que gestionaba las tierras de cultivo circundantes. En la actualidad, la mayor parte de esas tierras se habían agrupado bajo el paraguas de organizaciones más grandes y muchos de los edificios dejaron de tener utilidad. Con el paso de los años, esos espacios se habían convertido en alojamientos residenciales y habían adquirido un nuevo impulso en la economía moderna. Por ejemplo, en el sector turístico. Pero aquel no era el caso.

Ese complejo de edificios de piedra estaba dispuesto en forma de U. La casa principal y los edificios anexos estaban situados en ambos extremos, cerrando el espacio hasta el límite del terreno. Janssen estaba seguro de que desde las ventanas superiores de la casa principal debía haber una vista excepcional del terreno pantanoso que formaba la reserva natural, con el mar al fondo. Había un Mercedes familiar estaba aparcado delante de la casa, con el maletero abierto. Al estacionar junto a él, vieron que había maletas

en el suelo esperando a ser dispuestas en el interior del coche. También observaron que la puerta principal de la casa estaba abierta de par en par. Salieron del coche y oyeron una voz que llamaba a alguien desde el interior de la casa.

—Tenemos que darnos prisa. El vuelo sale de Norwich a las seis.

—Ya casi estoy listo —respondió otra voz, más suave y que sonaba sumisa, deferente.

Una silueta apareció en el umbral de la puerta y se detuvo al verlos. Llevaba una bolsa de viaje en la mano derecha y, cuando Tamara sacó su placa, se sobresaltó, dio un paso atrás y se giró a medias. Janssen pensó que estaba a punto de salir corriendo, a juzgar por la expresión de asombro de su rostro. El pensamiento debió ser fugaz, porque se giró hacia ellos, inquieto. Tamara le mostró su identificación policial y los presentó a ambos.

—¿Darren Robinson? —preguntó la inspectora jefe.

El joven la miró con los ojos muy abiertos, dirigió una mirada furtiva a Janssen y luego miró hacia atrás, hacia el interior de la casa.

—Es una pregunta muy sencilla, Darren —dijo Janssen, acercándose a Tamara.

El joven asintió.

—Sí —respondió.

Janssen miró las maletas y la bolsa de viaje, y señaló las primeras.

—¿Va a algún sitio?

—Eh... —balbuceó el joven, desviando la mirada hacia las maletas.

—¿A algún sitio bonito? —insistió Janssen.

Se oyeron pasos sobre un suelo de baldosas, cada vez más rápidos según se iban acercando. Shaun Robinson salió al sol de la tarde unos instantes después, tratando de tomar el control de la situación.

—Inspectores... Ojalá hubieran llamado con antelación. Me temo que han elegido un momento terrible. Nos vamos a tomar unas breves vacaciones en familia, para prolongar un poco más el calor del verano —afirmó, dirigiendo sus comentarios a Janssen. Luego, miró a Tamara Greave con cierto nerviosismo.

—Es curioso que no me lo contara ayer, señor Robinson —respondió el inspector—. Sigo esperando a que me informe sobre la

búsqueda de su empleado. Aunque —añadió, señalando a Darren— creo que ya hemos encontrado la respuesta.

Shaun Robinson se rio con desdén.

—No creo que se esté refiriendo a mi hijo, ¿verdad? Darren solo estuvo con nosotros para adquirir experiencia laboral. No podría decirse estrictamente que fuera un empleado que...

—Puede discutir los detalles semánticos todo lo que quiera, señor Robinson. Mientras tanto, nos gustaría hablar con su hijo sobre algunas cosas.

Shaun lo fulminó con la mirada.

—Voy a llamar a mi abogado.

Shaun metió la mano en el bolsillo y sacó su móvil.

—Haga lo que quiera —le dijo Tamara—. Mientras hace esa llamada, un grupo de agentes uniformados van a registrar su casa.

Shaun dejó de buscar entre sus contactos y se quedó mirándola con el dedo suspendido sobre la pantalla.

—¿Qué?! ¿Por qué...? ¿Por qué iban a hacer eso?

Janssen dio un paso adelante, desplegó la orden de registro que habían traído consigo y se la entregó.

—Esto nos autoriza a registrar su casa y desmontarla ladrillo a ladrillo en busca de pruebas.

—¿Qué... demonios esperan encontrar? —protestó Shaun.

Tamara sacó una copia de las fotos halladas entre las pertenencias de Sophie Maddox. La levantó frente a Darren y señaló las imágenes.

—Quizá le gustaría charlar con nosotros sobre su relación con Sophie, Darren. Este es usted, ¿verdad? —Darren contempló las imágenes y luego miró a su padre, buscando orientación o permiso, Janssen no sabía muy bien cuál de las dos cosas. Al inspector le daba la sensación de que el joven estaba a punto de llorar. Volviéndose hacia Shaun, continuó hablando—: Obviamente, la decisión es suya. Podemos proceder como usted prefiera. Depende de lo que tenga que ocultar.

Shaun bajó el móvil, colocando el brazo a un lado de su cuerpo.

—No tenemos nada que ocultar, ¿verdad, Darren?

Se trataba de una pregunta retórica. Su hijo negó con la cabeza.

Estaba asustado. Estaba escrito en su cara.

—Quizá quiera cancelar ese vuelo —le dijo Tamara—. Creo que por el momento tendrá otros asuntos que atender.

—Deberíamos entrar —respondió Shaun, que dio un paso adelante y bajó el portón del maletero del Mercedes. Puso una mano sobre el hombro de Darren y lo llevó de vuelta al interior de la casa.

Darren dejó la bolsa de viaje sobre una silla del vestíbulo. Janssen se puso al lado de Tamara y ambos se comunicaron en silencio mientras Shaun los conducía hasta un espacio amplio y abierto que integraba cocina y comedor.

—¿Se unirán a nosotros su esposa y su hija? —preguntó Janssen.

Shaun miró más allá del inspector, a través de la ventana, hacia el jardín impecablemente cuidado que se extendía más allá de la misma.

—No... Ella ha salido esta noche y nuestra hija ya no vive con nosotros.

—Entonces, ¿solo se iban ustedes dos a esa escapada familiar? —Shaun no respondió. Les ofreció asiento junto a una amplia mesa de comedor que estaba situada junto a una pared acristalada que daba al jardín—. Supongo que no tiene sentido que le pida ver su pasaporte.

—Hagan sus preguntas —dijo Shaun apretando los dientes—. Y luego pueden marcharse.

—Creo que eso lo decidiremos nosotros, señor Robinson —le advirtió Tamara. Era evidente que Shaun no estaba acostumbrado a que le hablaran de forma condescendiente. Se tensó, pero no puso más objeciones. Tamara deslizó la tira del fotomatón sobre la mesa hasta ponerla frente a Darren y dio golpecitos con el dedo sobre la misma—. ¿Cuánto tiempo estuvieron juntos Sophie y usted?

Darren miró fijamente las fotos, con una expresión que aunaba concentración y emoción contenida. Janssen percibió que tenía la respiración rápida e incontrolada. El joven apartó la vista de las fotos y miró a su padre, quien asintió con la cabeza. Era un gesto que transmitía ánimo.

—No mucho. Seis meses..., quizá siete.

Lo dijo con un tono de voz suave, tranquilo y apenas audible.

—¿Estaban juntos cuando ella desapareció? —preguntó Tamara. Darren la miró a los ojos, con una mueca involuntaria en la comisura de los labios.

—Yo... no sabía que había desaparecido —respondió, mirando a los dos detectives con la expresión de un niño de diez años asustado—. O sea, sé que hace tiempo que no anda por aquí...

—*Seis años*, Darren —afirmó Janssen con firmeza—. ¿A dónde cree que se fue?

—¡Oigan, no sé qué están queriendo implicar con...! —interrumpió Shaun.

Tamara sofocó inmediatamente su arrebató.

—Va a depender de usted, señor Robinson. Podemos discutir esto aquí o llevarnos a su hijo a la comisaría. Si vuelve a interrumpirnos, arrestaré a Darren y lo grabaremos todo. —Shaun se tensó, pero apartó la mirada. Tamara lo interpretó como una señal de conformidad y se giró hacia Darren—. ¿A dónde cree que se fue?

El joven negó con la cabeza, mirando la superficie de la mesa.

—No lo sé —respondió en un susurro apenas audible.

—Vamos, chico —protestó Janssen—. Va a tener que esforzarse mucho más que eso.

—¡Es verdad! No lo sé, de verdad que no lo sé —protestó—. Si conocieran a Sophie, si supieran cómo era, lo entenderían.

Por fin, Janssen pudo ver algo de vivacidad en él.

—Pues cuéntenoslo —replicó Tamara, adoptando un tono más suave y alentador.

—No se parecía a nadie que hubiera conocido en mi vida... ¡Ni antes ni después! —afirmó Darren, mirando a Tamara. Janssen pudo ver cómo se le llenaban los ojos de lágrimas—. Era muy enérgica, estaba llenísima de vida. Nada iba a detenerla.

—¿Detenerla de hacer qué?

—Cualquier cosa que se propusiera. Así era ella. Tenía que experimentar y explorar el mundo. Le daban igual los exámenes, las carreras.... todas esas otras cosas. —Hizo un gesto de desdén con la mano—. Sophie se centraba en vivir experiencias. Supongo que... me atrajo porque era lo contrario de todo lo que me habían enseñado —explicó, mirando un instante a su padre—. Todo lo

contrario a las cosas en las que yo creía. Era maravillosa.

—Pequeña golfa...

Todas las miradas se volvieron hacia Shaun, que permanecía sentado con los brazos cruzados por delante del cuerpo y una mueca de desprecio en el rostro.

—Asumo que usted desaprobaba la relación, ¿correcto? —preguntó Janssen.

—La habría desaprobado —respondió Shaun acaloradamente— si hubiera sabido de su existencia. Puedes aspirar a alguien mejor que ella, hijo.

—¿Qué sabrás tú, papá? —replicó Darren. Shaun se mostró desconcertado y perplejo ante esa afirmación. Janssen se preguntó para sí mismo con qué frecuencia, si es que sucedía alguna vez, su hijo se dirigía a él en ese tono. Se imaginó que nunca. Darren continuó, imperturbable—: Nos vimos mucho durante aquel otoño e invierno. Fue algo muy especial. —Miró a su padre, y, mientras hablaba, la comisura de los labios se le curvó ligeramente—. Ella era muy especial.

—¿Usted la conocía? —le preguntó Tamara a Shaun.

Él se encogió de hombros.

—Solo sabía que formaba parte del grupo de manifestantes estúpidos que siempre estaban en la puerta de la empresa.

—Debió conocerla algo más que eso —replicó Tamara. Tenía razón. Debía saber su nombre y algo más de su pasado para haber hecho un comentario tan despectivo como el que había hecho.

—Bueno, en parte, gracias a la seguridad adicional que les expliqué ayer —añadió, dirigiéndose a Janssen—. Tuve que tomar medidas por mi cuenta cuando empezaron a tener como objetivo las casas de los empleados.

—¿Investigadores privados? —preguntó el inspector.

—Sí. Contratamos a un par de ellos para que investigaran y averiguaran a qué nos estábamos enfrentando.

—¿Y a qué se estaban enfrentando? —insistió Tamara.

—Principalmente, a activistas ecológicos de clase media. Junto con unos cuantos alborotadores que solo buscaban causar problemas.

—¿Consideraba a Sophie una de ellos? —preguntó Janssen.

Shaun se encogió de hombros de nuevo y apartó la mirada. Tamara volvió a centrar su atención en Darren.

—¿Qué pasó entre ustedes? ¿La relación llegó a su fin?

—Nunca lo supe —dijo Darren, que sonaba abatido—. Pensé que tal vez se había aburrido de mí y había pasado página, o...

—¿O qué? —preguntó Tamara, bajando la cabeza para obligarlo a mirarla a los ojos.

—O que tal vez ya no le sirviera de nada —añadió Darren, arqueando las cejas. Ahora sí que estaban logrando progresos.

—¿Les proporcionó usted información a ella y a sus compañeros involucrados en las protestas? —preguntó Tamara. Darren miró a su padre, que lo observaba con expresión impasible—. Olvide lo que le pueda decir su padre, Darren. —El joven volvió a mirarla, mordiendo el labio inferior—. Sabemos que había alguien desde dentro proporcionando información sobre las prácticas de la empresa, datos financieros y posiblemente también detalles de seguridad. Hasta ahora, no habíamos encontrado ninguna conexión entre los que protestaban en el exterior y la empresa. Ahora lo tenemos a usted, así que, por favor, no nos haga perder el tiempo. ¡Han pasado seis años!

—¡De acuerdo! Sí, le conté a Sophie... algunas cosas. Nada sobre personas concretas, dónde vivían ni nada por el estilo, lo juro.

—Pero ¿les proporcionó información sobre la estabilidad de la empresa de su padre, sobre cómo le iba ante aquella situación de vigilancia permanente? —preguntó Janssen.

La mirada de Darren se posó una vez más en la mesa; el joven terminó haciendo un ligero gesto de asentimiento. Janssen miró a Shaun, cuya expresión permaneció inalterable. Aquello no era ninguna novedad para él.

—¿Cuándo fue la última vez que vio o tuvo contacto con Sophie? —preguntó Tamara.

Darren frunció el ceño mientras pensaba.

—Quizá unas semanas antes del incendio... Pero puede que fuera algo más. Como les he dicho, ella no quería pasar mucho tiempo conmigo. Todo se había desinflado durante las navidades anteriores. La vi unas cuantas veces en enero y febrero, pero fue muy

esporádico. Tuve que insistirle para que me dedicara algo de tiempo, y a ella eso no le gustaba mucho.

—¿Sabía de su relación con River Malloy? —preguntó la inspectora jefe. Shaun dejó escapar un resoplido desdeñoso y enseguida levantó la mano en señal de disculpa, aunque no parecía un gesto sincero. Darren asintió con los labios fruncidos—. ¿Le molestó eso?

—Mentiría si dijera que no. Como les acabo de explicar, Sophie quería experimentar todo lo que la vida pudiera ofrecerle. Yo tenía la esperanza, como un idiota, de que quizá conmigo fuera diferente, que yo fuera realmente importante para ella.

—¿Esperaba poder permanecer en su vida? —sugirió Tamara. Darren asintió—. Cuéntenos, ¿por qué asistió al juicio por incendio premeditado? Estuvo allí todos los días, ¿verdad? —El joven la miró entrecerrando los ojos. Janssen pensó que tal vez estuviera considerando la posibilidad de negar aquello. Pero al final terminó esbozando una sonrisa débil—. ¿Por qué estuvo allí?

—Pensé que, tal vez, tuviera la oportunidad de ver a Sophie si iba al juicio, o de averiguar qué le había pasado, a dónde había ido.

—Pero el último día no acudió. ¿Por qué?

—Nadie dijo nada de Sophie en ningún momento, su nombre no salió a la palestra. No vi por qué eso iba a cambiar el último día.

—¿Qué cree que le ocurrió?

—No lo sé. *Ojalá lo supiera. Yo no sabía si, tal vez, podría ser ella la que... ya saben, la del incendio.*

Pronunció las últimas palabras de esa frase en voz baja, como si no se atreviera a decirlas.

—¿Cree que podría ser ella la que murió entre las llamas? —preguntó Tamara. El chico se encogió de hombros—. *Es algo cuando menos plausible, así que ¿por qué no acudió entonces a nosotros, a la policía? Sophie desapareció y usted lo dejó estar. ¿Por qué?*

Darren miró a su padre, que lo observaba. Quedó entre ellos algo en el aire sin decir, algo solo comprensible para padre e hijo.

—No lo sé. *Creo que tenía miedo de que mi padre se enterara de lo nuestro, de lo mío con Sophie. Además, a nadie más parecía importarle que se hubiera largado. No creo que les importara lo más mínimo. Me acerqué a River y a algunos de los otros del*

campamento, pero... no quisieron saber nada de mí. La mayoría sabían que yo era el hijo del dueño y no se fiaban de mí. No sabían que los había estado ayudando todo aquel tiempo.

—¿Cómo se sintió usted —le preguntó Tamara a Shaun, girándose hacia él— cuando descubrió lo que había estado haciendo su hijo? Porque usted lo sabía. Esa es una de las razones por las que nos ha estado dando largas.

—Pues... descontento, por decirlo suavemente —afirmó Shaun. Si se había enfadado por aquello, lo tenía que haber dejado ya atrás, puesto que, en aquel momento, podía hablar de ello con calma—. Pero Darren era joven, idealista... y estaba pensando con la... Bueno, en fin, todos hacemos cosas por amor de las que luego nos arrepentimos, ¿no? Lo di por zanjado. De hecho, las acciones de Darren me ayudaron a replantearme lo que era importante en mi vida. Él me ayudó a ver lo que había que cambiar. En todo caso, estoy en deuda con él por lo que hizo en aquel momento, aunque fuera sin darse cuenta. Después del incendio, decidí llevar el negocio por otro camino, construir algo de lo que mi familia pudiera estar orgullosa en lugar de intentar ocultarlo.

—¿Y, aun así, decidió ocultar que su hijo estuvo involucrado? —preguntó Janssen.

—¿Qué habría hecho usted, inspector? Ya sabe cómo funciona la prensa en este país. Cualquier vínculo entre mi hijo y esos manifestantes habría sido dinamita para la prensa. Su reputación habría quedado arruinada y el nombre de nuestra familia, manchado, y todo por un encaprichamiento infantil con una zorra cualquiera.

Darren se levantó y su silla chirrió al rozar las baldosas. Miró con rabia a su padre y salió furioso de la habitación. Janssen hizo ademán de seguirlo, pero Tamara le indicó con la mirada que lo dejara ir. En vez de eso, la inspectora jefe miró a Shaun.

—Espero que cancele ese pequeño viaje que había organizado para su hijo —le dijo. Shaun la miró a los ojos y asintió—. ¿Sabe?, debería haber comunicado la involucración de Darren a los agentes encargados del caso, para que pudieran haberlo investigado de forma adecuada en su momento. Es muy posible que su hijo fuera

cómplice de un hecho que condujo a un homicidio involuntario. Esa es la razón por la que usted decidió mantenerlo en secreto, ¿verdad?

CAPÍTULO 27

—¡Cómo se atreve! —protestó Shaun, levantándose de la silla—. No intente adivinar mis motivos, porque no tiene ni idea.

—En cualquier caso, tendremos que investigar todo esto, independientemente del tiempo que haya pasado desde el juicio. Y también sus intentos de impedir que salga a la luz. Me atrevo a decir que usted también podría enfrentarse a cargos por obstrucción a la justicia.

—Ahora está siendo ridícula —afirmó Shaun—. Haga lo que tenga que hacer. Mis abogados se lo van a pasar en grande con usted, estoy seguro.

Tamara le sostuvo la mirada.

—Si yo fuera usted, haría esa llamada ahora mismo. Le garantizo que estarán encantados de quedarse con su dinero a cambio de sus tan necesarios servicios.

Con un movimiento de cabeza, animó a Janssen a que la acompañara y se dispusieron a marcharse.

—Ya salimos nosotros solos —le dijo Janssen con una sonrisa en el rostro.

Shaun se sentó de nuevo junto a la mesa, moviendo la cabeza de un lado a otro, con las manos entrelazadas por delante del cuerpo. No levantó la vista ni pronunció una sola palabra más.

Cuando salieron de la casa, vieron a Darren apoyado contra el coche de la familia. Tenía las manos metidas en los bolsillos del pantalón y los miró de reojo mientras se acercaban.

—De verdad hace que me cabree mucho cuando habla así de la gente.

El estallido de furia parecía haberse calmado.

—¿Se refiere a Sophie? —le preguntó Janssen.

—Y también de otros. De cualquiera a quien no valore, a quien no considere digno de él o del mundo en general. ¡Es que ni siquiera la conocía!

—A Sophie y a su padre los separaba un abismo, es cierto —dijo Janssen—, en cuanto a su origen y también en relación con su visión del mundo. Podría decirse que ambos son el resultado de sus experiencias vitales.

Darren se rio. Dio la sensación de ser un sonido amargo.

—Sí. Pero ¿no lo somos todos?

Tamara metió la mano en su bolso y sacó algo. Llamó la atención de Darren y sacó las otras fotos que había encontrado entre las pertenencias de Sophie.

—Sophie guardaba estas imágenes junto con las del fotomatón de ustedes dos. Y no guardaba muchas cosas. Sospecho que significaban mucho para ella. ¿Qué le parecen? —Se las ofreció y Darren las cogió a regañadientes. Janssen se preguntó si estar tan cerca de algo tan importante para ella sería cualquier cosa menos reconfortante para el chico. Darren pasó por alto las fotos que mostraban a los padres de Sophie y se detuvo en la que había sido tomada durante una fiesta—. ¿Las había visto antes? —le preguntó Tamara. Él no respondió, manteniendo su atención en la imagen que tenía delante—. ¿Darren?

—Lo siento... ¿Qué ha dicho? —murmuró, mirándola con la boca abierta.

—¿Reconoce estas fotos?

—No... No, no las reconozco... Lo siento —dijo finalmente, negando con la cabeza. Se las devolvió y se alejó un paso del coche.

—¿Y estas? —sugirió Tamara, pasándole las imágenes de las joyas que se habían encontrado en las dunas—. Las hallamos en posesión de una víctima de asesinato a la que hemos descubierta enterrada en...

—Sé dónde las han encontrado. Mi padre me ha contado cómo ha sucedido todo esto —la interrumpió Darren—. Además, tendría que haber estado viviendo debajo de una roca para no haber oído hablar de ello.

La reacción ante las imágenes fue inmediata e intensa. Ninguno de los dos necesitó confirmación verbal. El dedo índice de Darren recorrió despacio el contorno del collar y se detuvo cuando llegó al colgante. Se le llenaron los ojos de lágrimas y Janssen pensó que estaba a punto de derrumbarse. El momento pasó y Darren levantó la cabeza para mirar a Tamara.

—Eran suyos, ¿verdad? —preguntó la inspectora jefe.

A Darren le temblaba el labio mientras hablaba y le devolvía las fotos:

—El collar era de Sophie... sin duda alguna.

—¿Está seguro? —volvió a preguntar Tamara.

—Fue un regalo. Creo que de Navidad. Al menos, fue por esa época cuando empezó a llevarlo puesto, nunca salía sin él. Estoy seguro.

El joven estaba abatido, con los hombros caídos. De repente, parecía absolutamente fatigado. Incluso sin escuchar las palabras por parte de ninguno de los agentes, le resultó obvio lo que significaba aquella confirmación.

—Tendremos que volver a hablar con usted —le dijo Tamara.

Darren asintió.

Janssen pulsó un botón de la llave del coche y este se desbloqueó. Abrió la puerta del conductor. Darren lo miró a los ojos y el inspector le devolvió la mirada por encima del coche mientras Tamara se subía al mismo por su lado.

—Yo la quería, ¿sabe? A Sophie. Todavía la echo de menos, incluso ahora.

—Lo sé —respondió Janssen, subiendo al coche. Cerró la puerta y le sonrió a Tamara.

Ella arqueó las cejas, en un gesto que transmitía curiosidad.

—¿Cree que la quería lo suficiente como para matarla?

Janssen infló las mejillas mientras arrancaba y miraba hacia atrás para ver a Darren, que seguía allí de pie, observándolos mientras se marchaban.

—¿Qué es lo que ha dicho Shaun antes? «Todos hacemos cosas por amor de las que luego nos arrepentimos».

—Es cierto —asintió Tamara con una sonrisa triste mientras se alejaban—, pero yo nunca he estado cerca de matar a nadie.

—Solo hace falta un segundo... y todo cambia —respondió Janssen, observando por el espejo retrovisor la silueta de Darren Robinson, que volvía a entrar en la casa.

El móvil de Tamara sonó y la inspectora jefe respondió de inmediato al ver que era Eric Collet. Puso la llamada en manos libres para que Janssen también pudiera oírla.

—Dígame, Eric.

—Acabo de recibir una llamada interesante. Robert Beaufort, ¿se acuerda de él?

—No, no lo recuerdo —respondió Tamara, mirando a Janssen. El inspector se encogió de hombros—. ¿Debería?

—Dice que habló con usted ayer, poco después de que visitarais a Conn.

—¡Ah! ¿El vecino? Sí, claro. Creo que no apunté su nombre. ¿Por qué ha llamado a la comisaría?

—Esa es la cuestión —explicó Eric—. Ha intentado llamarla directamente a usted, pero me ha dicho que ha sido incapaz de comunicarse.

—Tenía el teléfono en silencio. Estábamos hablando con Shaun Robinson y el misterioso Darren.

—Claro.

—Eric, ¿qué quería ese hombre?

A Janssen le pareció que su compañera estaba un poco irritada, aunque él nunca lo diría en voz alta. Eric podía causar ese efecto.

—Ah, sí. Me ha comentado que usted le había dicho que llamara si alguna vez se sentía alarmado por algo.

—Fue una decisión espontánea. Pero no pensé que fuera a sentir la necesidad de llamarme. No ha tardado mucho tiempo en hacer uso de mi cortesía.

—Me ha dicho que anoche se oyeron unos ruidos extraños en la casa de al lado. Son sus palabras, no las mías —aclaró Eric.

—Nos dio la impresión de que Conn era un poco noctámbulo —dijo Janssen.

—Beaufort me ha mencionado eso, pero me ha dicho que esta vez ha sido muy diferente a lo que suelen oír. Dice que pensó en llamarnos anoche, pero ya eran más de las doce.

—Me alegro de que no lo hiciera. Eso me enseñará a no dar tan rápido las tarjetas de contacto —dijo Tamara, moviendo la cabeza de lado a lado. Janssen contuvo una risa—. ¿Qué espera ese hombre que hagamos, Eric?

—Bueno, le he dicho que usted lo investigaría.

—Me parece bien. ¿Puede encargarse de que se pase por allí una unidad? —le pidió Tamara, desviando la mirada hacia el exterior del coche.

—¡Ah! Bueno... —balbuceó Eric.

Había algo que se resistía a decir. Era obvio para los dos que estaban en el coche, que se intercambiaron miradas.

—Eric, ¿qué le ha dicho a ese hombre?

—La ha pedido específicamente a usted.

—¿Eric?

—Me ha asegurado que usted le dijo que volvería si fuera necesario.

—Me refería a nosotros... A la policía. No a mí personalmente.

—Ah..., comprendo.

—¿Le ha pedido su número de teléfono?

—Eh...

Tamara exhaló un suspiro de frustración.

—Nosotros nos encargamos, Eric —dijo, mirando a Janssen—. Nos pasamos por allí y, si es una pérdida de tiempo, le daré a ese hombre un buen toque de atención. Mientras tanto, parece muy probable que Sophie Maddox sea nuestra víctima de asesinato. Céntrese en reconstruir su cronología específica.

—Eso no llevará mucho tiempo —replicó Eric. Tenía razón. Sabían muy poco sobre los movimientos de la adolescente desaparecida, ya que su caso se había tratado como una fuga.

—Tenía una relación con River Malloy y también con Darren Robinson. Eso nos proporciona una base por la que comenzar. Empiece a cruzar toda la información posible de la que dispongamos entre los tres. Nunca se sabe, quizá ahora las cosas empiecen a tener más sentido. Darren también nos ha confirmado que él era el informante que proporcionaba datos financieros de la empresa a los activistas y que utilizaba a Sophie como intermediaria. Debemos

considerar creíbles los comentarios de Niall Bradshaw sobre la grave situación en la que se encontraba la empresa.

—Me pondré en contacto con el Registro Mercantil y veré a dónde nos lleva.

—Bien. Volveremos a comisaría tras pasar por Docking —le dijo Tamara—. Y, ¿Eric?

—Sí, señora... Digo, Tamara.

—Hoy puede llamarme señora, Eric. Cuando volvamos, más le vale que me impresione.

La inspectora jefe colgó antes de que el oficial pudiera decir nada. Janssen redujo la velocidad del coche, se metió en el carril contrario, dio la vuelta y aceleró de nuevo en la misma dirección de la que venían.

—Docking no nos queda muy lejos —dijo Janssen, con una sonrisa en la cara—. Es joven. Aprenderá.

—Aprenderá rápido ahora que estoy aquí.

Había algo en su manera de hablar, algo implícito. El inspector consideró la posibilidad de preguntarle al respecto, pero decidió no hacerlo. Si había algo que él debiera saber, ella se lo diría cuando fuera el momento adecuado. Tamara no era alguien que se mordiera la lengua con él, a menos que tuviera una buena razón para ello. La inspectora jefe debió sentir la mirada de Janssen sobre ella y se giró, como para evaluar la expresión de su rostro.

—¿Qué ocurre?

—Nada —dijo el inspector, con la esperanza de que ella no insistiera. Por suerte, eso fue lo que hizo—. ¿Qué habrá estado haciendo Conn para asustar al vecino?

—Más vale que merezca la pena ir hasta allí. No quiero que nos veamos involucrados en una riña permanente entre vecinos.

En cuestión de quince minutos, ya estaban en las proximidades de Docking. Al llegar a las afueras, giraron hacia el sur, tomaron el carril estrecho que conducía a unas propiedades adosadas aisladas y se detuvieron frente a una de ellas. Nada había cambiado desde su

última visita, tal y como esperaba Janssen. Era un asunto que debía resolver Tamara, así que dejó que fuera ella quien tomara la iniciativa. Se dispusieron a ir a la casa del vecino de Conn y, apenas habían comenzado a recorrer el camino de entrada de dicha vivienda, vieron aparecer al hombre junto a la puerta de la misma. Parecía bastante agitado. El tipo permaneció indeciso en el umbral, reacio a salir de la casa, con una mano apoyada en el marco y la otra sobre su bastón. Le temblaba el brazo. Su aspecto general era algo desaliñado. Janssen apagó el motor del coche y se bajó del mismo al intuir que algo iba realmente mal.

—¿Señor Beaufort? —dijo Tamara, con tono preocupado—. ¿Va todo bien?

—Es en la casa del vecino... No sé qué ha pasado ahí —dijo el anciano con voz temblorosa. Estaba agitado—. Anoche ocurrió algo muy extraño.

—¿Puede describírmelo?

—Empezó alrededor de las once, nada fuera de lo normal... con sus cánticos. Sucede con frecuencia, es muy extraño. Luego todo se quedó en silencio y le dije a mi mujer que esta vez había sido maravilloso porque había parado temprano, que no es lo normal. Estábamos ya en la cama y... —Beaufort miró a su derecha, como si pudiera ver a través del muro compartido y hacia el interior de la casa de al lado—. Entonces se oyeron voces, no solo la suya. Había alguien más allí dentro. Me pareció que estaban discutiendo. Tampoco es que estuviéramos escuchando. Al menos, no intencionadamente.

—¿Discutiendo sobre qué, lo sabe?

Beaufort negó con la cabeza.

—Continuaron un rato y luego los gritos parecieron cesar, pero empezaron a escucharse otros ruidos. Golpes y porrazos, y luego silencio. Escuché un portazo, como si hubieran cerrado la puerta con tanta fuerza que hubiera rebotado contra el marco. Para entonces yo ya estaba junto a la ventana que da a la calle, tratando de ver qué ocurría. Solo por curiosidad, ¿entiende?

—¿Y qué vio?

—En realidad, nada —respondió, encogiéndose de hombros—.

Estaba muy oscuro. Oí pasos en el camino de entrada... Quienquiera que fuera, se movía con rapidez. Me pareció ver a alguien corriendo por el carril. En esa dirección —dijo, señalando el camino por el que se habían adentrado en la propiedad.

—¿Podría describirlo?

—No, no creo. Como le he dicho, estaba oscuro... Apenas distinguí una silueta, y, además, mi vista ya no es lo que era. Creo que llevaba puesta una sudadera con capucha oscura o un abrigo. En cualquier caso, no logré distinguir ningún rasgo.

—¿Y algún vehículo, quizá unos faros alejándose poco después?

—No, lo siento —confirmó—. Los sonidos que siguieron hicieron que todo fuera muy extraño. Había un silencio inquietante... No puedo explicarlo mejor que eso. Aquí no suele ser así. Siempre se oye algo, si no es al vecino, es el viento o las gaviotas. Siempre hay algo. Pero anoche no. La cosa más rara del mundo.

—¿Se atrevió a salir?

El hombre negó con la cabeza enfáticamente.

—Maureen me dijo que no lo hiciera. Tampoco es que fuera a hacerlo. Esta mañana he echado un vistazo por encima de la valla, pero no estaba dispuesto a ir más allá de eso. Ese es su trabajo, no el mío.

—De acuerdo —dijo Tamara, mirando a Janssen—. Vamos a echar un vistazo. ¿Ha visto algún movimiento hoy? —Una vez más, Beaufort negó con la cabeza—. Muy bien. Déjenoslo a nosotros.

El hombre cerró la puerta antes incluso de que a Tamara le hubiera dado tiempo a reunirse con Janssen en el camino. Juntos, se dirigieron a la casa de al lado.

CAPÍTULO 28

Janssen se puso al lado de Tamara mientras ambos caminaban en dirección a la entrada de la casa de Conn. Su Volkswagen Golf viejo y destartado seguía aparcado delante del garaje, en el mismo sitio que el día anterior. La hierba que había detrás de las ruedas sobresalía varios centímetros del suelo. El coche llevaba varios días sin moverse de ese sitio. Como el día anterior, las cortinas de la casa estaban corridas. La puerta trasera estaba entreabierta, balanceándose lentamente sobre sus bisagras por el empuje del viento. Tamara levantó la mano para llamar a la puerta, pero se detuvo, porque algo que había en el marco le llamó la atención. Se lo señaló a Janssen y lo inspeccionó más de cerca. Se podía ver una mancha oscura sobre el marco, como si algo hubiera pasado junto a él a gran velocidad y lo hubiera rozado. Por experiencia, la inspectora jefe sabía que era sangre seca.

Janssen hizo un gesto de asentimiento con la cabeza para indicarle que entraran en silencio. Tamara empujó la puerta con el pie para abrirla. La presión que el movimiento ejerció sobre las bisagras provocó que crujieran, y el sonido se propagó. De nuevo, había moscas acumulándose por toda la cocina. El lugar olía peor que el día anterior, a pesar de que Tamara creía que eso no era posible. Esperaron un momento en la cocina, escuchando atentamente por si el ocupante daba alguna señal de haber sentido su entrada en la casa. Pero no se produjo respuesta alguna. Avanzaron hacia la sala de estar y la encontraron vacía. El tictac del reloj sonaba como un estruendo en el silencio de la estancia. Había una caída de lado en el suelo, junto al sofá. Tamara se arrodilló y tocó la alfombra. Estaba húmeda al tacto. Miró a Janssen a los ojos, y el inspector le señaló

la puerta de la esquina con un movimiento de la cabeza. Ella asintió.

La puerta estaba cerrada y Janssen la abrió con cuidado con la punta de los dedos, para no destruir ninguna posible prueba. Era evidente que había llegado a la misma conclusión que su compañera. Algo extraño había sucedido allí y Tamara se sentía más inquieta con cada paso que daba. La puerta daba a un pasillo estrecho que conducía hasta la puerta principal de la casa y a un recibidor que quedaba a la derecha de los agentes. Las escaleras subían a su izquierda. Una montaña de bolsas y demás trastos bloqueaba el paso hacia la puerta principal. A juzgar por el estado en el que esta se encontraba desde el exterior, Tamara dudaba que se pudiera abrir. La ventana pequeña situada en la parte superior de la puerta, la única fuente de luz natural del vestíbulo, dejaba entrar muy poca claridad.

La puerta del recibidor estaba entreabierta, no completamente cerrada. Un olor extraño pero familiar llegó hasta ellos. Intercambiaron una mirada cómplice. Tamara se pasó la lengua por el interior de la mejilla, se armó de valor y abrió la puerta con cuidado. Hizo un ruido chirriante al moverse. El interior estaba envuelto en una oscuridad total y no podían distinguir ningún detalle. Una gran cantidad de moscas revoloteaban por la estancia, muchas más de las normales incluso en un lugar tan rural como aquel. El aire estaba viciado y el olor a muerte lo invadía todo. La inspectora jefe se cubrió la boca y la nariz con una mano, sacó el móvil y encendió la linterna. Al examinar la habitación, se encontraron con una escena macabra.

Un cuerpo yacía en el suelo, recostado sobre el lado izquierdo, con la cara girada en dirección opuesta a ellos. Tamara no necesitó acercarse más para saber que se trataba de Conn. Era fácil identificar como suya la masa de pelo enmarañado y ensangrentado. Seguía llevando puesta la misma ropa que en la visita que le hicieron el día anterior. Yacía sobre el brazo izquierdo; el derecho estaba completamente extendido sobre el suelo. Estaba tumbado sobre algo que daba la sensación de ser una alfombra, pero que no se parecía a ninguna otra que Tamara hubiera visto en su vida, con un extraño acabado decorativo que no conseguía distinguir bien. Se había

formado un charco de sangre bajo el cuerpo que se extendía y se filtraba en las fibras de la alfombra, manchándola profundamente. Janssen pasó junto a la inspectora jefe y se acercó al cuerpo inmóvil de Conn. Se acuclilló, se inclinó sobre el cuerpo y le palpó el cuello con suavidad, buscando el pulso. Una breve negación de cabeza confirmó que ya estaba muerto.

—Está frío al tacto —afirmó Janssen—. Lleva muerto bastante tiempo.

Tamara cruzó la estancia para dirigirse a la ventana delantera, cuyas cortinas opacas impedían que la luz natural penetrara en el interior. Corrió una de ellas y se levantó una gran nube de polvo y partículas en el aire, visibles gracias a la luz solar que ahora entraba a raudales. Con la ayuda de esa luz, la inspectora jefe contó hasta cinco velas en el suelo que no había visto antes. Cosa comprensible, porque eran negras. Ahora podía ver bien el patrón decorativo de la alfombra. En lugar de estar tejido en la tela casi negra, el patrón parecía haber sido dibujado a mano, ya fuera con tiza blanca o tal vez con un rotulador líquido. Tamara no podía asegurarlo, pero el resultado parecía un boceto rudimentario. Las líneas blancas se entrelazaban entre sí trazando formas geométricas. Llegó a la conclusión de que el patrón dominante en el centro era un pentagrama o, posiblemente, un hexagrama. En el centro parecía como si dos ojos la miraran fijamente. La parte inferior de un rostro muy anguloso desaparecía bajo el abdomen de Conn. Tres de las velas parecían estar colocadas de manera estratégica en los vértices de triángulos específicos. Otras dos velas se habían caído, una a cada lado del cuerpo de Conn. Al observarlas más de cerca, comprobó que las tres velas que seguían en pie habían terminado por apagarse, posiblemente debido a que la cera derretida había cubierto la mecha y apagado la llama. Había cera acumulada en el suelo junto a las velas caídas. Se había endurecido y fundido con la tela sobre la que estaban colocadas.

—Han debido caerse sin intención, ya sea durante una pelea o cuando Conn cayó al suelo —teorizó Tamara en voz alta. Janssen asintió—. Una suerte que este lugar no se incendiara anoche.

Se podían ver salpicaduras de sangre en forma de arco en la pared

que la inspectora jefe tenía detrás. Por el ángulo de la trayectoria de esas manchas, concluyó que Conn debía haber recibido múltiples golpes, porque la sangre caía en varias direcciones diferentes. Desde su posición, todavía agachado, Janssen señaló hacia arriba. Tamara inclinó la cabeza hacia el techo. Allí también se podían observar manchas de sangre.

—No veo ningún indicio de que forzaran la entrada —dijo Janssen. Tamara volvió a bajar la mirada hacia Conn. Estaba de acuerdo con esa valoración—. Eso significa que conocía a su atacante.

—O quizá estuviera esperando a alguien —sugirió la inspectora jefe. Janssen se levantó y cruzó el recibidor. Tras inspeccionar lo que encontró encima de un pequeño aparador y una mesita auxiliar, la llamó.

Sobre la mesa había un saquito de tabaco y un librito de papel de fumar al que le faltaban algunos trozos de la pestaña de cartón. También había en el suelo una bolsa de plástico grande con cierre hermético que contenía una cantidad significativa de lo que obviamente era cannabis; a su lado, un mechero y un cenicero volcado. Tamara se agachó para observar las colillas esparcidas por la alfombra. Estaban liadas a mano, y sus boquillas de cartón estaban hechas a mano también. Todo ello recordaba a la parafernalia que rodea el consumo recreativo de drogas.

—Esto es mucho más de lo que se puede justificar para consumo propio —dijo Tamara, señalando la bolsa.

Janssen, tras ponerse unos guantes de látex, se arrodilló para abrir el aparador. Dentro encontró una balanza digital y una caja que contenía bolsas de plástico más pequeñas. En vez de tocar lo que había encontrado, llamó la atención de la inspectora jefe.

—Creo que podemos afirmar con seguridad que Conn traficaba, ¿no?

—Si se ha tratado de una disputa por algo que tenga que ver con tráfico de drogas, ¿por qué el asesino no se las ha llevado? —preguntó Tamara, señalando la bolsa en el suelo. Fácilmente podría estar valorada en varios cientos de libras—. Si traficaba, me atrevo a decir que por alguna parte tendrá que haber escondido mucho más material que este.

—Quizá el asesino se diera cuenta de lo que había hecho y entrara en pánico. Por lo que nos ha dicho el vecino, la persona que se marchó de aquí anoche lo hizo con mucha prisa.

—Aunque tuvo suficiente sentido común como para cubrirse la cara con una capucha —dijo ella en voz baja—. Dudo que el asesino viniera andando hasta aquí, estando esto tan lejos de todo. Supongo que es posible que aparcara por ahí cerca, pero no en la puerta. —Era muy habitual que los compradores no aparcaran en la casa del traficante. Los traficantes de drogas recreativas no solían tener existencias las veinticuatro horas del día. Lo más habitual era que recibieran un lote y lo vendieran a sus conocidos antes de adquirir producto nuevo. Eso daba lugar a múltiples visitas de clientes en un periodo de tiempo breve, y luego nada hasta que llegaba un nuevo envío a la zona. Una vez que se corría la voz, si había demasiados compradores al mismo tiempo, podría existir el riesgo de llamar demasiado la atención. Por lo tanto, los clientes aparcaban a cierta distancia y enviaban a una persona a comprar mientras los demás esperaban en el coche—. Sin embargo, el vecino no nos ha dicho que vinieran varias personas. Aquí hay algo que no cuadra.

Tamara recorrió la habitación con la mirada, buscando cualquier cosa que pareciera fuera de lugar. Se levantó y volvió junto al cuerpo de Conn para examinar de nuevo sus heridas. La de la cabeza era difícil de inspeccionar. La mata espesa de pelo dificultaba evaluar la gravedad de esa lesión. Al observarlo ahora desde un ángulo diferente, vio que tenía los ojos abiertos y miraba fijamente al frente. Iluminó el rostro de Conn con la linterna y se dio cuenta de que la pupila del ojo izquierdo estaba muy dilatada, mientras que la del otro era diminuta, casi un punto. Posiblemente debido a la naturaleza de la herida en la cabeza, pero no estaba segura. La parte superior del torso también estaba empapada en sangre, lo que indicaba que había más heridas ocultas debajo. Sin duda, se veía demasiada sangre como para que toda ella fuera producto de una única herida en la cabeza. Era más probable que hubiera sufrido una puñalada que le hubiera perforado una arteria principal, o quizá varias.

—Da la impresión de que ha sufrido una laceración, posiblemente

más de una, debajo del cuello de la camisa —le informó a Janssen—. ¿Ve algún arma potencial por alguna parte?

Janssen se alejó de su posición privilegiada cerca de la ventana, prestando mucha atención a dónde pisaba. Tamara era muy consciente de que estaban alterando la escena del crimen y, hasta que no se hubiera procesado, debían tener mucho cuidado de no contaminarla más de lo que ya lo habían hecho. Si no eran capaces de localizar el arma, tendrían que registrar los jardines y el carril exterior en busca de cualquier cosa que pudieran haber tirado por allí.

—No veo nada —dijo Janssen—. Voy a mirar en la cocina, a ver si resulta evidente la falta de algún cuchillo.

—Buena idea —respondió Tamara mientras reevaluaba la posición de Conn. Sí que era una buena idea. En crímenes como aquel, cometidos tras un arrebató, un ataque espontáneo, a menudo se hallaban armas cerca pertenecientes a la propia víctima. Si el asesino hubiera traído un arma consigo, eso indicaría un elemento de premeditación.

A la inspectora jefe le intrigaba el significado que tendría lo que Conn estaba haciendo antes de morir. Los patrones geométricos junto con las velas denotaban algún tipo de ceremonia relacionada con el esoterismo. ¿Estaría practicando algún tipo de ritual? De ser así, resultaba poco probable que estuviera esperando recibir varias visitas. El estado del recibidor sugería que lo habían interrumpido en medio de lo que estaba haciendo. O, tal vez, alguien podría haberse unido a él en su ritual y luego las cosas se pusieron feas. Tamara se inclinó y trató de mirar las manos de Conn con más detalle.

Esperaba encontrar signos de una pelea, arañazos o rasguños en los nudillos, así que se sorprendió al no hallar nada digno de mención. Aunque Conn fuera una persona de complexión delgada y con muy poca musculatura, no le parecía alguien que no fuera a intentar defenderse con todas sus fuerzas. Investigando más a fondo, no había daños aparentes en el antebrazo derecho ni en la ropa; el brazo izquierdo permanecía oculto bajo el cuerpo. No parecía haber marcas de defensa. Todo apuntaba a un ataque inesperado; existía una probabilidad alta de que lo hubieran pillado por sorpresa.

—¡Tamara, salga aquí!

La inspectora jefe abandonó la estancia, atravesó la sala de estar y entró en la cocina. Desde allí, vio que Janssen estaba en el exterior, junto al coche de Conn, inclinado sobre la hierba alta que crecía al pie de los árboles que bordeaban el camino de entrada. Fue un alivio llegar al umbral de la puerta y respirar aire fresco.

—¿Qué ha encontrado?

—Creo que el arma homicida. —Tamara se acercó al inspector y observó cómo apartaba la hierba para que ella pudiera ver mejor—. Parece que el asesino la tiró al salir de la propiedad —explicó Janssen, mirando hacia el final del camino de entrada y al carril que se extendía hacia el exterior de la propiedad. A sus pies, en la hierba, había un cuchillo, o al menos eso le pareció a Tamara a primera vista.

Medía unos veinte centímetros de largo; el mango era predominantemente negro con ribetes rojos y parecía estar recubierto de goma para facilitar un agarre cómodo. La hoja en sí era inusual. Mediría tal vez dos quintas partes de la longitud total del cuchillo y era semicircular, afinándose hasta la punta. Estaba muy manchada de sangre. Se había secado y oscurecido, pero se podía identificar con claridad.

—Es un cuchillo muy extraño.

—Me parece que no es un cuchillo —afirmó Janssen, arrodillándose para acercarse un poco más—. Fíjese en la arenilla que hay a lo largo de la hoja. No es una herramienta para cortar. Es más bien una lima de diamante.

—Creo que tiene razón. Mi padre tenía una herramienta parecida en casa —respondió Tamara, esforzándose por recordar—. Era más delgada, pero bueno, él las tenía de diferentes tamaños para trabajar con piezas de todo tipo.

—Supongo que no lo usaba para descuartizar a traficantes de drogas o a brujas, ¿verdad? —dijo Janssen con una sonrisa fría.

—No, él era bueno con los coches. Le encantaba trabajar con cualquier aparato mecánico que necesitara una renovación. Los Land Rover viejos y hechos polvo eran lo suyo. Si no me equivoco, esto podría usarse en superficies cóncavas.

—¿Le parece que Conn es alguien que pudiera dedicarse a trastear con coches viejos? —preguntó Janssen, mirando el Golf.

Tamara negó con la cabeza.

—Todo lo contrario. Según el gerente de Niall Bradshaw, Conn era un muy buen cliente suyo, así que no tengo la sensación de que fuera alguien que pasara tiempo bajo el capó.

—Ya que lo menciona, Bradshaw tuvo un altercado con Conn el fin de semana y ahora Conn está muerto. Esto viene a ser una prueba irrefutable —indicó Janssen, señalando la lima.

—Voy a llamar para que manden a Criminalística y que se ocupen de esto lo antes posible. Más nos vale volver a hablar con Niall y llevarlo a comisaría para ver qué tiene que decir. Con un poco de suerte, quizá estemos a tiempo de recuperar su ropa y cualquier otra prueba antes de que se deshaga de todo. Tirar el arma así sugiere que quienquiera que lo haya hecho no estaba pensando con claridad. Seamos realistas, no es precisamente un criminal brillante. Quizá también haya dejado huellas dactilares en el interior.

—Del mismo modo, sería buena idea que obtengamos una orden de registro para su puesto de trabajo. Va a faltar eso en el inventario —dijo Janssen, señalando de nuevo hacia la lima.

—Eric puede coordinar eso. Al menos, esta vez sabremos lo que estamos buscando. Debería ser bastante sencillo de confirmar. Me intriga saber qué es lo que mueve a Niall Bradshaw.

—¿Qué motivos tendría para hacer esto?

Tamara movió la cabeza de un lado a otro.

—Estuvieron discutiendo sobre algo. Niall estaba en el trabajo, así que es lógico pensar que fue Conn el que acudió allí a buscarlo. Cuando hablé con él, Niall insistió en que estaba cambiando su vida y que no quería meterse en ningún problema.

—A mí no me parece que esto sea «no querer meterse en ningún problema» —replicó Janssen, mirando hacia la casa con el ceño fruncido—. ¿Cree que Conn podría haber tenido algo contra él, algo que le diera alguna ventaja o con lo que pudiera manipularlo? ¿Y si el hecho de que hayamos reabierto el antiguo caso y hayamos encontrado otro cadáver ha provocado una reacción en cadena?

—Su deseo de evitar la cárcel era muy intenso, casi apasionado, y

estoy bastante segura de que era sincero. ¿Correría realmente el riesgo de matar a alguien para no volver a prisión?

—Es solo una idea, pero... —Janssen dejó la frase en el aire. Tamara lo presionó con la mirada—. ¿Y si Niall ya hubiera matado antes?

—¿A Sophie?

—Sí. Si Conn lo sabía de alguna manera... o al menos lo sospechaba, entonces el descubrimiento del cuerpo de la chica habría confirmado más o menos sus sospechas. Sabemos que Niall formaba parte del círculo de Sophie, así que tuvo la oportunidad de hacerlo. Podría estar dispuesto a matar para mantener el secreto.

Tamara divisó a Robert Beaufort, que estaba sujetando las cortinas para observarlos desde una ventana del piso de arriba de la casa de al lado. Después de todo, la llamada de aquel hombre no había sido precipitada.

—Vamos a buscar a Niall para preguntarle. Esta vez tendrá que ser mucho más sincero que en la anterior ocasión.

CAPÍTULO 29

Tom Janssen aparcó en Northgate, a pocos pasos de los acantilados de Hunstanton, y apagó el motor del coche. Niall Bradshaw vivía de alquiler en un piso ubicado en un bloque pequeño en la calle paralela, St. Edmunds Street. Una vez que llegara la ayuda policial que habían solicitado, procederían al arresto. Aunque estaba seguro de que él y Tamara Greave podrían encargarse solos de ejecutar esa acción, los pisos tenían una entrada trasera y los refuerzos permitirían cubrir todas las salidas en caso de que la detención no saliera según lo previsto. Unas nubes densas ocultaban el sol, que ya se estaba poniendo, y hacían que la luz del día se fuera desvaneciendo aún más rápido. Al pensar en Bradshaw, el inspector no pudo evitar pensar que todo encajaba de manera demasiado perfecta. Sin embargo, no sería la primera ni la última vez que un criminal actuara de forma que desafiase cualquier lógica racional. Tamara debió interpretar el gesto que tenía en el rostro.

—¿Qué le pasa, Tom? Lleva callado desde que hemos salido de casa de Conn.

Cuando delegaron la escena del crimen a Criminalística, para que ellos se encargaran de procesarla, ya no podían hacer nada más. Se marcharon y fueron directamente a detener a Niall Bradshaw, en la creencia de que él era el sospechoso más probable. Un asesinato de aquella naturaleza no pasaría inadvertido durante mucho tiempo. La noticia se extendería como la pólvora por toda la comunidad local y querían detener a Bradshaw antes de que todo el mundo lo supiera. De esa manera, tal vez lo pillaran con la guardia baja.

—Es probable que no sea nada —respondió, tamborileando con los dedos sobre el volante forrado en cuero—. Hay algo que no me

termina de convencer, eso es todo.

—¿Demasiado fácil?

—Demasiado, sí. ¿Alguna vez ha encontrado a un sospechoso tan...? —Dejó la pregunta en el aire. Pues claro, ambos habían encontrado con facilidad al asesino en algunos casos anteriores. La mayoría de los asesinatos eran cometidos por amigos, familiares o conocidos de la víctima. A menudo sucedían de forma espontánea y se llevaban a cabo mediante actos de violencia aparentemente aleatorios. En esos casos, el camino hacia el culpable era fácil de seguir. Aun así, en aquel caso, todo le resultaba desconcertante—. Bradshaw debía saber que iríamos a por él. Habló con él hace nada.

—Es cierto —asintió Tamara—. Aunque, quizá, lo que Conn supiera podría perjudicarlo más que el riesgo de que lo consideráramos sospechoso de asesinato.

—Sí —respondió Janssen, aunque hasta a él mismo le sonó poco convincente.

—Eric ha hablado con el jefe de Niall. Esta mañana no se ha presentado en el trabajo ni ha llamado para avisar. Supongo que estaría alterado. Quizá con mucho estrés, o tal vez mostrara signos de haber tenido una pelea.

—Podría haberse ausentado del trabajo para tener tiempo de deshacerse de su ropa y de otras pruebas. Algo sabrá de cómo son nuestros procedimientos, sobre todo porque se ha pasado cinco años interno en los mejores centros de formación criminal que ofrece este país.

—Esperemos que no —respondió Tamara, mirándolo a los ojos.

La calle estaba tranquila, había poco tráfico. Muchas de las casas grandes de piedra eran ahora alojamientos turísticos que se llenaban de clientes los fines de semana. Tan cerca ya del final de la temporada vacacional, la gente prefería hacer una escapada corta en lugar de reservar una estancia de una semana completa. La inspectora jefe contuvo un bostezo.

—¿Qué le parece el hotel? ¿Está durmiendo bien?

Tamara se rio.

—Siempre podría dormir mejor, ya sabe.

—¿Hay algo que le preocupe? —le preguntó, recostando la cabeza

en el asiento y respirando profundamente. A Janssen no le gustaba esperar; se sentía mucho más feliz cuando estaba en acción.

—Se podría decir que sí —respondió, con un tono de voz que de repente se había vuelto melancólico, lo cual sorprendió al inspector. Se fijó en que su compañera se estaba masajeando los dedos medios de la mano izquierda. Tal y como Peter Samuels le había señalado poco antes, seguía sin llevar puesto su anillo de compromiso.

—Si no es asunto mío, dígamelo, pero...

Ella lo miró y, al ver que él había fijado la vista en su mano izquierda, la retiró y la dejó caer a un lado, acompañando el gesto con una sonrisa nerviosa.

—No sé muy bien qué decir... Richard y yo estamos en una especie de encrucijada. Hemos llegado a un punto de cierto bloqueo, es una buena forma de describirlo.

—¿En qué sentido? —le preguntó, intuyendo que Tamara podría necesitar a alguien que la escuchara.

—¿Sobre qué cosas suelen discutir más las parejas?

Janssen resopló. Era un tema que dominaba.

—Según mi experiencia personal..., sobre dinero, familia...

—¿Hijos? —añadió Tamara, casi preguntándose lo seguía mirando a los ojos. Janssen tenía que reconocer que no había pensado en eso. Su matrimonio había durado tres escasos años, aunque la relación se había extendido durante casi trece. No sabía qué decir, así que se quedó callado. Tamara volvió la vista hacia el mar, apenas visible entre los edificios cercanos—. Probablemente sea algo de lo que deberíamos haber hablado antes de entrar en la cuenta atrás para el gran día.

—¿Y cuándo es el gran día? —preguntó Janssen, cuya atención se desvió por un momento hacia una silueta solitaria que había doblado la esquina a poca distancia del coche y que se estaba acercando a ellos. Llevaba puesta una capucha y sujetaba con fuerza una bolsa de plástico en una mano.

—Dentro de un par de meses —respondió la inspectora jefe, mirándolo. El inspector asintió y volvió a mirar al hombre que se acercaba. Este pareció reducir la velocidad cuando dejó atrás el

refugio que le proporcionaban los árboles de Lincoln Square, una zona abierta de césped que separaba dos calles paralelas que bajaban hasta el paseo marítimo. Janssen atribuyó aquella presencia a su imaginación desbordada—. O, bueno, al menos debería ser dentro de un par de meses... No estoy segura de...

—Creo que es él —dijo Janssen, interrumpiéndola.

—¿Qué? —exclamó Tamara, mirando hacia la calle—. ¿Es él?

—Creo que nos ha descubierto.

—No, no puede habernos...

En ese momento, el hombre dio media vuelta y echó a correr a toda velocidad en la dirección por la que había venido. Janssen arrancó el coche, metió primera y pisó el acelerador a fondo. Los neumáticos chirriaron al arrancar, y la distancia entre ellos y el sospechoso se acortó con rapidez. Al girar hacia Lincoln Square North, Bradshaw se cruzó en el camino del coche, obligando a Janssen a dar un volantazo para evitar atropellarlo, de forma que casi colisionan con un vehículo que venía en sentido contrario. Al frenar tan bruscamente, el coche se caló. Bradshaw pasó entre los árboles de Lincoln Square y comenzó a correr por terreno abierto, alejándose de ellos. El inspector volvió a arrancar y tocó el claxon con desesperación, ya que el coche de delante, cuyo conductor lo miró con ira, le bloqueaba el paso.

—Gire a la izquierda al final de la calle. A ver si puede adelantarle y cortarle el paso —le ordenó a Tamara; nada más decirlo, saltó del coche sin esperar respuesta y echó a correr tras su presa.

Bradshaw estaba ya casi en Cliff Parade, la calle junto al paseo marítimo, y desapareció de la vista del inspector, aunque miró brevemente hacia atrás al doblar la esquina. Janssen apretó los dientes y aumentó la zancada para acelerar su paso. De adolescente había participado en pruebas de atletismo, siendo los sprints su especialidad debido a su poderoso físico y a la longitud de su zancada. Era un velocista con un talento natural, y, por ello, estaba seguro de que, incluso con tanta desventaja, sería capaz de alcanzar a Bradshaw. Y eso a pesar de que estaba lejos del nivel que había tenido en su adolescencia.

Al doblar él la esquina, vio a Bradshaw cruzando al otro lado de la

calle, sin dejar de mirar hacia atrás mientras corría. Su forma de desplazarse era torpe, forzada. Janssen calculó que ya habría acortado un tercio de la distancia que los separaba. Los coches que pasaban por su lado expresaban su descontento con el hombre que corría entre ellos, que los obligaba a reducir la velocidad o a detenerse por completo. Bradshaw chocó contra uno de los coches, que lo golpeó en el muslo, pero pareció rebotar contra él y seguir corriendo sin más. El vehículo en cuestión se detuvo y el conductor estaba ya saliendo del mismo cuando Janssen pasó corriendo a su lado. Casi sintiendo al inspector sobre él, Bradshaw corrió hasta el borde de la calle y saltó a ciegas por encima de la valla que bordeaba aquella vía. Janssen sabía que al otro lado de la misma había un club de bolos sobre hierba, un juego similar a la petanca, que tenía una pista de césped. La caída desde la valla hasta la pista podría ser considerable.

Al llegar a la valla, el inspector se asomó para ver a Bradshaw cruzando la pista de césped, apoyando más la pierna izquierda y prácticamente arrastrando la derecha. Por un segundo, Janssen pensó que se habría torcido el tobillo y que tal vez renunciaría a seguir huyendo, pero enseguida se olvidó de esa idea. Bradshaw, con expresión de dolor en el rostro, se alejó cojeando. Un coche se detuvo junto a él con un chirrido. Era Tamara. Se asomó por la ventana cuando él se dio la vuelta.

—Diríjase hacia allá; gire en la primera a la derecha hacia el paseo marítimo —le indicó, señalando hacia delante antes de darse la vuelta y saltar la valla.

Aunque ya no la vio alejarse, escuchó el sonido del motor acelerando y, mientras se dejaba caer por el terraplén inclinado, flanqueado de arbustos y vegetación, trató de no tropezar mientras se abría paso hacia el césped impecablemente cuidado que tenía ante sí. Unas voces airadas le gritaron desde el edificio principal del club, protestando por su presencia, pero él no miró atrás, sino que corrió por el césped y reanudó su persecución. En la esquina más alejada de aquel espacio, unos escalones descendían hasta el paseo marítimo, justo frente al mar. Hunstanton no era grande, pero, si Bradshaw lograba pasar la sala de recreativos y avanzar hacia el

recinto ferial, podría desaparecer con facilidad entre el laberinto de callejuelas de la parte baja de la ciudad, una zona que Janssen ya no conocía tan bien. Estaba decidido a no permitir que eso sucediera.

Como bajaba muy rápido los escalones que conducían al paseo marítimo, la gente se veía obligada a esquivarlo. Estaba muy agradecido a todas las personas con las que se cruzaba, ya que, con el impulso que llevaba, él tenía pocas posibilidades de evitarlos. Se escucharon exclamaciones airadas, pero Janssen solo tenía ojos para Bradshaw. A esas alturas, el hombre ya estaba reduciendo la velocidad de forma evidente. Iba apenas diez metros por delante del inspector, y se tropezaba sin cesar mientras intentaba escapar a la desesperada. Eso sirvió para motivar más a Janssen, que comenzó a realizar un esfuerzo aún mayor. Tenía la respiración agitada y le ardían las piernas por la acumulación de ácido láctico causada por la intensidad de la persecución. Un poco más adelante, una de las vías de acceso que descendía desde algo más arriba terminaba en un pequeño aparcamiento y, justo en aquel momento, apareció el vehículo de Tamara. Se escuchó un chirrido de neumáticos cuando el coche se detuvo.

Bradshaw se paró en seco, probablemente porque la había visto. Se giró, vio a Janssen acercándose y luego miró a ambos lados. Por una parte tenía el acantilado, escarpado e impenetrable, y por la otra, el mar. Se apoyó contra el muro costero, que era de hormigón y tendría unos sesenta centímetros de grosor, y se asomó por el borde, considerando la posibilidad de que fuera una vía de escape. La marea estaba subiendo y ya golpeaba contra el muro varios metros por debajo de ellos. Bradshaw decidió no detener su avance. En su rostro se reflejó durante un momento una expresión de horror al darse cuenta de lo que estaba a punto de suceder, justo antes de que Janssen se abalanzara sobre él. Los dos hombres se estrellaron contra el muro y cayeron al suelo uno sobre otro, con el inspector encima. Bradshaw exhaló un grito agudo cuando el peso del cuerpo de Janssen le cortó prácticamente la respiración. El inspector lo giró con rapidez y lo presionó bocabajo con una mano en la nuca mientras le inmovilizaba un brazo a la espalda. Tamara apareció a su

lado, se arrodilló y echó mano de sus esposas. Se arremolinaron unos cuantos espectadores, horrorizados, y permanecieron cerca con expresiones de sorpresa o curiosidad.

—¡Yo no he hecho nada! —gritó Bradshaw, que siguió protestando mientras le inmovilizaban las muñecas a la espalda.

—Ah, ¿no? —dijo Janssen, buscando con la mirada la bolsa que el hombre llevaba. No la veía por ninguna parte—. Entonces, ¿por qué corría? ¿Dónde está la bolsa, Niall?

—¿Qué bolsa?

—Vale —respondió el inspector. Acto seguido, se incorporó y quitó su peso de la espalda de Bradshaw. Lo puso de pie, levantándolo con una mano sobre la nuca y la otra, en las esposas. Bradshaw seguía respirando con dificultad. Estaba sudoroso, tenía la cara roja y no dejaba de protestar. El inspector miró a Tamara y giró la cabeza hacia el paseo marítimo—. Debe haberla tirado por ahí.

—¡Era mi cena, eso es todo! —afirmó Bradshaw.

—Hoy no ha ido a trabajar —le dijo Tamara, inclinando la cabeza hacia un lado.

—Me encontraba mal —respondió, aparentemente recuperado.

—No parece estar mal.

—¿Por qué me están arrestando? Les voy a denunciar por acoso.

—No es usted el primero que dice eso —afirmó Janssen mientras lo acompañaba hacia el coche—. Empezaremos por lo de arrojar basura a la vía pública y ya veremos a partir de ahí, ¿le parece?

Cuando llegaron a su coche, vieron una furgoneta policial bajando la colina. Janssen le hizo señas a su conductor, que detuvo el vehículo a su lado. Entregó a Bradshaw a los agentes y observó cómo estos lo metían en la jaula trasera de la furgoneta y cerraban las puertas. Vio cómo comenzaron a alejarse para trasladar a Bradshaw a la comisaría y regresó con Tamara; juntos, comenzaron a deshacer el camino que el inspector había trazado durante la persecución a pie, con el objetivo de buscar la bolsa que Bradshaw había tirado. La principal preocupación era que la hubiera arrojado por encima del muro costero hacia el mar, lo que reduciría en gran medida las posibilidades de encontrarla.

—¿Qué estaba a punto de decirme antes, en el coche? —le

preguntó a Tamara, mientras rebuscaban entre la maleza que había a ambos lados de los escalones que subían hacia la pista de césped del club.

—Ah... Nada importante.

Tamara se alejó de él, concentrándose en la búsqueda. Janssen no creía que aquella respuesta fuera sincera. Decidió no insistir, así que subió los últimos escalones y echó un vistazo al césped. Como más o menos ya se esperaba, allí no había nada. Una bolsa blanca habría destacado. Varios miembros del club que parecían molestos suavizaron su actitud cuando él les contó lo que estaban buscando. Le confirmaron que no habían visto a Bradshaw deshacerse de nada ni tampoco lo habían cogido ninguno de ellos. La única conclusión era la que él había barajado inicialmente. Había arrojado la bolsa al mar.

CAPÍTULO 30

Niall Bradshaw estaba sentado en silencio cuando Tamara Greave entró en la sala y saludó con la cabeza a Tom Janssen, que ya estaba sentado con los brazos cruzados frente al principal sospechoso del asesinato de Conn. Ya le habían tomado las huellas dactilares y una muestra de ADN, y también lo habían invitado a cambiarse de ropa para mandar la que llevaba puesta a que le realizaran un análisis forense inmediato. La descripción de Robert Beaufort de una silueta encapuchada que salía de la casa de Conn guardaba ciertas similitudes con Niall. Eric estaba encargándose del registro del lugar en el que trabajaba con la esperanza de establecer el origen del arma homicida. Cuando entró en la sala de interrogatorios, Tamara estaba segura de que cualquier prueba que situara a Niall en la escena del crimen lo obligaría a confesar. Lo único que les faltaba era un móvil plausible.

El mono blanco que se había puesto Niall crujió cuando ajustó su posición en la silla y se rascó la punta de la nariz con el dedo índice derecho. Cuando le inspectora jefe cogió una silla para sentarse junto a Janssen, el sospechoso la siguió con la mirada. Tamara colocó sobre la mesa una bolsa gruesa de polietileno que contenía el arma homicida y, al hacerlo, vio que los ojos del hombre se desviaban hacia la misma, pero no hizo ningún comentario al respecto.

—Esto es completamente ridículo —afirmó Niall por enésima vez desde su detención.

—Me temo que la realidad dice lo contrario —respondió Tamara, indicándole a Janssen que comenzara la grabación. Ya habían decidido que sería ella quien dirigiera el interrogatorio y que Janssen

solo hablaría si él lo consideraba pertinente. Se identificaron y registraron la fecha y la hora. Niall cruzó los brazos y movió la cabeza de lado a lado, en un gesto de incredulidad—. Bien, empecemos por el principio. ¿Dónde estuvo anoche?

Niall respiró hondo y dejó escapar un suspiro.

—En casa. Toda la noche, solo. Siguiendo pregunta.

—¿No salió de casa para nada? —Niall negó con la cabeza—. Qué curioso. Hemos hablado con sus vecinos y varios de ellos piensan que sí. Cuando está en casa, tiene la costumbre de poner música o la televisión a un volumen demasiado alto.

—Pero no tan alto como para que sea un delito. Soy una persona reformada. —Su respuesta rozaba el desdén. Tamara lo miró a los ojos y esperó. Unos instantes después, él bajó los hombros y rompió el contacto visual—. ¡No! No salí. Como acabo de decirles, estaba enfermo. Me acosté antes de las ocho.

—Ayer por la noche vieron a alguien que coincide con su descripción salir corriendo de la casa de Mike Collyer, al que usted conoce como Conn. Hemos encontrado a Conn muerto esta mañana.

—Por trágico que sea —respondió Niall con seriedad—, yo no tengo nada que ver con eso.

—Entonces, ¿no vamos a encontrar sus huellas dactilares dentro de la casa? ¿Ni tampoco en el arma homicida, una lima metálica que se encuentra habitualmente entre las herramientas de un taller?

—A ver, escúchenme —dijo Niall, inclinándose hacia delante en su asiento. Tamara se mantuvo firme; apenas había treinta centímetros de distancia entre ellos, de un lado a otro de la mesa—. Yo no estuve allí, nunca he estado cerca de Docking.

—¿Cómo sabe que vivía en Docking? —preguntó Janssen, manteniendo la expresión impassible.

Niall se echó hacia atrás y se encogió de hombros.

—Conozco a Conn, eso se lo admito sin problema. Pero no he tenido nada que ver con su muerte.

Tamara lo observó y, a pesar de su actitud desafiante, vio algo más en él, una especie de vulnerabilidad. No, era miedo. Estaba casi segura, pero ¿miedo a qué?

—Cuéntenos cuál era su relación con él.

—¿Relación? —exclamó, con un deje burlón—. No había relación.

—Entonces, ¿de qué lo conoce?

—De hace años... Era muy amigo de algunos del grupo.

—¿Durante su época activista? —preguntó Tamara. Niall asintió—. ¿Eran amigos?

—No, ni mucho menos. Conn era un bicho raro en mi opinión. No sé qué veían los demás en él.

—¿Quiénes son los demás?

Niall miró al techo y Tamara observó que sus ojos se desviaron hacia arriba y hacia la derecha. Recordó lo que Eric le había contado sobre que aquello implicaba que estaba tratando de acceder a sus recuerdos, y sonrió para sus adentros. En aquel momento, lo que Niall estaba buscando en su memoria era real.

—River, Sophie... Les... Probablemente, también algunos más. No recuerdo a todos. Fue hace mucho tiempo. A todos les gustaba la basura que Conn soltaba por la boca.

—¿Qué basura?

—Sí, lo de canalizar la energía de la tierra y todas esas chorradas. Todos compartíamos el amor por la naturaleza y el medio ambiente, pero ese rollo esotérico no era lo mío, en absoluto —explicó Niall, que a continuación cogió un vaso de plástico pequeño que contenía agua. Bebió despacio y lo volvió a dejar sobre la mesa.

A Tamara le pareció ver que le temblaba un poco la mano al soltar el vaso.

—¿Por qué Conn fue a buscarlo el fin de semana pasado?

—¿Lo hizo? —replicó Niall.

—Usted y él tuvieron un altercado en su trabajo. Algo que no me contó cuando hablamos la primera vez.

Niall entrecerró los ojos y su expresión se asemejó a un ceño fruncido.

—No lo consideré relevante.

—Bueno, ahora que está muerto, sí que es relevante, así que ¿puede explicarnos qué sucedió?

Niall se llevó ambas manos a la cara. Las presionó contra el puente de la nariz y se las pasó por las sienes, extendiendo los dedos por el pelo. Bajó la mirada hacia el escritorio y volvió a juntar las manos

por detrás de la cabeza. Se frotó la nuca, levantó la cabeza y respiró hondo.

—Conn era un buen elemento. Es verdad, vino a verme. Pero su coche no tenía ningún problema. Vino a contarme que habían encontrado un cadáver en las dunas, cerca de Wells.

—¿Por qué le interesaría eso a usted?

—Me dijo que era Sophie.

—¿Y cómo sabía él eso? Si solo hemos podido identificarla en las últimas veinticuatro horas, más o menos.

—Por algo relacionado con las joyas que llevaba... —dijo Niall, sacudiendo la cabeza—. Estaba seguro de que era ella. Lo dijo de forma muy convincente.

—¿Por qué se lo contó a usted?

Niall se rio, pero era una risa amarga, no lo hizo porque nada le hiciera gracia.

—Porque así era Conn, siempre buscaba sacar provecho de todo lo que pudiera.

—¿Provecho de qué tipo?

—Dinero... ¿Qué otra cosa iba a ser? Todo lo que hacía estaba orientado al dinero. Esa personalidad espiritual de gurú que se había creado... era solo eso, una especie de ejercicio coreografiado premeditado. No sé si él mismo se creía toda esa charlatanería. — Niall hizo un gesto circular con las manos en el aire para enfatizarlo —. Pero siempre trataba de aprovecharse de los demás. Quería que le diera dinero. A pesar de sus amenazas, tuve la impresión de que estaba bastante desesperado.

—¿Qué le hace pensar eso?

Niall se encogió de hombros.

—Me pasé cinco años en la cárcel rodeado de gente que yo ni siquiera sabía que existía. Ahí dentro se aprende mucho sobre la humanidad. Reconozco la desesperación cuando la veo, porque las reglas de la cárcel funcionan igual en el mundo real.

—¿Cómo pensó que podría sacarle a usted dinero? —preguntó Tamara, intrigada.

—Como les he dicho, me conocía de antes. Conocía mis orígenes, o se lo contaron los demás, no lo sé. —Niall aspiró por la nariz y se

pasó la lengua por el labio inferior—. Supongo que pensó que, aunque la última vez había fracasado, en esta ocasión sería diferente.

—¿La última vez?

—Después del incendio... en la farmacéutica.

—Continúe.

—A Conn le fascinaba que yo pudiera estar todo el tiempo manifestándome frente a las instalaciones. Los demás iban y venían, pero yo... Yo era el típico chico de clase media, pues vengo de una familia acomodada. Era un poco rebelde, no quería ser uno más de ellos, no quería participar en las comidas lujosas o en las misas de los domingos por la mañana... ¿Saben a lo que me refiero? —Tamara podía identificarse con aquello. No tanto con la parte religiosa, pero había crecido muy ajena a las dificultades que muchas personas tenían que experimentar—. Mi familia toleraba mis pasiones. Debían pensar que algún día se me pasarían, que volvería al redil, que iría a la universidad... lo que fuera.

—¿Conn sabía todo esto?

Niall asintió enfáticamente.

—Y tanto que lo sabía. A mí me veía como la gallina de los huevos de oro. Intentó ganar terreno y abrirse camino utilizando a las chicas, pero yo lo vi venir desde lejos. Siempre supe que era un don nadie. Así que —continuó, respirando hondo—, cuando vino a pedirme dinero y me amenazó con delatarme ante ustedes si no se lo daba, me reí en su cara —aseguró Niall, que tenía una sonrisa triste en el rostro—. Deberían haberle visto la cara cuando lo hice. Fue todo un espectáculo. No creo que estuviera acostumbrado a esa reacción y, desde luego, menos aun viniendo de un niño pijo como yo.

—¿Está diciendo que intentó chantajearlo? Perdóneme si eso me parece un poco inverosímil.

—¡Por supuesto que lo parece! Yo también lo pensé... Hasta que la policía vino a buscarme —replicó Niall, apoyando las palmas de las manos sobre la mesa que tenía delante y mirando a Tamara fijamente a los ojos—. Incluso entonces, no lo comprendí. Hasta el momento en el que la policía encontró mis huellas dactilares en la

escena del crimen. Entonces, supe que Conn no iba de farol.

—¿Está afirmando que Conn colocó pruebas en la empresa farmacéutica para inculparlo a usted por el incendio provocado? Niall se encogió de hombros.

—¿De qué otra forma podrían haber llegado nuestras huellas allí?

—Quizá porque entraron en las instalaciones y provocaron el incendio —concluyó Janssen, suscitando una mirada hosca por parte del acusado.

—Yo estuve lejos de la empresa aquella noche.

—Eso es algo que tanto el jurado como los investigadores del caso rechazaron —afirmó Tamara, echando un vistazo a sus notas—. No presentó nada que pudiera corroborarlo. Tampoco lo hicieron los demás.

—Porque estaban en el campamento permanente exterior. Los únicos que podían corroborar mi versión eran los otros acusados. Todos y cada uno de ellos dijeron que yo no estuve allí.

—En fin, ya hemos pasado por esto antes, ¿no es así, Niall? ¿Qué me cuenta del fin de semana pasado?

Niall resopló, en un gesto de exasperación.

—Conn me acusó de haber matado a Sophie. O, al menos, afirmó que podía hacerles creer a ustedes que lo había hecho. Me preguntó cómo me iba a sentir si volvía a entrar en la cárcel y, además, durante mucho más tiempo.

—¿Mató usted a Sophie? —preguntó Janssen.

—¡No! ¿Qué motivo podría tener para hacerlo? Y no me vengan con esa tontería de que un hombre inocente no tiene nada que temer, porque yo ya he perdido cinco años de mi vida, además de todo contacto con mi familia, a pesar de ser inocente. Conn me dijo que reflexionara sobre lo que ocurrió la última vez que le dije que no... No he pensado en otra cosa desde entonces. En esta ocasión no podía pagarle ni aunque quisiera... Y sí, le tengo mucho miedo.

Tamara intentó evaluar la credibilidad de Niall. A pesar de la inverosimilitud de la historia, volvía a ver mucha pasión brillar en aquel hombre. El simple hecho de que hubiera rechazado una representación legal la hizo pensar. Alguien con la experiencia que él tenía acerca del funcionamiento del sistema debería saber que se

estaba arriesgando mucho al hacer eso. En los casos que involucraban a un exconvicto sospechoso en un delito grave, era una cosa prácticamente inaudita. O bien estaba seguro de que no encontrarían nada que lo vinculase con el asesinato, o tal vez... estaba diciendo la verdad.

—¿Se da cuenta de que nos está describiendo un móvil casi perfecto para matarlo?

Niall miró a Tamara a los ojos y ella supuso que la estaba evaluando, igual que ella estaba haciendo con él.

—Sí, lo entiendo. Pero yo no lo he hecho. A menos, claro está, que él haya colocado pruebas en la escena de su propio asesinato.

—¿Quién más tendría algún motivo para matarlo?

—No tengo ni idea —respondió Niall—, pero le diré una cosa: si lo han asesinado, tengo claro que se lo merecía y espero que esté sufriendo en el infierno que él mismo se labró.

Tamara cogió la bolsa de pruebas y la deslizó sobre la mesa hacia él.

—¿Reconoce esto?

Niall bajó la mirada brevemente y, acto seguido, volvió a mirarla a los ojos.

—No.

—La tiraron junto a la escena del crimen. Probablemente fue el propio asesino el que lo hizo. Hemos logrado tomar huellas válidas del mango. Pero no van a ser tuyas, ¿verdad?

—Yo no había visto eso en mi vida.

—Tenemos agentes peinando en estos momentos su puesto de trabajo. Si encontramos un juego de herramientas similares del que falte una y hallamos sus huellas en esta —dijo, señalando la lima—, o en la casa de Conn, es consciente de lo que eso significaría, ¿verdad?

—Sí. Que me habrán vuelto a tender una trampa.

—Pero sigue sin decirme la verdad, Niall. Darren Robinson nos ha confirmado que él les proporcionó la información necesaria para burlar el sistema de seguridad de la empresa de su padre. Además, él era la fuente de la información financiera de la que usted me habló la otra vez.

Niall se relajó en su asiento, lo cual no era la reacción que Tamara esperaba.

—Sí, es cierto. Darren tenía algo de conciencia, no como su padre.

—Y, sin embargo, sigue usted manteniendo que no entró en las instalaciones aquella noche.

—Sí, lo mantengo —dijo—. ¿Por qué íbamos a hacer eso? No había necesidad. Darren nos confirmó que el negocio estaba en problemas. En unos seis meses, Shaun Robinson habría cedido. ¿Por qué íbamos a arriesgarlo todo por hacer algo tan estúpido? *Piénselo, no tiene sentido.*

—Entonces, ¿por qué le preguntaron a Darren cómo entrar?

—*iEso fue mucho tiempo antes! Hablamos de la posibilidad de aumentar la presión, de tomar medidas drásticas para enviar un mensaje, pero lo descartamos. No éramos un grupo de locos, solo éramos personas con conciencia que intentaban cambiar las cosas.*

—*Voy a seguirle la corriente por un momento. ¿Quién más conocía esa información sobre cómo entrar en el edificio?*

Niall lo pensó un momento antes de responder.

—*Obviamente, yo. Pero no todo el grupo: River, Sophie, Les...* —*Hizo una pausa y Tamara tuvo la sensación de que se estaba guardando algo—. Quizá un par de personas más. No lo sé con certeza.*

Tamara miró de reojo a Janssen. Tenía muchas ganas de saber qué se le estaría pasando por la cabeza al inspector, pero la expresión de su rostro era indescifrable. Desde el principio, él había dudado que Niall estuviera involucrado en el asesinato. Qué no habría dado ella por saber lo que su compañero estaba pensando en ese momento.

—*¿Qué había en la bolsa que ha tirado hoy cuando hemos intentado arrestarlo? —preguntó la inspectora jefe. Niall la fulminó con la mirada. Pero aquella era su oportunidad—. Si quiere que lo crea, Niall, tiene que ofrecernos algo veraz con lo que podamos trabajar. Porque, seamos realistas, va a volver a la cárcel —afirmó, mirando de reojo a la máquina que grababa cada palabra que se decía—. Denos algo, Niall.*

El joven movió la cabeza de lado a lado en un gesto de resignación.

—*Miren, todo es muy difícil cuando sales de la cárcel. En especial*

cuando todo el mundo cree que has matado a alguien, ya sea intencionadamente o no. Empezar de cero con eso auestas... Es difícil, ¿sabe? No se gana mucho dinero cambiando neumáticos y tubos de escape.

—¿Qué había en la bolsa?

—Algunas sustancias para...

—Se refiere a drogas, ¿verdad? Seamos claros. —Neill asintió—. Necesito que lo verbalice para que lo registre la grabación, Niall.

—¡Sí! —afirmó apretando los dientes—. Nada más que eso. No quiero volver a la cárcel. ¿Me culpan por ello?

Tamara no respondió; se limitó a mirar a Janssen para indicarle con un gesto que detuviera la grabación. Como había concluido el interrogatorio, Tamara recogió el arma homicida y salió de la sala. Le dijeron a un agente de uniforme que volviera a llevar a Niall al calabozo y se dirigieron a la sala de operaciones. Eric los estaba esperando allí. De inmediato, Tamara notó que estaba loco por contarles cómo le había ido en el taller.

—El registro del taller no ha dado ningún resultado —dijo—. Todo el material estaba en su sitio. Es más, su franquicia tiene un contrato para utilizar las herramientas de un fabricante concreto y la marca de la lima no aparece en la lista aprobada.

Normalmente, esa información le habría caído como un jarro de agua fría a Tamara, pero en esta ocasión la revelación tuvo el efecto contrario.

—¿Tenemos noticias de la escena del crimen? —le preguntó a Janssen, que ya estaba frente al teclado.

Esperó con paciencia mientras el inspector revisaba sus correos electrónicos, en cuya bandeja de entrada había varios correos en rojo que aún no habían sido leídos. Tom era eficiente, pero también le costaba mantener el trabajo al día. Abrió un enlace, leyó su contenido y luego se giró hacia la inspectora jefe.

—No se han encontrado huellas de Niall en la escena del crimen —afirmó, inclinando la cabeza hacia un lado— ni tampoco en el arma homicida. Hay un conjunto de huellas claramente identificable en el mango, pero no coinciden con ninguna de las que figuran en el sistema —informó, con un tono de voz que dejaba entrever cierta

decepción—. La doctora Williams ha contado hasta diecisiete puñaladas diferentes, además de un único golpe en la cabeza. En conclusión, lo describe como un ataque desenfrenado. Yo diría que eso lo convierte en algo muy personal, o tal vez en un acto llevado a cabo por una persona con un vínculo emocional con la víctima.

—Bueno, eso encaja con Niall... ¿Qué impresión le ha dado durante el interrogatorio?

Janssen frunció el ceño y pareció elegir sus palabras.

—Los asesinos a los que he interrogado con anterioridad suelen reaccionar de forma muy diferente a como lo ha hecho él. Niall no ha intentado dominar la sala ni tomar el control de la conversación. Lo he visto incluso emocionado, se notaba en las inflexiones de su tono de voz. Los asesinos fríos suelen distanciarse un poco, buscan afirmar su autoridad y hablan con un tono monótono. Si tuviera que decantarme por algo en este momento, diría que yo no lo veo —dijo, mirando a la inspectora a los ojos—. De verdad que no.

Frustrada, Tamara se sentó en el borde de uno de los escritorios y reflexionó sobre aquellas observaciones.

—Si Niall nos está diciendo la verdad, al menos en lo que respecta a lo dado que era Conn a chantajear, es lógico pensar que lo pueda hacer con cierta frecuencia.

—Es curioso que diga eso —la interrumpió Eric—. Justo iba a contarle que Criminalística ha tomado las huellas de Conn y las he cotejado en la base de datos. Los resultados han sido muy interesantes.

—Me gusta lo interesante, Eric. ¿Qué tiene? —preguntó ella.

—Bueno, para empezar, Mike Collyer está muerto.

—Eric, eso ya lo sé. Al fin y al cabo, lo hemos encontrado nosotros —afirmó, lanzándole una mirada de reojo a Janssen.

El inspector sonrió.

—Sí, pero resulta que las huellas tomadas en la escena del crimen no pertenecen a Mike Collyer. He investigado más y he descubierto que murió a los tres años —aseguró Eric, entregándole una hoja de papel a la inspectora jefe. Era una copia del certificado de defunción—. Nació con leucemia. Tres años después, la enfermedad le causó la muerte.

—Entonces, ¿quién era en realidad Conn?

—Harry Sutcliffe —anunció Eric, leyendo sus notas—. Un estafador convicto, ladrón y, en su día, traficante de drogas de poca monta. Cumplió condena en tres ocasiones, dos por estafa y una breve por intento de distribución de drogas. Sin embargo, no hay nada en los últimos siete años. Desapareció del mapa.

—Y ahora sabemos por qué —concluyó Tamara. Eric parecía vacilar, y ella lo notó—. ¿Hay algo más?

—Sí..., pero no le va a gustar. Sutcliffe era un confidente oficial... aquí, con la Policía de Norfolk.

Tamara suspiró, viendo por el rabillo del ojo que Janssen bajaba la cabeza.

—Tiene razón, Eric. No me gusta nada.

—¿Qué quiere que haga? —preguntó el oficial.

—Quiero que saque su expediente y averigüe quién lo supervisaba.

—Acto seguido, miró a Janssen—. Algo me dice que eso tampoco me va a gustar.

Sonó el teléfono del escritorio del inspector, que lo cogió de inmediato. Siguió una breve conversación. Janssen colgó y se puso de pie.

—Alguien me busca en la recepción. Ahora vuelvo.

Tamara lo vio marcharse. Lo que había parecido el caso más sencillo del mundo se había convertido en algo completamente diferente. Por el momento, no tenía ni idea de cómo debían proceder.

CAPÍTULO 31

Janssen entró en el vestíbulo de la comisaría. Al margen del empleado que estaba en el mostrador, solo había una persona más. Al principio, no reconoció la sonrisa acogedora del rostro de la mujer joven que lo estaba esperando. En cuanto habló, la recordó.

—Inspector Janssen —dijo la mujer, tendiéndole la mano cuando él se acercó.

—Kelly... —comenzó a decir Janssen, que no lograba recordar el apellido.

—Donovan —concluyó ella mientras él le estrechaba la mano con cordialidad y un gesto de disculpa, pues se sentía un poco avergonzado por ese lapsus de memoria—. Solo nos hemos visto una vez y fue muy brevemente.

—Aun así, le pido disculpas. ¿En qué puedo ayudarla? Si busca una declaración sobre la investigación, no puedo...

—No, no. No se trata de eso. Creo que hay una persona con la que usted debería hablar.

Janssen se sintió intrigado. La mujer lo había dicho con un tono grave y la sonrisa se había disipado de su rostro, dando paso a una expresión preocupada y seria. Miró a su alrededor nerviosa, como si temiera que pudieran escucharla.

—¿Podemos dar un paseo? —le preguntó al inspector.

Este le hizo un gesto para que saliera delante de él, y ambos abandonaron juntos la comisaría. En el exterior, Janssen tuvo que protegerse los ojos del sol que resplandecía. El rato que se había pasado en la sala de interrogatorios, que no tenía ventana, hizo que salir al aire libre le provocara una sensación de contraste. No le importó. El descanso era refrescante y muy necesario. La brisa le

resultaba agradable en la piel. La periodista que caminaba a su lado parecía mostrarse indecisa. Janssen no sabía si eso se debía a su inexperiencia, ya que le había quedado claro desde el primer momento que era nueva en el puesto, o a que no sabía cómo expresar lo que le quería contar. Por el momento, decidió darle el espacio que parecía necesitar, intuyendo que era importante hacerlo.

—Este caso de asesinato me parece fascinante —dijo Kelly después de un rato, mirándolo directamente. Era una mujer joven y delgada que tendría unos veinticinco años, por lo que supuso el inspector—. Han asignado la noticia a corresponsal veterano, pero..., bueno, yo he seguido investigándola por mi cuenta.

Ahora entendía la reticencia de la joven. Estaba husmeando en una historia que ya no era suya.

—¿Por qué ha pedido verme?

—Hice prácticas durante las vacaciones todos los años de la carrera, así es como conseguí este trabajo nada más salir de la universidad.

—¿Estudió Comunicación? —le preguntó Janssen, tratando de entablar una conversación educada para que ella se sintiera más cómoda.

—No, Criminología —respondió la joven, apartándose el pelo de la cara para gestionar la intensa brisa—. Quería estar en primera línea de las investigaciones criminales y eso implicaba unirme a la policía o estudiar Periodismo.

—¿Por qué eligió lo segundo?

—El proceso de investigación me fascina. Y no estoy tan segura de querer lidiar con borrachos los sábados por la noche —añadió, sonriendo—. Probablemente por eso no pude dejar pasar esta oportunidad. Puede que no vuelva a estar tan cerca de una investigación de asesinato en muchos años.

—Esperemos que así sea —replicó Janssen. Kelly entrecerró los ojos—. Lo digo desde el punto de vista de las víctimas. —Ella asintió, apreciando la intención—. Supongo que ha venido hasta aquí porque ha encontrado algo, ¿me equivoco?

—No algo, sino... alguien. —Ahora la joven tenía toda la atención de Janssen, que la animó a continuar con un movimiento fugaz de sus

ojos—. Escribí mi tesis sobre el ciclo vital de un asesino en serie. Así que este caso era demasiado tentador como para no aplicar mis conclusiones en él; la oportunidad era seductora.

—Debe ser interesante leer su tesis —respondió Janssen—, aunque un poco lúgubre.

—Treinta y cuatro mil palabras —afirmó Kelly—. Seguro que gran parte de ellas a usted le parecerán obviedades. Sin embargo, el cadáver que desenterró la tormenta me hizo pensar. Los asesinos en serie aprenden su oficio, igual que el resto de nosotros. No nacen como asesinos perfectos, con conocimientos forenses y capaces de cometer asesinatos al azar.

—No. Van evolucionando, tanto en la complejidad de sus crímenes como en el desarrollo de su *modus operandi*.

—Exacto. Por eso pensé que este podría ser uno de esos casos. Al fin y al cabo, matar a una chica joven y enterrarla en una ubicación tan expuesta, donde no la encontraron durante años, me pareció una empresa audaz. Demasiado atrevido como para tratarse de un principiante. —Era una opción que el propio Janssen ya había considerado. Pero no lo expresó en voz alta, consciente de que, al fin y al cabo, estaba hablando con una periodista—. Así que me puse a pensar. Consulté el archivo y revisé todos los casos de personas desaparecidas de la época en la que ustedes creen que mataron a la víctima. Había unos cuantos. Más de los que me había imaginado. —Kelly lo miró a los ojos, posiblemente buscando confirmación. Janssen no hizo ningún comentario, aunque ellos habían hecho lo mismo—. No parece que se hiciera ni una sola investigación importante en relación con esos casos en aquel momento.

Janssen se encogió de hombros, aunque no pretendía menospreciarla.

—Es muy triste, pero la realidad es que desaparecen personas constantemente. En la mayoría de los casos, es una decisión propia y, como usted ya sabría, porque doy por hecho que ha trabajado con diligencia, no hubo indicios de violencia en aquellos casos ni tampoco ningún cadáver. Muy poco en lo que basar una investigación.

—Es cierto —admitió la mujer.

Continuaron caminando. Ya estaban a cierta distancia de la comisaría; habían tomado un camino que se alejaba de la carretera principal y ahora se encontraban al final de los campos que se extendían hacia la costa. Janssen era muy consciente de que tendría que regresar pronto. Junto a ellos pasó un hombre paseando a su perro. Una vez que ya estuvo lo bastante lejos como para no poder escucharlos, el inspector se detuvo y se giró hacia Kelly.

—¿Va a decirme a quién ha encontrado y por qué tengo que hablar con esa persona?

—Estoy barajando la posibilidad de plantearle un acuerdo de tipo quid pro quo —afirmó la joven, antes de morderse el labio inferior. Kelly debía tener algo; y, probablemente, algo gordo.

—Si de verdad me merece la pena, seguro que se nos ocurre algo. ¿A quién ha encontrado?

—A Tracy Bartlett. —Janssen se quedó atónito, y Kelly interpretó su expresión con precisión—. Y creo que le interesará escuchar lo que quiere decirle.

—¿Cómo...? —comenzó a preguntar Janssen, pero se quedó sin palabras. A pesar de que ellos habían buscado a Tracy por todas partes, esa chica no había aparecido por ningún lado.

—En los archivos se recogía un interrogatorio a una vecina de Tracy, en el que comentaba que alguien de su familia se había mudado años atrás. Empecé a investigar. Me costó bastante. Tracy tenía una tía que se había distanciado de la familia y había regresado a su Lancashire natal, con su apellido de soltera. Me lancé a la aventura.

—¿La encontró?

—Sí. La tía estaba enferma y necesitaba cuidados. Fue una coincidencia afortunada, podríamos decir. A todos los involucrados les convino. Tracy lleva allí desde entonces.

—¿Hasta que usted se puso en contacto con ella?

—Al principio, no quiso saber nada —explicó Kelly—. Se mostró agresiva, pero supuse que sería una especie de fachada para ocultar su miedo. Lo dejé estar y le di un poco de tiempo. Hemos hablado casi todos los días desde la semana pasada, construyendo una relación, ya sabe. —La joven miró al inspector; él creyó que con esa

mirada buscaba aceptación, o tal vez algún elogio—. Cuando ayer se supo la noticia del asesinato..., me llamó. Me sorprendió. —Aún no habían revelado oficialmente el nombre de Conn, pero los lugareños ya lo habían identificado ante la prensa, como solía ocurrir. En aquella ocasión, era probable que hubiera sido su vecino, Robert Beaufort—. Quería hablar. Me atrevería a decir que lo necesitaba.

—¿Puede darme su dirección o número de contacto? —preguntó Janssen.

—Puedo darle algo mejor que eso, inspector. Tracy ha venido conduciendo durante la noche —explicó, girando la cabeza hacia la izquierda e indicando un lugar un poco más adelantado del camino. A poca distancia, vio a una mujer sola, de pie. Tenía las manos juntas por delante del cuerpo y parecía incómoda, fuera de lugar—. La he convencido para que hable con usted. Me ha insistido en que lo hagamos así, y me ha amenazado con volver a huir de lo contrario. Y me dijo categóricamente que esta vez no la encontraríamos.

Kelly lo llevó hasta la altura de Tracy. A Janssen le pareció que la chica estaba nerviosa, ya que cambiaba el peso de su cuerpo de un pie a otro. A medida que se acercaban, sus ojos se movieron furtivamente en todas direcciones menos en la del inspector, que se dio cuenta de que era una mujer que se encontraba en un estado de vulnerabilidad. Tendría que ir con mucho cuidado.

—Hola, Tracy —la saludó en voz baja, manteniendo una distancia respetuosa. El inspector era consciente de su estatura y de que una presencia física como la suya podía ser un problema en ocasiones, aunque en otras fuera algo valioso. La joven estaba tensa; Janssen pudo ver el blanco de sus nudillos una vez que estuvo frente a ella, pues no dejaba de retorcerse las manos—. Me llamo Tom. Soy policía.

—Sé quién es usted —susurró Tracy, permitiéndose mirarlo a los ojos por un segundo, pero enseguida apartó la mirada—. Kelly me ha dicho que no lleva mucho tiempo por aquí.

Janssen miró en dirección a Kelly, inclinando la cabeza hacia un lado.

—Es verdad, no llevo mucho tiempo trabajando aquí. Pero crecí

cerca, en la costa —afirmó, contemplando el paisaje que los rodeaba. Ella siguió su mirada—. Aunque ahora tengo la sensación de que eso sucedió hace mucho tiempo.

—Yo llevo seis años sin venir... Pero, para mí, todo es como si fuera ayer.

—¿Le gustaría caminar conmigo? —le preguntó, haciendo un gesto con la cabeza hacia un lado. La chica asintió y ambos se pusieron en marcha a un ritmo pausado.

—Te espero aquí —le dijo Kelly a Tracy, colocándole una mano sobre el antebrazo en un gesto tranquilizador.

La mujer respondió con un breve asentimiento. Janssen sonrió en señal de agradecimiento.

—No sé por dónde empezar —dijo Tracy, que balbuceó al tomar aire.

—Tómese su tiempo —respondió Janssen—. Puede tomarse todo el que necesite.

Tracy le sonrió débilmente en señal de agradecimiento. Tenía la mirada vacía y los ojos parecían hundidos. Las ojeras que los rodeaban indicaban una falta de sueño que iba más allá de la noche anterior. Su aspecto y su actitud general le hicieron pensar al inspector que estaba muy angustiada.

—Me ha costado mucho regresar aquí, ¿sabe? —le dijo, mirándolo—. Ahora mismo, desearía no haberlo hecho.

—¿Por qué ha vuelto?

—Tenía que hacerlo... Debí hacerlo hace años, si le soy sincera. Es difícil de explicar.

—¿Por qué no empieza por explicarme su decisión de irse de aquí? Tracy se rio. Era una risa triste.

—Me fui porque tomé una decisión. Decidí que quería vivir.

—Eso suena...

—¿Melodramático?

A Janssen le dio vergüenza admitirlo, pero entonces recordó su historial, con aquella sospecha de violencia doméstica.

—No pasa nada. Lo oculté tan bien durante tanto tiempo que no me sorprende que la gente no me creyera cuando por fin me atreví a hablar de ello.

—¿Su novio?

—Sí —respondió. Acto seguido, levantó la mano izquierda con la palma hacia arriba, y abrió los dedos. O, al menos, lo intentó, ya que tres de ellos estaban torcidos de forma extraña, como si tuviera artritis—. Una vez me rompió los dedos. Me puso la mano contra el marco de una puerta y la cerró de un portazo. —Janssen hizo una mueca al escuchar su relato—. No me dejó ir al hospital... Tuve que vendármelos yo misma al día siguiente, cuando me desperté tras la paliza que me había dado. —Tracy percibió que el inspector la estaba mirando y malinterpretó la impresión de su rostro—. Cree que debería haber llamado a la policía o haberme ido de casa, ¿verdad?

Janssen negó con la cabeza de forma sincera. Eso era lo último que se le había pasado por la cabeza.

—Como si eso fuera así de fácil.

—Pues sí, como si lo fuera —coincidió ella—. Mirando atrás, me sorprende que me dejara trabajar. Aunque yo no me quedaba nada del dinero que ganaba. Supongo que a él le hacía mucha falta, porque no ganaba mucho.

—¿Cómo acabó marchándose?

—Oh... Ojalá pudiera decir que fue porque reuní algo de fuerza interior, algo de valor para hacerlo..., pero no, no fue así. —Siguieron caminando entre el campo que los rodeaba, dando la sensación de estar muy lejos de la realidad del mundo exterior. La escena transmitía una sensación de tranquilidad. Tracy continuó explicándose—. Conocí a alguien a través de un amigo común. Era un chico diferente, amable y gentil. Yo estaba un poco perdida, como podrá imaginarse. No me malinterprete, mi novio podía ser encantador y divertido en algunas ocasiones. Mi existencia no era completamente opresiva. De haberlo sido, no habría sido capaz de aguantarlo. Comencé a buscar otras cosas en la vida y encontré a los otros. —Hizo una pausa, en apariencia para sopesar sus siguientes palabras—. Éramos un grupo inusual de seres humanos. Todos buscábamos una vida diferente. Bueno, digo todos, pero quizá Sophie no.

—¿Sophie Maddox? Me imagino que también Lesley Abbott y River Malloy.

—Sí, éramos un grupo de gente disfuncional. Lesley estaba intentando reconciliarse con el mundo tras haber perdido a su familia. River... echaba en falta algo en su vida. Su madre era muy controladora; yo me sentía identificada con eso. Y, por lo que yo sabía, no tenía padre. Absorbía cada palabra de Sophie.

—¿Todo el mundo sabía que eran pareja?

—Entre nosotros, sin duda.

—¿Y Sophie? ¿Qué buscaba ella?

—Eso no se lo podría decir. Pasé mucho tiempo con ella, pero no permitía que nadie se le acercara demasiado, ni siquiera River. Me parecía una persona egoísta. Cuando ya no le resultabas útil, te dejaba de lado sin más explicaciones. Como hizo con el pobre Darren. ¿Sabía que tenía una relación con él?

—Sí, sabemos que fue así como el grupo tuvo conocimiento de cómo acceder a la farmacéutica. ¿Cómo se interesó usted por lo esotérico?

—Se va a reír.

—Le aseguro que no lo haré.

Tracy lo miró a los ojos. Janssen vio un brillo en los de ella que la hizo parecer más joven que lo que transmitía el resto de su rostro, que la hacía mayor de lo que era.

—Al principio me parecía extravagante hablar de energías y espíritus, pero me terminó gustando. *La wicca parecía darle sentido a todo el caos. Y luego estaban las chicas. Nosotras cuatro y Conn, que era nuestro guía espiritual, o al menos así se hacía llamar.*

—¿Es Conn la persona a la que se refería antes? ¿El chico al que conoció?

Tracy negó con la cabeza.

—No. Conn era intenso, carismático. Al menos para un grupo de mujeres con problemas. En retrospectiva, era peligroso. Debería haberlo visto. Si había alguien que debería haber sido capaz de ver el peligro, para ser sinceros, esa era yo! No, no era Conn; le hablaba de Niall.

—¿Bradshaw?

—Sí —respondió Tracy, a quien se le iluminó el rostro—. Era muy apasionado y cariñoso. Todo lo contrario de lo que yo estaba

acostumbrada. Verá, la de Lee no fue la primera relación en la que sufrí maltratos. No sé cómo, pero Niall supo a lo que me estaba enfrentando, se dio cuenta de todas las mentiras y excusas que ponía por los moratones y mis ausencias cuando habíamos quedado todos. Creo que siempre estaba pendiente de aquellos que sufrían dificultades. Supongo que por eso lideró las protestas frente a la empresa. Una cosa llevó a la otra.

—¿Usted y él mantuvieron una relación?

—Sí. Creo que yo pensaba que Niall podía salvarme. En cierto modo, lo hizo, para ser justos.

—¿Cómo es eso?

—Niall quería acercarse a Lee para enfrentarse a él, pero no lo conocía tanto como yo. Lo habría matado, y probablemente a mí también. Conseguí hacerle comprender el peligro que correríamos. Teníamos que mantenerlo en secreto. Nadie debía saberlo. Era la única manera de que, quizá, algún día en el futuro pudiéramos escapar de aquí. Niall no se iría hasta que terminara su objetivo en la farmacéutica. Después de eso, nos marcharíamos. Empezaríamos de cero.

—¿Qué pasó?

—Lo que pasó fue Conn —respondió la joven, que suspiró—. Se enteró. No sé cómo lo hizo, pero se acercó a Niall haciéndole todo tipo de exigencias. Llegado el momento, no fue mejor que Lee.

—¿Conn intentó chantajearlos a usted y a Niall?

—Sí. Pensó que Niall era un blanco fácil. Un chico rico y liberal, dispuesto a salvar el mundo. Alguien fácil de manipular. Niall era blando. No me malinterprete, tenía una fuerza interior admirable, pero era demasiado compasivo. No debería decirlo como algo negativo. Sin él, quizá yo no estaría aquí.

—Niall no le pagó, ¿verdad?

—No, estaba seguro de que Conn iba de farol, pero yo sabía que no era así. Ese hombre escondía mucho más de lo que aparentaba. Cuando arrestaron a Niall por el incendio provocado de la farmacéutica, supe que... Conn había cumplido su amenaza.

—¿Dónde estaba usted la noche del incendio en la empresa? —preguntó Janssen, procurando evitar cualquier tono acusatorio.

—No estaba allí, si es lo que me está preguntando. Y Niall tampoco.

—¿Cómo puede estar tan segura?

—Porque estaba conmigo —respondió, mirándolo fijamente a los ojos, sin pestañear—. Fue el incendio lo que me impulsó a huir de aquí. Con Niall arrestado, me di cuenta de que todo lo que temía de Conn era cierto. Era capaz de cualquier cosa. Me escondí durante un día o dos en mi coche. Conduje por aquí y por allá, permaneciendo fuera de la vista de todo el mundo. Intenté contactar con Lesley, porque las noticias no la nombraban como una de las personas arrestadas, pero no fui capaz de dar con ella. Como último recurso, llamé a Sophie, pero también había desaparecido. Di por hecho que tendría miedo de que la arrestaran y se habría marchado. Así que yo hice lo mismo. Sabía más o menos dónde vivía mi tía. Estaba desesperada. Ella era mi única opción y sabía que Lee no me encontraría allí. Si me hubiera quedado, Conn también se habría encargado de mí. Como le he dicho antes, elegí vivir.

—Entonces, ¿por qué ha vuelto ahora?

Tracy respiró hondo, frunció los labios y pensó en su respuesta. Al girarse hacia Janssen, el inspector vio lágrimas en sus ojos.

—Pensé que sería capaz de huir de esto, olvidarlo todo y dejarlo atrás. Aunque estaba a salvo, y lo he estado durante años, sigue estando aquí —dijo, llevándose un puño al centro del pecho y entrecerrando los ojos—. Sigo sintiendo ese nudo cada mañana cuando me despierto. Cuando Kelly me encontró y me dijo que habían descubierto un cadáver en las dunas, supe que tenía que ser Sophie o Lesley. Necesitaba volver. Tengo que arreglar las cosas.

CAPÍTULO 32

Shaun Robinson estaba sentado en su escritorio revisando los correos de su bandeja de entrada. La semana que había vivido lo había inquietado; se había estado despertando temprano cada mañana sintiendo una fuerte opresión en el pecho.

Independientemente de lo poco que hubiera dormido durante la noche, sentía la necesidad de levantarse a pesar de que su cansancio fuera cada vez mayor. El cambio en su actitud vital, junto con sus horarios irregulares, no había pasado desapercibido para su mujer, lo que había dado lugar a más preguntas. Preguntas incisivas que él no estaba dispuesto a responder. Al menos en la oficina tenía un pequeño respiro. El teléfono de su escritorio emitió un sonido que indicaba una llamada entrante de la recepción. Se le encogió el pecho, como cada vez que sonaba el teléfono. Con suerte, todo aquello terminaría pasando.

—Sí, Camille. ¿Qué sucede?

—Tengo al inspector Janssen al teléfono para usted.

«¿Por qué vuelve a llamarme tan pronto? ¿Qué podría querer?». Los pensamientos se agolpaban en su mente, repitiéndose una y otra vez. «¿Qué debo decirle?».

—¿Señor Robinson? —El tono profesional de Camille tenía también un matiz de curiosidad. Incluso la recepcionista se había dado cuenta de su cambio de actitud—. ¿Le paso la llamada?

—Sí, sí..., por supuesto. Por favor, hazlo —dijo, y enseguida se reprendió a sí mismo en silencio. Él nunca hablaba de esa forma. El eco familiar de la recepción cambió, y pudo oír de fondo el ruido de una carretera—. Inspector Janssen —dijo con una sonrisa, esperando transmitir informalidad—, ¿en qué puedo ayudarlo?

—Siento molestarle, no lo entretendré mucho.

—Para nada, no es ninguna molestia.

—En realidad, solo es una llamada de cortesía. Me parece que es justo que lo mantenga al tanto de las novedades. Se ha producido un avance en el caso, relacionado con el incendio provocado en su empresa hace seis años.

—¿En serio? ¿Cómo es eso?

La sorpresa en el tono de Shaun era genuina, aunque logró contener su alarma.

—Comprenderá que no pueda darle detalles específicos de una investigación que sigue en curso, pero, teniendo en cuenta el daño que se causó a su negocio en aquel entonces, me ha parecido que procedía avisarle.

—Estupendo, se lo agradezco mucho —respondió, recostándose en su silla, y se mordió el labio inferior mientras consideraba la posibilidad de insistir para obtener más detalles—. Cuénteme, aunque lo comprenderé si no puede darme más información... Yo pensaba que todo estaba resuelto y que los culpables estaban todos en la cárcel. ¿Hubo otros... de los que nadie sabía por aquel entonces?

—Como ya le he dicho, no puedo entrar en detalles. Sin embargo, parece que el equipo que investigó el caso en aquella época no tenía conocimiento de varios factores que intervinieron en la situación. Parece que hubo cierta manipulación de las pruebas. Lamento tener que ser tan vago, pero no puedo contarle más.

—No pasa nada, inspector —dijo Shaun, reflexionando sobre las posibles variables—. ¿Qué significa eso para la investigación original, el juicio, etcétera?

—Me temo que es demasiado pronto para decirlo. —El detective se mostraba afable e igual de concentrado que las otras ocasiones en las que habían hablado, solo que esa vez no le provocaba una sensación subyacente de temor tras cada comentario—. Los avances tienen más que ver con la investigación policial que con algo directamente relacionado con su negocio. Creo que debería prepararse para la posibilidad de que esto vuelva a salir en las noticias. Nosotros ya nos estamos preparando para ello. En fin, me

alegro de no haber estado por la zona en aquella época. Si hubiera formado parte del equipo que investigó originalmente el caso, ahora estaría... Bueno, en fin, ya le he dicho demasiado. Solo le comento que se van a producir detenciones de forma inminente, así que pensé que tanto usted como Darren querrían estar al tanto.

—Agradezco su franqueza, inspector. Hablaré con Darren. La naturaleza críptica de lo que me está contando implica que, sin duda, estaremos en vilo esperando acontecimientos.

—Me atrevo a decir que así será, señor Robinson. Me pondré en contacto con usted a su debido tiempo, una vez que hayamos concretado con exactitud los siguientes movimientos.

Shaun giró lentamente su silla hacia la ventana y miró hacia el exterior, a los árboles que se alzaban al fondo. La opresión en su pecho era tal que cada vez que respiraba sentía un dolor punzante.

—Gracias por la llamada, inspector. Ha sido muy amable.

La línea se cortó y Shaun se llevó el teléfono a la barbilla por un momento antes de colocarlo sobre la mesa. ¿Qué podrían haber encontrado? No hallaba una respuesta fácil a esa pregunta. Hasta donde él sabía, la investigación original fue impecable. De no haberlo sido, ¿por qué no se dijo nada en el juicio? Se estiró hacia su escritorio para coger el móvil y comenzó a buscar entre sus contactos. Puso el pulgar sobre el botón verde y dudó antes de pulsarlo. La llamada fue respondida casi de inmediato con un saludo seco.

—Creía que habíamos acordado que no volverías a llamarme a este número.

—Sí, sí, ya lo sé, pero ha habido novedades. —Hubo un silencio al otro lado de la línea, pero podía oír el traqueteo conocido de aquella respiración—. Están investigando el incendio de nuevo.

Shaun esperó, consciente de su cada vez mayor agitación.

—No veo cómo encaja eso..., pero supongo que es posible.

—Creía que lo tenías todo bien atado. Están a punto de detener a alguien. ¿Cómo es posib...?

—¿Cómo has obtenido exactamente esta información? —le preguntó su interlocutor con un tono acusatorio y a la vez curioso, aunque rayando en el desdén.

—Janssen acaba de llamarme para contármelo. No me ha dado detalles, ya me entiendes.

—¿De verdad?

El hombre no añadió nada más y, de nuevo, Shaun se encontró a sí mismo escuchando el sonido áspero que llegaba a su oído mientras esperaba. El momento se hizo eterno, hasta el punto de que casi se arrepintió de haber hecho la llamada.

—¿Qué hacemos? —preguntó Shaun, con tal inquietud en su voz que le hizo sonar patético, cosa que, al percatarse de ello, él mismo odió—. ¿Crees que deberíamos vernos?

—Sí. Creo que tienes razón, tenemos que hablar de esto... cara a cara.

—¿Dónde? ¿En el club?

—Sí. En media hora. Espera fuera.

—¿Deberíamos...?

La pregunta quedó sin terminar, ya que la línea se cortó. Shaun dejó caer el móvil sobre su escritorio y se rascó la cabeza. Lo invadió una sensación de cierto alivio.

Apagó el monitor, se levantó, se guardó el móvil en el bolsillo y se puso la chaqueta. Salió de la oficina y se cruzó con varios trabajadores a lo largo del pasillo, pero no habló con ninguno de ellos. Cuando llegó al vestíbulo, se acercó a Camille, que estaba en la recepción. Ella le sonrió cálidamente, siempre tan impecable y profesional.

—Camille, por favor, reprograma las citas del resto del día.

—Sí, señor Robinson... —titubeó la mujer.

—¿Qué ocurre?

—El señor Sheldon, con quien tenía cita a las dos, ya está aquí —susurró, inclinándose hacia Shaun, e indicó con la mirada la zona de asientos que había detrás de él.

Shaun miró hacia atrás y cruzó su mirada con la del comercial con gafas que estaba sentado al otro lado del vestíbulo.

—Invéntate algo —respondió, sin hacer ningún esfuerzo para que no lo oyeran.

Salió del edificio y aceleró el paso hacia su coche. Abrió el Jaguar, se quitó la chaqueta, la tiró al asiento del copiloto y se montó.

Arrancó el motor y sintonizó su emisora de radio favorita. Se le dibujó una sonrisa en el rostro. Estaba seguro de que podrían arreglarlo. Dio marcha atrás para salir de su plaza y comenzó a desplazarse hacia el campo de golf. A esa hora, el tráfico sería escaso y estaba seguro de que llegaría a tiempo.

Al mirar por el retrovisor, un Vauxhall azul le llamó la atención. Parecía ir a la misma velocidad que él, manteniendo más o menos la misma distancia independientemente de si aceleraba o frenaba. Eso era algo poco frecuente. Él era la mayoría de las veces el conductor más rápido de la carretera y, en general, muy poca gente tomaba en consideración la distancia de seguridad a la que se debía circular. Tomó el siguiente giro a la izquierda, un atajo que conocía y que consistía en un carril estrecho que desembocaba en la carretera costera que llevaba hasta el club de golf de aquella parte de Sheringham. Tras girar, buscó el Vauxhall y se sorprendió al ver que continuaba siguiéndolo. Una inquietud se apoderó de él y evaporó su recién adquirido optimismo.

El carril era de un solo sentido y se extendía durante unos cuatrocientos metros antes de abrirse y unirse a la carretera costera. Omitió indicar la dirección hacia la que iba a girar y observó por el retrovisor cómo se acercaba el coche y se detenía detrás de él. Había dos hombres dentro. No reconoció a ninguno de ellos. Estaban bromeando sobre algo. Miró hacia ambos lados para comprobar que no venía nadie y giró hacia la derecha. Aceleró y observó el Vauxhall, que puso el intermitente para girar hacia la izquierda, en dirección opuesta. Sonriendo ante su paranoia ridícula, Shaun subió el volumen de la radio con los controles del volante y miró la carretera que tenía por delante. Un tren pasó a su izquierda, pues la vía discurría paralela a la carretera según se aproximaba a Sheringham. Entre la carretera y el mar se extendía el campo de golf y, al pensar en la reunión que lo esperaba, volvieron a invadirle los nervios.

Cuando llegó a las afueras de la ciudad, giró en la primera hacia la izquierda, cruzó las vías del tren, condujo a través de la carretera asfaltada y giró a la derecha hacia el aparcamiento del club. Ya había varios vehículos allí, pero ninguno pertenecía a nadie que él

reconociera. Había un par de personas en el campo de prácticas a su derecha, pero no muy cerca. Hacía buen tiempo, el cielo estaba despejado y soplaba una brisa suave. Las banderas que bordeaban la carretera de entrada ondeaban sobre su cabeza. Era un día perfecto para jugar al golf. Sin embargo, en aquel momento, el golf era lo último que tenía en la cabeza. Aparcó el coche a cierta distancia de la casa club, lejos de los demás vehículos, y observó a su alrededor. Miró el reloj y se dio cuenta de que había llegado unos minutos antes de la hora a la que habían quedado. Apagó el motor, salió del coche, se apoyó en uno de sus laterales y esperó. Escuchó otro coche acercándose por la carretera de acceso y se giró con expectación, pero se trataba de un Volvo plateado, que no era lo que esperaba ver. El tiempo pasaba y se sentía cada vez más irritado mientras observaba sin cesar las puertas de entrada.

Miró su reloj tres veces en otros tantos minutos y empezó a dar vueltas de un lado a otro. El trayecto hasta allí le había llevado poco menos de media hora. ¿Cómo podía tardar tanto en cruzar la ciudad? Ni que fuera inválido. Volvió a mirar el reloj. Se acercaba la hora acordada. Ya debería haber llegado. Quizá había habido un malentendido y, de repente, dudó de sí mismo. ¿Era aquel el lugar que habían acordado para la reunión? Otro coche. Al girarse, se sorprendió al ver un Vauxhall azul cruzando las vías del tren entre los bungalós situados a ambos lados de la carretera. Qué coincidencia. *El coche giró hacia el aparcamiento de grava a una velocidad muy superior al límite de veinte kilómetros por hora que indicaba la señal y se dirigió hacia él. El vehículo se detuvo y dos hombres con rostro impasible salieron del mismo. Uno era más joven y visiblemente más bajo que el otro, y tomó la iniciativa.*

—¿Shaun Robinson? —preguntó, con un tono de voz muy suave—. Oficial de investigación Eric Collet. —El agente le mostró su identificación. Él no la miró. Sentía el estómago medio hueco. Las piernas entumecidas. No dijo nada. Su mente se había quedado en blanco, dominada por el miedo. Lo único que consiguió fue asentir—. Queda detenido por obstrucción a la justicia. No está obligado a decir nada...

No consiguió procesar las palabras. El otro policía se le acercó, le

dio la vuelta para colocarlo contra el coche y le puso las manos a la espalda. Sintió un dolor agudo en las muñecas cuando le apretaron las esposas e hizo una mueca de dolor.

CAPÍTULO 33

Tom Janssen salió del Volvo plateado y observó a Eric mientras realizaba el arresto. Tamara hizo lo mismo. Parecía adecuado que fuera el joven agente quien lo hiciera. Al fin y al cabo, había sido su investigación la que había descubierto las conexiones. En los años venideros, Eric recordaría aquel momento. Se había justificado la decisión de concederle el traslado al Departamento de Investigación Criminal; había avanzado mucho en muy poco tiempo y había demostrado ser capaz en su puesto. A pesar del orgullo que Janssen sentía contemplando la detención de Shaun Robinson, estaban lejos de dar por cerrado el caso.

—Bueno, tenía usted razón sobre lo que haría Shaun, pero ¿de verdad esperaba que nos lo sirviera en bandeja? —preguntó el inspector, girándose hacia Tamara.

Ella sonrió y negó con la cabeza.

—No, no lo esperaba.

—Creo que ha sido un error no poner un coche en su casa —dijo con un tono amargo en la voz que delataba su cada vez mayor preocupación. Tamara pareció no darse cuenta o lo ignoró. En cualquier caso, resultaba irritante—. Apuesto a que no se ha quedado esperando a...

—Tom, ¿puede dejarlo estar?

Controlando su tono de voz, ladeó la cabeza.

—De acuerdo. Lo siento, no era mi intención cuestionar la decisión.

—Sí, sí que lo era. Era exactamente su intención —afirmó Tamara—. Es evidente que Shaun pensaba que había acordado una reunión. Eso no ha sucedido, así que, o bien está dándole vueltas en su casa, o ha hecho las maletas.

—Sí, claro. ¡Jugando con nuestra paciencia y dándose a la fuga!

—¿Y a dónde cree que irá, Tom? —Janssen la miró. Tamara tenía la misma expresión condescendiente en el rostro que a menudo le mostraba Alice. Para ser justos, eso también solía ocurrir cuando él le había sugerido que estaba equivocada—. Y deje de hacer eso, pare de masticar.

—¿Cómo que masticar? —preguntó Janssen, desconcertado.

—Es lo que hace cuando está enfadado. Mastica, incluso cuando no tiene nada en la boca. Es un indicio claro de que está enfadado.

¿Nadie se lo ha dicho nunca?

—No. Gracias por la advertencia —respondió el inspector, esbozando una sonrisa.

Tamara se la devolvió.

—En serio, si ha huido, no va a llegar muy lejos. —Tamara recibió una llamada en su teléfono y la respondió. Janssen se giró y vio cómo metían a Shaun Robinson en la parte trasera del coche patrulla para trasladarlo a la comisaría. El hombre parecía estar a punto de llorar. Cualquiera que confiara en su silencio podría llevarse un buen susto. Los hombres como Shaun eran poderosos en su mundo, pero, cuando se les sacaba de su zona de confort, eran fácilmente manipulables y se quebrantaban con igual facilidad. Tamara llamó la atención del inspector y él escuchó las últimas frases de su conversación—. No, no haga eso. —La inspectora jefe miró su reloj—. Si sale a las cuatro, estaremos allí para entonces. No quiero que nadie descubra nuestras intenciones. Solo vigílenlo, por favor. Con discreción.

—¿Quién era? —le preguntó Janssen mientras Tamara daba las gracias a la persona que la había llamado, antes de guardar el teléfono.

—La Policía del Control de Fronteras. Vamos —le indicó, volviendo al coche—. Acaba de comprar un billete de ida a los Países Bajos, pagado en efectivo. Da la impresión de que sabe lo que estamos haciendo.

—¿Los ha avisado? —preguntó Janssen, que se subió al coche junto a ella y lo arrancó.

—A ver, no pensaría que iba a fiar a la suerte que lo pilláramos,

¿verdad?

—Se me pasó por la cabeza.

—Lo puse en conocimiento de la Policía del Control de Fronteras, centrándome especialmente en las terminales del Eurostar y los aeropuertos. Si se queda en el Reino Unido, solo será cuestión de tiempo que lo encontremos. Si llega al extranjero, sería más difícil, aunque no imposible. Él lo sabe igual de bien que nosotros. El riesgo sería tener las terminales vigiladas y que, por un descuido, se nos escurriera. Va a tener que pisar el acelerador, Tom.

—¿A dónde vamos?

—Al aeropuerto internacional de Norwich. Él ha jugado sus cartas. Ya ha pasado el control de seguridad. Si no estamos allí antes de que salga el vuelo, lo bajarán del avión. ¿Cuánto tiempo tardaremos en llegar desde aquí?

—Tres cuartos de hora, quizá menos si conseguimos refuerzos que nos vayan despejando el camino.

—Yo me encargo —respondió Tamara, que cogió la radio y comunicó su petición a la sala de control.

Janssen se puso en marcha y le hizo un gesto de aprobación a Eric al pasar junto a él, con un pulgar hacia arriba. El joven parecía satisfecho consigo mismo, incapaz de disimular la euforia de su primera detención importante. Janssen esperaba que ese entusiasmo nunca decayera. Cruzó la vía del tren y se incorporó a la carretera principal, consciente de que, una vez fuera de Sheringham, solo quedaba un tramo recto por la A140 hasta el aeropuerto, situado en el extremo norte de la ciudad. Era muy probable que él también tuviera en el rostro una expresión similar a la de Eric cuando arrestaran a Peter Samuels. Tamara colgó la radio y lo miró —. Esté atento, veremos unas luces de emergencia. Una unidad de Tráfico va a recogernos en las afueras y nos va a escoltar.

—Fantástico —respondió. La carretera tenía un solo carril por sentido, como la mayoría de la red viaria de Norfolk, y despejarla por delante les permitiría avanzar con ventaja—. No va a entregarse fácilmente, ya lo sabe.

—¿Quién? ¿Samuels?

—Sí. Conozco a la gente de su calaña. Nos lo va a poner difícil en

todo momento.

—No lo dudo. Aunque, si yo fuera él, no confiaría mucho en su compañero.

—Estoy de acuerdo. Shaun es uno de los eslabones débiles del entramado. Si sabemos dónde presionarlo, creo que terminará colaborando.

El coche patrulla los estaba esperando en el arcén, ya a las afueras de la localidad, y Janssen hizo ráfagas con las luces para indicarle que se acercaban. El vehículo se puso delante de ellos, encendió las luces de emergencia y las sirenas y aceleró. Janssen pisó el acelerador y se colocó justo detrás. Iba a ser un trayecto de infarto y podía sentir cómo se le disparaba la adrenalina.

Media hora más tarde, los dos coches se detuvieron frente a la terminal del aeropuerto. Janssen nunca pensó que se pudiera recorrer aquel tramo en tan poco tiempo y se sentía nervioso al apagar el motor. Por su parte, Tamara se había mantenido sosegada y apacible durante todo el frenético trayecto. Daba la sensación de estar de escapada de fin de semana. Ella lo vio mirarla por encima del techo del coche cuando se bajó del mismo.

—Relájese, Tom. ¡Lo ha conseguido! —exclamó, sonriendo.

—¿Es una especie de maestra de meditación o algo así?

—No me asusta la velocidad —respondió.

Tamara les indicó a los agentes que los habían escoltado que los acompañaran. Dejaron los coches junto a la puerta principal y entraron en la terminal. No era un aeropuerto muy grande. Una vez pasado el control de seguridad, había pocos lugares donde matar el tiempo. Sería fácil encontrar a Samuels. Tras identificarse ante el agente más cercano, este los escoltó a través de la terminal. Echaron un vistazo a la pantalla de información de vuelos y vieron que el de Samuels ya estaba embarcando. Tamara intercambió unas palabras con el personal del control de seguridad y les preguntó por el paradero de Samuels. Aún no había embarcado.

Los guiaron a través de una entrada reservada para los trabajadores del aeropuerto, por donde no tardaron en llegar a las puertas de embarque. Un grupo de unas treinta personas hacía cola para que les revisaran los pasaportes y las tarjetas de embarque

antes de pasar por las puertas dobles que daban a la pista. Se podía ver el avión a través de unas ventanas, y algunos pasajeros estaban ya subiendo las escaleras para embarcar. Janssen examinó la cola mientras se acercaban. Casi al final de la misma, divisó la figura del inspector jubilado. Miró a Tamara, que le indicó con un gesto que siguiera adelante. Acompañados por los dos agentes que habían acudido como refuerzo, se acercaron al grupo. Samuels debió oír los pasos que se aproximaban sobre el suelo pulido, porque giró el cuello para mirar hacia atrás. Si le sorprendió verlos, no lo pareció. Se volvió hacia ellos y sonrió.

—Tom. ¡Qué sorpresa!

Saludó a Janssen con cordialidad.

—¿De verdad es una sorpresa? —preguntó Janssen, sin ocultar su escepticismo.

—¿También van a tomarse un merecido descanso, caballeros?

—No nos dijo usted nada de que fuera a tomarse unas vacaciones —replicó el inspector.

—No sabía que estuviera obligado a hacerlo —alegó Samuels.

—Las vacaciones tendrán que esperar —le dijo Janssen, haciendo un gesto a los agentes para que se acercaran al hombre y lo detuvieran—. Queda detenido por obstrucción a la justicia...

—¡Ridículo! —exclamó Samuels. Un gesto de indignación sustituyó a la sonrisa que mantenía en el rostro. Frunció el ceño a Tamara cuando ella se unió al grupo—. No he hecho tal cosa.

—Buenas tardes, señor Samuels —lo saludó la inspectora jefe.

—Más vale que tenga una buena explicación para esto, jovencita.

—Oh, la tengo. Vaya que si la tengo —le respondió ella—. Estamos seguros de que podemos formular cargos contra usted en relación con su gestión del incendio provocado en la farmacéutica de Shaun Robinson.

—Ah, ¿sí? ¿Qué hice yo?

—Para empezar, falsificar pruebas —afirmó Tamara. Samuels estuvo a punto de protestar, pero ella continuó antes de que pudiera hacerlo—: Tenemos una testigo que está dispuesta a testificar que estuvo con Niall Bradshaw durante la noche del incendio. Es imposible que él entrara en las instalaciones de la empresa aquella

noche. Además, Niall fue chantajeado por Conn, un informante oficial de la policía. Pero usted ya sabe todo eso.

—¿De verdad, jovencita? El nombre no me suena —dijo Samuels, encogiéndose de hombros.

—Probablemente lo conozca mejor como Harry Sutcliffe. Al fin y al cabo, usted era su contacto, su supervisor.

Janssen observó cómo Samuels entrecerraba los ojos. Estaba procesando los hechos, tratando de evaluar lo que ellos sabían para intentar ir un paso por delante.

—Ah... sí. Ahora que lo pienso, sí que me suena, pero sigo sin ver qué tiene que ver eso conmigo.

—Conn no solo amenazó a las personas a las que usted detuvo por el incendio, sino que sospecho que, además, colocó las latas y botellas en el recinto para dejar las huellas de esas personas en la escena del crimen. O eso, o estaba lo bastante cerca de ellos como para obtener esas pruebas y pasárselas a alguien más involucrado en la investigación.

—Mire, escúcheme bien —dijo Samuels, que bajó el tono de voz y adquirió una expresión amenazante mientras miraba a Tamara a los ojos—, tengo entendido que el pobre Harry ha perdido la vida recientemente. Creo que le va a resultar difícil obtener el testimonio de un cadáver. Por eso, espero que tenga más pruebas que presentar, porque, si no, mi abogado se lo va a pasar en grande con usted en el juicio. Aunque dudo que lleguemos tan lejos.

—Green and Gold Holdings —comentó Janssen. Samuels giró la cabeza bruscamente para mirarlo. Por primera vez, parecía sorprendido y preocupado—. ¿Le importaría hablarnos de esa empresa?

—No voy a decir nada hasta que tenga un representante legal.

—Claro, de acuerdo —le dijo Tamara—. Ya nos lo imaginábamos. Pero bueno, solo para que lo sepa, somos conscientes de que usted es el director de esa empresa. El único director que figura en el Registro Mercantil. Nos pareció muy interesante descubrir que su empresa había invertido una cantidad astronómica de dinero en la de Shaun Robinson poco antes de que esta cambiara de nombre. Todo un golpe de genialidad empresarial saber que ese negocio

estaba a punto de remontar. Debió ganar usted una fortuna.

—No tengo nada más que añadir —afirmó Samuels en un susurro casi inaudible.

—No se preocupe, tendremos mucho tiempo para charlar —respondió Tamara. Janssen pudo ver una sonrisa apenas disimulada en los labios de su compañera. Estaba disfrutando de aquel momento. Los agentes sujetaron con firmeza al inspector jubilado y, siguiendo las instrucciones de Janssen, se lo llevaron. Cuando Samuels pasó junto a Tamara, ella se inclinó ligeramente hacia él—. No está mal para ser lesbiana, ¿eh?

Samuels la fulminó con la mirada, pero no dijo nada. Janssen y Tamara se quedaron en silencio durante un momento, viendo cómo se llevaban al antiguo inspector.

—A menos que Shaun Robinson suelte la lengua, no vamos a poder implicarlo —dijo Janssen en voz baja.

—Lo sé. Es una pena que Conn ya no esté vivo. Podríamos haberlos enfrentado a los tres entre sí casi con la certeza de que uno de los dos traicionaría a Samuels. Pero bueno, vamos a plantearse a los dos. Les diremos que podemos ofrecerle un trato al primero que esté dispuesto a hablar. Puede que funcione con Shaun, es una persona débil.

—Conn era un delincuente profesional. Siempre hacía lo que más le convenía. Es un eslabón tan débil en esta cadena como Shaun, o quizá más si tenemos en cuenta su historial delictivo.

Tamara se giró hacia él.

—¿Qué me está diciendo?

—Hemos estado haciendo preguntas sobre el incendio provocado..., sobre Conn, y también hemos estado hablando con todos estos tipos. ¿Y si Samuels sospechó que podríamos descubrir lo que estaban tramando?

—¿Y decidió eliminar la amenaza de uno de esos eslabones débiles antes de que pudiéramos llegar hasta él, es eso lo que me quiere decir? —preguntó Tamara, pensando en aquella sugerencia.

Al principio, a Janssen le había parecido una teoría poco fundamentada, pero, cuanto más la consideraba, más sentido tenía.

—Shaun sería demasiado obvio. Pero Conn... Ese tipo se había

granjeado enemigos, se movía en ambientes turbios. Quienquiera que lo matara, lo conocía, porque Conn lo dejó entrar en su casa y se sintió lo bastante seguro en su compañía como para estar relajado. Pudo acercarse lo suficiente a él como para pillarlo desprevenido y atacarle. No veo cómo podría haber estado así de confiado si se tratara de Niall Bradshaw, por ejemplo. Lo había amenazado apenas unos días antes.

—Entiendo lo que quiere decir —asintió Tamara—. El hecho de que no podamos encontrar ninguna prueba de que Niall estuviera en la casa de Conn, y menos aún de que tocara el arma homicida o tuviera acceso a ella, juega en su favor.

—Una comparación de huellas dactilares debería descartar o confirmar a Samuels. El problema es que el antiguo inspector conoce demasiado bien nuestros procedimientos como para haber cometido ese error.

—Quizá utilizara a otra persona, a alguien que todavía no conozcamos y que aún no esté siquiera en nuestro radar.

Janssen estaba frustrado. Cada vez que daban un gran paso adelante, parecían encontrarse con otro obstáculo. Ninguno de los involucrados en aquel caso parecía capaz, o dispuesto, a decir la verdad, y eso empezaba a resultarle muy fastidioso.

—Si Samuels ayudó a inculpar a Niall Bradshaw por el incendio —añadió la inspectora jefe—, todavía tenemos que averiguar quién lo provocó y por qué. Si se trató de una estrategia para cobrar el seguro con la intención de relanzar el negocio, una vez eliminada la amenaza de los manifestantes, ¿quién provocó el incendio? Y, ya que estamos, tampoco hemos avanzado con respecto a la identificación de la persona que murió entre las llamas. Empiezo a cuestionarme hasta qué punto se dedicaron esfuerzos en su día a averiguarlo. Sé que técnicamente no es nuestro caso, pero, si logramos que Samuels y Robinson canten y demos su colaboración y conspiración, pasará de inmediato a ser nuestra prioridad. Sería bueno tener las respuestas antes de que nos caiga el siguiente chaparrón desde arriba. A los altos mandos no les gustan los policías corruptos, no queda bien en los medios.

—Quizá fuera tan sencillo como eso. Todo formaba parte del plan

de pensiones del que Samuels se jactaba cuando hablamos con él en su casa. Ah, hablando de los medios —añadió Janssen, pensando en Kelly—, tuve que insinuarle a una periodista que era posible llegar a algún tipo de acuerdo para poder acceder a Tracy Bartlett. Sin su ayuda, nunca la habríamos encontrado.

Tamara le lanzó una mirada de desaprobación.

—Ya se nos ocurrirá algo. Pero se lo advierto, Tom, si es guapa, usted y yo vamos a tener unas palabras.

—Fue un acuerdo puramente profesional —protestó el inspector, extendiendo los brazos y las manos.

—Seré yo quien juzgue eso —respondió Tamara, haciendo un gesto para que se pusieran ya en marcha—. Volvamos a la comisaría.

CAPÍTULO 34

Tom Janssen estaba sentado en la sala de operaciones y se giró para ver las caras de desánimo de Eric y Tamara cuando regresaron de su interrogatorio con Shaun Robinson. A juzgar por su actitud, era bastante evidente que habían tenido el mismo éxito que él con Peter Samuels.

—¿Ha ido bien, entonces? —les preguntó, fingiendo sinceridad.

Eric negó con la cabeza y Tamara frunció el ceño.

—Tal y como pensábamos. Es un tipo débil, pero puede permitirse un buen abogado —explicó la inspectora jefe—. Tenemos pruebas circunstanciales que apuntan a posibles infracciones en el ámbito financiero, pero nada que vincule a Shaun con una conspiración, y mucho menos con un incendio provocado. La solidez del caso contra los condenados por el incendio le beneficia mucho.

Janssen se frotó la cara, intentando alejar el cansancio mental.

—Las huellas de Shaun no coinciden con ninguna de las encontradas en la escena del asesinato de Conn; tampoco las de Samuels. De todos modos, era una posibilidad remota.

—¿Y qué hay del arma homicida? —preguntó Tamara—. ¿Hay alguna novedad con respecto a la lima?

—Está limpia. Hay mucha sangre en ella, suficiente para considerarla el arma homicida, pero no existen coincidencias en el sistema con respecto a sus huellas.

—¡Maldita sea! —exclamó Tamara, manifestando de forma evidente su frustración—. Sin una confesión o el testimonio del propio Conn, no vamos a poder conseguir que nada de esto se sostenga. ¿Cómo le ha ido con nuestro policía corrupto?

—Peor que a vosotros, por lo que parece. Se ha mantenido firme y

no ha dicho ni una palabra hasta que ha llegado su abogado. Luego ha leído una declaración elaborada de antemano en la que niega todas y cada una de las acusaciones, antes incluso de que me diera tiempo a comenzar la grabación.

—¿Así que volvemos al punto de partida? —preguntó Eric, abatido.

—Me temo que, de momento, eso es lo que parece.

—¿Qué es eso que tiene ahí? —le preguntó Tamara a Janssen, mirando los papeles que estaba leyendo.

—El análisis forense detallado del lugar en el que Sophie estaba enterrada. Estoy tratando de encontrar algo que la vincule con el conjunto del caso. Todavía no tenemos un móvil para su asesinato y en algún lugar tiene que haber una conexión, solo que aún no la hemos encontrado. Desapareció más o menos en la misma época en la que se produjo el incendio provocado, se movía en los mismos círculos que Conn, Niall Bradshaw y los demás activistas, y estoy seguro de que todo eso debe estar relacionado. Coincidencias como esta no son fruto del azar.

—No he visto nada en la autopsia que pudiera sernos de ayuda, más allá de la naturaleza de sus lesiones —argumentó Tamara—. El cadáver estaba completamente reducido a huesos y la exposición al agua salada destruyó cualquier rastro de ADN que pudiera haber en los restos de ropa que quedaron.

—De acuerdo. Estoy revisando el análisis espectral realizado en la sábana con la que la envolvió el asesino cuando la enterró. Es interesante, aunque admito que he tenido que buscar en Google algunos de los términos científicos. Nunca fue mi fuerte en el colegio.

—¿Qué es interesante? —preguntó Tamara, que se acercó y se sentó en el borde del escritorio junto al inspector.

Este la miró y volvió a centrar su atención en los papeles que tenía delante.

—La tela es un algodón corriente, de producción masiva, y no nos ofrece ninguna pista. Sin embargo, había manchas en las fibras que no pueden explicarse solo por la exposición a los elementos, como la arena y el agua de mar. Una mezcla de dióxido de silicio y óxidos metálicos habían contaminado las sábanas. —Janssen volvió a mirar

a Tamara antes de citar el informe—: «Estos niveles no pueden deberse a la ubicación del lugar donde se enterró el cuerpo». —El inspector se recostó, se puso las manos detrás de la cabeza y entrelazó los dedos—. Suponiendo que el asesino no adquirió la tela así aleatoriamente de camino al lugar del enterramiento, lo cual creo que es poco probable, me parece razonable pensar que esa tela estuviera presente en la escena del crimen.

Tamara asintió.

—El asesino utilizó lo que tuviera a mano para envolver el cuerpo, lo que le facilitó ocultarlo y transportarlo a la playa.

—Por lo tanto, supongo que la pregunta es: ¿de dónde podían provenir esos residuos?

—¿Algo más?

—Ahora iba a investigar la siguiente parte. ¿Está familiarizada con el concepto «subproductos metálicos»? Yo no.

—Sí. Es un concepto genérico que engloba las virutas de metal, así como otros términos específicos del proceso de trabajo con el metal.

—¿Como por ejemplo? —preguntó Janssen, impresionado por los conocimientos de Tamara.

—Limaduras, astillas... ese tipo de cosas. Los residuos que se generan al manipular y torneear el metal —dijo Tamara, concentrándose para recordar—. El dióxido de silicio es el componente común de la arena, pero las ciencias tampoco eran mi fuerte en el instituto...

—Sabe mucho más que yo —replicó Janssen—. Por lo que he entendido, el laboratorio ha descartado la posibilidad de que las dunas pudieran ser la fuente del dióxido de silicio hallado en este caso.

—Si no recuerdo mal, el dióxido de silicio y el óxido de metal son los componentes habituales de la escoria, término que en este caso se refiere a las impurezas que se extraen del mineral metálico en bruto durante el proceso de fundición.

—Que yo sepa, no hay ninguna siderurgia por la zona —dijo Janssen, pensando en voz alta.

—A escala industrial, no —convino Tamara—, pero conocemos a una persona que vive cerca de aquí que tiene un horno y que

trabaja tanto con metal como con vidrio: Beatrice Malloy. Los subproductos metálicos que se producen al esmerilar o torneear metal pueden volar fácilmente varios metros en cualquier dirección. Del mismo modo, hay que limpiar los residuos, la escoria. Es un trabajo sucio.

—Y supongo que querrás estar seguro de que no llegue a todas partes cuando lo haces —añadió Janssen, al que lo invadió el optimismo al pensar en la extraña hija de Beatrice, River—. A River la condenaron por el incendio, pero ¿podemos estar seguros de que fuera culpable, teniendo en cuenta que ahora sabemos con certeza que Niall tiene una coartada?

Se escuchó de fondo un teléfono sonar en uno de los escritorios y Eric, que estaba escuchando a medias la conversación, se giró para contestar. Tamara parecía concentrada, construyendo la teoría en su mente.

—Niall la tiene, pero no olvidemos que las huellas dactilares de River se encontraron dentro del edificio, en el marco de la ventana por donde se supone que entró. A Niall y a los demás solo pudieron vincularlos con el ataque por las latas y botellas de cerveza —dijo, tamborileando distraídamente con los dedos sobre el escritorio que había junto a ella.

—Estamos trabajando con la hipótesis de que colocaron esas huellas allí más tarde o se las proporcionaron a Samuels después de los hechos —confirmó Janssen, mirando al techo.

—Exacto, pero no pudieron haber colocado las huellas de River en la escena del crimen. Criminalística las registró allí. Quizá River Malloy sí que estuvo en el recinto y los demás dijeron la verdad, que ellos no estaban —teorizó Tamara—. River no confirmó ni negó su presencia. No dijo ni una sola palabra a los investigadores, ni tampoco durante su comparecencia en el banquillo de los acusados. En cualquier caso, creo que tenemos que volver a visitar a los Malloy, ¿no cree?

—Estoy de acuerdo.

—Tom —dijo Eric, colgando la llamada—, tienes una visita abajo.

—Estamos a punto de salir, Eric. ¿Puedes encargarte?

—Claro que podría, pero creo que querrás hablar tú con él

directamente. —Janssen sintió curiosidad y miró a su compañero con expectación—. Es Darren Robinson, pero se niega a hablar con ninguna persona que no seas tú.

Darren Robinson, nervioso y agitado, estaba solo en el vestíbulo de la comisaría mientras el agente que atendía en recepción lo observaba con disimulo. Vio a Janssen atravesar la puerta de acceso interno y el inspector miró hacia él, arqueó una ceja con curiosidad e inclinó la cabeza en su dirección. Apenas tuvo tiempo de saludarlo antes de que Darren se abalanzara sobre él, recorriendo velozmente la distancia que los separaba.

—Darren, ¿en qué puedo ayudarlo? —le preguntó—. No puedo hablar de los motivos de la detención de su padre si eso es lo que...

—No, no. Lo entiendo —respondió el joven. Sus ojos recorrieron el lugar de un lado a otro. Por un momento, Janssen pensó que podría estar drogado, tal era su evidente estado de hipervigilancia—.

Debería haber hablado con usted antes sobre esto, pero... con lo de mi padre... Es que... ha sido demasiado para mí...

El joven no era capaz de finalizar las frases. Hablaba rápido, subiéndolo y bajándolo el tono de voz a un ritmo similar, y rayaba en lo incoherente.

—Tranquilícese, Darren. Sea lo que sea, estoy aquí para escucharlo. —Las palabras tranquilizadoras del inspector surtieron efecto. Darren respiró hondo, recuperando la compostura—. ¿Por qué quería verme?

—Antes, cuando vinieron a casa, usted me preguntó por Sophie. Le dije la verdad sobre ella, lo que yo sabía, que no era mucho, pero...

—¿Pero? —repitió el inspector.

—La foto que trajo. No esperaba verla. Me desconcertó —dijo Darren. Una vez más, sus ojos vagaron por la estancia, para fijarse en cualquier cosa menos en Janssen—. No sabía qué decir... No estaba seguro, pero ahora sí que lo estoy.

—Tómese su tiempo —dijo Janssen, procurando no parecer enfadado, porque intuía que se avecinaba algo importante.

—La foto... No la de los padres de Sophie, sino la otra.

—¿La de la fiesta? —Darren asintió—. ¿Qué pasa con ella?

¿Reconoció usted a alguien?

—Sí..., a mi padre. Hace años, trabajé en un proyecto para mi carrera. Era mi primer año, nada complicado. Solo tenía que analizar las fibras artificiales y sus múltiples usos. —Hizo un gesto con las manos por delante del cuerpo, restándole importancia al contenido del proyecto—. Eso en realidad no tiene mucha trascendencia. En fin, elaboré un informe y utilicé fotografías de prendas de ropa que habían sido tomadas a lo largo de los años. Encontré esa foto en un álbum familiar. No era especialmente importante, nadie se dio cuenta de que la había utilizado. Es una foto cualquiera. No entiendo que... No lo entiendo.

Janssen evaluó al chico, que estaba confundido, posiblemente abrumado.

—¿Sabe dónde se tomó esa foto?

—En algún festival de la zona, creo. ¿Quizá en una cena comunitaria de celebración de la cosecha? No lo sé muy bien.

—¿Y los demás? ¿Reconoce a alguno de ellos?

Darren negó con la cabeza.

—Creo que ni siquiera me di cuenta de que mi padre estaba en la foto cuando la usé. Después de que me la mostrara usted, volví a entrar en casa y busqué aquel proyecto. Estaba en una caja en el garaje con un montón de otras cosas de la universidad. Mi madre nunca tira nada, por insignificante que sea. Tiene cajas con los dibujos que hice en la guardería. ¿Se lo puede creer?

Janssen pensó en el montón de dibujos con lápices de colores y páginas con salpicaduras de pintura que Alice acumulaba en su casa, obras de arte creadas por su hija Saffy. Entendía por qué una madre querría guardar tanto como le fuera posible. Por mucho cliché que fuera, era cierto que los niños crecen muy rápido.

—¿Qué encontró?

—La foto había desaparecido. Sophie debió llevársela.

—¿Por qué iba a llevarse esa foto en particular?

Era algo muy extraño. Darren parecía igual de perplejo.

—No tengo la menor idea. Yo recuerdo que ella rebuscaba entre las

cosas de mi habitación cuando estábamos juntos y mis padres no estaban en casa. Nos reíamos de la moda de aquellos años y le enseñé este trabajo... —Darren se dio la vuelta y volvió a un asiento cercano. Rebuscó en una mochila pequeña y sacó un documento. Se lo entregó a Janssen. Tenía las esquinas dobladas, resultado de llevar seis años guardado en una caja. El inspector lo hojeó y Darren le señaló emocionado el lugar en el que había estado pegada la foto —. ¡Ahí!

Janssen observó la zona descolorida donde claramente faltaba una imagen. Había unas ranuras en cada esquina para sujetarla, similares a las que se encuentran en un álbum de fotos.

—¿No dijo nada Sophie en aquel momento?

Darren se encogió de hombros.

—Que yo recuerde, no. Pero debió cogerla. ¿Cómo si no la habría encontrado entre sus cosas?

—¿Le importa si me lo quedo? —le preguntó el inspector.

Darren asintió tímidamente, mirando más allá de Janssen, hacia el interior de la comisaría.

—¿Van a presentar cargos contra mi padre hoy? —le preguntó, con un tono de miedo en la voz.

Janssen lo miró a los ojos.

—Me temo que es demasiado pronto para decirlo.

—¿Sabe? Él no sería capaz de hacerlo.

—¿De hacer el qué?

—Mi padre no provocaría un incendio como aquel... No es un asesino.

Janssen percibió el dolor que transmitían los ojos del chico. A pesar de vivir bajo la constante supervisión y el carácter autoritario de su padre, seguía temiendo perderlo. Además, tal vez temía querer a un hombre que podría haber cometido un crimen tan terrible. Todo ello estaba grabado en cada rasgo de la expresión de dolor de su rostro.

—Espero que no, Darren. De verdad que lo espero.

CAPÍTULO 35

Giraron hacia el camino de entrada y atravesaron las puertas de la propiedad de los Malloy. Tom Janssen aparcó el coche delante de la casa principal de la finca y vio a Beatrice salir del resguardo que le proporcionaba su taller exterior para ver quién había ido a visitarla. Su expresión fue impasible; no pareció inmutarse mientras se limpiaba las manos con un trapo sucio y lo tiraba a un lado. Llevaba puesto un delantal de cuero y su cabello, de color pajizo, estaba recogido desde la frente y atado en la nuca. La mujer se dio la vuelta y se retiró de la vista. Janssen miró a Tamara, enarcando las cejas.

—Vaya, qué cordial.

—Es que todavía tiene que conocerlo —respondió la inspectora jefe, con un sarcasmo implícito.

Ambos salieron del coche y cruzaron la corta distancia que los separaba de Beatrice, que estaba trabajando en su horno. La puerta estaba abierta y Janssen sintió el calor del fuego cuando la mujer sacó un trozo pequeño de hierro de las llamas. El extremo brillaba con un color amarillo claro que se convertía en un naranja intenso unos centímetros más hacia el otro lado del hierro. Los dos inspectores se mantuvieron a cierta distancia mientras la mujer transfería la pieza a un yunque. Acto seguido, se agachó, cogió un martillo y comenzó a golpear con fuerza el metal calentado. El estruendo que produjo el choque de metal contra metal resonó con fuerza a su alrededor.

—Beatrice, necesitamos hablar con usted y también con River, si está por aquí —dijo el inspector, mirando hacia la casa en busca de alguna indicación de dónde podría estar la chica.

Beatrice continuó con su trabajo, fingiendo no haberlo oído.

—¡Señora Malloy! —exclamó Tamara, con un tono severo e inflexible. Beatrice levantó la vista y dejó de martillar. Las dos mujeres se miraron a los ojos, sin que ninguna de las dos pareciera dispuesta a ceder ante la voluntad de la otra—. No nos vamos a ir de aquí hasta que lo hagamos.

Beatrice los miró a ambos y dejó el martillo a un lado. Cogió el metal al rojo vivo, todavía sujeto con unas tenazas, y lo sumergió en un cubo de agua cercano. El siseo resultante acompañó el enfriamiento del objeto y, una vez satisfecha, Beatriz lo sacó y lo colocó en un soporte para que se enfriara. La mujer se quitó los guantes gruesos de cuero, los dejó en un banco de madera cercano y se restregó las manos para limpiarse cualquier resto de suciedad de las palmas.

—¿No les parece que ya han jugado demasiado con la cabeza de mi hija? —dijo por fin—. ¿Van a dejarla en paz alguna vez?

—Sin duda lo haremos, en cuanto obtengamos las respuestas que necesitamos —respondió Tamara.

Beatrice se apoyó en el banco de trabajo, cruzando los brazos por delante del pecho.

—Entonces, empiecen. Hagan sus preguntas. —Janssen miró de reojo a Tamara, pero su compañera solo tenía ojos para Beatrice. El inspector dio un paso adelante y le mostró una fotografía a la mujer. Era la imagen que había desaparecido del proyecto de Darren Robinson, la misma que se había tomado en la fiesta y que se había encontrado entre las posesiones de Sophie. Beatrice la miró fijamente, sin pestañear. Janssen recordaba cómo se había detenido a mirarla la primera vez que se la había mostrado, varios días antes. Esta vez, no pareció ver indicios de reconocimiento en el rostro de la mujer—. ¿Y? ¿Qué se supone que es esto?

Janssen inclinó la foto hacia sí mismo un instante y señaló con el dedo índice a quienes estaban sentados detrás de la pareja que bailaba en primer plano. Volvió la imagen hacia Beatrice sin mover el índice.

—Bueno, esta foto es de finales de los noventa, y la sacaron en algún evento local. El hombre que está ahí sentado es Shaun

Robinson. —Beatrice permaneció callada—. Es evidente que no se había percatado de la presencia de la cámara. Da la sensación de que solo tenía ojos para la mujer con la que está hablando. Esta de aquí —dijo Janssen, señalando a la mujer que estaba junto a Shaun—. La mujer del vestido blanco. Usted, Beatrice.

Ambos se miraron a los ojos; Beatriz, entrecerrando los suyos. El inspector esperó una réplica, pero no llegó.

—¿Y qué pasa con eso?

—En sí mismo, no significa nada —respondió Janssen—. Sin embargo, nos llevó a preguntarnos por qué Sophie se interesó tanto por la foto. Tanto que la cogió sin permiso. ¿Por qué cree usted que haría algo así? —Beatrice se encogió de hombros, rompió el contacto visual y miró hacia la casa—. Nosotros también estábamos desconcertados. Al menos, durante un tiempo. Luego empezamos a pensar en Sophie y en por qué esto podría ser relevante.

—¿Y? —preguntó Beatrice en voz baja.

Janssen pensó que la mujer no parecía sentir la curiosidad que experimentaría una persona que aborda un tema desde la ignorancia.

—Usted tenía conocimiento de la relación de Sophie con su hija, ¿verdad? El hecho de que eran más que amigas.

—Sí —respondió Beatriz de forma seca—. Eran amantes. ¿Y qué?

—Usted tenía una relación cercana con el hombre cuyo negocio atacó su hija, al que incluso prendió fuego —dijo Tamara.

Beatrice la miró.

—Vivimos en una localidad pequeña. Nos conocemos todos. Es inevitable cuando llevas aquí unos años.

Janssen bajó la foto.

—Usted nos contó lo difícil que fue ser madre soltera y criar a una hija sola. Eso me hizo reflexionar, así que investigué el historial de su hija. Nunca indicó el nombre de su padre cuando registró a River tras su nacimiento.

—No tienen ningún derecho —espetó la mujer, enfurecida.

—Oh... Sí que lo tenemos —replicó el inspector—. ¿Podría aclararnos eso ahora? Nos contó que tenía varios trabajos para llegar a fin de mes —le recordó, mirando a continuación a su alrededor—.

Mantener en funcionamiento este lugar debe requerir unos ingresos considerables. No me parece que esos trabajos pudieran permitirle mantener una casa como esta, no sin ayuda. Estamos aventurándonos, por supuesto, pero la curiosidad de Sophie dice mucho. ¿Lo sabía ella? ¿Lo averiguó, al igual que nosotros?

—Era una niña horrible y vengativa —afirmó Beatrice con una mueca de desprecio—. Mi River se merecía algo mucho mejor que ella, una adolescente malcriada que pasaba de una cosa otra, solo buscando sacar provecho de lo que pudiera, y así se lo dije también a ella, muy claramente.

—¿Discutieron? —preguntó el inspector.

Beatrice apartó la mirada por un momento, mordiéndose el labio inferior. Se giró hacia Janssen y torció el gesto mientras lo explicaba.

—Hablé con ella, sí. Le dije que quería que dejara de ver a River. Ella estaba saliendo con el hijo de Shaun, aunque eso ya lo saben. Pero ¿sabían que eso sucedía al mismo tiempo que coaccionaba a mi hija para que mantuviera una relación con ella? Fingía un romance, intentaba convencer a mi preciosa hija de que ella tenía todas las respuestas. Era vergonzosa.

—¿Cómo reaccionó Sophie ante eso?

—Sería lógico pensar que se enfadaría —afirmó Beatrice, cuya amargura parecía remitir—. Pero no cayó en ninguna provocación... solo se rio. ¡Se rio en mi cara! A Sophie no le importaba nada, no tenía conciencia de ningún tipo. El mundo estaba a su merced y yo solo era otro juguete más. Ella pensaba que mi relación con Shaun era hipócrita. Decía que cómo era posible que siempre me considerara moralmente superior teniendo una hija bastarda con un hombre tan repugnante.

—¿Cómo surgió esa aventura? —le preguntó Tamara, moviéndose a la izquierda de Janssen.

El inspector era consciente de que su compañera se estaba colocando en una posición estratégica a un lado de Beatrice mientras él permanecía al otro.

La mujer se encogió de hombros.

—Como acabo de decirles, vivimos en un sitio pequeño. A veces... —comenzó a decir, con una expresión en el rostro que se había

vuelto distante—. A veces cometes errores en la vida... —La mujer hizo una pausa, mirando más allá de Janssen. El inspector se giró y vio a River detrás de él, a poca distancia. Por la expresión de su cara, debía llevar allí un rato. Beatrice continuó, mirando directamente a su hija mientras su expresión se suavizaba—. Y luego resulta que esos errores te brindan el regalo más maravilloso que se puedan imaginar —afirmó, con un orgullo que era real. A su hija se le llenaron los ojos de lágrimas—. Lo siento, cariño. Siento que hayas tenido que escuchar esto.

—¿Qué pasó aquella noche, cuando discutieron? —preguntó Janssen.

—Ambas dijimos lo que pensábamos... y ella se marchó.

—Pero no creo que eso sea cierto, ¿verdad que no? —afirmó el inspector—. Creemos que, aunque enterraron a Sophie en las dunas, la mataron en otro lugar. De hecho, lo más probable es que la envolvieran en una manta en ese mismo lugar... Tenemos pruebas de que eso ocurrió aquí.

—¡Eso no es cierto! —exclamó River con brusquedad. Todas las miradas se dirigieron hacia ella. Beatrice intentó acercarse a su hija, pero Janssen le bloqueó el paso—. ¡No fue así, de ninguna manera!

—Entonces, cuéntenos cómo fue —le pidió Tamara con un tono de voz que transmitía serenidad.

Beatrice parecía afligida; la ira y la amargura habían dado paso a la compasión por el calvario de su hija. La respiración de River se volvió entrecortada. La emoción amenazaba con abrumarla.

—Yo estaba aquí esa noche —aseguró, mirando a su madre—. Tú no lo sabías..., pero yo estaba aquí. Te oí discutir con Sophie. Escuché lo que dijo sobre ti y Shaun.

Beatrice se llevó una mano a la boca; ella también parecía estar a punto de llorar.

—¡Ay, mi pobre niña! —susurró.

—Fui a buscar a Sophie cuando estaba saliendo de casa —continuó River—. No me podía creer que tú tuvieras una relación con... con ese hombre, y así se lo dije. Ella me juró que era cierto, me aseguró que tenía pruebas. —Ahora tenía los ojos vidriosos y hablaba con voz monótona, sin mostrar emoción y distraída—. Me dijo que yo

tenía derecho a saberlo. Que todo el mundo debe poder saber cuáles son sus orígenes, sean los que sean. Estaba enfadada con ella, furiosa... Se acercó a mí para darme un abrazo y... Cogí lo primero que vi y la golpeé. —Comenzaron a brotarle lágrimas. Todo el cuerpo de River parecía balancearse suavemente de un lado a otro. Janssen temió que pudiera desplomarse en cualquier momento—. Se cayó... —dijo River a continuación, en un momento de lucidez en el que miró a su madre a los ojos repitiendo las palabras—. Se cayó... Se cayó y yo hui... Y seguí corriendo hasta que ya no pude más.

Janssen intercambió una mirada con Tamara y su compañera asintió de forma casi imperceptible.

—¿Y a dónde se dirigió, River? —le preguntó.

La joven giró la cabeza y parpadeó para contener las lágrimas.

—Acabé en casa de Lesley. No sabía a qué otro sitio podía ir. Estaba enfadada con ella, con Sophie, con mi madre... Incluso conmigo misma por ser la hija de ese pedazo de mierda que era Robinson. También con él, por haberme abandonado durante todos esos años. Quería morir... —Beatrice jadeó—. Quería prenderle fuego al mundo y verlo arder en llamas a mi alrededor.

—Y fue entonces cuando decidió ir a la empresa farmacéutica... para poner en práctica los planes que habían desechado con anterioridad —sugirió Tamara, refiriéndose a lo que Niall les había contado en el interrogatorio.

River la miró y asintió.

—Ya no me importaban las consecuencias. Quería hacerle daño a Robinson..., destrozarlo igual que él me había destrozado a mí.

—Lesley fue con usted, ¿verdad? —preguntó Janssen.

—Sí. Quería detenerme... Le grité que se fuera, deseé con todas mis fuerzas no haber ido nunca a su casa. Ella pensó que era una locura —explicó River, prácticamente con un susurro—. Y tenía razón. Debería haberla escuchado, pero... era como si fuera otra persona. Ya no era yo quien actuaba. Lo leí una vez en un libro que encontré en la biblioteca de la prisión. Creo que lo llaman estado dissociativo —dijo mientras miraba a Janssen, inclinando la cabeza hacia un lado—. Lesley intentó detenerme, pero yo la empujé y

entonces... entonces surgió el fuego. En un primer momento lo tenía delante de mí, y luego a nuestro alrededor, en cuestión de segundos. Me quedé paralizada. Recuerdo que una parte de mí quería quedarse allí y que el fuego me consumiera. Así terminaría todo. Lesley gritaba y tiraba de mí para que saliera de allí —explicó, con la mirada perdida.

Janssen pensó que estaba reviviendo el momento.

—Pero usted sí que salió —dijo el inspector.

—Sí, aunque el fuego nos impidió volver hasta el lugar por el que habíamos entrado... Todo era muy confuso. Creo que hubo una explosión, no lo recuerdo bien, pero, de repente, yo estaba en el suelo. Las dos lo estábamos. Llamé a Les, pero no se movía. Intenté levantarla, pero pesaba demasiado, no pude con ella. El fuego abrasaba... era muy intenso —afirmó entre lágrimas, llorando ya de forma desconsolada—. Entré en pánico... No quería hacerlo, pero eché a correr y la dejé allí —afirmó River, mirando al inspector a los ojos—. Dejé a Lesley allí, condenada a morir.

Janssen inspiró profundamente. Las lagunas que aún tenían con respecto a lo que había sucedido se iban llenando poco a poco, aunque sabía que había más.

—Cuéntenos cómo enterró el cuerpo de Sophie.

River volvió a centrar su atención en el presente, casi como si hubiera pulsado un interruptor.

—¡Yo no hice eso! —exclamó—. Se lo juro. Deambulé por ahí aquella noche, después del incendio. No sabía qué hacer y al final volví a casa.

—¿A qué hora fue eso? —preguntó el inspector.

—A las tres de la madrugada, más o menos. Sophie no estaba aquí. Se había ido. Pensé que solo la había dejado inconsciente, eso es todo. No creí ni por un momento que estuviera muerta —aseguró, implorando con la mirada—. Yo no la enterré en las dunas. Nunca le haría eso... A pesar de todo lo que me dijo, yo todavía la quería. No tengo ni idea de quién la mató ni de cómo llegó hasta allí. ¡Yo no lo hice!

CAPÍTULO 36

Tamara Greave observó atentamente a River. Había algo peligroso en aquella chica, pero al mismo tiempo mostraba una vulnerabilidad que a ella le despertaba una profunda compasión. Era una persona muy atormentada.

—El problema es, River —comenzó a explicar—, que sabemos que el cuerpo de Sophie fue envuelto en este lugar y luego transportado a la playa. El análisis forense de la tela muestra residuos de metalurgia. Estoy segura de que es solo cuestión de tiempo que podamos demostrar sin posibilidad de error que esos residuos provienen de aquí, de este taller. Si no lo hizo usted, ¿cómo sucedió entonces?

River la miró fijamente, como preparándose para una réplica contundente. Movi6 los labios, pero durante unos segundos no le salieron las palabras. De pronto, su expresión se suavizó y dirigió la mirada hacia su madre. Tamara siguió esa mirada, pero River se dio cuenta de ello y se puso alerta de inmediato.

—Yo... me he equivocado. Ahora lo recuerdo todo —dijo, desviando la mirada con rapidez. No parecía fijarse en nada en particular. Luego, miró hacia arriba y hacia la izquierda mientras comenzaba a relatar los acontecimientos de aquella noche—. Tienen razón. Volví a casa y Sophie seguía allí, donde yo la había dejado tirada. La envolví en una tela y... la llevé a la playa.

Janssen captó la mirada de Tamara. Ella se preguntó si el inspector también recordaría lo que Eric les había dicho acerca de los movimientos involuntarios de los ojos al acceder a la memoria o a las áreas creativas del cerebro. Janssen parecía tan escéptico como ella.

—¿Cómo la llevó hasta allí?

River dudó.

—La arrastré.

—¿Desde aquí? —preguntó Tamara, incapaz de ocultar que dudaba mucho que aquello fuera cierto—. Hay varios kilómetros hasta la costa. ¿Por dónde fue hasta allí?

River se quedó mirándola con los ojos muy abiertos. Su lenguaje corporal delataba su mentira.

—No... No me acuerdo. Debo haberlo borrado de la memoria.

—Y, sin embargo, recuerda todo lo demás con absoluta claridad —replicó Tamara. River asintió—. Fue incapaz de alejar a Lesley Abbott del fuego que provocó en las instalaciones de la empresa, pero pudo arrastrar a Sophie varios kilómetros hasta la playa, y luego enterrarla. ¿Con qué, con sus propias manos, o también llevaba consigo una pala al mismo tiempo?

—Yo... No... No lo recuerdo.

—Bueno, ¿y es capaz de recordar cómo llegó a matar a Conn? —River se quedó desconcertada, con la boca abierta, sin conseguir articular respuesta alguna—. Porque alguien lo ha matado para impedir que revelara un secreto. Ese era el negocio de ese hombre, descubrir los secretos más oscuros que la gente quería mantener ocultos y utilizarlos para extorsionarlos. Según todos los indicios, se le daba bastante bien hacerlo. ¿Cuándo acudió a usted? ¿Cuánto le pidió a cambio de su silencio?

—Él no... Él no vino a... —tartamudeó River, buscando una respuesta eficaz.

—Eso es porque usted no lo mató... —afirmó Tamara, que se giró hacia Beatrice—, ¿verdad que no? —Todas las miradas se dirigieron hacia la madre de River, que permanecía de pie con los brazos a los lados y los puños apretados. Su lenguaje corporal era tenso y rígido—. ¿Cómo sabía Conn lo que le había ocurrido a Sophie? ¿A quién se lo contó usted? —le preguntó Tamara.

—¡No! Fui yo —suplicó River, con evidente desesperación.

—¡Ya basta! —espetó Beatrice. A River le brotaron nuevas lágrimas—. Ya está bien. Esto tiene que acabar. —Beatrice dio un paso hacia River y, en esta ocasión, Janssen se hizo a un lado. La mujer puso

una mano tranquilizadora sobre el hombro de su hija y, con la otra, le levantó la barbilla, obligándola a mirarla a los ojos—. Te dije que haría cualquier cosa para asegurarme de que no volvieras a la cárcel. Antes te fallé. Esta vez no lo haré. —Se giró hacia Tamara, sonriendo débilmente—. Supongo que el pasado no puede permanecer enterrado para siempre, por mucho que lo intentes.

—River es la hija de Shaun, ¿puede confirmarnos eso? —le preguntó la inspectora jefe.

Beatrice asintió.

—Tuvimos una aventura. No fue una buena época en mi vida. No puedo decir que me arrepienta de haberlo hecho, porque acabé teniendo a mi preciosa niña, a la que no cambiaría por nada del mundo —aseguró, acariciando la mejilla de River con el dorso de la mano—. Shaun estaba casado... y su mujer, embarazada.

—¿De Darren? —preguntó Tamara.

—Sí. Para ser justa con él, aunque insistió en mantener todo en secreto, nunca intentó obligarme a..., bueno, a no llevar el embarazo a término. Y contribuía económicamente de forma regular. Como bien han dicho antes, esta casa requiere mucho mantenimiento y yo tenía muy poco dinero en aquella época. Tenía que trabajar además de lo que él me daba. Fue muy duro. Él no lo cubría todo, ¿y por qué iba a hacerlo? No puedo tener la más mínima queja en ese aspecto. Siempre pensé que algún día te lo contaría —le dijo a River —, pero nunca encontré el momento adecuado para hacerlo. Sé que nada de todo esto ha sido justo para ti. Quizá me equivoqué, pero lo hice lo mejor que pude.

—¿Enterró usted a Sophie?

—Sí —confirmó Beatrice con un asentimiento solemne—. La encontré aquella noche. River ya se había ido. Sophie estaba ahí tirada, inconsciente —explicó, señalando el suelo cerca de donde estaba Tamara—. La estrangulé. El mundo iba a ser un lugar mejor sin alguien como Sophie viviendo en él. No merecía estar aquí, no merecía estar con mi hija. Pensé que nadie la echaría de menos. Otra joven con problemas que se habría dado a la fuga. ¿Quién se iba a molestar en buscarla? Si la tormenta no la hubiera sacado a la luz, así es como habría permanecido. Una vida olvidada, tan trágica

como desperdiciada.

—¿Cómo la llevó hasta Wells? —insistió Tamara, ignorando la crueldad de la explicación que les acababa de ofrecer.

—En la parte de atrás de la furgoneta —respondió Beatrice con frialdad—. La envolví en una sábana vieja y la llevé hasta la costa. Aparqué lejos de la carretera y la arrastré por el pinar, pensando que nadie me vería si iba por allí. Era de madrugada. No había nadie alrededor. —Beatrice exhaló profundamente por la nariz y una sonrisa triste se dibujó en sus labios—. Vi el collar que llevaba puesto. Lo había hecho para River y se lo regalé en Navidad. ¿Te acuerdas? —le preguntó a su hija.

River sonrió débilmente.

—Sí, yo se lo regalé a Sophie.

—Lo sé. Casi se lo quito —dijo Beatrice, cuya sonrisa se desvaneció—. No creía que debiera quedárselo. Al final, se lo dejé por miedo a que, si se lo quitaba y alguien lo encontraba aquí, en casa, me relacionaran con su muerte. —La mujer miró a Tamara con aire abatido—. Qué ironía.

—¿Y qué hay de Conn? —preguntó Janssen mientras recorría el taller con la mirada. Tamara se preguntó si estaría buscando alguna herramienta que coincidiera con el arma homicida que habían encontrado en la escena del crimen. Ella hizo lo mismo—. ¿Cómo lo descubrió él? Porque lo descubrió, ¿verdad?

Beatrice asintió lentamente.

—Aunque estoy segura de que nadie me vio llevar a Sophie a las dunas, me topé con él cuando regresaba a la furgoneta. Solo Dios sabe qué hacía allí, en el bosque, en mitad de la noche. Era un tipo muy extraño. *No sé qué pensó al verme en aquel momento, pero la mañana en la que los restos de Sophie se desenterraron, él estaba por allí. Reconoció el collar... y ató cabos.*

—¿Así que, después de todo, la ha estado chantajeando a usted? —preguntó Tamara.

—Lo intentó —respondió Beatrice con una risa que no denotaba alegría alguna—. Creo que pensaba que teníamos mucho más dinero del que tenemos en realidad. Le prometí que le pagaría, obviamente. ¿Qué otra cosa podía hacer? —dijo, encogiéndose de hombros—.

Pero pagarle no era una opción. Shaun dejó de darnos dinero hace años. Incluso después de que River cumpliera dieciocho, siguió contribuyendo. Pero todo eso se acabó después del incendio... y el juicio. Lo entendí.

—Probablemente podría haberlo obligado a que continuara dándole dinero para mantener el secreto —sugirió Tamara.

Beatrice negó con la cabeza.

—Puede que les resulte difícil de creer, pero yo no soy así. Shaun hizo lo correcto por nosotras..., por lo menos hasta cierto punto —explicó—. Si Conn me hubiera pedido dinero un par de años antes, quizá habría podido pagarle. Sin embargo, mi arte ya no se vende tan bien como antes. Fui a casa de Conn para hablar con él, para intentar razonar con él. No tenía intención de matarlo. Deben comprender eso. Pensando en el tipo de hombre que era, aunque le hubiera pagado el dinero que quería, nunca habría sido suficiente. Habría vuelto a por más una y otra vez.

Janssen dirigió su atención hacia la parte trasera del taller. Tamara siguió su mirada y vio una fila de herramientas colgadas de una barra elevada que estaba fijada en la pared del fondo. Parecían pertenecer a la misma colección; todas eran viejas, tenían los mangos de madera de color marrón claro y estaban muy usadas. Incluso con una ojeada fugaz, era evidente que el arma homicida encajaba con aquellas herramientas.

—Usted fue hasta allí con un arma, Beatrice —aseguró Tamara con tono seco—. Se puso guantes y aparcó lejos de la casa. Me cuesta creer que no supiera lo que iba a ocurrir esa noche.

Beatrice puso una mano en la mejilla de su hija, la acarició con cariño e hizo todo lo posible por sonreír. River se dejó llevar por el gesto de su madre.

—Piensen lo que quieran. Mi único objetivo siempre ha sido proteger a mi hija y no cambiaría nada.

Janssen dio un paso adelante, bajó suavemente las manos de Beatrice y se las colocó a la espalda. Le puso las esposas y la animó con delicadeza a caminar hacia el coche. La mujer articuló casi en silencio una disculpa a su hija mientras se la llevaban. River, que parecía abatida, se dejó caer al suelo y lloró desconsolada. Tamara

observó cómo Janssen metía a la asesina confesa en la parte trasera del coche. Tras alejarse un poco, llamó a la comisaría y pidió que acudieran agentes. Tendrían que examinar el lugar para tratar de corroborar científicamente la historia en la medida de lo posible.

Al observar la figura encogida de River, sentada en el suelo mientras ella hablaba por teléfono, se preguntó qué iba a ser de aquella chica. La afirmación de Beatrice de que ella había estrangulado a Sophie la absolvía convenientemente de otro cargo de homicidio involuntario. Convencida de que River decía la verdad, no había indicios de que su ataque a Sophie hubiera sido premeditado, y su intento de proteger a su madre de la culpa era admirable, aunque desacertado. ¿Podría Beatrice haber matado de verdad a la adolescente atribulada y luego haberla enterrado para encubrir su asesinato? Sin duda era plausible, pero, en su opinión, poco probable. Le parecía más probable que Beatrice estuviera tratando de hacer exactamente lo que acababa de afirmar, proteger a la hija a la que tanto quería. Demostrar cualquiera de los dos escenarios iba a ser difícil. Si se producía una confesión, lo más probable era que Beatrice se saliera con la suya y consiguiera que su hija no volviera a la cárcel.

Beatrice se enfrentaría a dos cargos de asesinato. Otra vida destruida por los secretos que decidimos guardarnos.

CAPÍTULO 37

Tamara Greave entró en el aparcamiento. Como solo había estado allí una vez, le costó recordar exactamente dónde amarraba Janssen su barco. El puerto deportivo era pequeño. Había cuatro embarcaderos a ambos lados de la ribera en los que los propietarios amarraban sus embarcaciones. Al ver el coche de Janssen aparcado cerca de la orilla, avanzó un poco más y aparcó junto a él. Janssen estaba en la cubierta de popa, arrodillado junto a una escotilla, trabajando en el motor. El inspector levantó la vista y se percató de su llegada. Sin embargo, tardó un momento en darse cuenta de que era ella. Agarrándose al lateral de la puerta del coche y al asiento del copiloto, se impulsó para encaramarse en la parte superior de su asiento. Janssen no pudo ocultar su sorpresa.

—Bonito descapotable —dijo, cogiendo un trapo, y se limpió las manos mientras bajaba desde el barco hasta la orilla. Se acercó, ladeó la cabeza y recorrió con la mirada el Austin Healey—. Los coches no son lo mío, pero... este está en perfectas condiciones.

Tamara esbozó una sonrisa amplia mientras recorría el coche con la mirada; luego, abrió la puerta y se bajó. La puerta se cerró con un golpe seco y reconfortante, muy lejos de los mecanismos de cierre suave y las aleaciones compuestas ligeras de los tiempos modernos.

—¿A que es precioso? Yo creía que usted vivía en un barco en el canal.

Janssen negó con la cabeza, frunciendo el ceño.

—Por aquí no hay canales —respondió, dirigiendo luego la mirada hacia el coche de Tamara—. Es nuevo, ¿verdad? —le preguntó, antes de mover la cabeza de lado a lado con una sonrisa avergonzada en el rostro—. Quiero decir, nuevo para usted. Es un clásico.

—Es un Mark III 3000. Uno de los últimos que se fabricaron —dijo Tamara, irradiando orgullo—. Aunque, a juzgar por el estado del capó, no lo voy a sacar mucho si llueve.

—¿Dónde demonios lo ha encontrado?

Janssen se inclinó para echar un vistazo al interior, comprobando antes que no fuera a manchar el vehículo con la grasa de sus manos.

—Le dije que iba a ir a ver a Ann Grable, la antigua madre adoptiva de Sophie. —Janssen la miró a los ojos y asintió—. Bueno, esta era la afición de su difunto marido. El coche llevaba varios años en su garaje y ella vio cuánto me entusiasmé cuando lo vi. Me hizo una oferta que no pude rechazar. Le aseguro que le costó arrancar después de tanto tiempo.

Janssen dio un paso atrás y se mordió el labio inferior ante la mención a la adolescente fallecida.

—¿Cómo se tomó la noticia?

—Creo que, en cierto modo, fue un alivio. Los Grable se sentían muy mal creyendo que le habían fallado a la chica... Todavía se puede ver el dolor en la cara de Ann. Al menos ahora puede comprender que Sophie no se escapó para terminar quién sabe dónde. Aunque sí que se quedó devastada al enterarse de las circunstancias que rodearon su muerte.

Janssen asintió en señal de comprensión. Volvió a centrar su atención al coche y ladeó la cabeza.

—¿Y cuáles son sus planes? —le preguntó a la inspectora jefe.

—He estado pensando... en la oferta de trabajo —afirmó, siendo consciente de las sensibilidades que rodeaban el tema. No lo habían hablado desde que su traslado se planteó por primera vez.

—Ah, sí. ¿Qué ha decidido?

—He pensado... que lo voy a aceptar —afirmó, mirando a su izquierda mientras pasaba otro barco junto a ellos, en dirección al puerto deportivo. Contuvo la respiración por un momento, tratando de evaluar la reacción de Janssen. Él no dijo nada, tan solo continuó inspeccionando el coche. Su aparente indiferencia ante su respuesta la irritó y perdió la paciencia, quizá hablándole con más brusquedad de la que pretendía—. ¿Qué opina al respecto?

El inspector la miró, ajeno a la frustración que sentía hacia él. Se encogió de hombros y luego sonrió.

—Creo que es estupendo. Será agradable tenerla por aquí.

Ella se quedó desconcertada por un momento. Esa no era la reacción que esperaba. Sí la que deseaba, pero desde luego no la que esperaba. Sin embargo, le molestó mucho que hubiera elegido la palabra «agradable». Era una palabra muy insulsa que no ofrecía ninguna profundidad a sus verdaderos sentimientos. Aunque, bueno, así era Tom.

—¿De verdad? ¿Está seguro?

—Sí, claro —dijo Janssen, abandonando ya la inspección del juguete nuevo—. Después de todo, no regresé a Norfolk por mi carrera profesional. Nunca se trató de eso. —Tamara lo observaba y él pareció darse cuenta, sintiéndose incómodo de repente—. De verdad —añadió, sin querer cruzar la mirada con ella—. Será estupendo pasar más tiempo a su lado.

La inspectora jefe sonrió, sintiendo cómo sus hombros liberaban la tensión que sentían. Aunque una sensación de incomodidad la invadió. Había sido necesario ocultar su atracción por aquel hombre durante toda la semana por el bien de su relación profesional, pero ahora ya no había nada que la obstaculizara.

—Estaba pensando que quizá le gustaría acompañarme a dar una vuelta con esta preciosidad —dijo, pasando la mano por el alerón delantero. Acompañó su oferta con un brinco lleno de entusiasmo y una sonrisa cálida—. Seguro que conoce algún sitio donde podamos comer algo y...

—Tom —llamó una voz femenina. Ambos se giraron y vieron una figura aparecer desde debajo de la cubierta. Tamara la reconoció como Alice, aunque solo se habían visto una vez de pasada hacía algún tiempo. Tamara sintió que se le rompía el corazón. Alice le sonrió, bajó desde el barco hasta la orilla y caminó la corta distancia que la separaba de ellos, que estaban junto al coche. Tamara la evaluó. Tenía curvas y era atractiva. Era morena, y el pelo le llegaba por debajo de los hombros y estaba despeinado, como si aún no se hubiera duchado. A juzgar por el tamaño de la camisa que llevaba puesta, debía ser de Tom—. Lo siento, no me había dado cuenta de

que tenías compañía. —Miró a Janssen, pretendiendo de forma evidente que se la presentara.

—Alice, esta es Tamara... —dijo el inspector con un tono de voz más suave y agudo de lo habitual—, mi nueva jefa.

—Hola —dijo Alice, tendiéndole la mano. Tamara la estrechó y le devolvió la sonrisa—. Me alegro de conocerla por fin. Tom está todo el tiempo hablando de usted. Estaba pensando en preparar un almuerzo temprano, porque no hemos desayunado. Es más que bienvenida a unirse a nosotros.

A Tamara no se le ocurría nada peor que eso. Una sensación de vergüenza había sustituido a la incomodidad que había experimentado al invitar a Tom a lo que esperaba que fuera una cita. Sintiendo cómo se ponía colorada, rechazó la invitación de la forma más educada y firme que pudo, temiendo que Alice se diera cuenta de sus intenciones.

—En otra ocasión, entonces —respondió Alice, pasando un brazo por la cintura de Janssen.

Él también parecía incómodo, pero Alice estaba a su lado y no tuvo la oportunidad de ver la mezcla de emociones que su rostro mostraba. ¿Era solo vergüenza o había también algo de culpa? Tamara no estaba segura. Si fuera lo segundo, ¿de dónde provenía aquella culpa? ¿De sus sentimientos hacia ella, hacia Alice o hacia ambas? Como quería poner distancia con la situación, le hizo un gesto a Janssen con la mirada para que se hiciera a un lado, lo que le permitió volver al coche.

—Bueno, será mejor que me vaya ya —afirmó de la forma más alegre que pudo, consciente de que su voz delataba de forma evidente sus emociones, aunque ninguno de los dos pareció darse cuenta de ello.

Metió la llave en el contacto y rezó en silencio para que el coche arrancara sin problemas esta vez. Casi lanzó un beso al cielo cuando el motor arrancó al segundo intento. Logró meter la marcha atrás a la primera y se puso en movimiento. Alice le hizo un gesto cordial con la mano antes de inclinarse hacia Janssen, ponerse de puntillas y darle un beso cariñoso en la mejilla justo cuando ella le daba la vuelta al coche y comenzaba a avanzar. Tamara le devolvió el gesto,

esbozando una sonrisa forzada.

«Qué bien ha ido esto, T», murmuró para sí misma al llegar al cruce, donde esperó a que pasara un coche antes de poder salir. Miró por el retrovisor y vio a Alice subir de nuevo al barco por delante de Janssen. Él la miró. Por un segundo, pensó que sus miradas se habían cruzado en el espejo, pero era imposible que Janssen pudiera ver con detalle desde esa distancia. Luego, él se dio la vuelta y se subió al barco. «Vaya idea más estúpida», se reprendió a sí misma, aunque las palabras sonaron vacías y carentes de sinceridad. Sonó el claxon de un coche, y eso la devolvió al presente. Había otro vehículo parado a su derecha, esperando a que ella se moviera para poder llegar a la carretera principal. Le ofreció una disculpa al conductor con un pequeño gesto con la mano y se alejó.

El optimismo alentador con respecto al día que tenía por delante se vio atenuado por la decepción, pero solo ligeramente. El viento le lanzó el pelo sobre la cara y ella se lo apartó con la mano izquierda. Lo que había visto hasta aquel momento de la carretera de la costa la animaba a explorar el lugar. La sonrisa volvió a su rostro cuando metió cuarta y el motor, potente, rugió al acelerar. La carretera que tenía por delante era suya y solo suya. Pensándolo bien, eso era justo lo que le gustaba y no lo cambiaría por nada del mundo.